



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN PSICOLOGÍA
FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES IZTACALA
PSICOLOGÍA SOCIAL Y AMBIENTAL

**CONSTRUCCIÓN DEL DESEO Y PLACER SEXUAL EN
HOMBRES Y MUJERES QUE VIVIERON ABUSO
SEXUAL INFANTIL Y CON TERAPIA**

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
DOCTORA EN PSICOLOGÍA

PRESENTA:
ALMA VANESSA GUZMÁN DÍAZ

TUTORA PRINCIPAL

DRA. PATRICIA TRUJANO RUIZ
FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES IZTACALA, UNAM

COMITÉ TUTOR

DRA. OLIVA LÓPEZ SÁNCHEZ
FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES IZTACALA, UNAM

DRA. OLIVIA TENA GUERRERO
CENTRO DE INVESTIGACIONES INTERDISCIPLINARIAS
EN CIENCIAS Y HUMANIDADES, UNAM

DR. JOAN VENDRELL FERRÉ
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS

DRA. ALEJANDRA SALGUERO VELÁZQUEZ
FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES IZTACALA, UNAM



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A la memoria de mi padre

Agradecimientos

Para comenzar quiero agradecer a la **Universidad Nacional Autónoma de México**, cuyo carácter público y gratuito, sostenido por el trabajo de nuestro pueblo, me ha permitido construir una vida mejor. También, doy las gracias al **Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología**, por otorgarme la beca gracias a la cual pude desarrollar con tranquilidad financiera esta investigación.

A la **Dra. Patricia Trujano Ruiz**, le agradezco profundamente por todo el acompañamiento, guía, paciencia y soporte – tanto académico como personal- que ha tenido conmigo en este proceso de aprendizaje. Gracias por su revisión minuciosa del trabajo, por las recomendaciones y señalamientos que me llevaron siempre hacia a mejorar como investigadora.

A la **Dra. Oliva López Sánchez**, muchas gracias por su escucha atenta, su lectura siempre crítica y por la claridad en sus explicaciones. Igualmente, por sugerirme a autoras y autores a quienes me ha emocionado mucho leer y que he incorporado en mi formación.

A la **Dra. Olivia Tena Guerrero**, le agradezco por responder en todo momento a mis dudas, por su guía y sugerencias las cuales en todo momento me fueron de gran ayuda. Gracias por su paciencia en la construcción de este trabajo y por su apertura a mis posicionamientos.

Al **Dr. Joan Vendrell Ferré**, quiero agradecerle por plantear cuestionamientos tan certeros en diferentes momentos del proceso de investigación, los cuales me permitieron delimitar y afianzar mi postura teórica.

A la **Dra. Alejandra Salguero**, muchas gracias por hacer señalamientos que me ayudaron a ampliar y concretar teórica y metodológicamente el estudio. De igual forma, le agradezco estar siempre dispuesta a discutir y aclarar todas mis preguntas.

To **Sheila McNamee PhD**. Thank you for give me a chance for growing up in many ways along two – very exciting- months at UNH in Durham. I always remember your warmth in relationships, your curiosity and unvaluables reflections around theory, research and academic life.

Especialmente quiero agradecer a cada una de **las cuatro mujeres y a los dos hombres** cuya colaboración es la base del estudio. Gracias por ser tan amables, generosos y permitirme participar de sus historias. Por brindarme el tiempo y espacio para hablar conversar sobre las luchas que han librado, de los eventos dolorosos, pero sobre todo de las formas en que sus vidas han continuado en la búsqueda de estar mejor en este mundo. Espero que esos encuentros hayan sido útiles para cada una y uno de ustedes.

En el mismo sentido quiero agradecer a la **Dra. Patricia Valladares** y a la **Mtra. María Guzmán** del Programa Interdisciplinario de Atención a la Violencia (PIAV, FES Iztacala, UNAM); así como dar gracias a mi estimada colega **Mtra. Lucía Pérez Rodríguez**, por confiar en mi y en el proyecto al abrirme la posibilidad de conocer a las y los participantes.

Otras relaciones a las que quiero hacer honor por estar en este proceso y agradecer:

A **Brenda, Lurel, Kenia, Karen, Mónica y Xóchitl**. Compañeras de estudios, risas y preocupaciones. Su amistad ha hecho que esta aventura haya sido más divertida y solidaria.

A **Jacqueline Sigg**, por tu acompañamiento, flexibilidad y generosidad que me ha ayudado infinitamente para poder continuar y finalizar este proceso.

Mención aparte merecen los agradecimientos para mi familia:

Vicky y Mariana, mi mamá y mi hermana, por su apoyo, sus abrazos, su compañía y comprensión ¡Las quiero muchísimo!

Manuel, mi papá, porque tus palabras de aliento y tu ánimo para seguir adelante me siguen acompañando en cada momento.

Edgar, mi compañero de vida, te agradezco por ayudarme a pensar con tranquilidad y sabiduría en los momentos difíciles de este proceso.

Índice

	Pág.
Resumen	8
Abstract	9
Introducción	10
Capítulo I. Una orientación socio-construccionista	19
1.1 El lenguaje como acciones	21
1.2 Los procesos de co-construcción de narrativas	27
1.3 Des-esencializando al Sí mismo	36
Capítulo II. Una aproximación a la construcción del abuso sexual infantil	50
2.1 La sospecha sobre el dicho de las niñas y las jóvenes	53
2.2 La individualización de la vivencia	58
2.3 La búsqueda de datos ‘objetivos’	63
Capítulo III. Los discursos sobre los ‘efectos’ sexuales del abuso sexual infantil	72
3.1 La historia única del daño	75
3.2 Los modelos de intervención: victimización versus empoderamiento	82
3.3 Las narrativas: un acercamiento alternativo y liberador	87
Capítulo IV. Método	
4.1 Planteamiento del problema y justificación	94
4.2 Pregunta de investigación	98
4.3 Objetivos	99
4.4 Tipo de estudio	100
4.5 Consideraciones éticas	101

4.6 Las co-investigadoras y los co-investigadores (participantes)	102
4.7 El escenario	105
4.8 Materiales	106
4.9 El proceso de investigación	106
Capítulo V. La re-construcción de las narrativas	
5.1 Sobre perder y recuperar el deseo sexual	112
5.2 Venciendo el miedo al sexo	118
5.3 En lucha por re-integrar el cuerpo	123
5.4 Un camino para co-construir el placer	128
5.5 El daño tratando de imponerse	133
5.6 Salir viva de la pesadilla	138
Capítulo VI. Análisis temático de las narrativas	
6.1 Las primeras construcciones del deseo y el placer	144
6.2 Los escenarios relacionales del abuso sexual infantil	151
6.3 Los discursos sobre el cuerpo abusado	160
6.4 Los recursos relacionales de re-significación	169
Capítulo VII. Discusión y reflexiones	179
Referencias	211
Anexos	230

Resumen

En México, el 9.4% (4.4 millones) de las mujeres mayores de 15 años vivieron abuso sexual infantil (INEGI, 2017); mientras que en el país no contamos con datos sobre los hombres en el mismo rubro (CEAV; 2016). En la literatura sobre el tema se han reportado asociaciones entre esta vivencia y diversos ‘efectos’, entre los que destacan los de tipo sexual (González, et al., 2014; González-Pacheco, Lartigue, & Vázquez; Pereda, 2010; Pérez, 2009; Sánchez et al., 2009; 2010). Al respecto, la investigación se ha enfocado en abordar el fenómeno desde orientaciones que privilegian explicaciones de procesos internos o mecanismos individuales. Por lo que, en el estudio propusimos aproximarnos desde una perspectiva relacional (Gergen, 2015; McNamee & Hosking, 2012). De manera que, realizamos la co-construcción narrativa con cuatro mujeres y dos hombres adultos, habitantes de la Ciudad de México y área metropolitana, quienes vivieron abuso sexual infantil y que participaron en terapia. Desde una aproximación dialógica realizamos entrevistas semi-estructuradas y temáticas. Posteriormente, llevamos a cabo el análisis narrativo dialógico (Frank, 2012) cuyo resultado fue la re-construcción de seis narrativas sobre las diversas formas de significar la vivencia. Adicionalmente, presentamos un análisis en el cual se identificaron cuatro temas: 1) las primeras construcciones del deseo y el placer; 2) los escenarios relacionales del abuso sexual infantil; 3) los discursos sobre el cuerpo abusado; y 4) los recursos relacionales de re-significación. En el estudio discutimos sobre la investigación como una práctica relacional (McNamee, 2010), la cual puede ayudar a re-significar las experiencias de abuso sexual (Gibson & Morgan, 2013). Finalmente, proponemos la investigación como un espacio para la co-construcción de relatos en torno al abuso sexual infantil, que permitan a las personas la visibilización de su vivencia y que respondan al silencio que culturalmente ha caracterizado a este tipo de experiencias.

Palabras clave: construccionismo social, procesos relacionales, investigación narrativa, infancia, violencia sexual.

Abstract

In Mexico, 9.4% (4.4 million) women, fifteen year or older, experienced sexual abuse in their childhood (INEGI, 2017). There are no official registers for men (CEAV, 2016). Literature about these topic has reported associations between child sexual abuse and very different consequences, also in sexual ‘effects’ (González, et al., 2014; González-Pacheco, Lartigue, & Vázquez; Pereda, 2010; Pérez, 2009; Sánchez et al., 2009; 2010). However, traditional inquiries focus their interest in changes that were the result of internal processes or individual mechanism. Therefore, we proposed to explore child sexual abuse from a relational perspective (McNamee & Hosking, 2012). In our study, participants were four women and two men, adults, who live in Mexico City and the metropolitan area, who lived child sexual abuse and they went to therapy. From a dialogical approach we used a semi-structured and thematic interview. We also made a dialogical narrative analysis (Frank, 2012). As result we re-construct six narratives which we can see different ways of meaning sexual ‘effects’ of child sexual abuse. Additionally, we show an analysis about four themes: 1) the first constructions of desire and pleasure; 2) relational scenarios of child sexual abuse; 3) discourses of abused body, and 4) relational resources of re-meaning. We discussed a research as a relational practice (McNamee, 2010) which can be a context that allows the re-meaning of experiences as child sexual abuse (Gibson & Morgan, 2013). Finally, we propose to think about making more visible and reflexive stories of child sexual abuse.

Keywords: social constructionism, relational process, narrative inquiry, childhood, sexual violence.

Introducción

La indagación sobre abuso sexual infantil ha resultado ser un campo amplio que se ha abordado desde diversas vertientes teóricas y múltiples disciplinas. Quienes lo han investigado exploran cuestiones tales como: ¿qué tan frecuentemente ocurre el abuso sexual infantil en diferentes regiones del mundo? ¿cuáles son las características individuales o de personalidad que hacen más vulnerables a las personas? ¿cuánto daño puede causar? y ¿cómo podemos prevenirlo y/o tratarlo?. Estas preguntas responden a visiones del mundo (McNamee, 2010) que privilegian los discursos sobre estados mentales, procesos individuales o mecanismos internos. Si bien, estas aproximaciones teóricas han permitido construir ciertos conocimientos sobre abuso sexual infantil, éstos podrían también haber limitado la comprensión del fenómeno. De manera que, en el presente estudio propongo indagarlo, alternativamente a dichas investigaciones, desde una perspectiva relacional.

Por lo tanto, en el capítulo I desarrollé la postura epistemológica/teórica/política (Montero, 2001) sobre las realidades relacionalmente construidas (McNamee, 2010), desde la cual me posiciono frente al tema. Es decir, expongo cómo las formas en las que se describe el mundo y a las personas emergen de los procesos relacionales situados social e históricamente, en donde el lenguaje cumple una función creadora de realidades (Gergen, 2011), a través de su uso dentro de comunidades de sentido (Gergen & Gergen, 2011a). Específicamente, esta orientación teórica abrió la posibilidad de aproximarme a la experiencia de la sexualidad más allá de los esencialismos fisiológicos y del énfasis en los estados mentales internos de los individuos, por lo tanto inaccesibles, desde los cuales con frecuencia se suelen abordar este tipo de tópicos en la psicología dominante (Burr, 2015), para abordarlos desde la co-construcción situada del

conocimiento de las experiencias sexuales, lo cual implicó también atender a ¿cuáles son los discursos dominantes sobre el género, el sexo y el cuerpo?

La postura construccionista me permitió también comprender a la investigación como una práctica relacional en la que quienes participamos como co-investigadoras/es construimos el conocimiento colectivamente y, por lo tanto, actuamos potencialmente como agentes de cambio social (McNamee & Hosking, 2012). La investigación como práctica relacional también implicó que en las decisiones metodológicas tuviera en cuenta la invitación a la generatividad (McNamee, 2014). Es decir, era necesario reflexionar en torno a ¿qué prácticas estaba privilegiando cuando decidí co-construir narrativas con consultantes de psicoterapia que vivieron abuso sexual infantil? ¿cuáles otras voces podían silenciarse al hacerlo? ¿desde qué orden moral estaba creando una investigación sobre el deseo y el placer sexual?

De esta forma, la elección de la co-construcción y análisis de las narrativas no constituyó una simple elección de técnicas de investigación. La selección implicó afirmar que la narrativa es una forma de acción social, una actividad que permite dotar de sentido a nuestras vidas (Sparkes & Smith, 2008). Las narrativas ofrecen una vida inteligible y habitable para las personas (Burr, 2015), cuya reflexión tiene impacto – a veces radical- sobre la transformación de la propia vida y, al mismo tiempo, en la transformación social (Parker, 2005). Aunado a lo anterior, una de las decisiones que fueron producto de adherirme a esta visión teórico-metodológica, fue escribir todo el texto en primera persona, como lo he hecho desde el inicio del documento.

Esta decisión resultó de la reflexión sobre el lugar de mi voz en la investigación, la cual estuvo guiada también por la adopción de una postura dialógica (Frank, 2005) en la co-construcción de las narrativas. Lo anterior implicó reconocer mi transformación personal y profesional cuando participo en los relatos de las personas. Esto es opuesto a la forma de

neutralidad o la objetividad que suele caracterizar a otras formas de investigación. Así, mi compromiso fue usar mi propia voz para dar cuenta de las diversas formas en las cuales las personas con quienes co-construí el estudio fungieron como actrices y actores principales en diversos momentos de sus vidas en las cuales han luchado contra múltiples dificultades.

Las narrativas que co-construí con las y los participantes están enmarcadas en contextos históricos y culturales. Por lo tanto, en el capítulo II, presento cómo el sentimiento hacia la infancia –como etapa de vida- comenzó a cobrar importancia a partir del siglo XVI (Ariès, 2001). Aunque sería hasta la segunda mitad del siglo XIX que algunos médicos legistas (Bernard, 1886; Tardieu, 1862; Thoinot, 1898; Toulmouche, 1864), comenzaron a clasificar, registrar y analizar casos de niñas y mujeres jóvenes para determinar las características bajo las cuales se podría considerar que éstas habían sido forzadas por adultos para participar en actividades sexuales (López, 2007). Posteriormente, narro cómo en el siglo XX, el fenómeno fue abordado empíricamente por la sociología (Finkelhor, 2005); mientras que el movimiento feminista lo señaló como un ejemplo de la opresión hacia las mujeres (Crossley, 2000). Finalmente, expongo que en la década de los noventa el uso del término ‘abuso sexual infantil’ parece haber dominado en los contextos académico, de la investigación (Fergusson & Mullen, 1999) y el terapéutico (Durrant & Kowalski, 1996).

En el mismo capítulo, muestro los estudios sobre la frecuencia del abuso sexual infantil y sus variaciones por sexo y cultura en diversas regiones del mundo (Barth, Bermetz, Heim, Trelle, & Tonia, 2013; Ji, Finkelhor, & Dunne, 2013; Stoltenborgh, van IJzendoorn, Euser, & Bakermans-Kranenburg, 2011). Así como las observaciones en torno a la disfuncionalidad familiar, la pobreza y el contexto de violencia como factores que podrían poner en mayor vulnerabilidad a las y los menores para ser abusados sexualmente por adultos (Chávez-Ayala et

al., 2009; Mebarak, Martínez, Sánchez, & Lozano, 2010). Posteriormente, expongo una serie de modelos de intervención psicoterapéutica específicamente para tratar el impacto del abuso sexual ocurrido durante la infancia (Bass & Davis, 1995; Batres, 1997; Perrone & Nannini, 1997). La producción de estos modelos responde a una amplia gama de dificultades físicas, psicológicas, cognitivas, comportamentales, relacionales, funcionales, emocionales, y sexuales que se han asociado con el antecedente de abuso sexual infantil (Pereda, 2009; Pereda, Gallardo-Pujol, & Jiménez Padilla, 2011). Este conocimiento parece haberse diseminado culturalmente (Gergen, 2011), permitiendo que cada vez más personas identificaran como abuso sexual infantil una muy amplia diversidad de interacciones de algunos adultos hacia niñas y niños.

Por lo que, en el capítulo III planteo las contribuciones desde la psicología discursiva, las cuales han ayudado a deconstruir los discursos dominantes del abuso sexual infantil, entre los que puedo citar: la pérdida de la niñez y desarrollo anormal, como una historia única de daño que funciona como un hilo conductor de la vida de las personas (Burman, 2003, Woodiwiss, 2014). Más adelante, en el mismo apartado abordo las aproximaciones a los ‘efectos’ sexuales a corto y largo plazo del abuso sexual infantil. En mi práctica –como terapeuta familiar- he escuchado cómo para cada persona estos ‘efectos’ han sido diversos. Observé que los relatos relacionados con conductas sexuales problemáticas emergían constantemente para las personas a quienes acompañaba en terapia. Por ejemplo, en el caso las y los más pequeños los relatos de las madres o padres solían hablar de los comportamientos sexualmente intrusivos hacia sus pares, lo cual ha sido reportado, particularmente, como conductas cuya probabilidad de presentarse es mayor para los niños varones (Latzman & Latzman, 2015).

Otras madres y padres se mostraban preocupados porque, después de las vivencias de abuso sexual, sus hijas o hijos exhibían mayor interés sobre temas sexuales, o bien, los

observaban con ansiedad cuando se exponían a dichos tópicos. Estos extremos comportamentales han sido reportados por las y los menores después de situaciones de abuso sexual (Simon & Feiring, 2008). En conjunto, las conductas descritas coincidían con lo que la literatura de corte psicológico ha identificado como sexualización traumática (Finkelhor & Browne, 1985), la cual integraba –para los autores citados- aquellos sentimientos sexualmente inapropiados y disfuncionales como resultado del abuso sexual infantil.

Sin embargo, la revisión de este tipo de estudios no fue suficiente para comprender algunas cuestiones como ¿cuáles son los límites entre los juegos y las conductas sexualmente intrusivas entre niñas y/o niños? o ¿cuál es el nivel ‘óptimo’ de curiosidad sobre temas sexuales?. Además ¿la sexualización traumática puede estar asociada únicamente con un evento de abuso sexual? ¿cuáles son las diferencias en las vivencias de las niñas y los niños? ¿a qué pueden deberse? y ¿cuál es el impacto que tiene el contexto sociocultural y familiar en el daño reportado por las personas? Finalmente, ¿qué tipo de impacto tiene esta vivencia en la vida sexual adulta?

Al respecto de la última pregunta, como terapeuta, también escuché relatos en donde estas personas ya adultas tenían dificultades para relacionarse sexualmente y para experimentar deseo o placer sexual. Esto también lo describo en el capítulo III, puesto que la literatura empírica ha reportado lo siguiente: (1) la asociación entre abuso sexual infantil y conductas sexuales de riesgo (González, Troncoso, Molina, & Martínez, 2014), (2) la probabilidad de infecciones de transmisión sexual (González-Pacheco, Lartigue, & Vázquez, 2008), (3) disfunciones sexuales femeninas en las fases de excitación y en la capacidad para alcanzar el orgasmo (Pérez, 2009), (4) deseo sexual hipoactivo (Sánchez, Corres, Blum, & Carreño, 2009), y (5) el trastorno del orgasmo masculino (Sánchez, Carreño, Corres, & Henales, 2010).

En este sentido me preguntaba ¿cómo el abuso sexual infantil parece volver más vulnerables a las personas frente a comportamientos sexuales que comprometen su salud y su vida futura? ¿cómo se ha establecido una relación tan directa entre el evento en la infancia y la disfuncionalidad sexual en la adultez en algunos casos muy distantes en el tiempo de acuerdo con la literatura? Más allá de los aspectos conductuales y aspectos disfuncionales para estas personas adultas que acompañé en terapia ¿cuáles son los significados sobre lo sexual? ¿de dónde provienen dichos significados?

En este punto es que toma relevancia la investigación narrativa y la aproximación relacional al fenómeno. Debido a que los estudios narrativos han mostrado que narrar es una acción que no sólo implica hablar sobre un tema sino que hacerlo permite otorgar sentido y dirección a la experiencia, permitiendo la emergencia de significados diversos y complejos (Gibson & Morgan, 2013). De manera que, en el último apartado del capítulo III, expongo los estudios narrativos sobre abuso sexual infantil e identidad (Krayner, Seddon, Robinson, & Gwilym, 2015; Saha, Chung, & Thorne, 2011); la relación del tema con las emociones tales como el miedo, la vergüenza y la culpa (Foster & Hagedorn, 2014; Quintero & Andrade, 2012). Aunque, también señalo que el análisis de los discursos y de las narrativas desde estas perspectivas críticas habían abordado sólo tangencialmente cómo esos discursos también han guiado los significados sobre lo sexual y las dificultades en torno a éste ámbito en personas que vivieron abuso sexual infantil.

De manera que, en el capítulo IV dedicado al Método comienzo planteando el problema y presentando la justificación teórica, metodológica y social sobre realizar un estudio desde la investigación narrativa (Gergen & Gergen, 2011b), con una perspectiva relacional (McNamee & Hosking, 2012) y dialógica (Frank, 2005), cuyo objetivo fue explorar y analizar las formas

narrativas en torno a las experiencias de deseo y placer sexual co-construidas con mujeres y hombres que vivieron abuso sexual infantil. Para lograr dicho objetivo elegí como técnica de recopilación de los datos la entrevista semi-estructurada y temática (Rivas, 2010), la cual enfoqué sobre cuatro ejes temáticos: 1) primeras experiencias de deseo y placer; 2) vivencias de abuso, 3) contexto terapéutico, y 4) experiencias de deseo y placer sexual en la actualidad y hacia el futuro.

En este sentido, el encuentro de la entrevista con las y los participantes, así como el análisis narrativo de los textos producidos estuvieron enmarcados en la propuesta teórica de las formas de narración rudimentarias de Gergen y Gergen (1986) y en el análisis narrativo dialógico de Frank (2012), y de Parker (2005). Las implicaciones sobre hacer este tipo de investigación son descritas con mayor amplitud en cada uno de los apartados que conforman este capítulo metodológico. Asimismo, en dicho capitulado presento a los seis participantes, las formas en las cuales pude acceder a contactarlos y hago una narración detallada sobre las características teóricas y metodológicas bajo las cuales ocurrieron nuestros encuentros. Igualmente, expongo las consideraciones éticas desde las cuales colaboré con las personas, así como los criterios de generatividad y utilidad (McNamee, 2010), que fundamentan la investigación.

El capítulo V, contiene el resultado del análisis narrativo dialógico. En análisis expone la re-construcción de las narrativas de las cuatro co-investigadoras y de los dos co-investigadores. En primer lugar, muestro las narrativas que identifiqué en el género de la comedia-novela (Gergen & Gergen, 1986; Parker, 2005), aunque con variaciones que me permitieron señalar temas específicos para cada una. En segundo lugar, expongo otras dos narrativas que estuvieron identificadas en el género de la epopeya heroica y de la tragedia respectivamente. Además, en cada una de las narrativas muestro cómo co-construimos temas como la fuerza del miedo (Frank,

2012), las carreras morales y los guiones de identidad (Parker, 2005); así como las relaciones entre estos elementos y los ejes temáticos que guiaron la entrevista y que describo en el Método.

La re-construcción de estas narrativas tiene como objetivo mostrar que tener vivencias como el abuso sexual durante la infancia puede generar en las personas diversas formas de narrarlas, más allá de la historia única de daño (O'Dell, 2003), de pérdida, de sufrimiento, de victimización y de re-victimización desde donde suelen relatarse. Esto no quiere decir que niegue que la vivencia puede dañar, o que esté de acuerdo con organizaciones de pedófilos que reclaman el derecho de los niños a elegir si desean interactuar sexualmente con adultos. Mi posición teórico-metodológica y política tiene que ver con la posibilidad de construir espacios para escuchar y dialogar con las personas quienes desafortunadamente tuvieron que pasar por este tipo de vivencias, pero para explorar su relato más allá de dichas vivencias hacia otras experiencias valiosas que les ayudaron a formarse no sólo como víctimas, sino como hijas, madres, profesionistas, hermanas, tías, esposas, novios, artistas, hijos, etc.; esto es, para cuestionar que sólo exista una forma de relatar estas historias y construir narrativas de vidas más habitables (Burr, 2015) y los procesos relacionales que las sostienen.

Por otra parte, en el capítulo VI presento el análisis temático el cual está enfocado en identificar los discursos culturales disponibles y dominantes que guiaron las narrativas de las y los participantes en el estudio. El producto del análisis fueron cuatro grandes temas: 1) las primeras construcciones del deseo y el placer; 2) los escenarios relacionales del abuso sexual infantil; 3) los discursos sobre el cuerpo abusado; y 4) los recursos relacionales de re-significación. En cada uno de los temas fui reflexionando sobre ¿cuáles son esos discursos dominantes sobre lo sexual del abuso en la infancia en un contexto situado? ¿cómo éstos pueden estar dirigiendo los relatos de las personas sobre en torno al deseo y el placer sexual? ¿cómo se

cruzan los discursos psicoterapéuticos con lo sexual del abuso en la infancia? Y ¿cuáles son las posibilidades de agencia y transformación que los individuos tienen para construir narrativas alrededor de los discursos dominantes disponibles?

Finalmente, en el capítulo VII discuto en torno a la potencia de la historia única del daño en las narrativas analizadas. Así como sobre la de los guiones terapéuticos o de sanación (Crossley, 2000), los cuales suelen complementar un discurso psicológico que con frecuencia guiaron parcial o totalmente las narrativas presentadas en el estudio. Asimismo, abordo la fuerza que el miedo tiene en los relatos y cómo ésta anima construir historias en las cuales los personajes se muestran paralizados, abrumados o con menos opciones para auto-narrarse más allá del miedo. Posteriormente, planteo cómo las normas de género están guiando las construcciones sobre el deseo y el placer sexual dentro de la matriz heterosexual (Butler, 2005). Adicionalmente, reflexiono sobre los recursos relacionales que identifiqué en las narrativas y cómo estos pueden ayudar a transformar los significados de las vivencias de abuso sexual infantil más allá del daño y el sufrimiento.

En este último capítulo también discuto sobre la importancia y utilidad del análisis narrativo dialógico como una herramienta para abordar temas como el abuso sexual infantil, cuyo interés público suele estigmatizar a las personas que lo vivieron, o tiende a invisibilizar a quienes lo ejercieron y las condiciones sociales que se los permitieron. Para terminar, planteo las aportaciones del estudio, así como los alcances y las posibilidades para investigaciones futuras sobre abuso sexual infantil en poblaciones mexicanas.

CAPÍTULO I

Una orientación socio-construccionista

*“lo que tomamos como lo que es la verdad
depende de manera importante
de las relaciones sociales de las cuales somos parte”¹*
Kenneth Gergen, (2015, p. 3, traducción propia).

El pensamiento empirista característico de la modernidad ha dominado desde la primera mitad del siglo XX la producción científica con el objetivo de controlar la naturaleza y al ser humano (Gergen, 2011; Ibañez, 1994). Entre las décadas de los sesenta y setenta del siglo pasado en el mundo intelectual europeo y anglosajón emergió un movimiento crítico de la hegemonía del método científico como el único medio para producir conocimiento válido (De la Garza & Leyva, 2012). Al mismo tiempo, el pensamiento postmoderno -entendido como aquel movimiento diverso que se opone y abandona los significados únicos y universales acerca del mundo y del conocimiento (Abbagnano, 2016)- permitió también hacer visible las afiliaciones sociales y políticas en las ciencias (Foster, 2015).

En ese contexto, autores desde diversas corrientes de pensamiento, por ejemplo la literario-retórica o la crítica social, compartieron posturas frente el empirismo-positivismo imperante (Gergen, 2010; Limón 2005), entre las que puedo citar el cuestionamiento sobre la forma lineal y acumulativa del desarrollo de la ciencia, así como la visibilización de las

¹ La cita en la lengua original es: “*what we take to be the truth importantly depends on the social relationships of which we are part*” (las cursivas son del autor).

condiciones históricas e ideológicas en torno a la producción del conocimiento (Gergen & Gergen, 2011a; Ibáñez, 1994).

Entre este amplio movimiento intelectual crítico, en la década de los ochenta, también aparecieron nuevas aproximaciones que son identificadas como construccionismo social: la psicología crítica, la psicología discursiva, el análisis del discurso, la deconstrucción y el postestructuralismo (Burr, 2015). Estas aproximaciones teóricas coinciden en posturas como: 1) la actitud crítica hacia el dar-por-sentado el conocimiento del mundo, 2) el argumento de que las categorías y los conceptos que usamos están social y culturalmente situados, 3) la interacción de las personas en la vida social como el origen de la producción del conocimiento, y 4) que cada pacto social produce diferentes construcciones sociales (Burr, 2015).

Asimismo, el construccionismo social es una orientación teórica abierta al diálogo entre ideas y valores diversos, la cual puede ser descrita como un conjunto de voces que reflexionan en torno a cómo se produce socialmente el conocimiento (Garay, Íñiguez-Rueda, & Martínez, 2001). Estas voces comparten posiciones anti-esencialistas y de cuestionamiento de la realidad como un espejo de la naturaleza (Rorty, 2010). Adicionalmente, se caracterizan por comprender al lenguaje más allá de la estructura de un idioma, o del acto del habla, para entenderlo como un acto performativo (Gergen, 2015).

Entre las posturas que se pueden nombrar como construccionismo social, yo haré referencia a la aproximación que se distingue por enfocarse en los procesos relacionales versus las estructuras individuales y sociales pre-existentes (McNamee & Hosking, 2012). De esta forma, el principal interés de una aproximación construccionista relacional está puesto en cómo las personas ‘hacemos juntas’ las realidades. Es decir, nos interesa comprender los procesos en los cuáles nuestras acciones invitan a ciertos tipos de respuestas de otros (humanos, tecnología,

ecología), en la inter-acción, en contraposición a las posturas tradicionales que se enfocan en ‘lo que yo hago’, buscando propiedades individuales y privadas (McNamee & Hosking, 2012). Por lo tanto, a lo largo del texto uso los términos construccionismo social, socio-construccionismo y construccionismo relacional como sinónimos, pero bajo las distinciones de éste último. En los siguientes apartados desarrollo con mayor amplitud las cuestiones del lenguaje, el self y lo dialógico como puntos relevantes desde la orientación relacional.

1.1 El lenguaje como acciones

“Las palabras no son inocentes”
Tom Andersen (1995, p. 6).

El construccionismo relacional sostiene que el lenguaje es una acción social cuya naturaleza pragmática construye realidades (Gergen & Gergen, 2011a; Vayreda, Tirado, & Domènech, 2005). Esta postura – derivada del giro lingüístico- se distingue de las perspectivas representacionistas y empiristas del lenguaje, que lo entienden como el contenedor de verdades objetivas y copia exacta del mundo (Gergen, 2011). La mirada construccionista, por otra parte, privilegia las interacciones como los espacios en los cuales se llevan a cabo las convenciones sobre el uso y significado del lenguaje (Gergen, Op Cit.), una postura alternativa a entenderlo como producto de procesos individuales e internos de las personas.

Por una parte, para el construccionismo la idea del lenguaje como acciones que construyen realidades proviene de la distinción entre enunciados constatativos y performativos de Austin (1962). Los primeros se refieren a declaraciones de hechos que se pueden verificar o no por medio de la observación (ej. ‘el sol se pone todas las tardes’), mientras que los segundos son afirmaciones que provocan cambios en los estados de las cosas (vg. ‘los declaro marido y

mujer'). De acuerdo con Gergen (2014), los enunciados constatativos también pueden entenderse como performativos. Particularmente, en ciencias sociales cuando describimos y nombramos a ciertas 'conductas' o 'efectos' de los fenómenos podemos estar invitando a responder y dirigir nuestras acciones hacia ellas en formas particulares.

Adicionalmente, las formas en las que describimos y explicamos el mundo son resultado de las relaciones de las cuales formamos parte (Gergen 2015). La metáfora de los juegos del lenguaje de Wittgenstein (citado por Gergen & Gergen, 2011a), permite mostrar que la forma en que utilizamos las palabras depende del contexto, puesto que responde a las convenciones sobre su uso a las cuales ha llegado una comunidad de sentido y fuera del cuál carecen de significado. Un ejemplo de la vida cotidiana es que si nos disponemos a jugar ajedrez no podemos aplicar las reglas hechas para las damas chinas, el juego no tendría sentido. Lo anterior también implica que no hay una relación preestablecida entre el mundo y las palabras fuera de las convenciones sociales (Gergen, 2015).

Para McNamee (2014) dichas convenciones se logran cuando las personas coordinan sus actividades con otros. Éstas coordinaciones sostienen interacciones futuras que tienden a convertirse en patrones o rituales, lo cual genera expectativas o estándares que llevan a la construcción de realidades, verdades, órdenes morales o discursos dominantes, los cuales tendemos a dar-por-sentado el mundo y no solemos cuestionar, por lo que sirven de justificación del 'sentido común' para futuras coordinaciones. Este proceso (ver Figura 1), puede ser confirmado, sostenido, cambiado o transformado en cualquiera de sus fases, las cuales no tienen necesariamente un orden de inicio, puesto que el proceso puede comenzar en cualquiera de éstas.

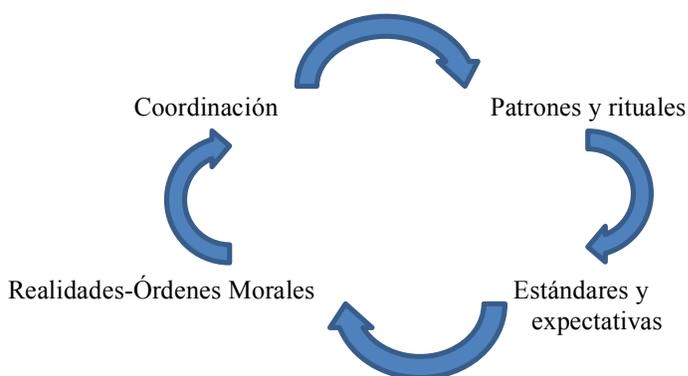


Figura 1. La construcción de visiones del mundo (McNamee, 2014, traducción propia).

Estos patrones no implican sólo el uso de palabras o de acciones sino que incluyen objetos, espacios y ambientes alrededor de nosotros que construyen ‘tradiciones culturales’ o ‘formas de vida’ (Gergen, 2015). Esto es, las palabras “impregnan habitualmente nuestras actividades, la forma de hablar y de movernos, así como los objetos que tenemos y cómo los usamos” (Gergen & Gergen, 2011a, p. 20). En este sentido, el lenguaje cumple una función creadora de los objetos, las emociones, los pensamientos o las intenciones a los cuales nombra (Garay, et al., 2001; Ibáñez, 1994). Asimismo, todas estas actividades se encuentran corporizadas (McNamee, 2014).

Ahora bien, para Gergen (2011) los patrones y rituales también pueden constituir ‘escenarios relacionales’ los cuales funcionan como esquemas que, a su vez, ordenan las acciones coordinadas futuras entre los sujetos, esto es, proveen secuencias establecidas y relativamente estructuradas de acciones que producen el “saber cómo” actuar, sentir o pensar de las personas en la vida cotidiana. Así, en algunas culturas cierto tipo de movimientos corporales, tonos de voz o miradas que se nombran como enojo, alegría o tristeza entre otras, están respondiendo a patrones relacionales complejos y situados que tienden a ser interiorizados por los individuos (Gergen, 2005). Esto es, las personas poseemos saberes los cuales ponemos en acción en contextos sociales específicos puesto que encuentran respuestas perfectamente coordinadas, es

decir, cada persona sabe qué hacer, o cómo reaccionar, frente a determinados movimientos, gestos o frases de los Otros en cada contexto (Gergen, 2015).

Estos esquemas también nos permiten participar en núcleos de inteligibilidad que Gergen (2011) explica como “‘interpretar/dar’ sentido mediante criterios propios de una comunidad particular” (p. 25). Los núcleos pueden ser totalizantes, por ejemplo cuando se comprende la vida con base en alguna teoría evolucionista; o específicos como cuando un método particular se aplica a un problema educativo; o puede ser que sólo permitan el entendimiento entre minorías como ciertos grupos con creencias religiosas. Aunado a lo anterior, tales núcleos se encuentran incorporados a través de los textos y de las prácticas científicas, políticas y culturales.

Por otra parte, las visiones del mundo (McNamee, 2014) también pueden ser comprendidas como discursos. De acuerdo con Parker (1990) los discursos van más allá de ser descripciones del mundo social, sino que lo categorizan en sistemas coherentes de significados, cuyo origen está localizado en el tiempo y en la historia. Así una vez que los objetos y tipos de personas se encuentran delimitados por los discursos, éstos se muestran como realidades. Por lo que, el discurso puede ser comprendido como “un conjunto de significados, metáforas, representaciones, imágenes, historias, y declaraciones entre otras, las cuales producen una versión particular de eventos” (Burr, 2015, p. 85, traducción propia).

A propósito, en el mundo social no sólo existe un discurso sino varios, los cuales pueden ser complementarios entre ellos, mientras que otros permanecen como opuestos (Parker, 1990). Sin embargo, los diversos discursos con frecuencia están articulados, de manera que en la práctica establecen los límites para lo que las personas podemos decir o representar, lo cual ofrece diferentes posibilidades de acción a los sujetos (Burr, 2015). Aunque, los discursos pueden dominar o prevalecer sobre otros, dependiendo de las relaciones de poder que reproducen

(Parker, 1990). Por ejemplo, las instituciones religiosas y médicas pueden proveer ejemplos sobre cómo los discursos sobre la sexualidad han predominado sobre otros, en determinados momentos de la historia y en el mundo occidental (Foucault, 2011).

Lo anterior no significa que las personas permanezcamos pasiva e irremediamente determinadas por los discursos dominantes, pues desde la visión construccionista poseemos la capacidad de transformar las realidades de las cuales participamos (Guilfoyle, 2014). De esta forma, los supuestos construccionistas parten de un proceso dialéctico de construcción de las personas como seres con agencia, pues si bien reconoce que los individuos vivimos entre los límites de instituciones y contextos de significados previos a nuestra existencia, también visibiliza nuestra participación activa en la construcción del mundo social (Burr, 2002).

En este sentido, las personas nos construimos subjetivamente a través de sistemas de significados que son formas de representarnos a nosotros mismos y nuestro mundo social, que constituyen lo que pensamos, decimos, sentimos, deseamos y lo que hacemos (Burr, 2015). Se trata de formas en las cuales nos relacionamos en la vida cotidiana, pero que están conformadas por el

conjunto de creencias y valores que gobierna la vida de una persona, mismo que, evidentemente, puede ser parcial o ampliamente compartido por otras, y que le imprime cierta inercia a las particulares formas de ser y de pensar manifiestas, aunque se desconozcan los orígenes y condiciones sociales de su configuración y eventual adopción (Limón, 2012, p. 56).

En los sistemas de significados también incorporan el papel de las voces relevantes de otros individuos, cuya importancia los integra como discursos dominantes en la interpretación de la experiencia de las personas (Limón, 2012). Asimismo, dichos sistemas poseen un carácter

dinámico, puesto que pueden alterarse, mezclarse con otros sentidos e incluso desaparecer, a partir de la propia interacción social o a través de la participación en procesos terapéuticos. Por otro lado, también podrían permanecer estáticos a lo largo de la historia personal.

La aproximación a los sistemas de significados está influenciada por una parte, por la propuesta de los sistemas de inteligibilidad de Gergen (que he expuesto antes); por otro lado, retoma la idea de la individualización de procesos políticos y sociales, planteada por Foucault, la cual es impuesta e internalizada como prácticas habituales e invisibles (Limón, 2012). De manera que, los sistemas de significados pueden reunir un amplio y diverso grupo de sentidos en torno a las preferencias, los conflictos, las verdades y las confusiones a través de las cuales nos relacionamos las personas en la vida diaria (Limón, 2012).

No obstante, la reflexión o cuestionamiento de este conjunto de creencias y valores suele ser poco frecuente entre las y los individuos, puesto que aparentemente permanecen en un estado de desconocimiento por parte de los propios sujetos y no siempre están claramente presentes en las narrativas de las personas (Limón, 2012). En este sentido, pueden aparecer como recuerdos en los relatos de sus experiencias, también podrían observarse como significados entreteljidos en las historias de vida, así como estar situados en los márgenes de las narraciones.

En esta última parte he comenzado a hacer referencia a las narraciones como los espacios en los cuáles se pueden observar, explorar y reflexionar sobre los sistemas de significados, los discursos y las visiones del mundo de las cuales forman parte las personas. Además, cuando hablo de historia (con minúscula), relato o narrativa –los cuáles desde otras perspectivas² tienen significados específicos- aquí los utilizo como sinónimos que son productos de la co-

² Por ejemplo, para Bolívar y Domingo (2006) la narración de una vida tal como la persona la ha vivido y/o la cuenta se puede nombrar como life story, récit de vie, narración o relato de vida; mientras que la elaboración de éstas a través de registros, entrevistas y otros tipos de documentos que permiten validar las narraciones o historias y que son realizadas por otros – investigadores o biógrafos- se les conoce como life history, histoire de vie o historia de vida.

construcción entre las personas participantes en el estudio y sobre las cuales delimité el significado y aproximación para este trabajo en el siguiente apartado.

1.2 Los procesos de co-construcción de narrativas

“Hoy te busqué
en la rima que duerme
con todas las palabras”
Gustavo Cerati (1999, 4).

Una de las características fundamentales de los seres humanos, para el construccionismo social, es la propensión a encuadrar sus experiencias dentro de estructuras narrativas (Burr, 2002). De acuerdo con Riessman (2008), las personas y los grupos tendemos a usar las narrativas para diversos fines como: recordar el pasado, argumentar sobre determinada idea, justificarla o para convencer a sus escuchas sobre la veracidad de un relato. También, las narrativas suelen usarse para comprometer a la audiencia con la experiencia de quien narra –cuando se cuenta un cuento o se mira una obra de teatro-, así como para entretener e incluso para engañar a los espectadores.

Particularmente, Frank (2012) señala que los relatos funcionan con y para las personas y siempre sobre ellas, en el sentido de que afectan los límites de lo que la gente puede ver como real o posible en la vida cotidiana; asimismo, las estructuras narrativas sirven como indicadores sobre lo que vale la pena hacer o lo que es mejor evitar. De manera que, cuando las personas narramos algún acontecimiento, más allá de contar la ‘verdad’ o reflejar ‘la realidad’ sobre éste, lo que hacemos es apegarnos a convenciones narrativas situadas (Gergen, 2011).

En efecto, no podemos hacer relatos de cualquier manera³. De acuerdo con Gergen (2011), en la cultura contemporánea una historia bien formada estaría construida a través de las siguientes propiedades: 1) establecer un punto final interesante; 2) elegir los hechos relevantes para una conclusión del relato; 3) disponer ordenadamente los acontecimientos posiblemente en forma lineal y progresiva; 4) presentar a los personajes de la historia con una identidad continua y coherente en el tiempo; 5) ofrecer una explicación causal que lleve al resultado planteado; e 6) indicar claramente el principio y final de la historia. Para el autor citado, en la medida que el relato cumple con estos puntos es capaz de lograr el entendimiento entre las personas.

Adicionalmente, esta postura sostiene que las narrativas no se encuentran dentro de la cabeza de los individuos, sino que se construyen en las relaciones. Cuando conversamos las personas estamos coordinándonos para producir un significado particular, cuyos límites se encuentran en los repertorios social y culturalmente disponibles (Sparkes & Smith, 2008). Entonces, las narrativas se entienden como co-construcciones, más allá de las realidades subjetivas individuales, las cuales están situadas, es decir, contextualizadas en relación con múltiples actos/textos histórico-culturales (McNamee & Hosking, 2012).

³ Al respecto, Aristóteles parece haber sido el primero en analizar la estructura de los textos, particularmente del género de la tragedia sostuvo que el orden de la trama constituía su distinción más importante, puesto que se caracterizaba por tener un principio, un medio y un fin (Aristóteles, 1948). Posteriormente, autores como William Lavob, Stein y Glenn, así como Jerome Bruner, Paul Ricoeur y Roland Barthes, realizaron diversas propuestas sobre los elementos que podrían constituir las narraciones, así como el orden en el cuál éstas se deberían presentar. Sus formulaciones abarcan análisis literarios, de materiales hablados, escritos o visuales, así como de relatos de experiencias personales en la vida cotidiana (Ochs, 2000; Riessman, 2008).

En otras palabras, partimos del supuesto construccionista de que los seres humanos pensamos, percibimos, imaginamos y tomamos decisiones morales de acuerdo a las estructuras narrativas que están disponibles en nuestro contexto (Sarbin, 1986), y que dependen de las relaciones en las cuales participamos. Para algunos autores las estructuras narrativas pueden comprender una amplia gama de formas discursivas que incluyen géneros populares y cultos (Ochs, 2000); sin embargo, para Gergen y Gergen (1986) existen tres formas básicas o rudimentarias (Figura 2) sobre las cuales se constituyen las tramas de las narrativas más complejas.

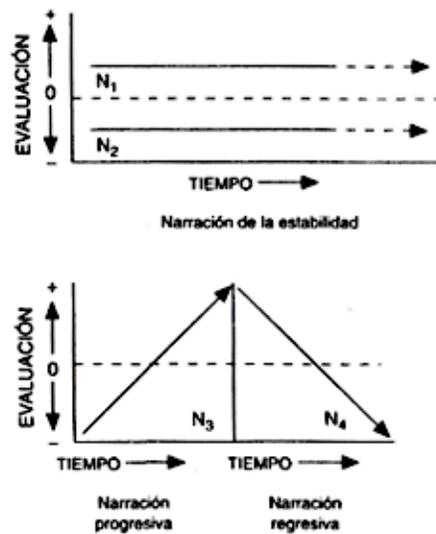


Figura 2. Formas narrativas básicas.
Tomado de Gergen (1996)

En primer lugar, la narración progresiva es la que asocia hechos cuya evaluación se incrementa con el avance del tiempo y con ello se acerca a los objetivos de la historia. Esto es, una persona puede mostrarse comprometida con una narración progresiva cuando evalúa su experiencia y deduce que “la confianza en mí misma ha aumentado y esto me ha permitido conseguir mejores oportunidades en mi vida laboral y en las relaciones de pareja”.

En segundo lugar, en la narración regresiva el movimiento es opuesto y decrece con respecto a la temporalidad, de manera que se aleja de las metas esbozadas en el relato. Por ejemplo, un individuo puede argumentar que “nunca he tenido suerte en las relaciones románticas, por lo tanto, mi futuro en ese ámbito será incierto”. En tercer lugar, en la narración de estabilidad los eventos están vinculados sin cambios aparentes con respecto a la meta planteada en el relato. Así, un sujeto podría decir sobre sí mismo que “siempre he sido una persona obstinada, como el dicho que reza: genio y figura, hasta la sepultura”, para sostener la coherencia de sus acciones a través del tiempo.

A partir de las formas básicas se podrían generar infinidad de relatos más complejos, aunque cada cultura suele delimitar el repertorio de las posibles combinaciones (Gergen & Gergen, 1986). Por ejemplo, en el mundo occidental el esquema de una narrativa trágica estaría compuesta por una narración progresiva a la cual le seguiría, en un periodo de tiempo muy corto, a una de tipo regresivo; mientras que una narración del tipo comedia-novela presentaría la combinación de la narración regresiva seguida de una progresiva.

Como se ha visto, el tiempo juega un papel importante en las autonarraciones que producen las personas. De acuerdo con Gergen (2011), en los relatos se establecen ciertas conexiones temporales que otorgan coherencia a los eventos a través de una vida, lo cual permite que sean inteligibles. Por otra parte, las historias que abarcan periodos amplios de tiempo se consideran macronarrativas, mientras que las que relatan eventos de corta duración son llamados por el autor micronarrativas.

De manera que, a partir del origen social y de los usos y formas de las narrativas, en el presente trabajo comprendemos a una narrativa como: a) el producto de la construcción colaborativa entre sujetos, es decir, constituye una co-construcción; b) es producida en el espacio

relacional; c) inscribe a los individuos en los guiones culturales, normativos y hegemónicos, disponibles; d) al mismo tiempo las personas participan activamente para transformarlos; e) posee una temporalidad, establece causalidades, produce relaciones entre acontecimientos y actores; f) puede ser una vía de acción para los sujetos narrativos, quienes se muestran inestables, contradictorios y múltiples; y g) entiende a la experiencia como aquello que las personas hacemos en una participación relacional (Gergen & Gergen, 2011b; Martínez-Guzmán & Montenegro, 2014; Schöngut & Pujol, 2015).

Ahora bien, las narrativas que las personas construimos relacionamente y la utilidad que tienen para el entendimiento en la vida cotidiana, nos proporciona una amplia gama de posibilidades de estudio (Riessman, 2008). El interés por la investigación narrativa derivó del llamado giro postmoderno que, aunado a la crisis del paradigma positivista, facilitó un movimiento biográfico-narrativo en el que se cuestionó la hegemonía de las grandes narrativas en la ciencia. De igual forma, las ciencias sociales, como la sociología, la antropología y la psicología social, revalorizaron y recuperaron el interés por la dimensión personal cuando se permitieron enfocar el estudio de la identidad, de los significados, del saber práctico y de la vida cotidiana (Biglia & Bonet-Martí, 2009; Bolívar & Domingo, 2006).

El auge de la investigación narrativa en las ciencias sociales respondió también al intento de reconocer y recoger los relatos de los sujetos, con respecto a cómo éstos producen sentido y conducen su vida versus el enfoque de la investigación tradicional en la cual se considera que las creencias, valores u opiniones expresadas por las personas que participan de un estudio obstaculizan los hallazgos de los investigadores (Martínez-Guzmán & Montenegro, 2014). Particularmente, para la psicología la narrativa es “una metáfora fructífera para examinar e interpretar la acción humana” (Sarbin, 1986, p. 19, traducción propia).

De manera que, el análisis de la narrativa puede ser comprendido como “una familia de métodos para la interpretación de textos⁴ que tienen en común una forma historizada” (Riessman, 2008, p. 11, traducción propia). Sin embargo, frente a la amplitud de posibilidades de abordar la investigación narrativa⁵, en el presente estudio me adhiero a las posiciones que plantean que el objetivo central es indagar sobre las construcciones particulares que hacemos las personas, es decir, cómo describimos y explicamos el mundo (Gergen, 2015). De esta forma, la investigación narrativa va más allá de la exploración del contenido del texto, puesto que le interesa las diversas formas en que pueden ser contadas las historias (Martínez-Guzmán & Montenegro, 2014).

Desde ahí, la investigación narrativa permite plantear una relación colaborativa, un acercamiento al conocimiento práctico y a la experiencia de determinadas personas (Bolívar & Domingo, 2006). Además, en la narrativa se articulan las dimensiones biográfica, histórica y social, puesto que permite -de manera simultánea- el enfoque del contexto social del sujeto y en el punto de vista de la persona que está construyendo la historia (Martínez-Guzmán & Montenegro, 2014). Por lo que da cuenta de la vinculación de ciertos valores, normas y convenciones sociales, esto es, puede informar de los discursos dominantes y de los sistemas de significados presentes en los relatos, así como de las posibles transformaciones que las personas hacen sobre ellos.

Otra característica de la investigación narrativa es el papel activo o de agencia que –como he mencionado antes- le otorga a las personas en la construcción de las historias, debido a que esta producción implica “un trabajo de selección, de ordenamiento y concatenación, lo que

⁴ Los textos que pueden ser analizados suelen ser diversos y entre éstos podemos mencionar los materiales visuales, orales y escritos realizados por individuos, grupos, comunidades u organizaciones. En general, quien investiga está interesado en cómo los sujetos organizan los eventos en secuencias de lenguaje o de imágenes para comunicar significados (Riessman, 2008).

⁵ Una revisión amplia sobre las diversas posturas sobre el origen y características de la investigación narrativa se puede consultar el artículo de Gergen y Gergen (2011b): ‘Narrative tensions. Perilous and productive’. *Narrative Inquiry*, 21 (2), 374-381.

implica establecer márgenes, delimitar, incluir o descartar elementos” (Martínez-Guzmán & Montenegro, 2014, p. 114). Sin embargo, desde una orientación relacional las narrativas emergen también como co-construcciones en las cuales participa activamente la investigadora (McNamee & Hosking, 2012). Es decir, la posición jerárquica de la investigadora sobre las o los participantes en el proceso de investigación suele perder sentido, dando paso al planteamiento de relaciones más horizontales y de colaboración (Gandarías, 2014; Losantos, Montoya, Exeni, Santa Cruz, & Loots, 2016).

Por lo tanto, desde esta particular visión socioconstruccionista, el análisis de la narrativa tiene el objetivo de realizar una re-construcción de los textos co-producidos en relación con los contextos situados de cada investigación (McNamee & Hosking, 2012). De manera que el objetivo central es

preservar en lo posible las relaciones entre el texto y el contexto, para articular voces que han sido silenciadas, oprimidas y excluidas, y en este sentido re-situar las voces o historias dominantes, para facilitar un juego de diferencias, y abrir nuevas realidades y relaciones posibles (McNamee & Hosking, 2012, p. 51, traducción propia).

Esta forma de re-construir el texto, como un análisis narrativo, es el que incorpora no sólo el contenido del lenguaje sino que interroga las intenciones de lo dicho. Por ejemplo, Riessman (2008) apunta a cuestionar ¿quién construye *esa* historia y para qué? ¿por qué se cuentan los sucesos en ese sentido? ¿cuáles son los temas culturales que la historia da por sentado? ¿qué tipo de tramas observamos? ¿cuál es el objetivo de la historia? ¿cuáles son las inconsistencias que sugieren la emergencia de relatos alternativos o contra-narrativas? Estas preguntas ayudan a colocar la atención en la singularidad del relato y de quiénes son las o los autores y cuál es la audiencia a la que está dirigido.

Por otra parte, Parker (2005) señala que en el proceso de re-construcción del texto uno de los pasos centrales para considerar es identificar el género de la narrativa. El autor propone preguntarse: si esta narrativa fuese un libro ¿de qué tipo sería? ¿cuál sería el género que representaría?. Esto permite también hacer un análisis reflexivo por parte de la investigadora y abre una discusión sobre cómo cada narrativa puede estar conectada con otras narrativas más amplias.

En este mismo sentido, se propone examinar cuáles podrían ser las ‘carreras morales’ (Parker, 2005) en las narrativas. El término es útil para señalar los periodos específicos en los cuales inician y terminan algunos aspectos en las historias, sobre todo son de interés los de duraciones cortas y con relación a mundos sociales específicos. Por ejemplo, una ‘carrera moral’ puede ser participar en terapia, pues implica periodos relativamente cortos dentro de la vida de las personas y representa un mundo social específico de la psicoterapia, las/los consultantes y las/los terapeutas. Otro puede ser los procesos legales de denuncia del delito de abuso sexual infantil, que conlleva un contexto de instituciones de justicia y que implica periodos de vida de las personas.

Otro término útil para la re-construcción de los textos de Parker (2005) es el de ‘guiones de identidad’ los cuales se encuentran disponibles en la cultura. Entre estos guiones puedo citar las identidades de ‘víctima’ o ‘sobreviviente’ en torno al abuso sexual infantil y que son de uso común en la literatura académica, en el activismo y en el lenguaje de la vida cotidiana. Explorar estos guiones permite identificar algunas tensiones, conflictos o contradicciones entre identidades en las narrativas, así como las posibles formas en las cuales las personas responden a éstos y tratan de encontrarles una coherencia en la narrativa.

Por otra parte, con respecto a la forma de realizar la indagación, Frank (2005) señala que ésta implica entrar en una relación dialógica, es decir, reconocer al Otro como un ser del cual no podemos ‘decirlo todo’; al mismo tiempo que podemos reconocer que su voz ha entrado en la nuestra y tomar responsabilidad de la relación. De esta manera, iniciar el diálogo –más allá de hacer una entrevista- significa que no somos pasivas cuando escuchamos las historias de las y los participantes, sino que nos comprometemos con cada una de las personas no sólo para reportar una vida sino para participar como testigo comprometida y escucha compasiva (Ellis & Rawicki, 2013) de las reflexiones y transformaciones que las personas hacen en sus relatos.

Para lograrlo, Frank (2012) sugiere algunas preguntas para la co-construcción del diálogo en la indagación son: ¿cuál es la participación de cada uno, incluido el narrador y protagonista de la historia, y de los escuchas quienes están presentes en la narración, y de otros quienes pueden no estar presentes pero están implicados en la historia? ¿cómo la historia, y la forma particular en que es dicha, define o re-define estas participaciones? ¿cómo la historia cambia para las personas el sentido de lo que es posible, lo que está permitido y lo que es responsable o irresponsable?

Adicionalmente, un análisis narrativo dialógico se caracteriza por el interés en las formas de las narrativas más que en encontrar la verdad de los sucesos (Frank, 2012). En las narraciones las percepciones y la memoria están filtradas a través de recursos narrativos –como las formas básicas y los esquemas culturales disponibles que he mencionado antes- los cuales tienden a transformar y expandir los relatos. En las narraciones organizamos los hechos, más allá de representarlos, por lo que éstos no son un reflejo o copia exacta de lo que puede tomarse como la realidad (Vayreda, et al., 2005). Asimismo, cada historia se encuentra ajustada al tipo de audiencia a la cual está dirigida, puesto que se trata de un proceso relacional (McNamee &

Hosking, 2012), así las historias cambian dependiendo de con quién están co-construidas, quién las complementa y quiénes serán las audiencias (Gergen, 2011).

Por último, Parker (2005) señala que en el espacio para la re-construcción del texto las personas que participamos tenemos una oportunidad para reflexionar sobre los límites de nuestras identidades, lo cual abre la posibilidad de una transformación en la investigación de nuestras propias vidas. Desde esta visión la construcción del relato es entonces un proceso de creación de realidades, en la cual el Yo (narrador) forma parte de la historia como el autor y el personaje central (Goolishian & Anderson, 1998), cuyas implicaciones teóricas y prácticas profundizo en el siguiente apartado.

1.3 Des-esencializando al Sí mismo

“Como psicólogos sociales, nuestra tarea debe ser la misma. Tenemos que mirar detrás de las teorías e investigaciones que han formado esta sub-disciplina de la psicología aproximadamente durante los últimos 100 años y preguntarnos a nosotros mismos qué tipo de personas somos y podemos ser de acuerdo con esos relatos”⁶
Vivien Burr (2002, p. 2, traducción propia).

Desde la orientación socioconstruccionista el Sí mismo, Self o Yo, también son productos del proceso de coordinación relacional, que ya he mencionado antes, en el cual se produce activamente significados sobre lo que en la vida cotidiana tomamos como lo real, lo verdadero, lo racional y lo bueno (Gergen, 2015). Por lo que, la autonarración de la vida –por el Sí mismo– tiene carácter dialógico puesto que

las narraciones del yo no son posesiones fundamentalmente del individuo sino de las relaciones: son productos del intercambio social. En efecto, ser un yo con un pasado y un

⁶ La cita en la lengua original es: “As social psychologists our task must therefore be the same. We have to look behind the theories and research that have made up this sub-discipline of psychology over approximately the last 100 years and ask ourselves what kind of persons we are and can be according to its accounts”.

futuro potencial no es ser un agente independiente, único y autónomo, sino estar inmerso en la interdependencia (Gergen, 2011, p. 232).

En la aproximación relacional del Sí mismo, éste se comprende como una narración que se vuelve inteligible debido a las relaciones en las cuales participa (Gergen, 2011). Esto es, se comprende como un ‘ser múltiple’ (Gergen, 2015) como resultado de diversas relaciones con Otros – familiares, amistades, amores, maestros o maestras, agresores y víctimas entre otros- a lo largo de la vida (ver Figura 3). Las relaciones también puede incluir a personajes de la literatura, la historia, figuras religiosas o de la música, la televisión u otros, a través de los cuales se van delineando valores, ideales, estilos, sistemas de significados que marcan nuestras múltiples potencialidades de ser (Gergen, 2015).



Figura 3. Representación de las múltiples relaciones del ser.
Tomado de Gergen (2015)

Por lo tanto, los Otros poseen un papel activo en nuestras autonarraciones, en el sentido de que su participación puede confirmar o negar las versiones que ofrecemos sobre nosotros mismos (Vayreda, et al., 2005). Especialmente cuando relatamos alguna experiencia, nuestros

relatos se van tejiendo con los de otras personas, por lo que en ciertos puntos mi historia puede sostener la de otro individuo, que a su vez confirma o refuta la mía; se requieren ciertos actores de apoyo para nuestras historias, pero nosotros también somos actores secundarios de los relatos ajenos (Gergen, 2011).

De esta forma, la elaboración de las autonarraciones cumple con los objetivos de sostener, intensificar o impedir formas de acción. Las personas co-creamos los relatos sobre quiénes somos, con el objetivo de explicar(nos) las diversas discontinuidades que experimentamos a lo largo de la vida. Además, las narrativas que co-construimos nos ayudan a encontrar el sentido en el presente, así como hallar la dirección a nuestras vidas (Goolishian & Anderson, 1998), y permiten el planteamiento de expectativas hacia el futuro.

Frente a la multiplicidad del ser, éste se muestra inestable –a veces incoherente- y en conflicto entre valores. Para el construccionismo social esta situación es el resultado del proceso de las diferentes ideas sobre el mundo que aportan cada una de las relaciones de las cuales forma parte la persona (Gergen, 2015). Adicionalmente, dichas relaciones suelen llevarnos a la constante re-significación, es decir, a mostrar diferentes interpretaciones sobre nuestra experiencia en distintos periodos de la vida (Gergen, 2011). Por lo tanto, el Sí mismo narrador tiene el potencial de expresarse en múltiples formas, puesto que para esta aproximación no es comprendido como el eje de una identidad fija ni continua con la que suele representarse (Gergen, 2015).

Desde estos supuestos, el género es comprendido como una de las potencialidades de las personas, más allá de entenderse como una marca inamovible que define a la identidad o la esencia de éstas (Burr, 1998). De manera que, a partir de estas ideas y reconociendo que se ha desarrollado un campo importante, amplio y diverso de investigaciones feministas sobre ¿qué

entendemos por género y cómo éste es construido? (De Miguel, 2014; Cabrera & Vargas, 2014), en el presente estudio me aproximé desde la propuesta de Butler (2014), quien lo comprende como:

el medio discursivo/cultural a través del cual la <<naturaleza sexuada>> o <<un sexo natural>> se forma y establece como <<prediscursivo>>, anterior a la cultura, una superficie políticamente neutral *sobre la cual* actúa la cultura... Esta producción del sexo como lo prediscursivo debe entenderse como el resultado del aparato de construcción cultural nombrado por el *género* (pp. 55-56).

De esta forma, el sexo es también comprendido como una construcción social llevada a cabo a través de discursos que lo presentan como si fuese una realidad natural y pasiva sobre la cual se inscribe lo ‘cultural’, es decir, el género (Butler, 2014). Aunque, es el género el que produce el sexo –en la repetición de actos- precisamente como una materialidad que lo precede y que lo muestra como el fundamento de la diferencia sexual binaria y opuesta de los géneros (Butler, 2014).

Adicionalmente, Butler (2014) argumenta que el género vuelve a las personas inteligibles entre sí, esto es, a partir de una marca de género podemos ser entendidas como mujeres u hombres en las relaciones sociales. De esta forma, las personas realizamos o llevamos a cabo actos a través de los cuales creamos, y re-creamos, en cada acción que repetimos reiteradamente, los géneros diferenciados y polarizados en femenino y masculino (Butler, 2014). Esto es, la ‘naturalización’ de los géneros nos obligan a dar por sentada la creencia en la necesidad de su existencia, lo cual dificulta el cuestionamiento de su carácter construido.

Lo anterior también es posible debido a las normas de género las cuales dirigen y sancionan qué es lo que debe reproducirse (Butler, 2005). Estas normas van más allá de las

instituciones o leyes sociales, más bien se trata de mandatos culturales implícitos sobre cómo debe ser lo femenino y lo masculino, los cuales permiten generar la impresión de que existe un género original el cual deberíamos reproducir y aspirar a llegar a ser; no obstante, el esfuerzo realizado en la repetición del género que nos ‘corresponde’ debido a nuestro ‘sexo’ es una imitación sin un original al cual imitar (Butler, 2005). De esta forma, los ‘yo’ culturalmente inteligibles se encuentran “parcialmente articuladas sobre matrices de jerarquía de género y heterosexualidad obligatoria, y operan a través de la repetición (Butler, 2014, p. 282).

Por lo tanto, para Butler (2014) los cuerpos se vuelven inteligibles a partir del establecimiento de la heterosexualidad como una pre-condición que produce mujeres y hombres en un sistema binario necesario que rige la atracción entre sexo y géneros estables que se corresponden -masculino expresa hombres y femenino es igual a mujeres-, cuya atracción se define históricamente como opuesta. De esta forma, la autora propone la matriz heterosexual, que para ella es entendida como:

la rejilla de inteligibilidad cultural a través de la cual se naturalizan cuerpos, géneros y deseos. He partido de la idea de <<contrato heterosexual>> de Monique Wittig y, en menor grado, de la idea de <<heterosexualidad obligatoria>> de Adrienne Rich para describir un modelo discursivo/epistémico hegemónico de inteligibilidad del género, el cual da por sentado que para que los cuerpos sean coherentes y tengan sentido debe haber un sexo estable expresado mediante un género estable (masculino expresa hombres, femenino expresa mujer) que se define históricamente y por oposición mediante la práctica obligatoria de la heterosexualidad (p. 292).

En este sentido, es la heterosexualidad la que produce mujeres y hombres dentro de un sistema binario y asimétrico, que rige la atracción entre sexos y géneros opuestos. Esta matriz

genera identidades posibles, así como otras tantas que carecen de reconocimiento puesto que no corresponden con el binario, ni con el deseo, ni con el sexo a través de los cuales se pueden volver identidades culturalmente inteligibles (Butler, 2009). Por lo tanto, para que el género sea creado y re-creado es necesario que se repitan:

...los actos y los gestos, los deseos organizados y realizados, crean la ilusión de un núcleo de género interior y organizador, ilusión preservada mediante el discurso con el propósito de regular la sexualidad dentro del marco obligatorio de la heterosexualidad reproductiva (Butler, 2014, p. 266-267).

Para este punto de vista, el género es además un “*estilo corporal*” (Butler, 2014, p. 271). Esto es, el cuerpo no es sólo un recipiente o un ente pasivo que espera la inscripción de la cultura sobre una superficie ‘natural’. El propio cuerpo está formado discursivamente, sin embargo esto no implica que el cuerpo sea todo construido o sólo una construcción, sino que se encuentra dotado de significados a través de discursos históricos (Butler, 2011). Así, los cuerpos son comprendidos no sólo como materia pura sino como formas de vida que importan dentro de marcos históricos específicos (Butler, 2011).

En este sentido, desde esta visión el cuerpo sexuado es el producto de una norma que lo produce y lo naturaliza al repetirse a sí misma (Butler, 2005; 2014), lo cual permite la inteligibilidad de los cuerpos en la relación social. Así, desde esta aproximación se abren otras posibilidades para desnaturalizar las categorías fijas y los significados establecidos, para comprender la construcción del género como un proceso (Haré-Mustin & Marecek, 1990). Esto no quiere decir que lo que sucede en el cuerpo no exista más allá del discurso o que no tenga consecuencias reales, sino que lo que podemos saber y decir sobre la corporeidad está construido en el lenguaje (Burr, 2015).

Por otra parte, Foucault (2011) señala que desde el siglo XVIII las sociedades occidentales parecen haber iniciado el montaje de un aparato para producir los discursos sobre cómo es el sexo y cómo debe experimentarse. Esto es, la construcción social e histórica de la sexualidad, así como su centralidad en la vida de las personas de estas sociedades (Vendrell, 2004; Weeks, 2007). De acuerdo con Foucault (2011), en occidente se ha llevado a cabo un largo proceso para la construcción del conocimiento sobre el sexo, desde la práctica cristiana de la confesión -a través de una relación jerárquica de poder- hasta la medicalización de la sexualidad. De esta forma, en los ámbitos legales y biomédicos dominaron las explicaciones sobre el sexo, las cuales fueron estableciendo las condiciones de una sexualidad ‘normal’, que al mismo tiempo patologizó todas aquellas conductas que no respondían a sus estipulaciones (Janssen, 2008; Malón, 2008).

En este marco en la cultura occidental se han desarrollado una serie de ‘modelos’ para representar y explicar cómo las mujeres y los hombres experimentan la sexualidad, específicamente las relaciones sexuales. Entre estos se encuentra el modelo de la respuesta sexual humana (excitación, meseta, orgasmo, resolución y fase refractaria) (Rubio & Revuelta, 2007), que usó el método experimental para explicar cómo se debían experimentar las relaciones sexuales. En este modelo se da por sentado que las personas experimentan atracción por el sexo opuesto y se parte del supuesto de que existen partes del cuerpo cuya función responde a la producción del placer sexual. Al respecto Butler (2014), llama la atención sobre estas construcciones en el cuerpo:

El hecho de que el pene, la vagina, los senos y otros elementos del cuerpo sean *llamados* partes sexuales es tanto una restricción del cuerpo erógeno a esas partes como una división del cuerpo como totalidad. En realidad, la <<unidad>> que la categoría de sexo exige al

cuerpo es una *desunidad*, una división y compartimentación, así como una reducción de la erotogeneidad (Butler, 2014, p. 230).

De esta forma, los discursos sobre el placer se han narrado desde la visión binaria y opuesta de la normas de género (Butler, 2005). Para empezar, desde la sexología se ha relacionado al placer directamente con la fase del orgasmo dentro de el modelo de la respuesta sexual humana antes citado (Organización Panamericana de Salud [OPS]/Organización Mundial de la Salud [OMS]/Asociación Mundial de Sexología [AMS], 2000); pero este discurso ha también establecido diferencias entre las formas de placer femenino y el masculino. Particularmente, la ideología judeo-cristiana parece haber contribuido en la producción de normatividades diferentes y desiguales del placer femenino y masculino (Sanz, 2015). En este sentido, los mandatos sobre el deseo y el placer femeninos y masculinos han puesto en el centro al cuerpo –específicamente los genitales- para definir qué es lo correcto o lo incorrecto en el sexo (Tena, 2014).

Sin embargo, el discurso del placer como sinónimo de una reacción fisiológica homogénea a través del orgasmo ha sido cuestionado desde la experiencia de las mujeres. Por ejemplo, Fahs (2014) exploró las situaciones y motivos por lo que algunas mujeres podrían mostrar un orgasmo falso. La autora observó que las mujeres lo simulaban por diversos motivos, por ejemplo, cuando querían reforzar las habilidades sexuales de su compañero o para evitar herirlo; también cuando deseaban terminar el sexo rápidamente debido al cansancio físico o emocional; finalmente, podían fingir el orgasmo para evitar sentimientos de anormalidad y vergüenza por no tener un orgasmo ‘real’. Lo cual puede significar un fallo en la performatividad del placer sexual femenino que permite cuestionar su supuesta ‘naturaleza’.

Por otra parte, los estudios antropológicos también han descrito cómo las normas de género crean y re-crean vivencias diferenciales del placer. Particularmente, Lagarde (2005) propone que para las mujeres la vivencia del cuerpo y del placer puede ser experimentada desde el *ser para otros* (Lagarde, 2005). Esto es, desde un cuerpo ocupado por otros y asociado principalmente a la maternidad, el cual se explora sólo con fines de limpieza o embellecimiento, pero que es interiorizado a través del silencio y la prohibición antes que de la vivencia de placer. Para Lagarde (2005), el erotismo femenino también suele estar enmarcado en el heteroerotismo obligatorio, adulto, genital, coital y pasivo; asimismo, por la asociación de la experiencia de placer con el amor a través de significados de renuncia y de entrega hacia otros.

Al respecto, algunas observaciones en poblaciones de la Ciudad de México y del área metropolitana, han mostrado que para las niñas las primeras exploraciones del cuerpo para experimentar placer, ocurren desde la infancia y por influencia de otras jóvenes; asimismo, se ha reportado que esta vivencia puede estar acompañada de emociones como el agrado, por una parte, y por culpa y/o vergüenza por otra (Sapién & Córdoba, 2011). Además, comportamientos como los besos en la boca y la masturbación ocurren entre los 14 y 16 años, mientras que el primer coito sucede, en promedio, alrededor de los 19 años. El promedio de parejas que la vida de las mujeres es de 4.68 (García-Rodríguez, 2013).

Los estudios citados coinciden en que el ejercicio del placer sexual pueden implicar la tensión entre discursos religiosos y científicos (Sapién & Córdoba, 2011). Mientras que en otro estudio (Estrada, Wong, Pérez, & Pacheco, 2008), las mujeres entrevistadas dijeron que preferían no hablar o negar este tipo de vivencias por temor al castigo; también porque consideraban que era una práctica mala o algo que sólo los hombres pueden hacer. Asimismo, se ha interpretado que otras participantes en investigaciones con mujeres, de la Ciudad de México,

podrían estar tratando de conservar una imagen ideal de virginidad y monogamia, los cuales son valores importantes en dicho contexto (García-Rodríguez, 2013).

Con respecto a la experiencia del placer sexual de los hombres, parece estar enmarcada en las normas sobre la masculinidad, la cual “ocupa la posición hegemónica en un modelo dado de las relaciones de género” (Connell, 2003, p. 116). Para Connell y Messerschmidt (2005), son los cuerpos en donde se generan las prácticas sociales – por ejemplo en el deporte se liga la heterosexualidad con la masculinidad en la cultura occidental- y se encarna la hegemonía. Entre estas prácticas sociales, el placer puede vivirse desde el ejercicio del poder o el placer de observar a las mujeres como objetos, así como vivir el coito como un desahogo (Donoso, 2002). Especialmente, estas prácticas estarían situando a los hombres con el derecho al placer, el cual no ejercen de igual manera las mujeres (Donoso, 2002).

Por su parte, Lagarde (2005) sostiene que –en nuestro contexto cultural- el aprendizaje del placer sexual para los varones ocurre a través de prácticas eróticas que son llevadas a cabo con grupos de pares, cuyo conocimiento gira en torno a cómo obtener y cómo dar dicho placer. Al respecto, Sanz (2015) afirma que “el varón es educado para que ocupe la posición superior del poder patriarcal en los diversos ámbitos de su vida, incluido el terreno sexual” (p. 69). Mientras que Nuñez (2015) señala que los hombres están orientados para ser activos y decidir sobre sus expresiones eróticas, incluso cuando tienen sexo con otros hombres.

En algunos estudios con poblaciones mexicanas, Sapién y Córdoba (2011) hallaron que los jóvenes varones iniciaban con experiencias autoeróticas entre los 11 y 13 años. Se trataba de prácticas fomentadas con mayor permisividad, que el caso de las niñas, eran más abundantes y vinculadas con el ejercicio del poder en las relaciones sociales. La experiencia podía ser realizada en grupos de pares, en la cual se hacía una exhibición de la hombría, los jóvenes que

tenían más conocimientos eran halagados por los neófitos, quienes la significaban como una aventura que en sí misma era placentera y reconfortante, que podía nombrarse como “hacerse una chamarra”, “hacerse una chaqueta”, “una chaira” (Sapién & Córdoba, 2011).

Por otro lado, Alcántara y Amuchástegui (2004) observaron que en un grupo de hombres diagnosticados con disfunciones sexuales tendían a definir el placer sexual como el equivalente del orgasmo, esto es, enmarcado en el modelo fisiológico de la respuesta sexual humana, mientras que el deseo sexual fue narrado por esos varones como “una fuerza irrefrenable ligada al pene y sus representaciones” (Alcántara & Amuchástegui, 2004, p. 177). Al respecto, Sanz (2015) señala que

“la fijación fálica lleva a desarrollar un tipo de erótica masculina y de percepción de su sexualidad centrada básicamente en la genitalidad, y a considerar que esa es la forma de sexualidad <<normalizada>>, adquiriendo, por el contrario, un escaso desarrollo en otro tipo de sensaciones que tanto a nivel del cuerpo como de fantasías no se centren en la genitalidad” (p. 70).

Precisamente, en el discurso del modelo de respuesta sexual humana el deseo sexual se presenta como la fase de motivación previa a la actividad sexual. Esta aproximación forma parte del discurso único de la sexualidad, que regula qué es y cómo debe experimentarse el ‘verdadero sexo’ (Foucault, 2011). Como he planteado antes, dicho discurso se consolidó bajo la naciente ciencia sexual o sexología (Béjin, 2010), desde la cual se entiende al deseo sexual como el

“producto de la interacción de los mecanismos neuroendocrinos y de los procesos cosgnoscitivos generados por las motivaciones propias de cada individuo. En esta fase el fenómeno más evidente es de tipo subjetivo, donde participan aspectos intrapsíquicos e interpersonales... éstos se relacionan con la identidad, la calidad de las relaciones no

sexuales, que permiten al individuo vincularse profundamente, la transferencia de apegos pasados, el reconocimiento de las sensaciones y la interacción sexual” (Rubio & Revuelta, 2007, p. 484).

De manera que, se comprende al deseo sexual como aquellas sensaciones que movilizan a los individuos a buscar o recibir experiencias sexuales; también como una fase inicial que motiva la actividad sexual que precede a la excitación.

Sin embargo, desde una perspectiva de la construcción social los aspectos intrapsíquicos e interpersonales, así como aquellas sensaciones que movilizan o motivan a las personas se consideran enmarcadas dentro de ciertos guiones sexuales (Gagnon, 1980). Éstos responden a cuestiones como ¿con quién se practica el sexo? ¿qué se hace sexualmente? ¿cuándo es apropiado el sexo? (no sólo en un día sino en el ciclo de vida), ¿cuáles son los espacios para la práctica de las relaciones sexuales? y ¿por qué practican el sexo las personas? (Gagnon, 1980). De esta forma, se reconoce un proceso de sexualización (Hernández & Peña, 2011), en el cual las personas aprendemos en la interacción con los otros que nuestro cuerpo está sexuado, que debe desear y tener necesidades. Al mismo tiempo, aprendemos que la satisfacción de ese deseo depende de ciertas normas, valores, estereotipos y relaciones sociales que permiten la vinculación afectiva y erótica (Hernández & Peña, 2011).

Particularmente, desde el discurso único de la sexualidad las personas interiorizamos qué se considera atractivo, o deseable, lo que se valora o rechaza, el uso de ciertas partes del cuerpo, o de prácticas específicas (Peña & Hernández, 2015). Por lo que, las características que dan forma al deseo sexual se encuentran enmarcados las normas de género (Butler, 2005). Al respecto, se ha descrito que incluso el deseo sexual femenino y el masculino tendrían patrones diferenciados, circular y lineal respectivamente (Basson, 2000). Además, se ha señalado que el

deseo sexual femenino se caracteriza por depender de factores contextuales como la cercanía emocional, el compromiso, la percepción de la relación y el bienestar con la pareja (Basson, 2000), las cuales – desde esta visión- no jugarían un papel relevante en la experiencia de los varones.

Con respecto a estudios con poblaciones de mujeres mexicanas se han encontrado asociaciones frecuentes entre el amor y tener pareja con el desencadenamiento o motivación del deseo sexual (Cruz del Castillo, 2013). De igual forma, se ha reportado que la culpa por experimentar deseo sexual tiende a disminuir la autoeficacia sexual percibida por parte de las participantes (Cruz del Castillo, Romero, & Gil-Bernal, 2013). Por otra parte, los factores personales como la imagen corporal, la autoestima, el estilo de vida (en términos de fatiga y rutina sexual) también se han asociado con el aumento o disminución del deseo sexual (Goldhammer & McCabe, 2011).

Asimismo, desde el discurso de la respuesta sexual humana las dificultades en el proceso del ciclo de la respuesta sexual, así como la presencia de dolor o malestar asociado con las relaciones sexuales son clasificadas como disfunciones sexuales (Black & Grant, 2014). Para considerarse como tales los problemas deben experimentarse en el 75% al 100% de la actividad sexual y deben persistir durante al menos seis meses. Además, su presencia no puede ser explicada por desordenes mentales, ni por estrés relacional ni por el efecto de medicamentos u otras condiciones médicas (Black & Grant, 2014), entre otros criterios más específicos. Dichas clasificaciones fueron incluidas por primera vez en el Manual Diagnóstico de Trastornos Mentales (DSM) en 1968 (Black & Grant, 2014). Además, las disfunciones están generizadas

puesto que los desordenes están guiados por el discurso de la respuesta sexual y también reproducen el binario femenino/masculino⁷.

Por lo tanto, para Butler (2009) el género y la sexualidad parecen estar en relación puesto que “algunas formas de sexualidad están vinculadas con fantasías sobre género, y algunas formas de vivir el género requieren ciertos tipos de prácticas sexuales” (p. 334) y ambas están creadas y re-creadas a través de normas. Sin embargo, para Butler (2009), el que la teoría de la performatividad del género suponga que las normas actúan sobre el Sí mismo- incluso antes de que actuemos como tal- no impide que se considera como un ‘agente’, en el sentido de que:

...el "yo" es producido a través del poder, aunque no del efecto determinístico del poder. El poder descansa en un mecanismo de reproducción que puede descontrolarse y de hecho se descontrola, que deshace las estrategias de acción del poder y reproduce nuevos e incluso subversivos efectos (Butler, 2009, p. 324).

Esto es, aunque el Sí mismo o Yo sean guiados por discursos de poder, no necesariamente están determinados por aquéllos, por lo tanto, pueden –y lo hacen- responder y crear diversas formas del género, a través de esas fisuras desde dentro de las normas de género (Butler, 2009).

Por lo tanto, en los siguientes apartados me enfocaré, en primer lugar, en comprender cómo se han construido los discursos sobre un tema específico ‘el abuso sexual infantil’ y sus ‘efectos sexuales’, esto es, cuáles han sido los discursos culturales dominantes que tienden a guiar las narrativas que co-construyen mujeres y hombres en las culturas occidentalizadas, y dentro de la matriz heterosexual. En segundo lugar, abundé sobre las diversas posibilidades en que las personas pudieron responder y crear narrativas alternativas.

⁷ Por ejemplo, en el DSM-V publicado en 2013, las disfunciones sexuales femeninas son: desorden del orgasmo femenino, desorden del interés sexual y/o excitación femenino, desorden de la penetración/dolor genito-pélvico. Mientras que las disfunciones masculinas son: eyaculación retardada; desorden eréctil, desorden del deseo sexual hipoaactivo masculino, y eyaculación prematura (Black & Grant, 2014).

CAPÍTULO II

Una aproximación a la construcción del abuso sexual infantil

“Nace hacia el siglo XVIII una incitación política,
económica y técnica a hablar del sexo.
Y no tanto en forma de una teoría general de la sexualidad,
sino en forma de análisis, contabilidad, clasificación y especificación,
en forma de investigaciones cuantitativas o causales”
Michel Foucault (2011, p. 24)

Desde la mirada socio-construccionista las definiciones de los fenómenos sociales que estudiamos están construidas –como ya he señalado- en las relaciones sociales y, por tanto, están cargadas de valores y creencias culturales (Gergen, 2007). En este sentido, el ‘abuso sexual infantil’ también es una construcción social (Stainton, Stainton, & Musitu, 1994), que ha estado influenciada por las transformaciones en los discursos culturales sobre la infancia (Ariès, 2001) y las relaciones de intimidad (Fuchs, 1996) en sociedades occidentales. Los cambios parecen haber guiado la comprensión de las interacciones en la cuales adultos han forzado y engañado a niñas y niños para participar en comportamientos sexuales.

En el siglo XVIII la literatura teológica representaba a la infancia como el origen del pecado; mientras que en la filosofía Descartes consideraba que era una etapa de la cual el hombre debía liberarse, pues en ella su mente dependía únicamente de las impresiones del cuerpo, que lo conducía a pensar erróneamente (Badinter, 1991). En esa época, los niños eran considerados como un estorbo para los padres. Por un lado, para la clase alta tener hijos significaba un impedimento para llevar a cabo una vida social intensa; por otra parte, la clase trabajadora

carecía de recursos económicos suficientes para sostenerlos. En la cultura se observaba una actitud de desprecio y desinterés hacia los niños (Badinter, 1991). No obstante, algunas condiciones sociales y culturales como la disminución de la mortalidad infantil, la existencia de la imprenta y la aparición de la escuela básica en las sociedades europeas (Chacón, 2015) dieron lugar a la transformación del sentimiento de la sociedad hacia la niñez.

De manera que, se fue consolidando una conciencia de la particularidad infantil que distinguía a los niños⁸ de los jóvenes y de los adultos (Ariès, 2001). Específicamente, el cambio se observó en torno a la concepción moral de la infancia que enfatizaba la debilidad y la inocencia como características que reflejaban una supuesta pureza divina. Este pensamiento llevó al ejercicio de “una doble actitud moral con respecto a la niñez: preservarla de las impurezas de la vida, especialmente de la sexualidad tolerada, cuando no admitida, entre los adultos, y fortificarla desarrollando el carácter y la razón” (Ariès, 2001, p. 167). El autor citado señala que debido a que en esta época las nociones de inocencia y razón no se oponían, era necesario preservar la primera a través de la educación de la segunda.

Ahora bien, una vez que la niñez tomó un rol central en la sociedad el sentimiento de la familia moderna también comenzó a gestarse; por una parte, gracias a la importancia que adquirió el valor de la igualdad; por otro lado, por el clima afectivo y moral entre sus miembros, quienes convivían más y mostraban un grado mayor de intimidad (Ariès, 2001). Para el siglo XVIII, la idea de la familia devino en una concepción de célula aislada de la sociedad, en donde la energía de los padres se concentró principalmente en el cuidado de la salud y en la educación de los hijos. Este cambio ocurrió primero en la nobleza y en la naciente burguesía, aunque después se generalizó en el proletariado.

⁸ Ariès (2001) señaló que el sentimiento de la infancia benefició en primer lugar a los niños varones, puesto que las niñas durarían más tiempo bajo la concepción tradicional que no las diferenciaba de los adultos.

Al mismo tiempo, las transformaciones de las relaciones de producción de la industrialización en Europa tuvieron influencia en las formas en que las personas se relacionaban íntimamente. La ideología de la clase con el poder económico dictó las normas morales sobre el amor sexual y la forma en que debía experimentarse (Fuchs, 1996). De manera que, la sociedad burguesa estableció al matrimonio “como una institución de carácter moral y la única forma de legalizar el comercio sexual y su monopolio” (López, 2009, p. 37). Por lo que, las relaciones sexuales que ocurrían fuera del marco del matrimonio eran censuradas y criminalizadas; mientras que la virginidad, la monogamia y la fidelidad fueron socialmente más valoradas (López, 2009).

Sin embargo, el orden social burgués mantenía un doble discurso en torno a las prácticas sexuales de las personas. Por una parte, la vida pública se caracterizaba por el deber de conservar la decencia; por otro lado, en los espacios privados se exhibían toda clase de comportamientos, los cuales podían incluir la violación de las mujeres (Fuchs, 1996). Debido a que se requería vigilar y preservar una vida sexual que favoreciera la producción, así como para que limitara y controlara los deseos sexuales de los individuos, en el siglo XIX, la medicina cumplió el papel de vigilante de la sexualidad y estableció las reglas de la higiene conyugal (López, 2009), considerando el matrimonio como el único espacio válido para experimentar sexualmente.

2.1 La sospecha sobre el dicho de las niñas y las jóvenes

“hay muchachas entre los nueve y los catorce años de edad, que revelan su verdadera naturaleza, que no es la humana, sino la de las ninfas (es decir, demoníaca), a ciertos fascinados peregrinos, los cuales, muy a menudo, son mucho mayores que ellas (hasta el punto de doblar, triplicar o incluso cuadruplicar su edad)”
Vladimir Nabokov (2016, p. 24).

En ese contexto de transformación del sentimiento hacia la infancia y de la doble moral sexual, la sociedad también dudaba del dicho de niñas, jóvenes y mujeres que denunciaban haber sido víctimas de agresiones sexuales (Bourke, 2009). En la segunda mitad del siglo XIX, Brouardel (citado en Bernard, 1886) sostenía que en Francia algunas niñas pequeñas solían entrar en los carruajes donde se encontraban hombres solos, para después extorsionarlos bajo la amenaza de un atentado criminal. El mismo autor planteó que se trataba de violaciones sin penetración dirigidos a mujeres jóvenes, que él calificó como delitos del hogar (Intebi, 2008). También, señalaban a la venganza y a la necesidad de las madres para deshacerse de un marido, padre o un tutor como otras posibles causas de la simulación de los atentados (Bernard, 1886).

Para Bourke (2009), estos miedos –sobre la falsedad de un atentado- estaban relacionados con creencias sobre la clase y la infancia, esto es, especialmente los médicos consideraban que las niñas de la clase trabajadora eran sexualmente precoces pues afirmaban que ellas tenían mayores conocimientos sexuales –que las jóvenes de otras clases sociales- y, por lo tanto, a los especialistas les resultaba más complejo establecer una acusación como verdadera si provenía de una niña pobre. Por lo que, se dieron a la tarea de escribir tratados sobre las características del cuerpo femenino cuyo objetivo era contar con evidencias que disminuyeran la probabilidad de error al juzgar las acusaciones y llevar a juicio a hombres inocentes (López, 2007), más allá de mostrar algún interés sobre las menores.

Especialmente en Francia se publicaron tratados sobre los llamados ‘atentados a las costumbres’ (Tardieu, 1862), los ‘atentados al pudor sobre niñas pequeñas y en edad de contraer matrimonio’ (Bernard, 1886; Toulmouche, 1864), y ‘la perversión del sentido genital’ (Thoinot, 1898), que implicaban comportamientos como: los ultrajes públicos al pudor, la violación, la pederastia y la sodomía (Tardieu, 1862). Los escribieron médicos legistas quienes estaban interesados en hacer descripciones detalladas sobre las partes sexuales (los labios grandes y pequeños, el clítoris, la fosa navicular, el himen, la uretra y la vulva, la vagina, y el esqueleto que los soporta) de las niñas y las mujeres jóvenes (Tardieu, 1862).

Para la medicina legal, era necesario conocer la conformación de las ‘partes sexuales’ de la mujer, especialmente de “la observación del estado de virginidad” (Tardieu, 1862, p. 19, traducción propia), para lograr reconocer los signos de un atentado (sin intromisión en el cuerpo) versus los de una violación (con intromisión en el cuerpo) y los signos comunes entre ambos, lo cual reflejaba los valores que en la época guiaban a la sexualidad femenina. En los tratados se recomendaba a los médicos tener cautela en los exámenes físicos, por ejemplo, se les advertía la necesidad de hacer manipulaciones, con los dedos del médico dentro de la vulva y vagina de las jóvenes, lo cual les permitiría realizar la distinción entre el intento de violación o una violación consumada, especialmente en las mujeres que ejercían el ‘comercio de hombres’ (Toulmouche, 1894).

En México, la influencia de este discurso parece haber estado presente desde mediados del siglo XIX en la práctica médica nacional. Como lo mostró López (2007), se realizaron clasificaciones sobre las formas del himen de mujeres mexicanas, los cuales trataban de clasificar los cuerpos femeninos y marcar distinciones con los estándares europeos, nuevamente con la finalidad de tener indicadores más fiables que les permitieran distinguir si el himen había sido

lesionado debido a una violación o se podía explicar por otra causa. Para la autora esto implicaba “el resguardo de la virginidad como un derecho masculino y la violación práctica consuetudinaria entre los varones fue lo que motivó el interés de los himenólogos tanto nacionales como europeos por estudiar esta diminuta membrana” (López, 2007, p. 59).

La honestidad de la mujer y el grado de violencia eran los principales componentes para determinar si una conducta podía ser clasificada como delito, por ejemplo, el estupro era definido en los siguientes términos:

se entiende el concúbito con mujer doncella, ó viuda honrada; siendo condición del estupro la honestidad anterior: no existe delito, cuando la mujer es pública. El estupro se distingue en voluntario y violento, siendo el primero cuando la mujer se presta al hombre por mera livianidad; y el segundo, cuando interviene la fuerza física[sic] ó moral, la seducción por engaños, promesas, halagos, respetos, etc.; así como la falta de edad, ó cierto estado mental que no deje comprender á[sic] la mujer su degradación (Hidalgo & Carpio, 1869, p. 59).

Por otra parte, el ofensor era penalizado de las siguientes formas: 1) con la obligación de resarcir el daño una vez que contrajera matrimonio con la agredida; 2) entregándole una dote a esta última; 3) reconociendo al hijo/a producto de la violación; o 4) el encarcelamiento o alguna otra pena ‘ligera’ para el agresor (Trujillo, 2011). Pero si el daño no era resarcido, eran las mujeres quienes eran excluidas de la familia y etiquetadas como ‘mujeres fáciles’, debido a la exposición de su vida sexual; algunas ocasiones éstas se incorporaban al ejercicio de la prostitución (Trujillo, 2011).

El incesto significaba la situación más complicada para ellas, debido a la imposibilidad de restablecer su honor a través de las penalizaciones antes mencionadas. En este sentido, hacer la denuncia de violación implicaba –como en el presente- un estigma para las mujeres y sus

familias, puesto que significaba hacer pública la pérdida del honor y, como consecuencia, el rechazo social (Dzul, 2013; Trujillo, 2011). Al respecto, López (2007) ha señalado que en “el siglo XIX, el dispositivo de la sexualidad convocó a la creación de discursos científicos e ideológicos, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos y morales, para domesticar el deseo e imponerle ciertos principios represivos” (p. 60). En este caso, las sanciones sociales eran mayores para las mujeres.

Adicionalmente, la asociación entre la histeria y acusaciones de agresiones sexuales hechas por mujeres fue frecuente. De acuerdo con Bourke (2009), en los inicios del siglo XX “una de las principales demostraciones de que una mujer sufría histeria era su propensión a lanzar indiscriminadamente acusaciones de impudicia sexual” (p, 46). El psicoanálisis tuvo un papel relevante con respecto a la discusión sobre la veracidad de las narraciones de las mujeres. El recuerdo de las pacientes mujeres, sobre escenas de seducción por parte de sus padres, fue señalado por Freud (1979) con un papel determinante en la etiología de la histeria, de la cual argumentó:

Si tenemos la perseverancia de llegar con el análisis hasta la niñez temprana, hasta el máximo donde llegue la capacidad de recordar de un ser humano, en todos los casos moveremos a los enfermos a reproducir unas vivencias que por sus particularidades, así como por sus vínculos con los posteriores síntomas patológicos, deberán considerarse la etiología buscada de la neurosis. Estas vivencias infantiles son a su vez de contenido sexual, pero de índole mucho más uniforme que las escenas de pubertad anteriormente halladas; en ellas ya no se trata del despertar del tema sexual por una impresión sensorial cualquiera, sino de unas experiencias sexuales en el cuerpo propio, de un comercio sexual (en sentido lato) (Freud, 1979, p. 50).

Poco tiempo después el médico vienés retiró su tesis argumentando que había sobreinterpretado los recuerdos de sus pacientes; entonces, planteó explicar el origen de la neurosis a través de la teoría del complejo de Edipo (Intebi, 2008; Labbé, 2005). Estos nuevos planteamientos iniciaron el debate sobre la sexualidad infantil y su desarrollo, los cuales habían sido ignorados en los tratados sobre sexualidad de esa época (Freud, 2015), cuya importancia sería retomada en las siguientes décadas. Sin embargo, para algunas autoras (Batres, 1997; Calvi, 2009) el cambio de la tesis de Freud significó el reforzamiento de las dudas sobre la veracidad del relato en el que se expresaban vivencias de abusos sexuales y, por lo tanto, de la dominación del discurso de médico sobre el dicho de las mujeres.

De esta forma, las vivencias en las cuales las niñas y las mujeres jóvenes eran forzadas a participar en comportamientos sexuales por adultos, estuvieron dominadas por los discursos que sostenían la sospecha de su veracidad. Al parecer, las creencias en torno a que las niñas—sobre todo las pobres— eran sexualmente precoces y que, en general, las mujeres solían mentir sobre las agresiones sexuales tuvo repercusiones en la forma en que se abordó la vivencia. En primer lugar, durante esta época se ignoraron las narrativas de las mujeres que habían sido agredidas, puesto que únicamente ciertas partes, sexuales, de sus cuerpos fueron tomados como ‘objetos’ de estudio (López, 2007). En segundo lugar, la atención mediática sobre la comprobación de casos falsos fue en detrimento de las mujeres quienes efectivamente eran agredidas sexualmente (Bourke, 2009). En tercer lugar, los tratados sobre ‘atentados a las costumbres’ y las tesis sobre el origen de la histeria estaban dirigidos hacia la experiencia de las niñas y las mujeres jóvenes, mientras que la vivencia de los niños no fue documentada de igual forma.

2.2 La individualización de la vivencia

“De pequeño me pasaron cosas, me hicieron cosas que me llevaron a gestionar mi vida desde una posición la cual yo, y solo yo, soy culpable de todo lo que desprecio de mi interior. Era evidente que una persona solo podía hacerme cosas así si yo ya era intrínsecamente malo a nivel celular. Y todo el conocimiento, la comprensión y la amabilidad del mundo no bastarán para cambiar, jamás, el hecho de que esa es mi verdad”
James Rhodes (2016, p. 23)

El interés por las vivencias de agresiones sexuales de adultos relatadas por las niñas y jóvenes se transformó en las primeras décadas del siglo XX. En dicha época parece haberse construido el discurso de la *víctima participante* (Malón, 2011). En primer lugar, comenzaron a reportarse casos de niños que habían sido abusados. Pero, se consideró que tanto niñas como varones habían deseado inconscientemente el contacto sexual y, de alguna manera, lo habrían provocado; por lo tanto, eran también responsables de las agresiones de que eran objeto y era necesario educar sus hábitos sexuales. De alguna forma continuaba presente el discurso sobre la precocidad sexual infantil que los médicos habían temido desde el siglo anterior (Bourke, 2009).

Uno de los textos representativos de este discurso, de acuerdo con Malón (2011), un fue el artículo publicado en 1937 por Bender y Blau (2010) titulado “La reacción de los niños a las relaciones con adultos”⁹, que reportaba 16 casos (11 niñas y 5 niños) quienes habían sido institucionalizados debido a que habían sido ‘seducidos’ sexualmente por adultos. Una vez analizados los casos, los autores concluyeron que

Este estudio parece indicar que estos niños sin duda no merecen completamente el manto de inocencia con el que han sido dotados por moralistas, reformadores sociales y legisladores. Las historias de las relaciones en nuestros casos generalmente sugiere al menos algo de cooperación del niño en la actividad, y en algunos casos el niño asumió un

⁹ El título en la lengua original es: *The reaction of children to sexual relations with Adults.*

rol activo para iniciar la relación. En la mayoría de los casos la relación no se rompió hasta que fue descubierta por sus tutores y en muchos la primera reprimenda no impidió el desarrollo de contactos similares. Además, la placidez emocional de la mayoría de los niños parece indicar que obtuvieron cierta satisfacción fundamental de la relación. Estos niños rara vez actuaron como partes lesionadas y con frecuencia no mostraron ninguna evidencia de culpa, ansiedad o vergüenza. Cualquier trastorno emocional que presentaron podría atribuirse a la restricción externa en lugar de la culpa interna (Bender & Blau, 2010, p. 514, traducción propia).

Además, en el estudio se discute que las conductas seductoras de las niñas y los niños podrían explicarse desde la expresión sexual no reprimida del periodo de latencia, propuesto por Freud en sus tesis sobre sexualidad infantil. Así, el comportamiento observado fue explicado por factores endógenos - como falta de autocontrol- o ambientales, por ejemplo la carencia de afecto en el entorno familiar (Bender & Blau, 2010). Sin embargo, en las descripciones de los casos se puede leer el tipo de contextos sociales de las y los menores, que son descritos como personas en la pobreza, con antecedentes familiares de enfermedades mentales, con madres o padres con problemas de alcoholismo; así como de varios casos en los cuáles eran huérfanos puesto que habían sufrido la pérdida de uno o ambos padres. Estos elementos no fueron discutidos como parte de los factores sociales o ambientales más amplios en las observaciones de los autores.

Al parecer, después de esta década sobrevino una etapa de silencio sobre el tema, pero que fue retomada a partir de los nuevos estudios de sexualidad en la década de los cincuenta. De manera que, en la década de los setenta la figura de las niñas y niños como responsables de su propia agresión fue desdibujándose, dando paso al discurso de la *victimización de la infancia* (Malón, 2011), al cuestionarse el carácter voluntario de la participación de las y los pequeños en

interacciones sexuales con adultos (Finkelhor, 2005). Al parecer, esta transformación estuvo enmarcada en al menos tres acontecimientos científicos y sociales. En primer lugar, el trabajo de Kinsey sobre comportamiento sexual humano –en la década de los cincuenta- facilitó el estudio de la sexualidad en la infancia como una realidad ‘normal’ y ‘natural’; de igual forma, permitió concebir a los niños como seres eróticos (Malón, Op. Cit.). Aunque de ninguna manera esto significó que la sociedad occidental promocionara tales conductas; de hecho si un pequeño mostraba conductas erotizadas, todavía se le consideraba sexualmente precoz.

En segundo lugar, entre la década de los sesenta y setenta, el movimiento feminista de la segunda ola argumentó que este tipo de eventos entre niñas y adultos, significaba un claro ejemplo de cómo las estructuras sociales patriarcales oprimían y ejercían la violencia hacia las mujeres desde la infancia (Batres, 1997). En tercer lugar, la obra de Henry Kempe y colaboradores en 1962 otorgó el reconocimiento universal al ‘síndrome del niño maltratado’, el cual tuvo como consecuencia la identificación del abuso sexual como una forma de maltrato infantil, y, por lo tanto, como un problema de salud pública (Labbé, 2005; World Health Organization [WHO], 2014).

En la década de los setenta, parece consolidarse el discurso de la *victimización de la infancia*. La obra más representativa fue *El abuso sexual al menor*¹⁰ publicada en 1979, por el sociólogo norteamericano David Finkelhor. En el texto definió operacionalmente la victimización sexual utilizando los siguientes criterios de edad:

niños inmaduros que tienen encuentros sexuales con personas legalmente definidas como adultos. Esta categoría incluye todas las experiencias entre *un niño de doce años o menos*

¹⁰ El título en la lengua original era Finkelhor, D. (1979). *Sexually Victimized Children*. New York: The Free Press. A Division of McMillan Publishing, Co. En México se publicó un año después como: Finkelhor, D. (1980). *El abuso sexual al menor. Causas, consecuencias y tratamiento psicosexual*. México: Pax. El título en español no enfatizó el uso del término victimización, que en inglés caracterizaba la propuesta del autor.

con un adulto de dieciocho o años o más... Una segunda categoría incluye a niños inmaduros que tienen encuentros con adolescentes o con niños mucho mayores. Esta categoría incluye todas las experiencias entre un *niño de doce años* o menos y otra persona que tiene *menos de dieciocho años, pero por lo menos cinco años más que el otro niño...* La tercera categoría, adolescentes tempranos que tienen encuentros sexuales entre *adolescentes de trece a dieciséis años* con personas legalmente definidas como *adultos por lo menos diez o más años mayor que el adolescente* (Finkelhor, 2005, p. 82-84).

De manera que, el contenido del discurso de la *víctima participante* se transformó, dando paso al argumento científico el cual permitió señalar que ciertos tipos de conductas como los juegos eróticos, la masturbación moderada y en privado, o la exploración del cuerpo representaban una sexualidad digna en niños¹¹ y adolescentes; pero cierto grado de curiosidad infantil sobre lo sexual y el involucramiento con adultos, podría convertirse en un factor de riesgo de victimización. Además, el rol del niño se caracterizó por su condición de inocencia y de receptáculo de los deseos y la estimulación sexual adulta (Malón, 2011).

Desde el discurso de la *victimización de la infancia*, se establecieron los parámetros de la victimización sexual, particularmente a partir de la diferencia de edad y la imposibilidad del consentimiento del menor (Finkelhor, 2005). Este discurso tuvo una amplia diseminación en la cultura (Gergen, 2011). En las décadas de los sesenta y setenta hubo una ola de producción de relatos autobiográficos, que como señalé, estaban influenciados por el proyecto político feminista de hacer lo personal un asunto político, de manera que colocaban la experiencia privada dentro del contexto de la dominación patriarcal (Crossley, 2000). Los relatos buscaban visibilizar la vivencia de grupos oprimidos, como las mujeres y las niñas, para así contrarrestar

¹¹ Es importante señalar que en la literatura en inglés se usa el término *Child Sexual Abuse*; en el que no se distingue la experiencia ni de las niñas, ni de los niños.

las representaciones que habían hecho que estos colectivos permanecieran en silencio y marginalizados (Crossley, 2000).

Posteriormente, en las décadas de los ochenta y noventa los relatos de las mujeres- particularmente en Estados Unidos e Inglaterra- estuvieron enmarcados en ‘el movimiento de los recuerdos recuperados’, que afirmaban que los abusos sexuales ocurridos en la infancia se encontraban reprimidos, disociados o que se localizaban en el inconsciente hasta que la terapia los traía al consciente, otorgándole la condición de víctima a quien lo vivió (Bourke, 2009), como lo muestra el siguiente ejemplo:

Por lo general, cuando una mujer manifiesta creer que abusaron sexualmente de ella pero carece de recuerdos, lo que quiere decir es que no puede contar el abuso como una historia de principio a fin. Sin embargo, una vez que las mujeres comienzan a hablar con detalle sobre su infancia, suelen relatar acontecimientos que eran encubiertamente sexuales, o incluso abiertamente abusivos (Bass & Davis, 1999, p. 117).

De acuerdo con Crossley (2000), este tipo de narrativas se construyeron en el marco de tramas de ‘sanación o ‘terapéuticas’, las cuales se caracterizaron por señalar la amplitud de las consecuencias del abuso sexual y por estar realizadas en primera persona (que no era una posición tan común de las víctimas en los relatos hechos en décadas anteriores); adicionalmente, el objetivo de estos relatos era la adaptación social de las ‘sobrevivientes’, así como el ajuste de las historias a normas y valores sociales; en dichos relatos también se llevaban a cabo análisis de las complejidades de la vida psíquica de la narradora, como explicaciones al estilo psicoanalítico.

Por lo tanto, el carácter político y colectivo de los relatos, iniciado por el feminismo de los setenta - como una forma de reivindicación de la voz de los grupos oprimidos - al parecer se fue transformando hacia la individualización de la responsabilidad de las personas sobre los

abusos sexuales de los que eran objeto, desde donde se buscaba que cada mujer u hombre encontrara la forma de solucionar los efectos traumáticos del abuso sexual infantil de forma aislada e independiente (Crossley, 2000).

2.3 La búsqueda de datos ‘objetivos’

“Cuando el abuso no puede ser tapado, el caso sale a la luz...
Es uno más para la casuística. Sin embargo, los casos registrados
son nada más y nada menos que eso, los casos visibles...
¿Tenemos idea de la cantidad de casos *no visibles* que ocurren?
O quizás sería mejor usar las expresiones *no vistos,*
vistos pero tapados, vistos pero negados, sospechados pero
naturalizados, vistos pero justificados...”
María Inés Bringiotti, (2006, p. 100).

El discurso de la *victimización de la infancia* también parece haber influenciado, en la década de los noventa, el desarrollo de investigación que buscaba obtener datos ‘objetivos’ del abuso sexual infantil (Fergusson & Mullen, 1999), cuya medición requería una delimitación del fenómeno. De acuerdo con Stainton, Stainton, y Musitu (1994) a la par de la construcción de definiciones del abuso sexual infantil, es necesario indagar qué consecuencias ha tenido nombrar bajo un mismo término un conjunto de actividades sexuales que implican a menores de edad. Entre dichas consecuencias los autores mencionan que ha permitido enfocar la atención sobre el hecho de que no hace falta violar a la niña o niño para que esto se considerara un acto abusivo; adicionalmente, las definiciones han sido útiles para crear leyes, políticas y procedimientos para proteger a las y los menores (Stainton, Stainton & Musitu, 1994).

Por ejemplo, en el ámbito de la terapia se propusieron clasificaciones que permitieron usar términos que hacen referencia sobre los actos y relaciones más específicos como: a) trauma sexual, que integra todos los sucesos traumáticos de trasfondo sexual; b) la agresión sexual que incluye a los hostigamientos y a la violación; c) el exhibicionismo, en donde un adulto muestra

sus genitales a un menor; d) la pedofilia, en la cual el hostigador no forma parte de la familia del niño; y e) el incesto, que se caracteriza por la relación de parentesco entre el agresor y la víctima (Sullivan & Everstine, 1997). Otras definiciones pusieron énfasis en las acciones de quien agrede, por ejemplo si el adulto le pidió a la niña o al niño guardar el secreto de lo sucedido; también si le amenazó con causarle daño a ella o él, o a su familia y esto le provocó miedo; asimismo que la experiencia fuese extraña y desagradable para las o los menores (González-Serratos citada por Villatoro, Quiróz, Gutiérrez, Díaz, & Amador, 2006).

Las instituciones de salud como la Organización Mundial de la Salud (OMS) y la Organización Panamericana de la Salud (OPS), en sus divisiones encargadas de la protección de la infancia también propusieron algunas definiciones sobre el abuso sexual. En la Reunión de Consulta de la OMS sobre la Prevención del Maltrato de Menores, se definió al abuso sexual como una forma de maltrato hacia los menores, que “originen un daño real o potencial para la salud del niño, su supervivencia, desarrollo o dignidad en el contexto de una relación de responsabilidad, confianza o poder” (Krug, Dohlberg, Mercy, Zwi, & Lozano, 2003, p. 65). En 2002, la OPS se refirió con el término abuso sexual infantil a los actos en los que una persona usaba a un niño para su gratificación sexual (Krug et al., Op Cit.). La organización Save the Children, la describió como el acto de traspasar los límites de intimidad del niño o la niña, al cual se le imponían comportamientos de contenido sexual por parte de un adulto u otro menor, resaltando que ocurre “en un contexto de desigualdad o asimetría de poder, habitualmente a través del engaño, la fuerza, la mentira o la manipulación” (Orjuela & Rodríguez, 2012, p. 7).

De esta forma, entre las conductas que con frecuencia han sido consideradas bajo el término abuso sexual infantil, puedo nombrar las siguientes: contacto físico como besos forzados, tocamientos de naturaleza sexual aún con consentimiento del infante; contacto visual

como miradas morbosas hacia las piernas, senos o nalgas; exhibicionismo; mostrar material pornográfico al menor; masturbación del adulto frente al niño; acercamiento de los genitales o acercamiento físico del adulto que incomode al menor; acciones de seducción o deslumbramiento hacia el menor con el fin de agradarle o atraerle; cartas, llamadas o mensajes de índole sexual; acercamiento físico de índole sexual acompañado de amenazas para someter; contacto buco genital; penetración anal o vaginal; el grooming, el cual se refiere a cuando el adulto consigue su satisfacción a través de imágenes (fotos, videos) o de lograr que el menor lleve a cabo actos de contenido sexual a través de internet en chats, redes sociales, blogs, correos electrónicos u otros medios digitales; y la utilización o manipulación de niños o niñas para la producción de material visual del contenido sexual (Arellano, 2015; García-Jaime, 2013; Orjuela & Rodríguez, 2012; Silva & Corona, 2010).

Por otro lado, en el ámbito de la investigación los datos sobre abuso sexual infantil suelen mostrar qué es, cuál es su extensión y en dónde se debe buscar, construyendo así algunas ‘verdades’ sobre el fenómeno (Stainton, Stainton, & Musitu, 1994). Especialmente, en los estudios empíricos las definiciones se han clasificado como restringidas y amplias (Pereda, Guilera, Forns, & Gómez-Benito, 2009). Las primeras hacen referencia a parámetros específicos como la edad de la o el menor, la diferencia de edad entre éstos y el agresor, o por el tipo de contacto sexual; mientras que las segundas no están delimitadas por elementos concretos y, por tanto, pueden integrar desde conductas de exhibición del adulto sin intenciones de contacto hasta el extremo de las violaciones repetidas y con agresiones físicas.

Los estudios de prevalencia también han abonado en la construcción de datos ‘objetivos’ del abuso sexual infantil. Al respecto, la Organización Mundial de la Salud ha estimado que el 20% de las mujeres y entre el 5 y 10% de los hombres en todo el planeta podrían haber sido

sexualmente abusados en la infancia (World Health Organization [WHO], 2014). De manera que, las niñas han sido señaladas con la mayor probabilidad de ser agredidas sexualmente que los niños, lo cual ha visibilizado y ha ayudado a la búsqueda de alternativas para la prevención y la intervención. No obstante, esta visión parece estar limitada para comprender la vivencia de los niños, cuya indagación ha sido menos frecuente en los estudios sobre el tema (Jackson, Newall, & Backett-Milburn, 2015).

Una revisión más detenida en los meta-análisis realizados sobre la prevalencia del abuso sexual infantil en diferentes regiones del planeta también ha mostrado que el fenómeno no es heterogéneo sino que hay algunas variaciones. Las tasas consideradas más bajas, del 10% para niños y 20% para niñas, parecen estar localizadas en Asia (China¹², Nueva Zelanda y Singapur); y en Europa, Canadá, Estados Unidos y El Salvador. En cambio, tasas de más del 20% para el caso de las niñas fueron ubicadas en Australia, Costa Rica, Sudáfrica, Reino Unido, Israel, Suiza y Turquía. Para los niños tasas de más del 10% fueron observadas en África (Pereda, et al., 2009; Stoltenborgh, Van Ijzendoorn, Euser, & Bakermans-Kranenburg, 2011). La región de América del Sur es la que menos estudios se han realizado, pero se ha calculado una tasa del 22.2% de abuso sexual infantil (Stoltenborgh, et al., 2011).

En México la Encuesta Infantil y Juvenil, en 2012, reportó que el 13.1% de los niños y el 9.4% de las niñas entre 6 y 9 años respondió afirmativamente a la pregunta de si algún familiar les había tocado su cuerpo y les había pedido que guardaran el secreto. Por otra parte, el 9% de los varones y el 6.2% de las niñas de 10 y 12 años también respondieron afirmativamente a la

¹² El caso de China ha sido particular, se han reportado porcentajes de 0.0% de abuso sexual infantil (Pereda, et al., 2009; Stoltenborgh, et al., 2011). Para Ji, Finkelhor, y Dunne (2013) el factor cultural podría explicar esta diferencia, debido al tamaño pequeño de las familias el cual podría facilitar mayor protección y vigilancia hacia las niñas; asimismo, interpretó que la orientación colectivista de esta sociedad – la cual privilegia el bien común sobre el individual y el auto-control en los sujetos- podrían significar valores importantes en esta cultura para la construcción menos violenta sexualmente de la masculinidad.

pregunta sobre si se habían sentido mal cuando un familiar les había tocado su cuerpo (IFE, 2012). Estos datos pueden cuestionar la creencia de que el abuso sexual infantil es una experiencia que sólo le ocurre a las niñas. Pero, podría interpretarse también que los niños no consideran que sea un evento con importancia (Frías & Erviti, 2014), por lo que pueden hablar de ello con menos restricciones que las niñas para quienes puede significar un evento que causa vergüenza.

La última Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares [ENDIREH] (INEGI, 2017), por primera vez incluyó preguntas específicas sobre abuso sexual en la infancia y reportó que el 9.4% (4.4 millones) de mujeres con 15 años y mayores reportaron que lo habrían experimentado. Sin embargo, el primer Diagnóstico sobre la Atención a la Violencia Sexual –realizado en 2016- reportó que no hay registros completos sobre el abuso sexual infantil, puesto que cada instancia toma los datos de forma distinta y tampoco se asienta ningún tipo de información sobre los agresores, ni para el caso de los varones abusados (Comisión Ejecutiva de Atención a Víctimas [CEAV], 2016).

Con respecto a los factores asociados al abuso sexual infantil, una parte de los investigadores han establecido patrones en las relaciones que los agresores sostienen con las niñas o niños sobre quienes ejercen los abusos sexuales. En el caso de las niñas, quienes las agreden suelen ser los padres y los tíos (Ulibarri, et al., 2013); mientras que a los niños los victimizan con más frecuencia personas como vecinos o amigos de la familia (Pineda-Lucatero, Trujillo-Hernández, Millán-Guerrero, & Vásquez, 2008). Adicionalmente, se han reportado correlaciones entre el abuso sexual y otros tipos de maltrato infantil como el abuso físico, el psicológico y la negligencia (Vitriol, et al., 2007). Se ha expuesto que condiciones como la ausencia de la madre o del padre, el rechazo de éstos hacia los hijos, así como el consumo de

alcohol y otras conductas adictivas en algunos de los padres, podrían aumentar la probabilidad de que las niñas y niños sean abusados sexualmente (Cantón, Cortés, & Cantón-Cortés, 2012; Frías & Erviti, 2014; Mebarak, Martínez, Sánchez, & Lozano, 2010).

Aunado a lo anterior, el ejercicio de la violencia también ha sido asociado con la probabilidad de que el abuso sexual ocurra durante la infancia, especialmente cuando en el contexto se experimenta violencia intrafamiliar, o violencia hacia la madre (Chávez-Ayala, et al., 2009; Mebarak, et al., 2010). Mientras que las condiciones de pobreza de las familias y el bajo nivel educativo de la madre, de igual forma han sido señalados como facilitadores de las situaciones de abuso sexual (Cantón, Cortés, & Cantón-Cortés, 2012; Frías & Erviti, 2014). Aunque estas asociaciones identifican que las condiciones sociales de las familias y las relaciones de las niñas y niños con las madres y padres son relevantes, no dan cuenta de los procesos relacionales a través de los cuales podría estar construida la vulnerabilidad tanto de las niñas y los menores en los diversos entornos familiares, culturales y sociales en los que se encuentran insertos.

Por otra parte, en el ámbito de la creación de leyes, México fue una de las naciones que ratificaron la Convención sobre los Derechos del Niño, a inicios de la década de los noventa. De manera que, en el Artículo 4º de la Constitución Política se establece que el Estado velará por el interés superior de la niñez y garantizará el ejercicio pleno de sus derechos (Moreno, 2013). Posteriormente, en el año 2000 se publicó la Ley para la Protección de los Derechos de Niñas, Niños y Adolescentes, con base en dicho artículo, teniendo como objetivo asegurar el desarrollo pleno e integral de niños y niñas en condiciones de igualdad; esta ley fue elevada a nivel constitucional en 2011 (Moreno, Op. Cit.).

Los diferentes códigos penales de los Estados de la República Mexicana establecen el delito de abuso sexual como aquellos actos sexuales sin el propósito de llegar a la cópula, que se ejercen sobre una persona menor de 12, 14 o 18 años –puesto que se observan variaciones entre el código- o en sujetos que no tengan la capacidad de comprender el significado del hecho, o hayan sido obligados a ejecutar este tipo de acciones (Instituto Nacional de las Mujeres [INMUJERES], 2014). En algunas demarcaciones se utilizan términos como abusos eróticos sexuales, actos libidinosos, impudicia, ataques o atentados al pudor, ataques a la integridad de la persona, o abusos deshonestos.

En la mayor parte del territorio el delito se persigue por querrela y solamente en Puebla también se penaliza a quienes conocieron del hecho y no lo denunciaron. El delito no prescribe en los estados de Campeche, Nuevo León y San Luis Potosí, contrariamente al resto del país, siendo la Ciudad de México y Michoacán los únicos estados en los cuales el tiempo comienza a contarse a partir de los 18 años de la víctima. En el resto de las demarcaciones la forma en que se calcula dicha prescripción es a través del obtener la media aritmética de la suma de la pena mayor con la menor, la cuál es variable en cada código (Comisión Ejecutiva de Atención a Víctimas [CEAV], 2016). Las sanciones para las personas que cometan este delito varían entre los 6 meses y los 10 años de cárcel, y se incrementan por la presencia de violencia física o moral. En el caso de que exista una relación filial con el menor, por ejemplo cuando el ofensor fue el padre o la madre, éstos pierden la patria potestad; cuando el agresor fue un servidor público o un profesional, se le cesa del cargo y se le suspende la licencia para ejercer (Instituto Nacional de las Mujeres [INMUJERES], 2014).

Por lo tanto, en el presente estudio me aproximé a los abusos sexuales en la infancia como vivencias fundamentalmente relacionales y contextualizadas (Gibson & Morgan, 2013;

Magnabosco, 2014; Stainton, Stainton, & Musitu, 1994), así como enmarcadas en normas de género (Butler, 2014). Entre los contextos puedo mencionar la representación de la infancia en sociedades occidentalizadas como un periodo de inocencia e ignorancia (Burman, 2003), particularmente sobre temas sexuales (Malón, 2011). Adicionalmente, Rubín (1989) ha indicado que existen tipos de prácticas sexuales que suelen ser más valoradas culturalmente que otras. Por ejemplo, las que tienen mayor jerarquía ocurren entre personas adultas heterosexuales, casadas y que se establecen con fines reproductivos. Mientras que las prácticas que transgreden los límites generacionales son las menos apreciadas socialmente. En este sentido, el abuso sexual de adultos hacia menores esta ubicada en medio de este tipo de transgresión generacional, sino que además coloca a los menores fuera del discurso la ‘normalidad’ del desarrollo infantil (O’Dell, 2003).

En nuestra cultura, estas representaciones suelen colocar en un estado de precariedad (Butler, 2009) en mayor medida a las niñas –pero también a los niños- frente a algunos adultos. Éstos suelen usar su posición socialmente jerárquica sobre las y los menores para hacerles entrar en relaciones que implican comportamientos sexuales a través de mentiras, engaños o amenazas (Krug, Dohlberg, Mercy, Zwi, & Lozano, 2003; Orjuela & Rodríguez, 2012). Por lo que, es importante para mi señalar que la relación que establecen los adultos suele caracterizarse por el uso –y abuso- de poder sobre las y los menores. En este sentido, las niñas y niños se pueden encontrar en procesos relacionales en los cuales su lugar en la relación intergeneracional parte de una situación social desigual (por edad y/o por género y/o parentesco), en la que hay pocas posibilidades para rechazar la interacción, ya sea porque desconocen el objetivo sexual del adulto, o porque se usa la violencia para tales fines. También, porque se ha generado un contexto favorable de confianza, afecto y familiaridad por parte del adulto para promover el contacto. Esta

delimitación me permitió aproximarme a los procesos relacionales de las vivencias de las y los participantes, más allá de su comprensión como fenómenos individuales e internos.

CAPÍTULO III

Los discursos sobre los ‘efectos’ sexuales del abuso sexual infantil

“Continuaba mi terapia con Ángela y a pesar de que la parte más dura estaba hecha, quedaba por matizar algún que otro problema. El último tema pendiente era mi reserva con respecto al sexo. Mi talón de Aquiles. Me seguía angustiando durante las relaciones sexuales. No me sentía cómoda, tenía la sensación de que estaban invadiendo mi espacio, Me sentía insegura, apagada, nerviosa y a veces veía la cara de mi agresor al cerrar los ojos”
Ángela Aparicio y Toñi Muñoz (2007, p. 166).

En los estudios realizados bajo el discurso de la *victimización de la infancia* también se han mostrado algunas asociaciones entre la vivencia y las posibles dificultades posteriores a ésta. Al respecto, Stainton, Stainton, y Musitu (1994), señalan que el etiquetar a las niñas y niños como ‘objetos de abuso sexual’ ha tenido consecuencias sobre ellas y ellos. Especialmente, en el caso del abuso sexual infantil, con frecuencia se ha señalado que su futuro se ve comprometido por riesgos como ser ‘promiscuas’, de presentar conductas ‘sexualizadas’ y de ejercer la prostitución. Sin embargo, Stainton, Stainton, y Musitu (1994) apuntan que ninguna de estas etiquetas es neutral sino que llevan cargas morales, en donde ciertos valores y prejuicios, esto es, cierto orden moral (McNamee, 2015) y normas de género (Butler, 2005) tienden a naturalizarse.

De manera que, las consecuencias sexuales del abuso sexual infantil parecen tener antecedentes, por una parte, en algunos de los planteamientos del psicoanálisis freudiano y, por otro lado, por los datos empíricos mostrados por la sexología que surgió como la nueva ciencia sexual (Béjin, 2010; Schaufler, 2013). En este sentido la producción científico-médica de

Sigmund Freud, lo sexual fue colocado no sólo como el origen de lo patológico sino como el centro de la formación del carácter y el motor de la vida cultural (Gagnon, 1975). Específicamente, el autor fue pionero al proponer una teoría sobre el desarrollo psicosexual que presentaba al cuerpo erotizado en diferentes zonas sensibles, las cuales proporcionaban satisfacción en cada fase del crecimiento (Freud, 1978).

En este sentido, la teoría psicoanalítica fue transitando de ser una aproximación controvertida todavía en la década de los veinte, hasta penetrar con mucho éxito otras disciplinas como la ciencia política, la antropología y la psicología clínica entre los años cuarenta y cincuenta. De la misma manera, su discurso proporcionó una serie de términos en el lenguaje para hablar sobre la sexualidad y tuvo una gran repercusión entre las organizaciones que trabajaban atendiendo temas como el bienestar infantil, el matrimonio, la salud mental y en el servicio de salud pública en Estados Unidos (Gagnon, 1975).

A la par del avance del psicoanálisis, se gestó el nacimiento de la primera sexología o protosexología (Béjin, 2010); con los trabajos sobre psicopatologías sexuales de Heinrich Kaan, Richard von Krafft-Ebing y Haverlock Ellis, quienes se habían enfocado en las conductas sexuales de sujetos neuróticos o criminales, y que privilegiaban la investigación basada en el estudio de casos (Gagnon, 1975). Más adelante, este movimiento intelectual influenciaría el segundo nacimiento de la sexología, en la primera mitad del siglo XX, cuando a través del uso del método científico el orgasmo se estableció como el problema central de la nueva disciplina (Béjin, 2010).

Desde este enfoque científico positivista de la sexualidad en la década de los cincuenta Alfred Kinsey, influenciado por el pensamiento moderno de la sexualidad como un concepto evolutivo (Janssen, 2008), estudió también el comportamiento sexual en personas

‘convencionales’. Los datos que obtuvo sobre sexualidad masculina y femenina, permitieron establecer que muchas de las conductas que socialmente se consideraban criminales o desviadas habían sido practicadas por una gran cantidad de personas (Landarroitajauregi, 2008). Esos resultados cuestionaron los parámetros del desarrollo sexual ‘normal’ (Gagnon, 1975), así como reconocieron la dimensión sexual infantil como una conducta humana (Malón, 2011).

De manera que, el desarrollo psicosexual (Freud, 1978) y la sexología (Béjin, 2010) parecieron abonar a la construcción de los discursos de la sexualidad en sociedades occidentales (Foucault, 2011). En el caso de las consecuencias ‘sexuales’ del abuso sexual infantil, los comportamientos que ocurren después de la vivencia tienden a ser comparados con lo que se considera lo normal y lo moralmente aceptable en el grupo social al que pertenecen las personas, esto es, con el cómo se debe vivir, disfrutar o negar las sensaciones del cuerpo. No obstante, para Weeks (2007) si bien los discursos sobre la sexualidad suelen guiar la forma en que las personas experimentamos nuestro cuerpo, nosotras no sólo somos receptoras pasivas de las normas, sino que podemos mostrar resistencia a través de prácticas sociales y de la reorganización de la sexualidad.

En este sentido, es que desarrollé los siguientes apartados, por una parte, expongo algunos discursos sobre los posibles ‘efectos’ que acompañan o se desprenden del de la *victimización infantil*. Después, revisé cómo éstos impactaron el desarrollo de procedimientos e intervenciones terapéuticas, para finalizar con una propuesta alternativa para comprender los procesos relacionales de la vivencia de abuso sexual infantil.

3.1 La historia única del daño

“Todo tipo de abuso sexual es dañino, y el trauma que produce no finaliza cuando acaba el abuso. Si abusaron de ti cuando eras niña, probablemente estás experimentando efectos que obstaculizan tu funcionamiento en la vida cotidiana”
Ellen Bass y Laura Davis (1995, p. 30).

Los estudios sobre los ‘efectos’ del abuso sexual infantil con frecuencia se basan en las teorías del desarrollo, como mencioné antes. Para dichas teorías el desarrollo es comprendido, en general, como una serie de etapas progresivas y lineales a través de las cuales vamos transitando las personas (O’Dell, 2003). Desde esta visión, los efectos del abuso sexual infantil suelen ser narrados a través de la pérdida de una niñez normal (O’Dell, 2003). De igual forma, los discursos que naturalizan el desarrollo, lo muestran desde la creencia de que hay una manera típica para vivirlo, lo cual ha ayudado a construir la representación del niño abusado sexualmente como diferente o anormal (Burman, 2003).

En las sociedades contemporáneas existe un amplio interés cultural y político en mantener la docilidad y dependencia de los niños y jóvenes a través de prácticas educativas, legales y de bienestar que los describan como deficientes y, por lo tanto, necesitados de entrenamiento y protección, este discurso puede estar negando la posibilidad de autonomía a los niños (Burman, 2003). De esta forma, el menor es percibido con falta de competencias o habilidades para responder al evento, lo cual también explicaría – para esta visión patologizante – por qué los niños más pequeños con frecuencia podrían tener mayor riesgo de daño por este tipo de situaciones, puesto que se considera que son más vulnerables (O’Dell, 2003).

Una propuesta representativa de este tipo de posturas sobre el abuso sexual y la infancia es el modelo de la dinámica traumatogénica de Finkelhor y Browne (1985). La dinámica plantea que el acontecimiento altera cognitivamente y emocionalmente la visión del mundo del menor,

causando así distorsiones en su autoconcepto. El modelo traumatogénico está formado por cuatro factores: 1) la sexualización traumática, que se refiere al proceso en el cual los sentimientos y actitudes sexuales de los niños tienen un desarrollo inapropiado e interpersonalmente disfuncional como resultado del abuso; 2) la traición, en la cual el niño descubre la relación de dependencia de quien le ha causado ese daño; 3) la impotencia, que deriva en el sentimiento de ineficacia del niño para protegerse, especialmente cuando su cuerpo fue invadido contra su voluntad; y 4) la estigmatización, que proviene de los sentimientos de vergüenza, culpa y maldad que el menor puede incorporar a su autoimagen, y que pudieron ser transmitidos por el ofensor, o la familia al conocer el abuso.

Además, se ha planteado -desde el paradigma cognitivo conductual- que la relación entre abuso sexual infantil y el Trastorno de Estrés Postraumático (TEP), parece más probable cuando el o la menor tienden a distanciarse, evadirse o desconectarse cognitivamente; también si experimentan ansiedad y culpa por el suceso (Cantón-Cortés, Cantón, Justicia, & Cortés, 2011; Kaplow, Dodge, Amaya-Jackson, & Saxe, 2005). Asimismo, desde posturas tradicionales del desarrollo cognitivo, se ha señalado que los varones que fueron abusados antes de los seis años pueden mostrar dificultades en el pensamiento operatorio; si ocurrió después de los siete se observa el empobrecimiento de las nociones de temporalidad y causalidad; mientras que en la adolescencia puede volver al joven propenso a la inmediatez, esto es, el llamado acting-out (Lassus, 2008).

Bajo esta visión del trauma se ha considerado que la vida de las personas queda marcada por el evento y que tiene consecuencias que se observarán a corto y a largo plazo (ver Cuadro 1). Por lo que, se espera que algunos efectos aparecerán de forma inmediata a la ocurrencia de los

abusos sexuales, mientras que otros podrían presentarse en al menos después de dos años de que ocurrió el evento.

Cuadro 1. Posibles ‘efectos’ de los abusos sexuales en la infancia.

<i>Corto plazo</i>	<i>Largo plazo</i> (después de al menos dos años del evento)
<p><i>Consecuencias físicas:</i> hematomas, infecciones de transmisión sexual, desgarramientos o sangrados vaginales o anales; enuresis, encopresis; dificultad para sentarse o para caminar; embarazo temprano.</p> <p><i>Consecuencias psicológicas:</i> miedos, fobias, síntomas depresivos, ansiedad, baja autoestima, sentimiento de culpa, estigmatización, trastorno por estrés postraumático, ideación y conducta suicida, autolesiones.</p> <p><i>Consecuencias cognitivas:</i> problemas de atención y concentración; bajo rendimiento académico; peor funcionamiento cognitivo general; trastorno por déficit de atención con hiperactividad.</p> <p><i>Problemas de relación:</i> menor cantidad de amigos, menor tiempo de juego con iguales; elevado aislamiento social.</p> <p><i>Problemas funcionales:</i> pesadillas, pérdida de control de esfínteres; trastornos de conducta alimentaria.</p> <p><i>Problemas de conducta:</i> conducta sexualizada como masturbación compulsiva, imitación de actos sexuales, uso de palabras sexuales inapropiadas, curiosidad excesiva sobre temas sexuales; conductas exhibicionistas. Conducta compulsiva; conducta disruptiva y disocial; hostilidad, agresividad, ira, rabia, trastorno opositor desafiante.</p>	<p><i>Problemas emocionales:</i> trastornos depresivos y bipolares; trastornos de ansiedad, trastorno por estrés postraumático, baja autoestima, alexitimia, trastorno límite de la personalidad; conductas autodestructivas, de riesgo o autolesivas; ideación e intento de suicidio.</p> <p><i>Problemas de relación:</i> aislamiento y ansiedad social, menos amigos e interacción social, bajos niveles de actividad comunitaria; desajuste en relaciones de pareja, las cuales son inestables y evaluadas negativamente. Dificultades para la crianza de los hijos, estilos parentales más permisivos, uso frecuente del castigo físico hacia los hijos, rol maternal devaluado.</p> <p><i>Problemas de conducta y adaptación social:</i> hostilidad, huidas del hogar, actos delictivos e historial de arrestos.</p> <p><i>Problemas funcionales:</i> trastornos de la conducta alimentaria, dolores físicos, trastornos de conversión, crisis convulsivas no epilépticas, trastorno disociativo, de somatización; desórdenes ginecológicos y abuso de sustancias.</p> <p><i>Problemas sexuales:</i> sexualidad desadaptativa; sexualidad insatisfactoria y disfuncional; conductas sexuales de riesgo, maternidad temprana, prostitución y revictimización sexual posterior.</p>

Basado en información de Mebarak, Martínez, Sánchez, y Lozano (2010); McCarthy-Jones y McCarthy-Jones (2014); Oza, Silverman, Bojórquez, Strathdee, y Goldenberg (2014); Pereda (2009); Pereda (2010); Pereda, Gallardo-Pujol, y Jiménez (2011); Tripodi y Pettus-Davis (2013).

El Cuadro 1 resume los posibles ‘efectos’ de los abusos sexuales, los cuales implican dificultades en una muy amplia gama de la vida de las personas, sus relaciones y su cuerpo. Al respecto, la trama de ‘sanación’ o ‘terapéutica’ (Crossley, 2000), fue desarrollada desde la década de los ochenta y noventa, puede dar cuenta también de la fuerte, y poco cuestionada, relación entre tener antecedentes de abuso sexual infantil y una vida cuya narrativa es guiada por la historia del daño (O’Dell, 2003).

Este tipo de historia se fue construyendo como una única posibilidad de narrar los efectos del abuso sexual infantil en las décadas de los ochenta y noventa del siglo pasado. La trama muestra una vivencia deformadora que evita que las víctimas se adapten en su vida adulta. Esta historia de daño psicológico (O’Dell, 2003), permite localizar la causa del abuso sexual infantil en una variedad de síntomas, problemas o dificultades como daños psicológicos de las víctimas, que suele ayudar a reescribir la historia individual dentro de la historia única del daño, como lo muestra la siguiente cita:

Los efectos a largo plazo de los abusos sexuales pueden ser tan generalizados que a veces resulta difícil determinarlos exactamente. Lo invaden todo: el sentido de identidad, las relaciones íntimas, la sexualidad, las relaciones con los hijos, la vida laboral, e incluso la cordura. Dondequiera que se mire se ven sus efectos (Bass & Davis, 1995, p. 45).

Aunado a lo anterior, el relato del daño como una historia universal en la cual todos aquellos que fueron abusados (sin importar qué haya sucedido) quedan en una posición vulnerable para toda la vida, suele invisibilizar y homogeneizar otras dimensiones de las personas agredidas tales como el género, la sexualidad, la etnia, la clase y la cultura de la que forman parte (O’Dell, 2003).

Particularmente, en el ámbito sexual las consecuencias están relacionadas con ‘comportamientos sexuales problemáticos’ en los niños, los cuales son definidos

operacionalmente como las conductas iniciadas por niños menores de 12 años que involucran partes del cuerpo sexuales (por ejemplo los genitales, el ano, los senos), que culturalmente se consideran inapropiadas para la etapa de desarrollo y/o potencialmente dañinas para los niños involucrados. Entre estas se mencionan las conductas sexualmente intrusivas, agresivas, las imitaciones de conductas sexuales adultas como relaciones sexuales, el contacto oral-genital e insertar objetos en la vagina o el ano (Latzman & Latzman, 2015). De acuerdo con estas observaciones los niños varones tendrían mas probabilidades –que las niñas- de desplegar conductas sexualmente intrusivas después de las situaciones de abuso sexual (Latzman & Latzman, Op Cit.).

En cambio, otros autores han observado reacciones opuestas tanto en las niñas como en los niños frente a la experiencia de abuso sexual. Por una parte, quienes han sido abusados por adultos parecen desarrollar una ‘respuesta sexual prematura’. Dicha reacción fue nombrada por los autores como ‘erotización’, la cual implica altos niveles de sentimientos sexuales, preocupaciones y pensamientos sexuales, así como la dificultad para diferenciar el contacto sensual del afectivo (Simon & Feiring, 2008). Mientras que el otro extremo de la respuesta fue la ansiedad sexual, que se refiere a las reacciones de miedo, preocupación y angustia que parecen estar conectadas con pensamientos y sentimientos sexuales. En este caso las mujeres con antecedentes de abuso sexual en la infancia reportaron niveles más altos de ansiedad sexual, que las que no tenían esa vivencia (Simon & Feiring, Op Cit.).

Por otro lado, en etapas posteriores a la niñez se han hallado correlaciones entre tener antecedentes de abusos y mostrar conductas sexuales de riesgo (González, Troncoso, Molina, & Martínez, 2014). Aunque, algunos estudios han señalado que las personas que fueron abusadas sexualmente en la infancia podrían tener un mayor número de parejas sexuales, asimismo que

mostrarían la tendencia a involucrarse más rápidamente en relaciones sexuales (Rinehart, Yeater, Musci, Letourneau, & Lenberg, 2014). Sin embargo la investigación empírica no ha corroborado estas hipótesis (Simon & Feiring, 2008). Por otra parte, sí se han establecido vínculos con la presencia de infecciones de transmisión sexual (González-Pacheco, Lartigue, & Vázquez, 2008).

Además, se ha reportado una asociación relevante entre haber vivido abuso sexual en la infancia y la probabilidad de tener un embarazo en la adolescencia (Restrepo, Trujillo, Restrepo, Torres, & Sierra, 2017). Otra relación establecida es la revictimización, esto es, que la vivencia de abuso sexual incrementa el riesgo de un asalto sexual en la adultez (Relyea & Ullman, 2016; Rinehart, et al., 2014). La iniciación temprana en la industria del sexo (Oza, et al., 2014), ha sido relacionado con vivencias de abuso, especialmente violaciones ocurridas entre los 5 y los 18 años, aunados a la huida de la casa familiar y a vivir en situación de calle.

Lo anterior, ha sido explicado como producto de la sexualización traumática (Finkelhor & Browne, 1985), que mencioné antes, la cual establece que la vivencia de abuso sexual podría mostrar al menor que la conducta sexual es una estrategia para intercambiar bienes o para manipular a otros y satisfacer las necesidades propias. El evento de abuso también podría otorgar una importancia y significados distorsionados a ciertas partes del cuerpo y a la conducta sexual, particularmente sobre la moralidad sexual. Adicionalmente, el niño establecería asociaciones entre recuerdos temerosos del evento del abuso con la actividad sexual posterior (Finkelhor & Browne, 1985).

Otro tipo de estudios se caracterizan por estar enmarcados en los discursos fisiológicos y comportamentales de la sexualidad. De manera que, las asociaciones entre la vivencia de abusos sexuales y las dificultades reportadas parten de los supuestos de una funcionalidad sexual cuyo fundamento se sostiene en las fases propuestas por los modelos de la respuesta sexual humana

(Basson, 2000; Levine, 2002, Meana, 2010; Rubio & Revuelta, 2007). Esto es, dan cuenta de las alteraciones en cada una de las fases de la respuesta sexual, las cuales al repetirse de manera recurrente se identifican como ‘disfunciones sexuales’, cuyas consecuencias resultan indeseables para la persona que la experimenta y en las relaciones de pareja o al interior de su grupo social.

Especialmente, se han reportado conexiones entre algunos tipos de disfunciones sexuales en la vida erótica adulta y los antecedentes de eventos sexuales traumáticos, entre ellos el abuso sexual en la infancia. En el caso de las disfunciones sexuales femeninas, se han encontrado dificultades asociadas principalmente a las fases de excitación y en la capacidad para alcanzar el orgasmo (Pérez, 2009). Mientras que la experiencia sexual traumática ha servido como indicadores del trastorno del orgasmo masculino (Sánchez, Corres, Carreño, & Henales, 2010). En el caso específico del trastorno del deseo sexual hipoactivo, las mujeres y los hombres que habían reportado antecedentes de experiencias sexuales traumáticas, también mostraron más temores hacia el ejercicio de la sexualidad y mayor probabilidad de tener problemas conyugales que el grupo sin ese tipo de eventos (Sánchez, Corres, Blum, & Carreño, 2009).

Por lo tanto, tener el antecedente de abuso sexual infantil se ha significado culturalmente como una vivencia cuyas consecuencias se narran a través de historias sobre la pérdida de la niñez y del daño (O’Dell, 2003). Particularmente, se esperan narraciones de una sexualidad traumatizada por los sucesos (Finkelhor & Browne, 1985) cuyos posibles ‘efectos’ son relatados desde la sexualidad precoz, la ansiedad sexual, la promiscuidad, el riesgo (de enfermedades venéreas, embarazos tempranos), la prostitución, la re-victimización y la disfuncionalidad sexual.

Si bien algunos de los estudios presentados reportan diferencias entre mujeres y hombres con respecto a los ‘efectos sexuales’ de las vivencias de abuso sexual, no proponen ninguna comprensión sobre cómo las normas de género construyen estas experiencias en sentidos

opuestos y binarios, así como forman o significan cuerpos segmentados (Butler, 2014). Esta perspectiva de las consecuencias del abuso también deja fuera la posibilidad de las personas de responder a dichos discursos, mostrándolas como seres pasivos (Woodiwiss, 2014), quienes podrían necesitar apoyo especializado.

3.2 Los modelos de intervención: victimización versus empoderamiento

“¿Cómo puedes hacer este trabajo? Estas son consideraciones acerca del papel que juegan las historias de silencio, acerca de los efectos de ciertas nociones que existen sobre lo que es la terapia, acerca de los efectos del abuso y, también, de los valores y compromisos que pueden estar detrás de la pregunta”
Sue Mann (2005, p. 16).

En la aproximación construccionista he planteado como el producto de procesos relacionales a la forma en que algunas conductas son consideradas problemáticas, desviadas e indeseables y cuyas consecuencias garantizan sufrimiento. En el presente estudio también entiendo a las formas de tratamiento de dichos comportamientos como resultado de procesos colaborativos (Gergen, 2015). En este sentido, no hay un ‘tratamiento terapéutico’ por sí mismo, sino una serie de condiciones históricas y culturales en las cuales el encuentro entre terapeutas y clientes tiene sentido (Gergen, 2015). Si bien, como he mencionado antes, la medicina y la sexología se han encargado de proponer procedimientos para atender el fenómeno del abuso sexual infantil, para este trabajo me enfoqué únicamente en las formas de intervención psicológica.

En lo que concierne a estas formas de encuentros situados, Gergen y Kaye (2013), identifican dos orientaciones de los terapeutas hacia las narraciones de los clientes: la modernista y la postmoderna. La orientación modernista considera el funcionamiento del terapeuta profesional como un científico que tiene el conocimiento necesario, avalado por su comunidad

científica, desde el cual sostiene que la patología es la causa que subyace al problema; asimismo, el terapeuta-científico posee los medios para diagnosticar los problemas, localizados dentro de las personas o sus relaciones, y para eliminarlos (Gergen & Kaye, 2013). Una parte de las terapias con estas características fueron desarrolladas particularmente en las etapas de redescubrimiento y de difusión del fenómeno desde la década de los setenta hasta los noventa del siglo pasado (Fergusson & Mullen, 1999).

En esa fase se publicaron varios textos desde diversos enfoques que planteaban la necesidad de un abordaje especializado para el abuso sexual infantil. Entre éstos modelos se pueden señalar aquéllos que promueven la autocaracterización de ‘víctima’ (Durrant & Kowalski, 1996), en los cuales se encuentran implícitos supuestos como la especialización de los conocimientos del terapeuta, quien se considera el experto para resolver el problema de la ‘víctima’; así como el uso de los conceptos del daño y del consecuente déficit, cuyo efecto suele ser el de inmovilizar a las personas. Por lo tanto, el objetivo de esa terapia es comprender la dinámica del abuso y producir la catarsis.

Por ejemplo, Bass y Davis (1995), propusieron un ‘proceso de sanación’ –desde un movimiento de autoayuda- que consiste en una serie de etapas para recuperar recuerdos y hablar del suceso, y la utilización de la escritura como una herramienta terapéutica. De igual forma, Batres (1997) con un enfoque psicoanalítico y con perspectiva de género desarrolló una metodología para recuperar los ‘síndromes traumáticos’ en tres etapas: establecer la confianza con el terapeuta; relatar la historia del trauma y elaborar las pérdidas de las sobrevivientes, para finalmente recuperar la alegría, los vínculos y la conexión con los demás, elementos que la autora considera que se habrían perdido.

Por su parte, la propuesta sistémica de Perrone y Nannini (1997) de la terapia ‘del hechizo’, busca la reflexión de la víctima sobre el proceso de enganche a través del cual el agresor la atrajo, con el objetivo de liberarla de los pactos y secretos que se generaron durante la relación. Mientras que Echeburúa y Guerricaechevarría (2000) diseñaron intervenciones para las víctimas en dos fases: la educativa que tiene por objetivo la prevención de nuevos abusos; y la terapéutica, que busca que el niño describa su experiencia de abuso y los sentimientos derivados de esta, para que se rompa el secreto y el aislamiento. Aunque, para Durrant y Kowalski (1996) en este tipo de terapias la relación terapéutica puede transformarse en un proceso de imposición de ideas del terapeuta, la cual guarda paralelismo con el tipo de relación de poder-sometimiento en la cual se ejercieron los abusos sexuales.

La segunda orientación terapéutica, la postmoderna, propone que el conocimiento es un producto social, por lo que, la patología y las formas para eliminarla se convierten en mitologías culturales (Gergen & Kaye, 2013), más allá de representar realidades o verdades. La voz del terapeuta se coloca, en esta visión, como una entre otras posibles. De manera que el encuentro con la o el cliente tiene como objetivo la creación –en conjunto- de nuevos significados, en donde

se puede considerar la psicoterapia como un proceso de *semiosis*, o sea, la construcción de significado dentro del contexto del discurso cooperativo. Se trata de un proceso durante el cual el significado de la experiencia se transforma, con miras a la fusión de los horizontes de los participantes; se elaboran maneras alternativas de interpretar la experiencia; y se desarrolla una nueva postura hacia la experiencia (Gergen & Kaye, 2013, p. 215).

Para Durrant y Kowalski (1996) en el campo del abuso sexual infantil, este tipo de terapia sería aquella que realiza una autocaracterización de ‘persona competente’. Este enfoque va más

allá del evento de abuso sexual -de su recuerdo o elaboración- para concentrarse en la solución de los problemas que la persona considera que están asociados con los abusos y que le causan dificultades en el presente. De manera que, la labor del terapeuta es acompañar a las personas en la construcción del presente y de un futuro liberados de las influencias de la historia de abuso. Particularmente, O'Hanlon (1996) mostró cómo estos supuestos guiaron su trabajo con una clienta quien había vivido abuso sexuales en la infancia y

había estado viviendo una vida que, en muchos aspectos estaba determinada por su historia, por lo que alguien que había abusado de ella le había hecho, en un pasado lejano. Ella estaba viviendo la historia de ese hombre, la de él... Trabajando en colaboración abrimos la posibilidad de que recuperara su vida y creara nuevos capítulos en el futuro (O'Hanlon, 1996, p. 178).

Otro aspecto importante para este enfoque es el supuesto bajo el que se considera que las personas poseemos un potencial de agencia, esto es, que somos capaces de transformar la realidad, pues si bien estamos influenciadas por el contexto esto no significa que éste nos determine (Guilfoyle, 2014). De esta forma, las personas somos consideradas como las expertas en nuestra vida y, por lo tanto, tenemos la capacidad de elegir qué es lo mejor para cada una de nosotras, lo cual es respetado por las y los terapeutas (Durrant & Kowalski, 1996). Por lo que, el tratamiento apunta, especialmente, hacia la exploración de las narraciones donde se encuentran los recursos de cada persona.

Aunado a lo anterior, White (2004) señaló que ninguna persona es un recipiente pasivo ante una experiencia traumática, él considera que la gente tiende a responder de ciertas formas. Sin embargo, dichas respuestas suelen verse opacadas por el trauma, el cual suele reducir el sentido de identidad preferido de las personas. Cuando esto sucede White (2004) considera que

la terapia se ofrece como un contexto en donde se puedan hablar de otras cosas que han continuado dando valor a la vida, y para ello sugiere que el terapeuta sostenga una doble escucha. Mann (2005) aplicó este principio en la terapia con mujeres que vivieron abuso sexual infantil con quienes establecía conversaciones en las cuales les hacía saber que le interesaban no sólo los efectos del abuso en sus vidas, sino también otras historias que pudieron haber sido silenciadas o ignoradas. Por ejemplo, hablaban sobre sus esperanzas o sueños, así como las historias alternativas a las del abuso, así como aquellas de rechazo o resistencia a las agresiones, de cuidado, de protección y de valor.

Adicionalmente, Durrant y Kowalski (1996) han indicado la importancia de ampliar el contexto de las personas, más allá del abuso. Especialmente, Nasim y Nadan (2013) en la terapia de pareja plantean la inclusión de dos testigos del proceso de terapia: 1) el o la terapeuta es testigo de las interacciones que reeditan el trauma en la relación; y 2) el otro miembro de la pareja quien es testigo del efecto del trauma en la vida de la persona sobreviviente y en su relación. Ambos ayudan a la creación de historias de su pareja que cuestionan a las que se asociaron con el ‘trauma’ del abuso sexual en la infancia. Asimismo, Magnabosco (2014) propone el abordaje en conjunto, entre las niñas y niños o adolescentes y sus familias. Con base en el supuesto de la construcción social de los significados, plantea la reinterpretación de las narrativas de las vivencias de abuso sexual, las relaciones y las emociones, en la búsqueda de significados que puedan rescatar el rol de protección en las familias.

Por lo tanto, el enfoque de la persona competente ha cuestionado la necesidad de una ‘terapia del abuso sexual’, la cual podría estigmatizar aún más a las personas, en el sentido de considerar al evento como un problema demasiado complejo o muy específico, el cual requiere de atención especializada (Durrant & Kowalski, 1996). Puesto que, se ha observado que si bien

la experiencia de abuso sexual en la infancia puede tener influencia en la vida de las personas, no necesariamente las determina (O'Hanlon, 1996); o aunque el evento represente un dilema con cierto grado de dificultad, no es excepcional frente a otro tipo de problemas en la vida (Durrant & Kowalski, 1996). En efecto, este enfoque considera a las personas separadas del problema, éste no forma parte de su identidad total, puesto que cada una tiende a responder de diversas formas a las vivencias de abusos (Mann, 2005).

Desde esta segunda orientación de la terapia se ha sugerido que los significados culturales en torno a los hechos pueden imprimir un carácter patológico a la experiencia. Y siguiendo esta última idea fue que propuse que no sólo en los abordajes psicoterapéuticos, sino en el contexto de la investigación psicosocial es importante explorar dichos significados y hacerlo *con* las y los protagonistas.

3.3 Las narrativas: un acercamiento alternativo y liberador

“La indagación narrativa explora cómo los Yoos individuales son llevados a cabo en la sociedad capitalista, y esto puede mostrarnos salidas de la prisión de la identidad”¹³
Ian Parker (2005, p. 71).

La narración y publicación de las vivencias de abuso sexual infantil comenzó –como mencioné antes- en la década de los setenta dentro del marco del movimiento feminista; mientras que las historias con objetivos catárticos experimentaron un auge en contextos terapéuticos entre los ochenta y noventa del siglo pasado (Crossley, 2000). Sin embargo, el interés por los relatos de abuso sexual infantil como un medio de transformación social y personal parecen haberse

¹³ La cita en la lengua original es: “Narrative research explores how individual selves in capitalist society are performed, and it can show us ways out of the prison of identity”.

recuperado al inicio del siglo XXI, a través del uso de diversas aproximaciones, desde posiciones constructivistas y construccionistas de la investigación narrativa (Sparkes & Smith, 2008).

Para algunas de estas propuestas el objetivo principal ha sido abordar el sentido que la vivencia de abuso sexual en la infancia ha adquirido en las vidas de las y los protagonistas (Gibson & Morgan, 2013), más allá del tema de la veracidad de los relatos. Lo anterior ha permitido mostrar que no todas las personas significan la experiencia de abuso sexual únicamente como un trauma, con efectos duraderos o patológicos durante toda su trayectoria vital. Al contrario, se ha observado que la experiencia de abuso sexual puede tomar múltiples significados para cada persona y en diferentes momentos de la vida (Saha, Cheung, & Thorne, 2011; Kia-Keating, Sorsoli, & Grossman, 2010). En este sentido, la investigación narrativa ha resultado una metodología útil, puesto que permite concebir a la experiencia de las personas de forma dinámica y en progreso (Kraye et al., 2015).

Aunado a lo anterior, Rietsema y Grietens (2016) han reportado que la divulgación del abuso por parte de las niñas o niños es un proceso relacional, esto es, que implica negociaciones entre niños y adultos, el cual se transforma durante el tiempo e incluso puede verse como un proceso que dura toda la vida. El contexto en el que ocurren las interacciones también es importante. Los valores y creencias culturales –por ejemplo la virginidad en las mujeres-, así como las características de la familia y la dinámica familiar (e.g., dificultades económicas, aislamiento, violencia y roles rígidos de género, entre otras) también pueden afectar el proceso de divulgación (Rietsema & Grietens, 2016).

Adicionalmente, la investigación narrativa no está enfocada en establecer relaciones causales entre los eventos del pasado y las dificultades en el presente de quienes participan en sus estudios, sino en comprender sus diversos puntos de vista, así como privilegiar sus voces

(Gibson & Morgan, 2013). De esta forma, estudios narrativos en torno a vivencias de abuso sexual infantil se han enfocado principalmente en la exploración de los significados en torno a los abusos y las transformaciones en la identidad, desde aquellos relatos guiados por la historia del daño hasta otros que consideran que la vivencia los llevó a realizar un viaje a través del cual pudieron crecer, sentirse aceptados y compartir experiencias (Kramer, et al., 2015).

Asimismo, se ha indagado como la terapia grupal puede ayudar a mujeres que vivieron abusos a transformar sus narrativas desde un 'yo traumatizado' hacia otro capaz de externalizar el abuso y poner la responsabilidad en el agresor; además de que dicha terapia tendió a incrementar la aceptación, confianza y optimismo hacia el futuro de las participantes (Saha, Chung, & Thorne, 2011). Igualmente, la terapia narrativa fue útil para mujeres quienes mostraron cambios sobre su imagen hacia una más positiva de sí mismas, así como la disminución de sentimientos de culpa, vergüenza, miedo y dolor que habían emergido en los relatos debido a múltiples situaciones, por ejemplo sentirse responsables del abuso, por haberlo permitido o por revelarlo (Quintero & Andrade, 2012).

En el caso de las narrativas construidas por niñas y niños, quienes habrían vivido abuso sexual recientemente, los temas más recurrentes en sus relatos fueron el miedo en diferentes momentos - durante el abuso, antes y cuando hicieron la revelación, a lo largo de la investigación judicial y en la corte-, así como por la necesidad de obtener seguridad (Foster & Hagedorn, 2014). Asimismo, Foster (2017) analizó historias sólo de niños quienes mostraron algunas diferencias de género alrededor de la vivencia, por ejemplo, ellos suelen experimentar ira como respuesta a los abusos con mayor frecuencia que las niñas; también, tienen a expresar estados de shock o sorpresa cuando ocurren los abusos, mientras que las niñas lo viven desde la ruptura de la confianza y la traición; por último, en los relatos de los niños, éstos suelen distanciarse de

cualquier cosa que signifique feminidad u homosexualidad, y mostraron miedo de que otros piensen que son gays, motivo por el cual no revelaron el abuso inmediatamente.

Los estudios antes mencionados han sido muy importantes para comprender las transformaciones de la identidad antes, durante y después de las vivencias de abuso sexual en la infancia. No obstante, estas indagaciones han abordado tangencialmente las interpretaciones que las y los participantes hacen, específicamente sobre los abusos sexuales y la experiencia de deseo y de placer sexual. Por ejemplo, Kraye y colaboradores (2015) observaron que, para sus participantes, involucrarse en relaciones abusivas significaba que ellos no tenían derecho a un mejor trato. Las y los entrevistados relataron que entre los motivos por los cuales se sentían atraídos hacia una persona estaban la necesidad de curarlos, la demanda de cercanía y amor; así como el deseo de salir de la casa familiar. Adicionalmente, las personas narraron periodos de sus vidas en los que mantuvieron relaciones sexuales con varias personas, cuya explicación estuvo asociada con la búsqueda del ejercicio de poder sexual sobre otros.

En el estudio de Woodiwiss (2014), la autora advierte que las mujeres entrevistadas transformaron la percepción sobre sí mismas después de los abusos. De esta manera, algunas dejaron de mirarse como niñas sexualmente inocentes, esta situación les impidió reconocer más adelante otras relaciones abusivas, puesto que ellas comenzaron a verse a sí mismas como unas mujeres adultas, cuyas acciones aparentemente eran elegidas. Por otra parte, para otras participantes la historia del daño producido por los abusos sexuales daban sentido a la historia de infelicidad e insatisfacción en diversos ámbitos de su vida adulta.

En cuanto a la experiencia de los hombres, Kia-keating, Sorsoli, y Grossman (2010) entrevistaron a varones que habían vivido abuso sexual infantil y observaron que ellos relataron dificultades para expresarse emocionalmente y para relacionarse íntimamente en la edad adulta.

Aunque, los autores advirtieron que los participantes habían recuperado algunas habilidades para desarrollar relaciones de mayor intimidad cuando se sintieron aceptados tal como eran por otras personas significativas. Lo anterior, sugiere la necesidad de explorar con mayor profundidad el papel de los factores relacionales en la re-significación de los abusos sexuales.

Con respecto a las narrativas realizadas por niños que han sido abusados sexualmente, Foster y Hagedorn (2014) analizaron relatos escritos, en el contexto de la terapia cognoscitiva centrada en el trauma. Los autores observaron que la emoción más frecuente en los menores fue el miedo, particularmente miedo a ser agredidos nuevamente, lo cual les llevaba a sentirse inseguros, así como a buscar protección. Adicionalmente, investigaciones como la de Jackson, Newall y Backett-Milburn (2015), quienes también exploraron las narrativas hechas por niños y niñas, observaron que en los relatos con frecuencia había referencias a la excitación sexual durante los abusos.

En el estudio de Jackson y colaboradores (2015) los varones que habían sido agredidos por mujeres expresaron sentimientos de culpa y de confusión, puesto que parecía que no podían plantear una separación clara entre la legalidad y la moralidad de esas formas de relación en las que se habían visto involucrados. Además, en el mismo estudio los autores llamaron la atención sobre la falta de investigación específica sobre el maltrato que ejercen algunas mujeres sobre niños o niñas. En su estudio encontraron que el 20% de los casos involucraba a agresoras (Jackson, et al., 2015). Éste ha sido un importante vacío en los estudios sobre abuso sexual.

Por otra parte, Fox (1996) realizó un estudio narrativo menos tradicional del abuso sexual infantil, en el cual incluyó las perspectivas de la sobreviviente, el agresor y la de la propia investigadora, quien a su vez había vivido abuso sexual en su infancia. El objetivo de la autora fue tratar de moverse más allá del marco cultural dicotómico sobre los abusos, esto es,

aproximarse desde con una mirada más compleja sobre la agencia y la sexualidad, así como la experiencia del agresor y de la niña, cuyas perspectivas suelen perderse en otro tipo de investigaciones (Fox, 1996). Incluso la forma de escribir el texto fue distinta, en ésta se pueden apreciar las voces –en tres columnas- de cada participante, en una reconstrucción de las entrevistas que conforma un diálogo que, además, incluye la voz de la investigadora. Esta presentación lleva al lector a moverse entre las tres voces sin que ninguna perspectiva sea privilegiada (Fox, 1996).

Además, para Fox (1996), incluir los temas de la agencia y de los cuerpos en la investigación del abuso sexual tuvo como objetivo cambiar y re-dirigir las rutas y nuevas direcciones para las indagaciones, que permitan otras perspectivas para entender las relaciones entre adultos y niños. Por lo que, la autora sugirió que en la investigación tiene

la necesidad de explorar el rol que tiene la sexualidad infantil en el abuso sexual infantil, específicamente, sobre cómo la construcción social de los niños como seres asexuales puede contribuir en una sociedad que abusa sexualmente de sus niños. Si no se explora dicho rol de la sexualidad, esto podría invalidar la vivencia de agencia de los niños (Fox, 1996, p. 353-354, traducción propia).

Por lo tanto, las posturas constructivistas y construccionistas de investigación narrativa permiten observar cómo las personas que vivieron abusos sexuales durante su infancia pueden relatar dificultades sexuales en diferentes etapas de sus vidas. Particularmente las asociadas con conflictos relacionales y con la percepción de las personas sobre sí mismas, con emociones de miedo, culpa, vergüenza y dolor por las agresiones de que fueron objeto. Aunque, los estudios narrativos también son valiosos porque visibilizan aquellas respuestas que las personas llevaron a

cabo en las vivencias de abuso sexual; asimismo, los relatos suelen enfocarse en los procesos de transformación de la identidad de mujeres y hombres, más allá del evento de abuso.

No obstante, dichos estudios han sido menos frecuentes desde aproximaciones relacionales del abuso sexual infantil y sus posibles ‘efectos’ en la vivencia del deseo y del placer sexual; por lo que, también me interesó indagar cómo estas personas han ejercido su agencia para responder y narrarse a sí mismas en relatos de vida más habitables. En la presente investigación planteé abordar esta temática desde la investigación narrativa dialógica (Frank, 2012) y con un marco construccionista relacional (McNamee & Hosking, 2012), como explico en el siguiente capítulo sobre el método.

CAPÍTULO IV

Método

“Si abordamos la investigación desde formas científicas estandarizadas y tradicionales, nos desanimaríamos de ver las complejidades como un todo porque los métodos de descubrimiento científico en sí mismos se encuentran fuera de cualquier patrón de interacción en la sociedad”¹⁴
Sally St. George, Dan Wulff y Tom Strong (2014, p. 210).

4.1 Planteamiento del problema y justificación

Las aproximaciones a la vivencia de abuso sexual durante la infancia con frecuencia se han realizado desde perspectivas que se enfocan en los ‘efectos’ posteriores al evento, al cual definen como traumático (Echeburúa & Guerricaechevarría, 2000; Finkelhor & Browne, 1985; Laplanche & Pontalis, 2004). Dichos puntos de vista pueden identificarse como discursos culturales que significan a la vivencia de abuso sexual como un evento que genera un daño, esto es, se enfocan únicamente en el sufrimiento y la pérdida, especialmente de la niñez (O’Dell, 2003). El daño puede mostrarse como el hilo conductor de la forma en que las personas que lo vivieron se narran a si mismas (Woodiwiss, 2014), por ejemplo, presentándose como sujetos débiles, pasivos y sexualmente inocentes, es decir, como víctimas que requieren atención especializada (Durrant & Kowalski, 1996). No obstante, la investigación se ha enfocado menos

¹⁴ La cita en la lengua original es: “If we approach research from standardized and traditional ways of science, we would be discouraged from seeing complexities as wholes because the methods of scientific discovery themselves are located outside of any interactional patterning in society”.

sobre las formas en que las personas responden y transforman este tipo de narrativas culturales dominantes.

Adicionalmente, desde la historia del daño diversos estudios han mostrado que los abusos sexuales en la infancia se asocian con dificultades físicas, psicológicas, cognitivas, comportamentales, relacionales, funcionales, emocionales, y sexuales (Pereda, 2009, 2010). Al respecto, en la infancia se ha reportado que las y los niños que han vivido abusos sexuales pueden presentar conductas sexuales que no se espera que se presenten durante la niñez. Entre estas se han planteado los comportamientos sexualmente intrusivos sobre sus pares (Latzman & Latzman, 2015); así como que las y los menores muestren un elevado interés frente a temas sexuales o altos índices de ansiedad ante los mismos (Simon & Feiring, 2008). Sin embargo, dichas indagaciones se concentran sólo en aspectos conductuales, pero no exploran los significados culturalmente contruidos por los menores alrededor de la vivencia, ni los discursos dominantes sobre la sexualidad en la infancia (O'Dell, 2003), ni los recursos relacionales (McNamee & Hosking, 2012) comprendidos como el producto de las relaciones con personas del pasado, del presente, reales o ficticias (ej. personajes de la literatura) que les han formado y que les permitieron responder a sucesos de esta índole (Kramer et al., 2015; Saha, et al., 2011).

Por otra parte, en la edad adulta también se han reportado asociaciones entre tener el antecedente de abuso sexual infantil con: 1) presentar conductas sexuales de riesgo (González, Troncoso, Molina, & Martínez, 2014); 2) tener mayor probabilidad de contraer infecciones de transmisión sexual (González-Pacheco, Lartigue, & Vázquez, 2008); 3) disfunciones sexuales femeninas en las fases de excitación y en la capacidad para alcanzar el orgasmo (Pérez, 2009); 4) el trastorno del orgasmo masculino (Sánchez, Carreño, Corres, & Henales, 2010), y 5) el deseo sexual hipoactivo (Sánchez, Corres, Blum, & Carreño, 2009). Aunque, se ha explorado en menor

medida cuáles son los discursos tradicionales de género en las que se enmarcan las experiencias en la adultez de la sexualidad femenina y masculina cuando hubo este tipo de abusos, y cuáles son las formas narrativas que construyen las mujeres y hombres que los vivieron.

Con respecto a la investigación epidemiológica, ésta suele reportar porcentajes más altos para el caso de las niñas (20%) (WHO, 2014), no obstante que la misma fuente estima que el 10% de los varones lo habrían vivido. De esta manera, los estudios que han visibilizado la experiencia de las mujeres han sido de vital importancia, pero frente a estos se han reportado otros datos que señalan que las agresiones sexuales hacia los niños son cada vez más reveladas por éstos (IFE, 2012). Por lo tanto, también emergió la importancia de explorar las narrativas de la experiencia de los hombres (Kia-Keating, et al., 2010; Trujano, 2007), la cual ha significado un vacío en este campo de estudio.

Ahora bien, fue importante enfocarme en las poblaciones que provenían de contextos terapéuticos, puesto que me interesaba identificar cuáles eran los discursos presentes en las narrativas que co-construimos con las personas participantes, debido a que algunos modelos terapéuticos están incrustados en la historia del daño—que he descrito antes-, es decir, desde esa visión que tiende a patologizar la vivencia, especialmente con relación en los ‘efectos’ sexuales. Aunque, consideraba también la hipótesis contraria, en el sentido de que, probablemente, las personas buscaban atención psicológica porque su autonarración ya estaba siendo guiada por dichos discursos, esto es, podían ser quienes se experimentaban como ‘más dañadas’ que quienes no habían buscado terapia en ningún momento. Al mismo tiempo, fue relevante sostener que en cualquiera de estos escenarios las personas tienen la capacidad de responder (Trujano, Copado, & Cruz, 2001) a dichos discursos y era necesario explorar cuáles eran esas formas particulares de hacerlo.

Por lo tanto, dado que los posibles ‘efectos’ sexuales del abuso sexual infantil son abordados con mayor frecuencia desde aproximaciones conductuales, cognitivas y fisiológicas, que no incluyen los puntos señalados anteriormente, propuse la investigación narrativa (Gergen & Gergen, 2011b) del tema desde una perspectiva relacional (McNamee & Hosking, 2012) y dialógica (Frank, 2005). Esta aproximación implicó la indagación como una práctica comprometida con el establecimiento de la conexión y reconocimiento de la singularidad del Otro, con quien se co-investiga y se co-construye el conocimiento. También requirió tomar una postura apreciativa de quien investiga, esto es, establecer relaciones desde la curiosidad, la cual permite abrir conversaciones sobre lo que las personas valoran, lo que les ha sido útil en sus vidas y cuáles son sus expectativas hacia el futuro. De esta manera, me interesó poner el énfasis en los procesos relacionales, esto es, sobre cómo en la interacción construimos lo que damos por sentado como ‘lo real’ y ‘lo verdadero’ (Gergen, 2015). Particularmente, fue relevante indagar cómo estos procesos han construido discursos dominantes sobre los ‘efectos’ sexuales del abuso sexual infantil.

En este sentido, dichos ‘efectos’ parecieron carecer de tramas alternativas para ser narrados y, por lo tanto, en gran medida han permanecido culturalmente silenciados. Al respecto, Frank (2010) ha señalado que una vida que no es narrable se encuentra más vulnerable a la devaluación, pero las resistencias a esos silencios comienzan a hacer esas vidas narrables y visibles. Por lo tanto, la propuesta de esta investigación fue co-construir contextos que respondieran a los silencios culturales del abuso sexual sobre niñas y niños. De esta forma, sugerí indagar otras posibles narrativas que pudieran ofrecer tramas de vida habitables (Burr, 2015) para las personas quienes pueden estar compartiendo este tipo de vivencias. Por lo que, las conversaciones en torno al abuso sexual infantil y sus posibles ‘efectos’ sexuales fueron

propuestas como espacios para la transformación personal y social (Parker, 2005) de todas las que participamos en ellas, más allá de únicamente la recolección y análisis de datos alrededor de estas temáticas.

4.2 Pregunta de investigación

Una característica de la metodología cualitativa es la reflexión continua de quien investiga (Flick, 2012) y la flexibilidad para modificarse a largo del proceso de investigación (Mendizabal, 2006). En este sentido, he transformado la pregunta que ha guiado esta investigación hasta llegar al siguiente planteamiento:

¿Cuáles son las formas narrativas en torno al deseo y el placer sexual que co-construimos con hombres y mujeres adultos que vivieron abuso sexual en la infancia y que han participado en terapia?

De la que se desprendieron las siguientes preguntas específicas:

- ¿Cuáles son los discursos culturales dominantes que guían las co-construcciones narrativas en torno al deseo y el placer sexual?
- ¿Cuáles son las creencias y valores que se privilegian en los discursos culturales dominantes en las co-construcciones narrativas en torno al deseo y el placer sexual?
- ¿Cuáles son los discursos terapéuticos presentes en las narrativas co-construidas en torno al deseo y el placer sexual?
- ¿Cuáles han sido los recursos relacionales que permiten a las personas responder a los discursos culturales dominantes en torno al deseo y el placer sexual?

- ¿Cuáles son las reflexiones hacia el futuro que las personas hacen en la co-construcción de narrativas en torno al deseo y el placer sexual?

4.3 Objetivos

Por lo tanto, los objetivos generales y particulares también fueron transformándose en el proceso de investigación, gracias a la colaboración y constante reflexión con mi tutora principal y con mi comité tutorial. De esta forma, establecí los objetivos de la siguiente forma:

Objetivo general.

Identificar y analizar las formas narrativas en torno al deseo y al placer sexual que co-construimos con hombres y mujeres –habitantes de la Ciudad de México y Estado de México- que vivieron abuso sexual en la infancia y que han participado en terapia.

Objetivos específicos

1. Identificar y analizar los discursos culturales dominantes que guían las co-construcciones narrativas en torno al deseo y el placer sexual.
2. Identificar y analizar las creencias y valores que se privilegian en los discursos culturales dominantes en las co-construcciones narrativas en torno al deseo y el placer sexual de los y las participantes.
3. Identificar y analizar los discursos terapéuticos presentes en las narrativas co-construidas en torno al deseo y el placer sexual.

4. Identificar y analizar los recursos relacionales que permiten a las personas responder a los discursos culturales dominantes en torno al deseo y el placer sexual en las narrativas co-construidas.
5. Identificar y analizar las reflexiones hacia el futuro que las personas hacen en la co-construcción de narrativas en torno al deseo y el placer sexual.

4.4 Tipo de estudio

La aproximación al tema de estudio fue desde la investigación narrativa (Gergen & Gergen, 2011), con una perspectiva relacional (McNamee & Hosking, 2012) y dialógica (Frank, 2005). Esto es, los relatos fueron considerados como co-construcciones y productos de la participación relacional (Gergen & Gergen, 2011b) entre quienes participamos en el estudio (investigadora, co-investigadoras/es y supervisoras/es). Por lo que, como investigadora formé parte de las narrativas que se construyeron *con* las personas participantes en contextos situados versus otras aproximaciones narrativas que las consideran como construcciones que reflejan procesos individuales e internos.

Esta postura implicó también entrar en una relación dialógica, entendida como el reconocimiento de los Otros como un seres ‘no finalizados’ (Frank, 2005) -de quienes no podemos decirlo todo- cuyas voces me transformaron en cada encuentro. Por lo tanto, entrar en el diálogo –más allá de hacer una serie de preguntas para recolectar información- significó una escucha activa de las narraciones de cada participante para, no sólo reportar una trayectoria, sino para participar comprometida y compasivamente en las reflexiones y transformaciones que las personas hicieron en sus relatos (Ellis & Rawicki, 2013).

Para lograr los objetivos mencionados, utilicé la entrevista semi-estructurada y temática (Rivas, 2010), con base en una guía (Anexo A) que estuvo compuesta por cuatro ejes, cuyas

descripciones muestro a continuación:

1. *Primeras experiencias de deseo y placer.* Exploré las formas en las que las personas narraron experiencias corporales que consideraron relevantes y placenteras desde la infancia y a lo largo de su vida.
2. *Vivencias de abuso:* Indagué cómo se relataron los eventos de abuso sexual, quiénes participaron y de qué forma lo hicieron.
3. *Contexto terapéutico:* Exploré las formas narrativas alrededor de la solicitud y participación en la psicoterapia, así como los cambios con relación al deseo y el placer sexual que las personas asociaron como resultado de la terapia.
4. *Experiencias de deseo y del placer sexual en la actualidad y hacia el futuro:* Indagué las formas en que las personas narraron sus experiencias de deseo y placer sexual en el momento de la entrevista, también cómo se imaginaban que los experimentarían en el futuro.

4.5 Consideraciones éticas

En este ámbito estuve situada desde una ética relacional (McNamee, 2015), que implicó sostener una postura de curiosidad sobre las posiciones de los Otros - sus historias, cultura, valores- mientras que como investigadora también sostuve mis propias posiciones en torno a los temas abordados. Por ejemplo, sobre la forma en que cada una de ellas y ellos se nombraron a sí mismos frente a los abusos sexuales, así como de aceptar lo que para ellas y ellos significaba el abuso sexual, el placer, el deseo y las dificultades asociadas en sus narrativas con estos ámbitos. Además, una ética relacional tiene como finalidad crear oportunidades para nuevas y distintas conversaciones desde el reconocimiento y el respeto de las diferencias entre quienes

participamos en este proceso de investigación. Esto es, fuimos co-investigadoras y co-investigadores, fuimos partes activas en la co-construcción del conocimiento en el estudio.

Para lograrlo, también fue importante reconocirme como investigadora, mujer, adulta, mexicana, terapeuta, universitaria entre otras relaciones que me conforman, y que fueron transformados cuando entré en la relación con las y los participantes. Asimismo, fue relevante practicar la doble escucha (White, 2004); la disposición para la co-construcción de las narrativas y el respeto a sus necesidades de anonimato, así como de su participación voluntaria, lo cual incluyó, por ejemplo, respetar el derecho a decidir hasta dónde hablar, de qué hablar y cuándo detenerse respecto a los temas que fueron abordados (Gandarías, 2014).

Por otra parte, de manera más formal hice explícitos, desde el primer contacto, los objetivos de la investigación, revisando el documento de consentimiento informado (Anexo B) con cada una de las personas. En éste quedó claramente especificado que la relación no era inocente, desinteresada o espontánea, sino que respondió a una necesidad (Mendizabal, 2006), que planteé como investigadora de un tema particular.

4.6 Las co-investigadoras y los co-investigadores (participantes)

En el estudio participaron cuatro mujeres y dos hombres adultos. Los criterios que utilicé para incluirles estuvieron relacionados con los objetivos del estudio mencionados antes. En primer lugar, busqué a personas que hubieran expresado haber vivido alguna forma de abuso sexual – en sus términos- antes de la mayoría de edad legal que en México es considerada cuando se cumplen 18 años. Por lo tanto, en el momento de la entrevista ya se consideraban legalmente adultos, esto con la finalidad de que pudieran otorgar el consentimiento para el uso de la información que proporcionaron. Lo anterior era importante porque en nuestro país el abuso

sexual infantil es considerado un delito que se persigue por querrela y que tiene un límite de tiempo para su prescripción, el cuál debía tener en cuenta. Adicionalmente, uno de los intereses de la investigación fue explorar los discursos terapéuticos en las narrativas, por lo que, busqué específicamente que tuvieran alguna experiencia participando en terapia, ya fuese en el presente o en el pasado.

La forma de contactar a las y los participantes fue, por una parte, gracias a la colaboración del Programa Interdisciplinario de Atención a la Violencia (PIAV-FES Iztacala); por otro lado, a través del contacto con terapeutas que atendían en consulta privada. En ambos casos, la forma para contactar a las/los posibles participantes fue solicitar a las terapeutas – universitarias y privadas pues todas fueron mujeres - que me refirieran con personas (sus pacientes o ex pacientes) que consideraran podrían estar interesadas o interesados en participar en el estudio y que cumplieran con los criterios de inclusión ya expuestos. Una vez que los terapeutas identificaban a candidatas/os, bajo la previa autorización de las personas, yo me contactaba vía telefónica para hacer la invitación, explicarles las condiciones de la entrevista y para acordar la fecha, la hora y el lugar para el encuentro.

En la Tabla 1 se detallan las características sociodemográficas resultantes, así como de los tipos de abusos que vivieron cada una de ellas y de ellos. Cabe señalar que dos personas eligieron usar su nombre pero sin apellidos, mientras que otro eligió un seudónimo. Las otras tres participantes no lo eligieron, por lo tanto yo las identifiqué con una letra elegida al azar que no tiene relación con su nombre. También se incluyó la relación tanto de parentesco como de amistad o vecindad de las personas que ejercieron el abuso. Además, de acuerdo con lo narrado por las y los participantes muestro los rangos de edad en que las y los participantes señalaron que

Tabla 1. Características de las co-investigadoras y co-investigadores

	Sexo/orientación sexual	Edad	Estado civil	Nivel educativo	Edad del abuso	Tipos de terapias	Tipo de abuso	Quién ejerció el abuso
<i>Vero</i>	Mujer, heterosexual	39	Soltera	Técnico	7 a 14	Grupal, Individual Humanista	Tocamientos, exhibicionismo	Padre adoptivo, vecino (adultos)
<i>L</i>	Mujer, heterosexual	37	Soltera	Licenciatura	5 a 8	Grupal, Individual Humanista y Gestalt	Penetración	Tío paterno (adulto)
<i>G</i>	Mujer, heterosexual	47	Casada	Licenciatura	4 a 7	Individual Humanista	Tocamientos	Tío político Vecinos (adultos) Hermanastro (sin dato de la edad)
<i>D</i>	Mujer, heterosexual	41	Casada	Licenciatura	11 a 13	Grupal, Individual Psicodinámica	Penetración	Padre biológico (adulto)
<i>Sergio</i>	Hombre, homosexual	31	Soltero	Licenciatura	5 y 12	Individual Psicodinámica y Gestalt	Penetración	Hermano (mayor, pero sin dato de la edad)
<i>Josué</i>	Hombre, heterosexual	25	Soltero	Bachillerato	13 a 17	Grupal, De pareja Cognitivo-conductual	Penetración	Amigo de la familia (adulto, 30 años aproximadamente)

Nota: En ninguna de las entrevistas se preguntó la edad de las personas que ejercieron el abuso sexual en la época en que ocurrieron puesto que no era el objetivo tener una reconstrucción exacta de los sucesos sino comprender las formas en las cuáles las personas entrevistadas co-construyeron el relato. Lo anterior puede diferir de otras aproximaciones narrativas que consideran que lo narrado constituye un reflejo de los hechos.

habrían ocurrido los abusos sexuales, en algunos casos éstos ocurrieron de manera continua y en periodos de tiempo delimitados, para otros fueron episodios específicos en diferentes momentos de su infancia y adolescencia.

Ahora bien, para determinar el número de casos que fueron incluidos en el estudio nos adherimos a la interpretación del punto de saturación de Mayan (2009), quien ha sugerido que para tener un indicador de cuándo es el momento de dejar de integrar más participantes al estudio, podemos retornar a la pregunta de investigación y cuestionarnos si la hemos respondido y tenemos algo importante y novedoso sobre la temática que abordamos, más allá de las definiciones en las cuales la saturación implica detener la integración de casos nuevos cuando se observa que ya no están aportando información adicional, puesto que ésta se ha vuelto repetitiva.

Así, desde la aproximación relacional también partimos del supuesto de la multiplicidad de significados de la vivencia frente a los enfoques que privilegian la generalización del conocimiento (Gergen & Gergen, 1997). En esa diversidad de significados está representada la riqueza de la información desde una perspectiva teórico-metodológica construccionista. De manera que, bajo este supuesto establecí que la búsqueda de nuevos participantes se detendría cuando en cada uno de los subtemas que integraron los cuatro ejes temáticos propuestos en la investigación (ver Anexo A), se hubiera clasificado por lo menos la experiencia de dos participantes, con la finalidad de abrir las posibilidades a la observación a otras categorías.

4.7 El escenario

Los espacios en los cuales llevé a cabo los encuentros fueron diversos, pues respeté y me adapté a las necesidades de movilidad de cada participante. Al respecto, cinco de las entrevistas las realicé en instalaciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, en cubículos con

buena iluminación y ventilación suficiente para que las personas permanecieran cómodas durante la entrevista. Únicamente, uno de los encuentros tuvo lugar en la oficina de una participante, debido a que ella lo solicitó de esta forma. Durante todas las reuniones puse especial atención en que los espacios pudieran conservar la confidencialidad de la conversación.

4.8 Materiales

Para el registro del audio de las entrevistas utilicé una grabadora marca Sony, modelo ICD-UX560F. Después de cada encuentro guardé e identifiqué cada archivo con etiquetas que me permitieran identificar el material y con el cuidado de hacer varias copias que sirvieran de respaldo.

4.9 El proceso de investigación

Ahora bien, una vez que me encontraba con cada persona participante me presentaba y les planteaba el objetivo del estudio. Después comenzábamos a leer, en conjunto, el contenido de la carta de consentimiento informado (Anexo B), el cual especificaba las condiciones de confidencialidad, uso de los datos y el permiso para audiograbar las sesiones de entrevista. Si había alguna duda sobre los puntos de dicha carta, yo hacía las aclaraciones pertinentes y luego la firmábamos. Cada participante se quedó con una copia.

Al inicio de cada encuentro y antes de entrar a indagar los ejes mencionados, le planteaba a cada persona la siguiente pregunta ‘Podrías hablarme un poco sobre ¿quién eres tú? ¿de dónde eres? ¿cómo es tu familia? ¿qué estudiaste?’. Con el objetivo de comenzar a conocer el contexto social y cultural de la persona y también para comenzar a construir un espacio de confianza. Después de un tiempo de conversación planteaba la pregunta detonadora: ‘¿Recuerdas tus

primeras sensaciones placenteras, podrías hablarme un poco al respecto?’, lo cual daba pie para la construcción de un relato más enfocado en el deseo y el placer sexual. Lo anterior lo complementaba con preguntas que me llevaron a indagar los ejes propuestos, por ejemplo ¿cómo fue que llegaste a terapia?.

La exploración de cada uno de estos ejes temáticos fue diferente con cada persona. Algunas abordaban primero el tiempo presente y luego iban hacia el pasado, o viceversa; asimismo, las situaciones de abuso sexual emergieron desde la primera pregunta sobre ¿quiénes eran ellas/ellos?. En ocasiones, las y los participantes abundaban más en un eje que en otro, en esos casos utilicé la flexibilidad de la entrevista semi-estructurada (Rivas, 2010), para introducir algunas preguntas que para buscar la reflexión sobre las relaciones que permitieron responder a las diversas situaciones que cada persona planteaba, los eventos de abusos sexuales, los problemas con parejas y las dificultades sexuales. De manera que, planteaba preguntas del tipo: ¿cómo fue que lograste resolver esa situación? ¿qué consideras que te ayudó a lograr esos cambios?.

Una vez cubiertos todos los ejes de la entrevista hacía el cierre de la misma. Para lograrlo invitaba a las personas a que compartieran cómo se habían sentido, si algún aspecto de lo conversado les había sido de utilidad; si deseaban hacer recomendaciones para mejorar la entrevista o si querían agregar algo que yo no hubiera preguntado pero que ellas/ellos consideraran muy importante para la investigación. Por último, les agradecía su participación y se les preguntaba sobre su disponibilidad de un segundo encuentro, que sólo se llevó a cabo con la primera participante.

Cada entrevista tuvo una duración promedio de dos horas, las cuales fueron audio grabadas y transcritas exhaustivamente. Posteriormente, el texto fue deconstruido y re-construido

bajo la propuesta del análisis narrativo dialógico de Frank (2012). Esta propuesta enfoca la atención en el reflejo entre el contenido del relato, lo que se dice, y los efectos que conlleva hacer un relato, lo que pasa como resultado de la historia (Frank, 2012). Este tipo de análisis es descrito por el autor como una guía heurística que propone una serie de preguntas a los relatos, al mismo tiempo nos invita a tomarlas en el orden que nos sea más adecuado, así como a elegir sólo las que sean afines a los objetivos de nuestra indagación, más allá de tomarlos como una serie estandarizada de pasos a seguir. Para Frank (2012), esta forma de análisis es un movimiento del pensamiento que ocurre en el diálogo con los participantes en la investigación.

El análisis narrativo dialógico de Frank (2012) me permitió indagar en el texto cómo el relato ayudaba a sostener algunas identidades (ej. víctima, sobreviviente u otras posibles). De esta forma me pregunté ¿cómo se usaba el relato para sostener ciertos tipos de identidad? ¿cómo el relato ayudaba a las personas –individual y colectivamente- a recordar quiénes eran? ¿cómo la narrativa hacía el trabajo de la memoria?. Especialmente, me ayudó a explorar e interpretar ¿cuál era la fuerza del miedo en la narrativa y a qué otras cosas animaba a desear?; este fue un tema que no había considerado pero que emergió constantemente. Adicionalmente, me había encontrado en la revisión de la literatura que las vivencias de abuso sexual en la infancia y sus ‘efectos’ suelen ser silenciados o parecen estar enmarcados en la historia del daño. Frank (2012) dice al respecto que “una vida que no es totalmente narrable es vulnerable a la devaluación” (p. 75, traducción propia). Por lo tanto, me interesaba ahondar sobre ¿qué hacía a esta historia narrable? como respuesta al vacío de historias alternativas sobre dichas vivencias.

También, tomé dos elementos del análisis propuesto por Parker (2005). Por una parte, usé los ‘guiones de identidad’ disponibles en la cultura, que me permitieron explorar de ¿dónde provienen esas identidades? ¿cuáles son los discursos que las sostienen? (ej. el desarrollo

normal). Por otro lado, las ‘carreras morales’ como aquellos periodos específicos en los cuales inician y terminan algunos aspectos en las historias; sobre todo fueron de interés los de duraciones cortas y con relación a mundos sociales específicos, que fueron útiles para analizar los procesos en terapia y la relación con la terapeuta.

Con respecto a la interpretación de la narrativa, la postura dialógica me permitió asumir que ésta es una entre otras posibles y que siempre se trata de un trabajo en progreso, el cual no muestra la identidad finalizada de las personas, sino que las comprende como un recorte selectivo de eventos (Frank, 2012), las cuales se presentan para determinadas audiencias. En este caso es importante señalar que el contacto con las y los participantes se originó desde el contexto terapéutico que constituyó una posible audiencia para la cual fuimos co-construyendo las narrativas que muestro en este documento.

En cuanto al análisis temático el procedimiento consistió en hacer una lectura inicial de la transcripción de cada una de las entrevistas, marqué las partes que correspondían a cada uno de los cuatro ejes temáticos antes mencionados y nos enfocamos en identificarlas con códigos (Riessman, 2008) destacando cuatro categorías, cada una con distinto número de niveles y subniveles. Éstos indicaron los elementos que compartieron o difirieron entre los relatos de las y los participantes.

Posteriormente, para ejemplificar cada una de las categorías elegimos casos particulares – segmentos- para ilustrar los patrones o variaciones de las observaciones; igualmente, presentamos nuestras interpretaciones e hipótesis sobre éstas, de acuerdo con la literatura revisada. Estos segmentos preservaron la secuencia de los relatos de los cuales fueron extraídos.

Por otra parte, en el estudio partí del supuesto de que todo conocimiento producido es provisional y discutible por otras comunidades de conocimiento, puesto que esta localizado

histórica y culturalmente (McNamee, 2010). De manera que, contrario a buscar la generalización de los resultados o de establecer criterios de validez y confiabilidad –desde los cuales se evalúan las investigaciones desde otras aproximaciones teóricas dominantes- yo me adherí a los criterios construccionistas de: a) utilidad, cuyo interés responde a la pregunta ¿para quién sería útil el conocimiento co-construido?; y b) generatividad, el cual plantea ¿cómo ayudaría este conocimiento a la comunidad en cuestión a ‘seguir juntos’? (McNamee, 2010).

Con respecto a estos criterios fue relevante la planeación de la guía de entrevista y el tipo de preguntas reflexivas que describimos antes. Específicamente, al inicio pregunté, de manera informal ¿qué les había hecho aceptar la entrevista?; posteriormente, al final de cada encuentro le planteé a cada persona la pregunta ¿qué utilidad habían encontrado al hablar de estos temas?. Las respuestas a dichas cuestiones fueron diversas, pero su importancia radicó en cómo el encuentro en sí mismo significó una oportunidad para que –en conjunto- reflexionáramos sobre lo narrado y estas conversaciones nos transformaran a todas las personas que participamos de distintas formas y en algún punto de los encuentros, como lo mostraré en los siguientes capítulos.

CAPÍTULO V

La re-construcción de las narrativas

“Las historias animan la vida humana;
ese es su trabajo”¹⁵
Frank (2012, p. 3).

En este apartado expongo la re-construcción de las narrativas co-construidas en las entrevistas realizadas con las y los participantes. El objetivo de la investigación fue indagar cuáles son las formas narrativas en torno al deseo y al placer sexual que co-construimos con mujeres y hombres adultos –habitantes de la Ciudad de México y Estado de México- que vivieron abuso sexual en la infancia y que han participado en terapia. De manera que, al hacer el estudio partí de supuestos construccionistas que me llevaron a deconstruir las narrativas y, posteriormente, realicé la re-construcción de éstos en el sentido de preservar las relaciones entre texto y contexto, articular las voces excluidas para proponer nuevas realidades y relaciones posibles (McNamee & Hosking, 2012).

Adicionalmente, fue relevante mostrar que si bien las narrativas están enmarcadas en discursos dominantes (que se analizarán con más detalle en el capítulo VI) que están disponibles culturalmente para narrarnos a nosotras mismas, también nos pueden mostrar que cuando entramos en los encuentros desde una postura dialógica (Frank, 2005) y usamos la doble escucha (White, 2004) podemos co-construir narrativas que privilegian la agencia de las personas y permiten la emergencia de relatos que visibilizan las formas de responder a los discursos

¹⁵ La cita en la lengua original es: “Stories animate human life; that is their work”

hegemónicos –quizá desde pequeños pero importantes actos-, y de las formas en que se llevan a cabo sus luchas para construir vidas más habitables (Burr, 2015; Butler, 2009).

Por otra parte, la forma en que escribí la re-construcción de las narrativas fue articulando el relato con las palabras de cada participante a través de las combinaciones de las formas narrativas rudimentarias (Gergen & Gergen, 1986), así como de las preguntas propuestas por Frank (2012) y Parker (2005), que describí en el capítulo IV (Método). Por lo que, en cada narrativa aparece presentada en torno a dicha propuesta metodológica, en mi singular ordenamiento – que implica una interpretación entre otras posibles- y que esta estructurada a partir de citas textuales de las entrevistas con las y los co-investigadores, las cuales aparecen siempre entre comillas y en cursivas.

5.1 Sobre perder y recuperar el deseo sexual

*“no importa lo que te pase
sino qué vas a hacer con eso”*
G.

G es una mujer de 47 años (en el momento de la entrevista), ella es profesionista -periodista y tanatóloga- quien se considera de *“extracción humilde”*. G se narró además como una persona con creencias budistas y humanistas. En la actualidad vive con su esposo e hijos en el área metropolitana de la Ciudad de México. Su familia de origen –de clase trabajadora- la conforman su madre y otros dos hermanos quienes eran hijos de parejas distintas a la del padre de la participante, a quien ella no conoció. Por esta razón G narró a su familia *“con poca integración”*, dentro de la cual ella se describió como *“desconectada”*. Adicionalmente, la relación entre su madre y la co-investigadora también fue señalada *“en conflicto”* durante la infancia y hasta la

juventud, en parte debido a la relación inestable y de violencia que su madre sostenía con su padrastro.

La narrativa co-construida con G puede ser enmarcada en la narración del tipo comedia-novela (Gergen & Gergen, 1986), puesto que a una narración regresiva le sigue una del tipo progresivo, estas combinaciones muestran una serie de problemáticas que finalmente tienen un desenlace que restaura la felicidad de los protagonistas (Gergen, 2011). En el capítulo I mencioné que en las narraciones regresivas la evaluación del personaje sobre sus acciones decrece con respecto a la temporalidad, de manera que se aleja de las metas esbozadas en el relato; por otra parte, las formas progresivas asocian hechos cuya evaluación se incrementa con el avance del tiempo y con ello se acerca a los objetivos de la historia. En la narrativa de G la meta que restauró la felicidad en el relato fue volver a sentir deseo sexual y disfrutar las relaciones sexuales con su actual pareja.

De esta forma, el relato con G empezó con la descripción de un contexto familiar económicamente desfavorable e inestable emocionalmente (narración regresiva). Por lo tanto en esta primera parte de la narrativa los guiones de identidad comenzaron a construirse desde la ‘desconexión’ que implicó no tener una familia ‘normal’, que ella misma describió como aquella conformada idealmente por *“el papá, mamá, los hijos, el papá trabajaba y la mamá estaba en la casa, etcétera, como el formato que nos indica la sociedad de una familia normal y eso era lo que me gustaba”*, esto es, desde el discurso de la familia nuclear y burguesa (Fuchs, 1996) con base en la pareja monógama, heterosexual y reproductiva (Butler, 2014). Su familia al no cumplir estos mandatos parecía estar socialmente fuera del orden moral dominante. En este marco ocurrieron los abusos sexuales por parte de un tío político, el hijo de su padrastro, de un

joven vecino y de un farmacéutico de la colonia donde vivían, los cuales no formaron parte de la autonarración de la participante durante varios años.

Otro guion de identidad que tuvo fuerza fue el de la victimización de la infancia puesto que permitió explicar a la participante su vulnerabilidad frente a las diversas vivencias de abuso, incluso como parte de su personalidad, cuyas descripciones dominantes eran ser *“introvertida”*, *“callada”*, *“aislada”* y *“agredida por compañeros en la escuela y en la familia”*. Los calificativos usados para explicar y describirse a sí misma suelen individualizar, y en gran medida culpabilizar, a las menores al mostrarlas como quienes ‘tienen’ ciertas características intrínsecas que las ponen en riesgo de abuso, dejando fuera de la discusión la responsabilidad de quien las agredió. Además, también parece invisibilizar la violencia en los contextos educativos y familiares, poniendo nuevamente la responsabilidad individual sobre la niña ‘aislada’, cuya posición evita cuestionar el rol de los otros participantes como: los otros niños, los maestros, los padres u otros adultos responsables de las menores en esos espacios.

No obstante, como respuesta a estos discursos dominantes, G parece haber construido otros significados. Particularmente, el contexto educativo dentro del modelo de los Colegios de Ciencias y Humanidades (Universidad Nacional Autónoma de México [UNAM], 2019). En este espacio G pudo relacionarse con compañeras y profesores que se constituyeron en otro tipo de familia. Desde estas otras relaciones sus guiones de identidad permitieron que G también se narrara como: la bailarina de hawaiano, la líder, la universitaria y la profesionista. Estas narraciones, progresivas, entran en contradicción con las de niña callada, aislada y desconectada de la familia, puesto que muestran una autonarración más compleja y con una diversidad de relaciones (Gergen, 2015) que nutren otro tipo de sí mismo, más conectado y que puede hacer

uso de la agencia, como afirmó la participante *“por primera vez yo me sentí importante, integrada en un grupo”*.

Por lo tanto, en la narrativa co-construida con G identifiqué dos carreras morales: la vida universitaria y la terapia. Con respecto a la primera, la co-investigadora la narró como un espacio cuyas relaciones le permitieron re-significar la pertenencia:

“...entrar a la Universidad me abrió un mundo que yo no conocía, o sea yo quería entrar a la prepa o al CCH, pero no sabía que había intercambios, que había actividades culturales, pero no sabía que había un mundo diferente afuera... entonces logré entrar al CCH y me encontré gente buena (comienza a llorar un poco) que me cambió la vida, o sea yo creo que sin esa ayuda no hubiera llegado ahora aquí”

Específicamente, el modelo educativo que ella mencionó se caracteriza por la filosofía de “aprender a aprender” (UNAM, 2019). De esta forma, se concibe al alumno como una persona activa y participante del propio proceso de aprender. Asimismo, los profesores tienen un rol de facilitadores de la reflexión y de acompañamiento, bajo relaciones más horizontales con sus alumnos.

Por otra parte, la terapia como una de las carreras morales fue breve. Ésta inició cuando la co-investigadora narró el descubrimiento de que el tío político que abusó de ella lo estaba haciendo nuevamente con otro menor de su familia. La participante narró que el enojo la llevó a revelar a su familia el abuso que ella vivió y decidió iniciar una denuncia legal, aunque no recibió el apoyo que esperaba de otros familiares, al contrario respondieron organizándose para ayudar a no sostener su dicho. La frustración que experimentó la llevó a experimentar tristeza, ese fue el motivo de iniciar un proceso de terapia humanista durante ocho meses. En el momento de la entrevista habían pasado ocho años desde su última sesión de terapia.

Uno de los principales efectos que esta situación tuvo sobre la vida de G, fue sobre su deseo sexual, como ella lo narró:

“yo no había presentado esos problemas emocionales nunca o no me había dado cuenta, me acuerdo que en algún momento en el CCH me sentía mal y yo decía ‘es que me siento mal y me siento mal’ y ¿pero qué tienes? ‘no sé, me siento mal’, pero entonces eran como episodios y como estaba ocupada no los tomaba en cuenta, pero esta vez sí me pegó, entonces empecé a tener problemas sexuales con mi marido, yo no tenía pues ganas de tener sexo y no tenía lubricación, que eso fue lo que más me sorprendió, porque cuando en algún momento decía ‘bueno sí, lo voy a hacer porque también es mala onda para él’, pero mi cuerpo no respondía y eso me empezó a causar problemas”

En este sentido, es que se puede observar la fuerza del miedo (Frank, 2012) del abuso sexual en el relato de la participante. Si bien en otras etapas de su vida ella narró que se había presentado como una molestia sin un origen específico –como lo detalló en la viñeta anterior- durante el periodo que tuvo problemas sexuales el miedo se manifestó a través de recuerdos que ocurrían durante las relaciones sexuales con su pareja.

Por otro lado, puedo señalar que si bien el miedo la llevó a experimentar dificultades sexuales, también la animó a buscar apoyo de amigos –quienes le sugirieron asistir a terapia- con el cual pudo responder a las dificultades, re-significarlas e ir más allá de la identidad de víctima

“qué cosa tan espantosa si estuviera acumulando ese rencor durante tanto tiempo ¿para qué me iba a servir ese rencor? Pues no sé, no sé, a lo mejor sería una vieja gorda, enferma, frustrada, porque me la pasaría toda la vida regodeándome en mi desgracia ‘¡ay! Es que no estudié porque me violaron, es que yo hice esto porque me violaron...no me serviría de nada, eso es lo que yo aprendí”

Aunado a lo anterior, en la narrativa el miedo también la animó a buscar formas de ayudar a otros. Por lo que G se formó y trabajaba como tanatóloga y coach; además, en el momento de la entrevista estaba planeando estudiar psicología. Por último, cuando le pregunté si la conversación le había sido útil de alguna manera, ella reflexionó diciendo que cada que platicaba su vida se daba cuenta de otras cosas *“es como cuando vuelves a leer un libro y ves algo que no habías visto...así me pasa cuando vuelvo, cuando repaso mi vida”*. Este comentario indica que nuestro encuentro se convirtió en un espacio dialógico (Frank, 2005). Puesto que, aún cuando enmarqué la narración como una comedia-novela, que implica un desenlace, esto no significó que se trató de una historia acabada o única. La misma co-investigadora señaló que ha narrado su vida en varias ocasiones y cada vez que lo hace encuentra significados nuevos para sus vivencias, así como para las relaciones que sostiene con sus hijos, su pareja, su mamá e incluso con el hombre que la agredió sexualmente con mayor frecuencia. Lo anterior, permite la reflexión sobre cómo las conversaciones pueden no sólo “hablar” de cosas, experiencias, personas, sino transformarlas y de allí su valor para la investigación desde una postura relacional.

5.2 Venciendo el miedo al sexo

*“siempre va a haber problemas,
siempre vas a pasar por cosas difíciles,
pero que tengas algo en qué refugiarte te ayuda mucho”*
L.

L es una mujer de 37 años, profesionista, soltera y originaria de la Ciudad de México, en donde vive actualmente con sus padres -quienes están a su cuidado por situaciones de salud-, tiene una hermana que reside en otro país. El papá de L es parte de una familia grande del estado de Guerrero, él migró a la Ciudad. Fue descrito por la participante con *“un carácter muy fuerte hasta violento y muy celoso”*. La mamá de L es originaria de una familia pequeña de la Ciudad de México, a quién le hubiera gustado seguir estudiando pero no pudo hacerlo debido a que se embarazó y se casó, por lo que les decía a sus hijas *“ustedes no pueden tener novio hasta que no acaben la carrera”*. Los padres de L han sido comerciantes y empleados, una familia de clase media baja. L practica la religión católica y se considera una persona muy espiritual.

La narrativa de L puede clasificarse también como una comedia-novela (Gergen, 2011), pero que se encuentra todavía en proceso, puesto que no ha alcanzado un desenlace y logrado una meta específica de su protagonista, la cual debido al tema en que se enfocó la entrevista, estaría relacionada con llegar a disfrutar las relaciones sexuales. De manera que este relato comenzó con narraciones regresivas, en las cuales la participante comenzó describiendo a su familia y la situación de enfermedad prolongada de su padre, la cual transformó su vida diaria y le ha llevado responsabilidades emocionales y económicas desgastantes. No obstante, la narración se tornó progresiva, en esta primera parte del relato, cuando pregunté cómo ella había logrado responder a dichas situaciones, entonces ella narró que practicar distintos tipos de danza ha sido una actividad que ella disfruta desde la infancia y, en distintas etapas de su vida, la ha ayudado a responder a situaciones estresantes.

Al parecer, la identidad de bailarina también le ha permitido responder a uno de los guiones de identidad que observé en esta narrativa y que está relacionado con la historia del daño (O'Dell, 2003). Por ejemplo, la co-investigadora dijo sobre sí misma que *“yo siempre sentí que no encajaba, o sea yo decía ‘no soy normal’, porque pues era muy tímida, muy retraída, todo me daba miedo”*; en otros momentos agregó a esta descripción *“nunca tuve auto-estima muy alta”* y *“también siento que no soy muy femenina”*. Por lo que, la danza ha significado un espacio donde sus relaciones como bailarina parecen haberle brindado una visión más positiva y coherente de sí misma: *“sentía que la inseguridad no me dejaba avanzar en los trabajos, o encontrar un buen trabajo, y... no soy tan insegura como yo pensaba porque el hecho de salir a las presentaciones y bailar ¡requiere de mucha seguridad!”*.

Al respecto, White (2004) señaló que ninguna persona es un recipiente pasivo ante una experiencia traumática –como puede vivirse el abuso sexual en la infancia- y considera que la gente tiende a responder, aunque dichas respuestas suelen verse opacadas por el trauma, el cual suele reducir el sentido de identidad preferido de las personas. No obstante, cuando usamos la doble escucha (White, 2004), incluso en el contexto de una entrevista de investigación, ofrecemos un contexto en donde se pueden hablar de otras cosas que han continuado dando valor a la vida, como lo ha sido la danza para la co-investigadora. Asimismo, ir más allá del interés por las vivencias de abusos o sus posibles ‘efectos’, permite la emergencia de otras historias que pudieron permanecer silenciadas o ignoradas (Mann, 2005).

Por otra parte, la autonarración desde la historia del daño parece estar sostenida también por la fuerza del miedo (Frank, 2012) que generaron los abusos sexuales y con las creencias familiares sobre la sexualidad femenina *“en mi casa eran muy estrictos, o sea siempre me dijeron ‘¡uy! Eso de tener novio es lo más feo que puedas hacernos... casi casi ‘si tienes novio*

vas a salir embarazada y vas a arruinar tu vida”. Mientras que el tío que ejerció los abusos sexuales le dijo que la consultante era ‘su novia’ y ella pensaba *“mis papás diciendo que yo jamás en la vida podía tener novio, entonces pues... yo ahí en ese momento yo sentí que hice algo muy malo”*. Por lo que la co-investigadora relató que durante las etapas de adolescencia y juventud ella experimentó atracción hacia algunos compañeros de estudio, pero sin establecer relaciones de noviazgo, estas etapas de su desarrollo fueron mostradas en esta área sin grandes alteraciones.

Cuando tenía 28 años tuvo su primer ‘novio’, que ella misma pone entre comillas puesto que él estaba casado. Esta relación se caracterizó porque ella se sintió cómoda y valorada por él *“nunca alguien se había fijado en mí, el contacto físico es muy difícil, no tolero mucho que se me acerquen y él era muy abrazón [sic], muy cariñoso, muy expresivo y a mí eso me sorprendía”*. No obstante, la narración se tornó nuevamente regresiva cuando ella narró que esta pareja comenzó a mostrarse celoso y

“resultó ser un hombre violento conmigo, manipulador...y así fue aumentando un poco lo violento hasta que un día me pegó, entonces ahí fue cuando dije ‘híjole ¡ya!’ , yo lo quería mucho, yo me sentía muy enamorada, pero pues sí sabía que eso estaba mal”.

La co-investigadora narró que en aquel momento sintió en su cuerpo una sensación parecida a cuando abusaron sexualmente de ella, expresó que a esta sensación la acompañaron el miedo y la tristeza por terminar con la relación.

Cabe señalar que durante la adolescencia y la juventud los abusos sexuales no habían tenido importancia para ella, ni los había relacionado con la timidez o el miedo a relacionarse con parejas. L narró que durante varios años no recordó los sucesos hasta que vio un programa de televisión (alrededor de los 25 años). En dicha ocasión, la participante se identificó con un

caso en el que la persona tenía dificultades para concentrarse, sentía inseguridad y desconfiaba de otros, situaciones que ella había experimentado y que la llevaron a nombrar por primera vez como abuso sexual lo que había vivido. Dichos abusos ocurrieron en la casa de sus familiares cuando los visitaban en otro Estado de la República, fueron ejercidos por un hermano de su padre y se repitieron entre los 5 y 8 años de edad.

Aunado a lo anterior, la participante había logrado tranquilizarse durante un tiempo a través de la práctica de la meditación y del esoterismo, tomando clases de Reiki y asistiendo a sesiones con ángeles. Estas creencias espirituales sugerían razonamientos como que si *“tu buscas esas cosas y así como tu te sientes es lo que atraes, entonces yo dije ‘si yo me busqué alguien así es porque algo está mal en mí, entonces tengo que buscar ayuda’”*. Esto es, desde la historia del daño y de la responsabilidad individual, por los ‘efectos’ del abuso, L entró en la carrera moral (Parker, 2005) de la terapia.

De esta forma, la participante decidió acudir a servicios psicológicos y estuvo en terapia grupal en una asociación civil especializada en brindar atención a personas con experiencia de violencia sexual, la cual le ayudó a

“sentirme normal, que eso, lo que yo sentía, lo sentían otras personas, que no era la única ni estaba loca, ni era rara, ni nada... y creo que fue eso y no sentirme tan sola... no conocía a nadie que le hubiera pasado lo mismo”

Si bien la terapia grupal le ayudó a dar sentido a experiencias que parecían no tenerlo, por ejemplo, tener ‘ausencias’, ataques de ansiedad o de pánico como ‘efectos normales’ o debidos al estrés postraumáticos de las vivencias de abuso sexual, por otra parte la dejó *“a medio camino y ya no sabía que hacer con todo lo que había salido”*. Al respecto Durrant y Kowalski (1996) han señalado que las terapias que promueven la autocaracterización de “víctima”, cuyos

objetivos son comprender la dinámica y producir la catarsis –como en el caso de la co-investigadora- también pueden tener el efecto de inmovilizar a las personas.

Por lo que, L después de unos años volvió a buscar atención psicológica y en el momento de la entrevista llevaba cuatro meses en otra psicoterapia individual con enfoque humanista y Gestalt. Desde su punto de vista, este otro modelo le había permitido darse *“cuenta que he sido fuerte y que aún dentro de lo mal que pudiera sentirme he buscado la forma de salir”*. Adicionalmente, la actitud comprensiva de la terapeuta sobre aspectos económicos; así como que le explicó cómo iba a ser el proceso de la terapia le brindó confianza. Si bien el enfoque de la terapeuta no era abiertamente postmoderno, podría aproximarse más a la autocaracterización de persona competente (Durrant & Kowalski, 1996), para centrarse en acompañar a las personas en la construcción del presente y de un futuro libre de las influencias de la historia de abuso.

No obstante, el tema del deseo y el placer sexual aún están en construcción, puesto que no han sido parte de los objetivos para transformar. Al parecer, no se siente ‘a gusto’ con su cuerpo

“nunca fue completamente agradable, si tuve relaciones con esta pareja, pero él me presionaba mucho...mmm... las primeras veces no fue tan malo, pues él se portó bien, cariñoso, pero como que nunca me he sentido a gusto con mi cuerpo, entonces eso no me dejaba a lo mejor también disfrutarlo mucho”

Por lo que, la narrativa co-construida con L se muestra en el camino para alcanzar las metas y lograr un desenlace. Sin embargo, desde una postura dialógica una narrativa nunca esta terminada o concluida (Frank, 2005), sino abierta a nuevas transformaciones y re-significaciones. Al respecto ella dijo estar deseosa de hacer uso de la seguridad que había ido adquiriendo, por lo que, planteó objetivos como aprender a manejar, estudiar una maestría y otra lengua extranjera.

5.3 En lucha por re-integrar el cuerpo

*“sí es difícil hablarlo como hombre,
decir que los hombres
también estamos expuestos a esto”*
Josué

Josué es un hombre de 25 años quien, en el momento de la entrevista, vive con sus padres en el área metropolitana de la Ciudad de México, tiene una hermana mayor y sostiene un noviazgo de varios años con una joven. El participante estudió la preparatoria y una carrera técnica como contador, la cual ejerce. También, se desempeña trabajando como músico y actor. Su familia fue descrita de clase media cuyos padres narró eran profesionistas quienes estaban interesados en que sus hijos desarrollaran habilidades deportivas y artísticas desde la infancia. Por lo que, procuraron que Josué y su hermana participaran en estos otros tipos de espacios, más allá de la escuela.

La narrativa de Josué puede identificarse como una comedia-novela (Gergen, 2011), que de manera similar a la de L se encuentra en el proceso de alcanzar una meta específica del protagonista, cuyo objetivo –de acuerdo con el tema de esta investigación- fue vivir el placer sexual como una experiencia en la cual se integre todo su cuerpo. De esta forma, la narración del participante inició con el relato progresivo en torno a la curiosidad inicial del participante sobre la masturbación

“vamos en un transporte escolar y los chicos de sexto [grado] empiezan a comentar acerca de la masturbación, diciendo ‘la chaqueta’ y todo esto y pues yo no sabía qué era, mi primo que era más allegado a estos chicos pues ya me empieza a decir”

El co-investigador continuó narrando otras primeras aproximaciones al conocimiento sobre el sexo. Por ejemplo, en una ocasión vio el cuerpo de mujeres desnudas en revistas eróticas en compañía de otros niños, algunos con más edad que él. También, observó un video con

material de pornografía con uno de sus primos, con quien inició la práctica de la masturbación. Al respecto, Lagarde (2005) ha señalado que la experiencia masculina sobre el placer sexual es aprendida a través de prácticas eróticas que son llevadas a cabo en grupo versus la femenina para la cual las exploraciones del cuerpo suelen ser sólo con fines de embellecimiento o limpieza.

En el contexto de estas experiencias identifiqué un guion de identidad a través del cual Josué se describió como un niño tímido que no se sentía seguro de ser atractivo para las niñas puesto que *“era muy desconfiado de mí, [para] decir ‘¡ah! Voy a ligar o algo así’... no creía que yo les gustara a las chicas”*. Por lo tanto, el participante narró que dejaba que fueran ellas quienes se acercaran a él, de esta forma se sentía seguro. En la etapa de la adolescencia, las primeras experiencias como besos y caricias que implicaban partes sexuales del cuerpo siguieron este patrón en el cual dejaba que ellas tomaran la iniciativa mientras que él respondía.

Cabe señalar que durante esa misma época inició el abuso sexual hacia Josué. Él narró que tenía 13 años cuando conoció al hombre quien tenía aproximadamente 30 años y quien ejerció los abusos sexuales. El participante acudió a un taller de teatro, en el cual este hombre era profesor y se mostraba *“como si fuera un niño, como muy juguetón”*. De acuerdo con el co-investigador, gracias a esta forma de relacionarse el profesor se hizo amigo de su familia y pasaba tiempo con ellos, incluso comenzó a quedarse a dormir en su casa. Esta situación concuerda con los estudios que señalan que a los varones suelen victimizarlo personas que forman parte del contexto de los niños como los vecinos o amigos de la familia (Pineda-Lucatero, et al., 2008).

El participante relató que los acercamientos hacia él fueron graduales. Inicialmente el profesor se quedaba en una colchoneta en la sala mientras que Josué dormía en un sillón, allí *“mi mamá me dijo que una vez ella vio que él se había subido al sillón y que me estaba abrazando y*

yo estaba dormido, yo no me daba cuenta". Más adelante, el hombre le sugiere que vayan a dormir a una habitación alejada de los otros cuartos de la casa. En ese espacio y lejos de las miradas del resto de la familia *"eso empieza a evolucionar y después de esto de tocarme me empieza a hacer sexo oral"*. En esas ocasiones Josué empezó a sentirse excitado e incluso recuerda haber eyaculado. Después de un tiempo el hombre comenzó a penetrarlo

"me empieza a violar varias veces... la primera vez fue muy doloroso... pero también a la vez sí sentí placer, entonces ya después me llevaba mucho entre lo que yo sentía y también la vergüenza de decir 'es que esto también me está causando placer ¿cómo puede ser?'"

Al respecto, Finkelhor y Browne (1985) han señalado que los menores pueden sentirse estigmatizados debido a la experimentación de sentimientos de vergüenza, culpa y maldad que incorporan a su autoimagen. De esta forma, la historia del daño puede ampliar su influencia para guiar las narraciones sobre sí mismos.

La situación de abusos se prolongó hasta los 17 años de Josué. El participante narró que hubo tres situaciones que le permitieron detenerlos. Por un lado, el co-investigador narró que en esa época había comenzado a fumar marihuana, un aspecto que he identificado como una carrera moral (Parker, 2005), puesto que ocupó un periodo de tiempo en el relato. En una excursión escolar lo regresaron a su casa porque lo descubrieron consumiendo. Este hecho preocupó a sus padres, quienes se cuestionaron el control que tenían de su hijo aún menor de edad y pusieron límites en la relación que llevaba con el profesor *"tú ya no puedes ni tú quedarte en su casa ni él quedarse en nuestra casa, porque tú eres nuestro hijo y tenemos que vigilarte"*.

Al mismo tiempo, Josué comenzó una relación de noviazgo con una joven que le cuestionaba la forma en que él se relacionaba con su profesor *"él me hablaba a cada rato al celular ¿qué estas haciendo? ¿con quién estas? ¿a qué hora llegas y por qué te vas a tardar"*

tanto? entonces ella me empezó a hacer ver que eso no es normal". De esta forma, el participante decidió terminar la relación con este hombre, aunque en ese momento no la consideraba como abuso sexual. La re-significación de la relación entre el profesor y Josué ocurrió cuando éste último se identificó con un caso de abuso sexual en un programa de televisión y estuvo acompañada de sentimientos de ira, enojo, tristeza, vergüenza y culpa

"porque yo desde el primer momento me había sentido mal, y había empezado a mediar otras cosas para convencerme, para sentir que estaba bien y que me sentía bien, que me era placentero, que me regalaba cosas y que yo siempre tenía ese malestar allí presente, pero lo hacía de lado"

La confusión y culpa relatada por el co-investigador puede contrastarse con lo reportado por Jackson y colaboradores (2015), cuyos participantes los varones que habían sido agredidos por mujeres, quienes no tenían claridad sobre la legalidad y la moralidad de las formas de relación en las que los habían involucrado. Cabe señalar que en este caso, el agresor era un hombre. Por lo que, más allá del sexo suele ser la dinámica de confianza, afecto y el ejercicio del poder en la relación lo que facilita al adulto(a) llevar al menor a participar en comportamientos sexuales.

Por lo tanto, el participante relató con sus padres, quienes al conocer la situación evitaron que el adulto tuviera de nuevo en contacto con su hijo y buscaron apoyo psicológico. En este punto inició la carrera moral de la terapia para Josué. Primero, participó en terapia de grupo -en una asociación civil dedicada a atender casos de violencia sexual- la cual tuvo una duración aproximada de tres años. En ese espacio, él consideró que pudo dejar de sentirse culpable y con vergüenza *"sé que él era un adulto, que yo era un niño, que ahora como adulto puedo tomar otras decisiones que de niño no podía tomar"*.

En el relato del participante sobre la terapia también identifiqué la fuerza del miedo (Frank, 2012). Josué narró que durante las sesiones grupales había dinámicas en las que debía tocar a otras personas y permitir que lo tocaran. Además, el co-investigador relató cómo esta experiencia también lo llevó a reflexionar sobre no sentir su cuerpo, particularmente las nalgas y las piernas. En este punto la historia del daño parece guiar de forma potente la narración, puesto que Josué narró la asociación que él ha hecho entre la vivencia de abuso sexual y la insensibilidad corporal experimentada posteriormente en las relaciones sexuales

“verlo así a él con mi pene en su boca a mí me daba mucho asco y me iba a otros lados, o ya para eyacular empezaba a pensar en no sé, en alguna película que había visto o en alguna chica que me gustara, o cosas así, pero no estaba allí, entonces esto sí de excitarme físicamente pero no conectarlo con la mente sí siento que viene de ahí”

Al mismo tiempo, el participante relató que debido a que las relaciones sexuales en las que participaba con aquél profesor eran muy frecuentes *“a veces dentro del mismo día abusaba dos o tres veces de mí”*, Josué se experimentaba *“sobre-estimulado”* en únicamente una parte de su cuerpo: el pene. No obstante, el co-investigador narró las dificultades que ha tenido para eyacular, tener orgasmos y sentir placer. Al respecto y desde la historia del daño, se ha señalado que el evento del abuso podría otorgar importancia y significados distorsionados a ciertas partes del cuerpo y a la conducta sexual, particularmente sobre la moralidad sexual. Adicionalmente, el niño podría establecer asociaciones entre recuerdos temerosos del evento del abuso con la actividad sexual posterior (Finkelhor & Browne, 1985), como ocurrió en el relato de Josué.

El co-investigador relató que se encuentra en proceso de resolver estas dificultades. En el momento de la entrevista se encontraba en terapia de pareja de corte cognitivo conductual. Asimismo, dejó de consumir marihuana y retomó la práctica del deporte. Al preguntarle sobre si

le había sido útil hablar sobre estos temas el concluyó reflexionando sobre algunos mandatos de la masculinidad que a los varones se les enseña con respecto al cuidado de su cuerpo y con quién desean experimentar sexualmente

“a los niños [les dicen] ‘ah, es tu pipí, por ahí haces pipí’, no hay un sentido de es que también es una parte íntima del niño y no solamente el pene, también todo tu cuerpo es tuyo, tú decides con quién lo compartes... incluso, si no te sientes a gusto con una mujer, también estas en tu derecho de decir ‘sabes qué no quiero hoy’ ... porque tenemos esta idea muy marcada de ‘tu eres un macho y debes de cumplir y si no le cumples se va a ir con otro’”.

Por último, Josué compartió que recientemente había confrontado a quien abusó sexualmente de él y tenía planes de ejercer una acción penal contra este profesor.

5.4 Un camino para co-construir el placer

*“uno puede volver a sentir felicidad,
volver a sentir un placer verdadero, sano y amoroso”*
Sergio

Sergio se define a sí mismo como una persona solidaria, ética y que construye su felicidad. Tiene 31 años y estudió dos licenciaturas: Historia y Contabilidad. Se declara abiertamente con una identidad gay y en el momento de la entrevista tenía una pareja. Es hijo de padres migrantes de los estados de Guanajuato y de Oaxaca hacia la Ciudad de México, quienes provienen de familias de clase trabajadora, los cuales formaron una pareja con los recursos suficientes para que sus hijos realizaran estudios universitarios. Sergio relató que el contexto familiar de su madre se caracterizó por la violencia hacia ella; mientras que el de su padre fue de pobreza. Dichos antecedentes explican para Sergio la violencia que su madre ejerció sobre él y sus dos

hermanos (uno mayor y una menor), así como la ausencia de su padre por realizar jornadas largas de trabajo. Sergio es católico, cree en Dios y en “*la vida espiritual después de la muerte*”, también le gusta participar en la lectura del Evangelio y asiste a misa “*de vez en cuando*”.

La narrativa co-construida con Sergio, se puede enmarcar en el género de la narración del tipo comedia-novela (Gergen & Gergen, 1986), puesto que combina formas narrativas regresivas seguidas de progresivas. Sergio comenzó presentándose como un hombre que está “*trabajando sobre este tema de la derrota y la perseverancia y lo que es levantarse*”. También se describió como un universitario al cual, la educación le permitió tener un pensamiento más crítico frente a su propia historia de vida. Él se considera un hombre emprendedor, en el sentido de que no se da por vencido, y a quien le gusta ser “*un factor de bienestar en su comunidad*”. Más adelante, cuando le pedí que nos hablara sobre las primeras experiencias placenteras que recordaba, él inició su relato con narraciones progresivas sobre el placer asociándolo con recuerdos sobre los olores que le recordaban a su mamá y que le daban tranquilidad. Después, comenzó a relatar otro tipo de placeres que emergieron en el contexto escolar de los estudios de Primaria. Entre los 5 y 6 años el co-investigador contó que una niña –compañera en su clase- le pidió que fueran novios. Para Sergio esta relación significó una forma de placer en donde él “*lo experimentaba más como un sentido de aprobación de parte de ella*”.

Con respecto al guion de identidad –en algunas partes del relato- estuvo enmarcado dentro de la historia del daño (O’Dell, 2003). Sergio explicó que la primera fase de abuso sexual que vivió –también entre los 5 y 6 años- por parte de su hermano mayor “*lo inhibió, lo violentó, lo perturbó*”, refiriéndose a la incipiente atracción por otros niños que había experimentado antes de los abusos. Él contó que no volvió a interactuar físicamente con sus pares, aunque le gustaban otros compañeros durante la etapa escolar de la secundaria. En esta parte del relato la forma

narrativa se tornó regresiva, pues sus evaluaciones sobre las relaciones afectivas y sexuales se alejaron de la meta de desear tener un novio y disfrutarlo. Aunado a lo anterior, los guiones sexuales culturalmente disponibles en el contexto del participante estaban enmarcados en la matriz heterosexual (Butler, 2005), esto es, tampoco había formatos sobre cómo podía experimentar el deseo sexual hacia niñas, mientras que era menos probable un guion de identidad sobre el deseo hacia otros varones y en la infancia.

Por otra parte, el miedo cobró fuerza en el relato gracias a la presencia de la violencia. En primer lugar, por la violencia de la madre ejercía hacia él y, en segundo lugar, hubo otro periodo de abusos –entre los 11 y 12 años- acompañados de amenazas y chantajes de dañar a otras personas si Sergio no accedía o revelaba lo que ocurría. La fuerza del miedo (Frank, 2005) también alcanzó la posibilidad del co-investigador para expresar su orientación sexual y su identidad gay. Al respecto, le preguntamos sobre su primera experiencia sexual. Sergio relató la experimentación gradual con una pareja heterosexual, que le permitió probar si era o no gay, así como interactuar con ella sin sentirse amenazado, por ejemplo, al besarla. Desde su punto de vista, debido a que había sido un hombre quien lo agredió en la infancia, en etapas posteriores la atracción hacia los hombres le planteaba un conflicto entre intentar experimentar sexualmente con varones y el miedo que había dominado este ámbito.

No obstante, en una parte de la entrevista mencionó que a los 21 años tuvo su primer novio. Este dato nos pareció una oportunidad para indagar cómo el participante respondió a la historia del daño y sobre los ‘efectos’ sexuales en su propia historia. Por lo tanto, le preguntamos ¿cómo había logrado tener ese primer novio?. Como una forma de explicar el proceso y las relaciones involucradas, Sergio usó la metáfora de *“una presa, un contenedor que fue resistiendo presión, presión, presión, presión, hasta que pues se cuarteó eso y ya no pudo más, y pues*

estalló". Esta imagen le sirvió para contar cómo la atracción hacia hombres iba en aumento a la par de la ansiedad que le producía interactuar con éstos. La presión fue tal que él "*colapsó*" a la edad de 17 años, llegando a experimentar angustia que se extendió a la relación con cualquier persona.

Ahora bien, el co-investigador no fue pasivo frente a la angustia, sino que respondió a la fuerza del miedo (Frank, 2012) que ésta le generaba. Alrededor de este tema, su relato se volvió nuevamente progresivo, esto es, su evaluación se fue acercando a la meta de tener pareja. Primero, Sergio asistió a terapia conductual pero no obtuvo soluciones a sus dificultades. Más adelante, observó en un programa mexicano de televisión abierta que existía terapia especializada para el abuso sexual infantil, la cual ofrecía una asociación civil dedicada a la atención de personas violadas. En este punto comenzó una 'carrera moral' (Parker, 2005) en la terapia. Solicitó una cita y a partir de ese momento dicho espacio significó para el participante una oportunidad para la transformación de su vida, en sus palabras '*de agarrar mis pedacitos tirados e irme reconstruyendo*'. Asimismo, aquella terapeuta le recomendó llevar un diario y realizar una autobiografía que le permitió "*yo creo que lo que me hizo abrirme a esto, fue esta transformación de mi identidad y el hecho de re-escribir mi historia*".

El proceso de terapia duró tres años, en los cuales también hubo una transformación corporal – logró bajar 24 kilos de peso-, además durante este tiempo experimentó sexualmente con un hombre, aunque con esta pareja no llegó a tener placer sexual, pues Sergio aún se sentía "*invadido*", "*violentado*" y "*poniéndose en riesgo*". Nos llamó la atención esta última autonarración y le preguntamos cómo logró salir de esa sensación de 'ponerse en riesgo', puesto que esta evaluación se encuadraba dentro de la historia del daño. Para el participante, '*el amor*' fue el elemento que le permitió avanzar hacia el disfrute sexual y conocer a su "*primer novio*".

Le tomó tres años construir la confianza para que tuvieran relaciones sexuales. Un aspecto relevante para esa relación fue su pareja, a quien describió como una persona que le mostraba paciencia y comprensión, además de que le había compartido sus temores relacionados con el abuso sexual. En esta relación adquirió seguridad de no ser dañado y de descubrir que le gustaba ser “activo”, es decir, quien realiza la penetración en las relaciones sexuales. En la entrevista, esta situación lo llevó a reflexionar sobre el placer, el cual definió bajo las siguientes condiciones

“que eso que está ocurriendo sea lo que tú quieras que ocurra, querer en el sentido de que permites que ocurra o participas en ello porque tienes la voluntad de participar ahí, y no solamente en el sentido de querer, de que lo deseo, de que lo imaginas, sino de que estás de acuerdo en que eso ocurra y participas de manera activa”.

Desafortunadamente, esta pareja falleció, aunque la relación significó para el co-investigador la oportunidad para “reeducar su cuerpo”, experimentar por primera vez placer sexual y encontrar que para él la combinación entre amor y sexo daba como resultado placer sexual.

Al final de la entrevista preguntamos si deseaba agregar algo más con relación al placer – entre otros temas- el añadió

“yo quería volverme a sentir así... sentirme como una persona con posibilidad de vivir, una persona viva, y que por lo tanto pudiera tomar decisiones en mi vida, decidir si una persona me gustaba y yo también le gustaba, que fuera mi novio, decidir a dónde trabajar, decidir qué estudiar, irme de vacaciones, ir a comprar un celular o lo que fuera, pero tomar esas pequeñas decisiones de la vida, que a lo mejor las damos por hecho, que son algo que construimos”.

En el momento de la entrevista, Sergio tenía una pareja con la cual experimentaba una vida sexual satisfactoria y pensaba que en el futuro podría seguir disfrutando de su cuerpo. Es

relevante comentar que esta no era la primera vez que él narraba su historia, puesto que había sido invitado a “*dar testimonio*” en grupos terapéuticos y en programas de televisión que abordaban el tema del abuso sexual infantil. Sin embargo, él nos compartió que durante nuestra conversación había podido profundizar en partes de su historia con el placer y hablar del proceso a través del cual logró recuperarlo, puesto que consideraba que sí lo había experimentado antes del abuso sexual. Lo anterior permite plantear, por una parte, cómo las narraciones se transforman dependiendo de la audiencia a la que se dirige (McNamee, 2010), en este caso él sabía que no sólo se dirigía a personas con vivencias de abuso sexual, sino a un público más amplio y diverso.

5.5 El daño tratando de imponerse

*“hasta que no me quite ese trauma
no lo voy a poder disfrutar [el sexo]”
Vero*

Vero es una mujer de 39 años (en el momento de la entrevista), quien empezó presentándose orgullosamente como instructora de acondicionamiento físico y, acto seguido, también se describió como la hija adoptada, menor y soltera de una familia numerosa. Esta particular situación le explica a ella por qué su padre adoptivo abusó sexualmente de ella desde los 7 u 8 años “*ahí fue donde entendí muchísimas cosas, por qué me hacían tanta diferencia, por qué me hacían menos*”, dijo refiriéndose a la situación de su adopción. Vero narró un contexto de pobreza y hacinamiento en el que vivía la familia, en donde ella compartía la cama con su madre y padre. Éste último utilizaba dicho espacio para abusar de la entonces niña. Su papá adoptivo también fue descrito como “*muy aprensivo y muy duro*”, cuya historia de vida implicó el abandono y rechazo de su propio padre. Sobre su madre adoptiva, Vero narró un gran

agradecimiento y admiración por haberla recibido en su familia y por cuidarla durante una niñez enfermiza; aunque *“cuando me entero que ella sabía todo ¡ay! sí fue así de ¡uh! ¿cómo crees? se me cayó, se me cayó”*, dijo al respecto de que su madre conocía sobre el abuso sexual del que ella fue objeto. La participante se considera creyente católica, aunque también cree en la lectura de cartas y en la santería.

La narrativa co-construida con Vero puede identificarse como una epopeya heroica (Gergen & Gergen, 1986); puesto que, a lo largo de su relato observamos narraciones regresivas seguidas por una de tipo progresivo, quizá más corta que la regresiva, y en donde la participante parece describir su vida como una lucha continua contra algunas formas de poder, e incluso de oscuridad. Por ejemplo, ella narró como la violencia sexual ha sido una constante durante su historia de vida, puesto que además de su padre hubo un vecino que esperaba frente a su ventana y se exhibía masturbándose cuando ella se asomaba; mientras que en la adultez experimentó un par de relaciones en las que sus parejas también la forzaron para tener relaciones sexuales, así como otras en las que hubo violencia emocional. Aunado a lo anterior, ella formó parte de pandillas juveniles y tuvo un intento de suicidio durante su adolescencia.

Podría ser que estas vivencias la hayan llevado a significarse como una mujer con poca posibilidad de agencia sobre su cuerpo, su deseo y su placer. En este sentido esperaríamos encontrar el guion de identidad (Parker, 2005) de víctima, esto es, quien padece las consecuencias dañosas de un delito (RAE, 2019). No obstante, su narración se acerca más a la auto-culpabilización *“como que me quiero desquitar de todo eso con mi cuerpo ¿sabes? Como que inconscientemente me digo ‘por tu culpa abusaban de ti’”*. Adicionalmente, la vergüenza es un hilo conductor de la invisibilización de los efectos sexuales del abuso sexual infantil que vivió *“por eso no lo hablo con nadie, porque es como sentirme así como chiquita, sucia, como sin valor”*.

El guion de identidad desde la culpa y la vergüenza también parecen haberse filtrado en la vivencia del deseo y del placer sexual. Desde la historia del daño, Finkelhor y Browne (1985) han señalado que este tipo de sentimientos son esperados en las víctimas de abuso sexual, debido a la estigmatización que se incorpora a su autoimagen de ‘persona mala’ que pudieron ser transmitidos por el ofensor o por la familia cuando el abuso fue revelado. En la participante, la experimentación sexual y la búsqueda de una pareja ideal la ha llevado a significar estos encuentros como una forma de prostitución *“porque estás vendiendo tu cuerpo por cariño, estás cambiando tu cuerpo por cariño y por atención”*. Esta creencia también es sostenida por las asociaciones, que desde la historia del daño, se han establecido entre tener antecedentes de abuso sexual y la práctica de la prostitución (Pereda, 2010; Oza, et al., 2014).

Sin embargo, la interpretación de Vero sobre su comportamiento sexual podría estar relacionada también con lo que Lagarde (2005) ha señalado como una de las contradicciones del erotismo dominante. Esto es, que el placer de las mujeres y aquellas conductas asociadas con obtenerlo “se les constituye en tabúes, en pecados y, en delitos” (Lagarde, 2005, p. 569); mientras que los hombres pueden ejercer su erotismo con mayor libertad. Además, la asociación que hace la participante entre prostitución podría estar relacionada con las similitudes entre ésta y la violación, que sostiene Lagarde (2005), puesto que en ambas el placer es para el varón y bajo una relación de dominación, que no implica ninguna responsabilidad del hecho para el hombre, pero que tiende a cosificar a las mujeres (Lagarde, 2005).

Por otra parte, identifiqué la práctica del ejercicio como una de las carreras morales (Parker, 2005) en la narrativa de la participante. El ejercicio ha formado parte de los significados en conflicto para Vero –entre el deseo del moldeamiento y la culpa/rechazo- de su cuerpo: *“es como incongruente porque yo sé que si sigo entrenando, pues voy a seguir teniendo curvas y voy*

a llamar la atención, y pues se supone que eso yo no lo quiero, allí es donde me pierdo". Por una parte, ella parece valorar la disciplina y el ejercicio para fortalecerse físicamente; por otro lado, el discurso sobre el cuerpo femenino atractivo parece re-crearse, sin cuestionamiento, cuando ella describe que las curvas y la firmeza que ha adquirido su cuerpo con el ejercicio son el motivo por el cual los hombres podrían violentarla sexualmente.

En segundo lugar, la terapia –como otra forma de carrera moral- ha sido un camino todavía corto y explorado en dos ocasiones. Vero narró su participación en una terapia grupal, la cual no le ofreció los resultados que esperaba. Posteriormente, contó que debido a problemas con su último novio, un amigo le recomendó asistir a terapia, ella aceptó la propuesta y en el momento de la entrevista llevaba dos meses en psicoterapia con orientación humanista. En esta segunda oportunidad ella expresó que se sentía más acompañada y la terapeuta *“me hacía ver cosas que yo no me daba cuenta, en la otra era sólo hablar y ya”*. Esta diferencia podría significar la diferencia entre las terapias que promueven la catarsis como método de sanación versus aquéllas en que el significado de las experiencia se transforma (Gergen & Kaye, 2013).

En la narrativa con la complejidad de la epopeya heroica, la fuerza del miedo parece haber dominado la construcción de narraciones regresivas. Particularmente, las relaciones de pareja de la participante han estado enmarcadas en la violencia física, emocional y sexual, que parece fortalecer el miedo a que cada relación pueda repetir ese patrón: *“todas las relaciones que yo he tenido, no sé si yo tenga mala suerte, o el tino para buscar puros tipos así, no sé, pero ya me cansé”*. De manera que, la historia del daño trata de imponerse en su historia, la invita a poner en sí misma –como características intrínsecas o esenciales de una identidad dañada- toda la responsabilidad en la construcción de relaciones de pareja. Esta forma de auto-narrarse la estigmatiza aún más y la sitúa como el origen de la violencia que es ejercida sobre ella. Esta

situación coincide con la observada por Kraye y colaboradores (2015) cuyos participantes tendían a involucrarse en relaciones abusivas porque pensaban que no tenían derecho a un mejor trato.

Como sabemos las narraciones del sí mismo, suelen estar en tensión y entrar en contradicciones (Goolishian & Anderson, 1998), puesto que no son lineales ni se encuentran finalizadas (Frank, 2005). Estas contradicciones las podemos observar justamente en cómo Vero se fue narrando desde la culpa y la vergüenza, aunque finalizó la entrevista diciendo lo siguiente:

“ojalá que esto le sirva a alguien, a lo mejor no para solucionarles la vida, pero sí para que se den cuenta que por mucho que sufras, por mucho que te lastimen tienes la fuerza de decir ‘se acabó, ya no más’... y... el que se den cuenta que si alguien que escuche o lea esto no se culpe por lo que pasó, yo no soy culpable porque yo no lo busqué... yo fui una víctima, aunque todo mundo te haga pensar que no”

Al parecer, aunque el miedo la ha animado a desear dejar de buscar la construcción de relaciones no violentas, también la ha animado a continuar luchando contra la culpabilidad y la vergüenza que suelen atraparla, al menos en la narrativa que co-construimos con ella.

Por último, su narrativa se encuentra más claramente abierta a la transformación, no es una historia que esté acabada, lo cual tampoco he buscado desde una postura dialógica, pero parece más evidente que no ha alcanzado algunas de las metas de las cuales habló en la entrevista como sobre tener una pareja, ser madre, disfrutar su vida sexual. Estos objetivos aún se encuentran en el proceso de reflexión de la participante.

5.6 Salir viva de la pesadilla

*“Era como si estuviera viviendo un cuento de terror
donde no podía despertar”*
D.

D es una mujer de 41 años en el momento de la entrevista- también es profesionista y vive con su esposo e hijos en el área metropolitana de la Ciudad de México. Es la hija mayor de una familia numerosa, es católica y se considera en un nivel socioeconómico bajo. Ella vivió los primeros años de vida en el Estado de México en donde recuerda que su vida era *“muy agradable, muy bonita”*; sin embargo, esta situación cambió cuando su familia migró al estado de Michoacán. Al respecto, el padre fue narrado por ella como un hombre que se transformó en cuanto llegaron al nuevo hogar, allí se tornó violento física y psicológicamente con su esposa e hijas *“cuando llegamos a Michoacán nos decía que éramos unas putas, que éramos unas perras”* o *“que estábamos buenas para la muerte”*. Por otra parte, la madre también cambió y parecía que *“ya estaba muerta en vida”*, puesto que D narró que su mamá *“cuando llegó allá ya no cocinaba, ya no era la misma... en las mañanas trabajaba en la carnicería pero en las tardes se dedicaba a puro dormir”*. Aunque, pese a esta descripción el trabajo de la madre era el que sostenía económicamente a la familia.

La narrativa de D puede identificarse en el género de la tragedia (Gergen, 2011), cuya característica es comenzar con narraciones progresivas que caen estrepitosamente hacia otras de tipo regresivo. En este sentido, la historia de D comenzó describiendo lo feliz que ella era antes de que su familia se mudara a otro lugar *“allá mi vida cambió completamente de ser una hija cuidada, respetada, estudiando y todo como que muy bonito... nos fuimos allá y se acabó como que el sueño encantador de la infancia”*. Luego de estas afirmaciones en su narración vino la transformación de sus evaluaciones cuando comenzó a relatar la violencia física, emocional,

económica por parte del padre hacia su madre y hermanos, por ejemplo *“si él [padre] se iba a cortar las uñas y el corta uñas no estaba era darnos de chicotazos a todos”*.

En el contexto de los diferentes tipos de violencia identifiqué el guion de identidad (Parker, 2005) de cuidadora que asumió la participante en la narrativa. Ella narró que debido al cambio de actitud observado en su madre, a los nueve años se hizo cargo de algunas responsabilidades *“como la mayor me tocaba cambiar a los hermanitos, darles de comer, más o menos ahí como que atenderlos”*. Asimismo, frente a la posibilidad de ser golpeados por el padre o para protegerse en las peleas entre los padres, ella *“agarraba a mis hermanos y había un cuarto en esa casa, entonces en ese cuarto nos escondíamos siempre”*. Al respecto, Lagarde (2005) sostiene que precisamente uno de los cautiverios de las mujeres es el de la ‘la madresposa’, un papel que implica el cuidado de los otros, esto es, de una posición de las mujeres desde el ‘ser para otros’, más allá de ser para ellas mismas. De acuerdo con esta visión, la identidad femenina estaría puesta al servicio de las necesidades de los otros, como lo relató la participante en su narrativa.

El punto más álgido del relato fue cuando ella tenía 11 años y su padre comenzó a tocarla sexualmente. D narró que antes de esa primera ocasión su padre empezó a llevarla a comprar cosas o le invitaba un helado, esos momentos en el espacio público le gustaban a D porque su padre la *“trataba bien”*. En una de esas salidas él le planteó *“tu mamá está enferma de ahí’ cuando él dijo ‘ahí’ se señaló hacia sus testículos... entonces me dice ‘yo necesito tocarte a ti, que tu seas mi mujer porque ella está enferma’”*. Esa noche D trató de evitar el encuentro –le dijo a su madre, se puso varios calzones, se fue a dormir con sus hermanitos– desafortunadamente el padre la forzó a participar en su comportamiento sexual. Además, a pesar de sus esfuerzos por evitar o resistirse a participar nuevamente, la conducta de su padre fue cada

vez más intrusiva y violenta. La participante recordó que estas situaciones inhibieron la atracción hacia un niño que ella había comenzado a experimentar y que no volvió a vivir hasta tiempo después.

Adicionalmente, en el relato identifiqué que el ejercicio de la violencia daba fuerza al miedo (Frank, 2012) en el relato. D narró los golpes, las humillaciones y el abandono de su padre hacia sus hermanos, su madre y hacia ella. En este contexto las amenazas para forzar sexualmente a D cobraron credibilidad “*él [padre] pone la vela y me dice ‘¿estás despierta? si no me abres la puerta voy a quemarte con todo y tus hermanos ahí’, eso fue todo lo que dijo y entonces rápido abrí la puerta ¡claro!*”. Al respecto, se ha reportado la asociación entre la violencia física, la psicológica, la negligencia y el abuso sexual infantil (Vitriol, et al., 2007); también, se ha señalado que la violencia intrafamiliar y hacia la madre pueden aumentar la vulnerabilidad de que niñas y niños vivan abuso sexual (Chávez-Ayala, et al., 2009; Mebarak, et al., 2010). Aunado a lo anterior, cuando ponemos la mirada en los procesos relacionales podemos observar que hay otros miembros involucrados e historias sobre cómo se fueron construyendo las situaciones que sostienen el abuso sexual en la familia y ante las cuales la víctima ‘parece’ pasiva.

No obstante, en la narración de la participante pude señalar algunas acciones –pequeñas pero persistentes- a través de las cuales ella respondió a la fuerza del miedo. Por ejemplo, como una estrategia para evitar enloquecer frente a lo que estaba viviendo, ella se desconectaba de las sensaciones corporales “*cuando él me tocaba yo me iba a volar arriba de los árboles... y entonces yo sentía que de esa manera yo no me iba a volver loca*”. El miedo también la llevó a tratar de convencer a su padre y madre –quien sabía sobre los abusos- para que la dejaran ir a vivir con sus abuelos maternos en otra ciudad

“después de cada abuso, de cada cosa que él me hizo, yo le decía eso ‘déjame ir, déjame ir, déjame ir’, por fin un día se llegó y me dice mi mamá ‘ya te vas a ir’, no sé qué me dio si alegría o tristeza, pero más alegría porque dije ‘por fin se acabó mi pesadilla’, pero ¿mis hermanos?”

Una vez en casa de sus abuelos, la participante siguió con sus estudios. En este periodo, ya fuera del alcance de su padre, la historia del daño fue emergiendo en el relato. Al respecto, D relató que antes de que iniciaran los abusos sexuales ella se experimentaba como una niña tímida y de apariencia descuidada, pero las vivencias de abuso aumentaron esa forma de verse a sí misma. Al inicio ocultaba su cuerpo *“cuando llegué [con los abuelos] me vestía como monja y así me decían los de la calle... me tapaba desde el cuello hasta el tobillo”*. Posteriormente, ella se recordó rechazando los rasgos faciales que le recordaban a su padre y la propia negligencia del cuidado de sí misma *“mi cuerpo, yo siento que estaba abandonada, me abandonaron y yo también de pasito me abandoné”*. En este sentido, Finkelhor y Browne (1984) plantearon que la vivencia de abuso podría causar distorsiones del autoconcepto, así como generar un proceso en el cual los sentimientos y actitudes sexuales de los niños tienen un desarrollo inapropiado e interpersonalmente disfuncional como resultado del abuso.

Sin embargo, a los 18 años D volvió a experimentar atracción hacia los chicos, vivió su primer beso y tuvo el primer noviazgo *“¡no puedo creerlo, que ese hombre que me gusta me haya dado un beso! ¡jamás me voy a lavar la boca!”*. En esa época, D inicio sus estudios en medicina, una carrera que ella se había propuesto ingresar porque consideraba que le permitiría entender qué era lo que su padre hacía con su cuerpo *“desde el primer abuso ese fue mi reto, decir ‘tengo que estudiar medicina porque no sé qué me está haciendo y antes del abuso yo quería ser maestra de inglés”*. El proceso de lograr esta meta tuvo una serie de dificultades para

la participante. En primer lugar, identifiqué una carrera moral con el consumo de alcohol que ella ubicó en su ingreso a la universidad. Así, D empezó a beber y en ese contexto tuvo *“relaciones sexuales con hombres en el mismo día, por ejemplo, con uno en la mañana en la tarde con otro, en la noche con otro”*, con las cuales no se sentía a gusto y era ella quien llegaba a ejercer maltrato físico hacia ellos. Krayner y colaboradores (2015) también han observado este tipo de relatos y sus participantes lo han explicado como una búsqueda en la cual tratan de ejercer poder sexual sobre otros.

Aunado a lo anterior, D narró *“llegó la depresión”* y consumía alcohol todos los días y que esta situación interfirió para que avanzara y terminara sus estudios. Posteriormente, ella se casó y fue madre, pero estas relaciones tampoco la satisfacían. La historia del daño en esta parte de su relato es potente

“Cuando él [su hijo] tuvo unos dos meses yo intenté suicidarme, todas las muestras médicas que me daban en el hospital me las tomé... cuando yo me tomaba las pastillas pensaba ‘cómo puede ser que tenga razón, que soy buena para la muerte, no soy buena mamá, no soy buena hija, no soy buena hermana, no soy buena para la carrera, no soy buena para nada, estoy buena para la muerte’... eso lo hice tres o cuatro ocasiones”

Los intentos de suicidio la llevaron a la carrera moral de la terapia. En una ocasión que intentaba cortarse las venas mientras se bañaba, D escuchó en la radio un relato con el cual se identificó *“empezó a platicar su historia de vida y era ¡tan parecida! solamente que ahí no había chicote, pero dije ‘¡ah! ¿cómo es posible?’”*.

En la carrera moral de la terapia, D participó en terapia grupal la cual le permitió transformar la individualización de la vivencia hacia una posibilidad de re-significarse de forma colectiva *“¿cómo es posible que haya más mujeres que yo, en diferente situación pero con lo*

mismo?... me sorprendió encontrarme con ellas... y ahí empezó a cambiar mi vida". Después, la participante estuvo en terapia individual con orientación psicodinámica y en atención psiquiátrica. En el momento de la entrevista estaba en la fase de seguimiento en ambas modalidades.

El relato se transformó hacia narraciones progresivas en este punto. D contó que conocer a otras mujeres que habían vivido una situación similar y hacer "trabajo psicológico" la hizo sentirse "*satisfecha*". También, estas nuevas relaciones le permitieron empezar a

"conocerme... amarme a respetarme, a respetar a mi bebé a respetar a mi esposo y a amar la vida, y a sentirme viva, conocí el mar, me titulé, todo esto conforme iba avanzando la terapia, empecé a disfrutar mi sexualidad ¡empecé apenas!"

Además, en la carrera moral de la terapia encontró una forma de re-significar su cuerpo, ahora desde el cuidado y atención que no le había brindado "*mis pies yo siento que reflejan mi historia porque mis pies eran, los tenía abandonados... hoy en cuanto me duele algo corro con mi colega, porque mi cuerpo hoy lo respeto y lo amo, y me gusta*". Por último, la participante relató como puso límites a sus hermanos menores para enfocarse en construir y disfrutar a la que llama su "*pequeñísima familia*".

CAPÍTULO VI

Análisis temático de las narrativas

*“Nunca pensé que mi vida
le pudiera interesar a alguien,
que pudiera servir de algo”*
Vero

En este apartado expongo el análisis temático de la co-construcción de las narrativas con las y los participantes en torno a los ‘efectos’ del abuso sexual en la infancia. En este análisis el objetivo fue identificar los discursos culturales que guiaron las narrativas. Para lograrlo seguí el procedimiento descrito en el capítulo IV, cuyo producto expongo en cuatro temas: 1) las primeras construcciones del deseo y el placer; 2) los escenarios relacionales del abuso sexual infantil; 3) los discursos sobre el cuerpo abusado; y 4) los recursos relacionales de resignificación. En cada uno de estos temas usé citas textuales de las narrativas para ejemplificarlos, cuya presentación también fue entre comillas y letras cursivas, así como señalando con el nombre del o la participante a quién pertenece el segmento del texto.

6.1 Las primeras construcciones del deseo y el placer

En este tema expongo cómo las personas relataron sus primeras exploraciones del propio cuerpo y el de otros. Cabe señalar que la literatura sobre el abuso sexual infantil con frecuencia se enfoca en los posibles efectos, de tipo sexual, que la vivencia tuvo inmediatamente después de que ésta sucedió, o después de al menos dos años de que ocurrió (Pereda, 2009, 2010), pero suele concentrarse menos en indagar qué significaba para las personas sentir deseo y placer antes del

primer evento de abuso sexual y cómo son narradas esas experiencias. Si consideramos que los abusos sexuales difieren de otros tipos de violencia sexual porque pueden ser vivencias recurrentes que posiblemente abarcaron largos periodos de tiempo, cabe la posibilidad de que las agresiones se experimentaran no sólo durante la infancia sino también se extendieran a las etapas de adolescencia y juventud las cuales, en occidente, se caracterizan por ser periodos de exploración y aprendizaje cultural de los guiones sexuales (Gagnon, 1980).

Al respecto, en las narrativas identifiqué que los hombres entrevistados narraron experiencias con mayor detalle y frecuencia que las mujeres. En este sentido, se ha descrito que los varones suelen incursionar a través de las experiencias autoeróticas -que en gran medida llevan a cabo en grupos de pares- entre los 11 y 13 años, además de que esta práctica tiende a ser fomentada por su entorno, por ejemplo, por algunos niños mayores (Sapién & Córdoba, 2011). En el estudio, los dos hombres relataron estas primeras experiencias en edades más tempranas que las reportadas en la literatura, puesto que ellos las ubicaron entre los 6 y 8 años.

En uno de los casos los contactos de los niños fueron más allá de la autoexploración. El participante narró interacciones homoeróticas, que llevó a cabo tratando de imitar imágenes de relaciones sexuales adultas que había observado en revistas y videos; estas situaciones ocurrieron en espacios privados en los que los menores trataron de estar fuera de la mirada de las personas mayores, probablemente para evitar ser sancionados. Además, esta experimentación pareció asociarse con la curiosidad o búsqueda del placer. En palabras de uno de los varones participantes:

“mi primo el más pequeño [...] descubrió una película pornográfica en la casa de sus papás y, este, y entonces él vivía en otro lado y yo me iba a quedar mucho en su casa en las vacaciones y así, y entonces ya nos habíamos quedado con esta inquietud y cuando ya

nos quedábamos a dormir juntos nos acariciábamos o nos besábamos y, este, alguna vez él me dijo ‘mira esto que encontré’ y le pusimos un poquito a la película y pues empezamos a ver cómo, cómo tienen relaciones sexuales los mayores y nosotros dentro de esto mismo que nos acariciábamos pues también nos quitábamos la ropa y digamos que nos rozábamos este yo mi pene a sus nalgas y al revés ¿no? y yo sentía mucha excitación y él, pues él también” (Josué).

Sin embargo, las experiencias entre varones fueron enmarcadas en la matriz heterosexual (Butler, 2014), es decir, las interacciones entre varones se pueden llevar a cabo dentro de los límites del espacio privado; así como requerir de la aprobación de los sujetos que participan; pero cuando no sucede bajo estas condiciones sino en lugares públicos y a partir de la iniciativa de sólo uno de los involucrados, entonces el resultado es el rechazo de la interacción, como lo relató el otro hombre entrevistado:

“entonces lo que sí recuerdo fue que respiré y como que lo abracé, pero fue esa manera en la que lo abracé y yo... pues lo olí, que su respuesta fue agarrarme y dijo ‘¡ah! este, no vuelvas a hacer eso’ y yo dije ¿por qué? fue como otra sorpresa en mi vida, pero así como fue la sorpresa de ¿qué es novio?, fue ¿por qué? ¿no? (risas) o sea ¿por qué no te gusta?, o sea yo ahora supongo que yo habré dicho ‘si esto fue tan bonito o tan rico para mí, ¿por qué no te gustó? ¿no?’ y agarra y me dice, recuerdo que él me dijo ‘no se cómo explicarte, no sé cómo decírtelo, pero no me gusta’, entonces ya agarré y le dije ‘¡ah! bueno, está bien’ y ya seguimos siendo amigos” (Sergio).

En el caso de las experiencias eróticas femeninas en la infancia, lo que observamos en las narrativas de las participantes fue la ausencia de historias sobre exploraciones del propio cuerpo o entre grupos de niñas. Al respecto, Lagarde (2005) ha argumentado que el contacto de las niñas

con su cuerpo suele estar dirigido a la limpieza o embellecimiento del mismo, pero en menor medida para llevar a cabo prácticas relacionadas con la producción de placer. Mientras que Sapién y Córdoba (2011) encontraron en los relatos analizados que algunas niñas podían relatar experiencias autoeróticas, las cuales habían sido influidas por la vivencia de otras niñas, sin embargo con frecuencia dichas experiencias estaban acompañadas por emociones que oscilaban entre el agrado y la vergüenza.

Otro tipo de experiencia fueron las primeras atracciones, que de acuerdo con la literatura en sexualidad se espera que sucedan al inicio de la adolescencia. Entre las vivencias que se pueden encontrar también en este periodo están el primer beso, los noviazgos y el inicio de la vida sexual (García-Rodríguez, 2013). Al respecto, en las narrativas de los hombres observamos mayor permisividad social y libertad de acción (Salguero, 2014) para acercarse a las jóvenes para establecer relaciones de noviazgo y/o sostener contactos con ellas. Uno de los participantes mostró en su relato la forma en que se acercaba a las chicas y el significado que le daba a estas formas de relación. En sus palabras:

“en primero de secundaria es cuando tengo mi primera novia, de decirle ‘oye quieres ser mi novia’ y ‘sí vamos a ser novios’, y nos besamos y todo, estuvimos como dos semanas aproximadamente y ella era mayor que yo, ella tenía 15 años y yo tenía 12, y también eh y también era como parte de un juego porque yo así les decía a muchas chicas no sólo a ella, les decía ‘oye quieres ser mi novia’ y pero o sea no, no lo decía en serio [...] pero ella me dijo ‘pues déjame pensarlo’ y yo ‘¡ah! era un juego, pero bueno está bien no importa’, y este eh y ya bueno con ella fui al cine con unos amigos y bueno en el cine nos estuvimos besando y pues sí nos besábamos mucho, nos abrazábamos, pero pues nada más duramos dos, dos semanas” (Josué).

En las narrativas de las mujeres, las experiencias de deseo estuvieron enmarcadas en esquemas culturales tradicionales acerca del erotismo femenino, particularmente de las vivencias alrededor del deseo y del placer sexual, en las cuales lo esperado y valorado aún es que las mujeres eviten los contactos sexuales, es decir, que conserven la virginidad (Amuchástegui, 1998; Ligouri & Szasz, 1996), como lo dicen dos de las participantes:

“me acompañaban a la esquina aunque fuera a la tienda y allí me esperaban en la esquina, pero no me dejaban sola ni tantito para que yo tuviera contacto con el niño éste, total que para no hacerte el cuento largo me empieza a gustar el niño, y una vez no sé por qué, no sé si fue a la tienda no sé, salí y él me alcanzó y me dijo ‘oye me gustas ¿quieres ser mi novia?’ y yo ¡no! ¡no!, me agarró y me dio un beso, pero en ese en ese momento llegó mi hermano, uta no sabes cómo me fue ¡te estoy! o sea me regañaron, me pegaron, me gritonearon y me castigaron, o sea si de por sí no salía, o sea pus namás lo veía por la ventana, y decía pero ¿por qué? o sea no tiene nada de malo” (Vero).

Otro participante narró:

“no, de hecho pues mi papá le digo que era muy celoso, por ejemplo si alguien me llegaba a hablar por teléfono, un hombre, y él contestaba no me lo pasaba, entonces yo ni siquiera podía hacer un comentario en mi casa así de ‘¡ay! tengo un amigo’, porque ya era lo peor que podía hacer yo, entonces se enojaban mucho me castigaban, me decían que no podía tener esas amistades, entonces además siempre fue muy para mí, no lo compartía mucho” (L).

En las narrativas femeninas emergieron algunas restricciones de los guiones sexuales (Gagnon, 1980) los cuales -en nuestra cultura- delimitaron qué podían hacer las jóvenes con sus

novios, por ejemplo qué formas de tocar los cuerpos eran adecuadas y en dónde llevarlas a cabo, al menos en la época y el lugar en el que una participante ubicó la siguiente vivencia:

“me acuerdo que tuve un novio como a los doce años [...] era un niño muy lindo y muy... muy tierno, éramos muy pequeños, tal vez tenía más tal vez tenía trece, algo así, y me tomaba de la mano, entonces siempre caminábamos de la mano, y era para mí una sensación muy linda, era muy dulce que me llevaba no sé, pues a la tienda por un chocolate, porque éramos unos niños, y caminaba conmigo y de repente me tocaba así, me abrazaba pero era como... no se valía hacerlo en la calle en esa edad ¿no?, éramos, no sé, el ochenta y dos, el ochenta y tres, entonces era como mal visto, y lo más que podíamos hacer era tocarnos ¿no?, agarrarnos de la mano o sentarnos juntos y esa sensación era rica, era así como diferente, lo sentía bonito, pero extraño porque además yo no estaba acostumbrada al calor humano” (G).

Sin embargo, en los relatos alrededor de las primeras experiencias de atracción e interacción con otros, hubo dos mujeres y un hombre que señalaron lo que pareció ser un conflicto entre la atracción que comenzaban a experimentar hacia otros jóvenes y la situación de abuso sexual que ya había ocurrido o que inició a la par de esas primeras vivencias. Las participantes contaron cómo este cruce de situaciones derivó en una especie de inhibición de las sensaciones corporales de atracción incipientes, puesto que –desde su punto de vista- los abusos sexuales eran el origen de esta transformación, como lo ejemplificó el siguiente segmento una mujer:

“yo siento que también este, ese abuso, este mmm yo siento que también me castró y me cambió la vida, porque yo cuando veía ese niño yo sentía tan bonito en mi cuerpo, yo sentía mariposas en el estómago, que los pelitos de la piel se me paraban de punta, que el

corazón me latía más rápido y ese niño creo que ni sabía que existía (risa) pero yo nada más con verlo yo en ese pueblo nada más con verlo era feliz, era así como algo que me hacía sentir tan bonito, pero ya cuando pasó eso [el abuso sexual por parte del padre]... ya nunca jamás lo busqué” (D).

Mientras que el varón dijo:

“la palabra es que fue removido, creo que el resultado fue esto, la inhibición de alguna u otra manera, aunque sí había niños, por ejemplo, niños que me gustaban” (Sergio).

Además, estas dos mujeres fueron abusadas por su padre –uno biológico y el otro adoptivo- y el hombre por su hermano. Lo anterior sugiere que el tipo de relación de parentesco, que en el caso de los padres que lo ejercen sobre sus hijas se ha separado e identificado como incesto (Sullivan & Everstine, 1997), podría estar incidiendo en la construcción de significados que dificulten el disfrute y al mismo tiempo favorecen la inhibición de atracción sexual que recién comenzaban a experimentar. En este sentido, el impacto que fue narrado podría estar relacionado con la creencia de estar colocadas fuera del mandato de las relaciones exogámicas, heterosexuales o con fines reproductivos (Rubin, 1989), al menos durante algunos periodos de sus vidas.

Cabe recordar que desde el siglo XIX, el incesto significaba la situación más complicada para las mujeres, debido a que denunciar la violación implicaba un estigma para ellas y sus familias, porque consistía en hacer pública la pérdida del honor el cual no podía ser restablecido porque no podían casarse con sus padres, ni obtener algún beneficio económico (Dzul, 2013; Trujillo, 2011). Además, las mujeres solían quedar excluidas del ámbito familiar y ser etiquetadas como ‘mujeres fáciles’ debido a la exposición de su vida sexual (Trujillo, 2011).

En resumen, las historias en torno a las primeras experiencias de exploración y atracción hacia otros, de las y los participantes, en parte fueron semejantes a las esperadas para las etapas de la infancia y juventud en el contexto de la cultura occidentalizada. Por ejemplo, fue deseable y aceptable la existencia de juegos sexuales, entre pares y dentro de ciertas restricciones que lo hacían diferir del erotismo en la adultez. Además, la expectativa era que estas exploraciones se llevaran a cabo de forma moderada y en espacios privados (Malón, 2011). Al mismo tiempo, los esquemas culturales del género tradicional se hicieron visibles a través de las mayores restricciones para la experiencia femenina frente a la masculina.

Esto es, las diferencias entre las narraciones co-construidas con las mujeres y con los hombres parecen estar guiadas por las normas de género (Butler, 2005). De esta forma, en los relatos se re-crea el género diferenciado y polarizado, mostrando mujeres cuyas experiencias se encuentran dentro del guion de la feminidad y los hombres en el de la masculinidad, incluso el participante cuya atracción es reconocida hacia otros varones en un primer momento se narra a través de relaciones heterosexuales.

6.2 Los escenarios relacionales del abuso sexual infantil

El relato de los abusos sexuales fue emergiendo en cada una de las entrevistas. Si bien en el capítulo V los incluí en la re-construcción de las narrativas, en este apartado el objetivo es mostrar los discursos que guían las rutas de quiénes ejercieron los abusos sexuales, desde la mirada de quienes los vivieron. En primer lugar, identifiqué en los relatos el contexto en el que éstos ocurrieron y cómo fueron sostenidos durante cierto periodo de tiempo. De igual manera, se destacó el papel activo que otros personajes podían tener en las narraciones, para confirmar o negar las versiones que las y los participantes construyeron sobre sí mismos (Vayreda, et al.,

2005). Adicionalmente, en las narraciones señalé algunas formas en las cuales las personas respondieron a los discursos culturales disponibles en torno a la vivencia de abuso sexual en la infancia.

Para comenzar, los abusos sexuales más invasivos y continuos – la penetración recurrente del cuerpo- fueron narrados en los espacios privados, en contextos más familiares y cercanos a las y los participantes, por ejemplo en la propia casa familiar o de los abuelos, cuyas observaciones son similares a las realizadas por Cantón y colaboradores (2012). El abuso sexual fue cometido con más frecuencia por miembros de la familia y vecinos (Frías & Erviti, 2014). En el caso de las mujeres, ellas fueron exclusivamente agredidas por hombres, dos de ellas por sus padres, mientras que los hombres fueron abusados por otros hombres, uno con relación filial y el otro por un amigo de la familia. Esto es, los agresores fueron varones en todos los casos.

Lo anterior contrasta con las narraciones de las experiencias de atracción en los espacios públicos en los relatos de las mujeres, los cuales estuvieron enmarcadas por la vigilancia, el castigo y la moderación por parte de los adultos. Esto es, existen creencias que sostienen que el espacio público es más peligroso para las mujeres y, por lo tanto, se les debe cuidar. Mientras que los espacios privados -como el hogar- son significados como sitios seguros para ellas (Soto, 2013), aunque es en estos últimos en donde suelen ocurrir los abusos sexuales por personas conocidas (Trujillo-Hernández, Millán-Guerrero, & Vásquez, 2008).

Con respecto a las formas de acercamiento de quien agredió, observé que los adultos usaron el engaño, el afecto, la amenaza y la fuerza como las principales estrategias para acercarse tanto a las niñas como a los niños, las cuales incluso se han identificado como elementos clave en algunas definiciones del abuso sexual infantil (Orjuela & Rodríguez, 2012). De manera que, el engaño a través de las mentiras o promesas hechas por los adultos,

aparentemente les permitieron tener el control de la situación, como lo narraron un hombre y dos mujeres, una de las cuales relató:

“un farmacéutico que en algún momento fui por algún dulce o algo, igual este llegó y me dijo ‘te voy a dar un dulce pero siéntate acá y te tapo los ojos’ ¿no? yo no sabía qué era eso” (G).

También advertimos el uso del afecto en las narrativas de dos mujeres y un hombre, como tácticas que usaron los adultos. Aparentemente, el tipo de relación –filial o de amistad- y el contexto en que sucedió el abuso sexual (la casa familiar), dificultaron a las personas hacer la distinción entre el agrado que suscitaba la expresión de afecto y el desagrado de la interacción. La mujer lo narró de la siguiente forma:

“me llevó ahí y me empezó a decir que era muy bonita, que me quería mucho, pues al principio creo que para mí se sintió bien, que me dijera todas esas cosas, después empezó a acercarse mucho, a darme besos en toda la cara, que fue cuando ya no me gustó tanto, pero pus bueno él seguía diciéndome que me quería mucho que se preocupaba por mí, que me extrañaba mucho cuando nos íbamos... y así empezó a besarme después en la boca y en todo el cuerpo” (L).

El hombre dijo al respecto que:

“sí lo sentía como muy mi amigo, como esta misma visión que todos tienen, los demás de un niño, normal como yo con mis otros amigos, yo a veces me había quedado con mis otros amigos en ese cuarto y así ¿no?, entonces él, pues yo lo primero que recuerdo es de una madrugada despertarme porque me estaba agarrando el pene, me estaba agarrando el pene y me estaba masturbando, pero yo estaba, yo estaba realmente confundido, yo no sabía si realmente eso que estaba pasando lo estaba viviendo o lo estaba soñando”

(Josué).

La amenaza y la fuerza fueron otros medios utilizados por quienes agredieron, al parecer con el objetivo de lograr el sometimiento durante cierto periodo de tiempo. En este sentido, el contexto de victimización previo -emocional o físico- pudo ser un elemento que puso en estado de mayor vulnerabilidad para una de las mujeres y uno de los hombres entrevistados (Mebarak, Martínez, Sánchez, & Lozano, 2010). Como observé en las palabras del segundo:

“ya que ya estoy más grande aquí ya sí la violencia es más grande, hay como aquí ya no hay engaños, aquí ya sí hay violencia, aquí ya es un este ‘cállate, no digas nada porque es algo, voy a contratar a alguien para que le saque los ojos a tu hermana... y quedé mal para toda su vida’, éste sí es un ‘no digas esto, porque si lo sabe tu mamá, tu mamá se va a volver loca o tu mamá se va suicidar’, porque mi mamá tuvo varios intentos de suicidio, este durante mi infancia, entonces para mí su suicidio era una posibilidad real, porque yo ya había visto a mi mamá varias veces intentar suicidarse” (Sergio).

En el caso del uso de la fuerza, una de las mujeres entrevistadas relató lo siguiente:

“entonces me cargó, cuando él me cargó yo me agarré de mis hermanos de las manos, para que no me soltaran, sí para que no me pudiera llevar con él, entonces me dice ‘si no los sueltas te va peor’ y yo sabía que sí podía ponerse peor, yo sabía que sí se podría poner peor, entonces los solté, me llevó a una cama lejos de la cama donde [el padre que agredía] estaba con mi mamá” (D).

Los extractos de los relatos permiten mostrar cómo algunos adultos pueden ejercer su autoridad y jerarquía sobre las niñas y niños para llevarlos a participar –por engaños o con uso de la fuerza- en comportamientos sexuales. En este sentido, las creencias en sociedades contemporáneas sobre la infancia como una etapa caracterizada por la docilidad y la dependencia

de las y los menores Burman (2003), podría estar sosteniendo la percepción que niñas y niños tienen sobre sí mismos, como sujetos con necesidades de guía y protección –que los coloca en posiciones de vulnerabilidad frente a los adultos- y lo cual les negaría la posibilidad de narrarse como personas autónomas y agencia durante la infancia.

Por otra parte, observé que en las narrativas hechas con las y los co-investigadores que algunos hombres que ejercieron el abuso intentaron sostener la coherencia de sus acciones dentro de los mandatos de género masculinos. Por ejemplo, utilizando el argumento de que los hombres únicamente responden a la seducción de las niñas, quienes secretamente desean ser poseídas sexualmente por ellos, aún cuando lo hayan negado verbalmente (Sotomayor, Pesqueira, & Rendón, 2013). También, parece estar presente el discurso de la víctima participante (Malón, 2011), el cual considera que las niñas pueden desear inconscientemente el contacto sexual y, de alguna manera, lo provocan. Del mismo modo, el discurso de la precocidad sexual infantil sostenido por la medicina del siglo XIX (Bourke, 2009) parece guiar todavía en este aspecto en los relatos. Una de las mujeres contó la forma en que su agresor le explicaba su comportamiento:

“él decía que yo tenía la culpa por haberme dormido en pijama, pero pues se supone que era mi casa ¿no?, que yo era la que lo provoqué” (D).

Adicionalmente, una mujer y un hombre entrevistados, narraron cómo los adultos les explicaron la relación que sostenían con ellos bajo los términos de aparente igualdad, aunque evidentemente por su edad y parentesco, el adulto ostentaba un poder y responsabilidad culturalmente distintos al de las niñas y los niños (Perrone & Nannini, 1997). Por ejemplo, los mayores establecieron sus aproximaciones como si se tratara de relaciones de noviazgo o espirituales:

“entonces empezó a decirme que igual ¿no? pero que me quería mucho, y comenzó a

decirme que yo era su novia” (L).

Otro participante dijo:

“de él siempre hubo otra visión de toda esta cuestión y, pues incluso había como otras palabras de tratar de no situarnos a los dos como hombre y hombre, sino como que era más, como el ser y el espíritu y esta cuestión ¿no? como las complementariedades y cosas así” (Josué).

Ahora bien, observé que las y los participantes elaboraron sus propias explicaciones en torno a las personas involucradas, particularmente sobre quienes les agredieron sexualmente y quienes lo atestiguaron, así como de las posibles motivaciones de los primeros para ejercer el abuso y para sostener el silencio de las segundas. En las narrativas, los personajes de quienes agredieron sexualmente a las y los participantes, parecieron fungir como los actores principales en micro-relatos en los cuales se le trataba de dar un sentido a su comportamiento, mientras que las mujeres y hombres agredidos participaban como actores secundarios o testigos de esas historias (Gergen, 2011), como lo ejemplificó una de las mujeres:

“no lo justifico, porque son cosas que no se justifican, pero él [padre adoptivo quien la agredió] vivió solo, él creció solo, mi abuelo lo abandonó en el rancho [...] y lo dejó crecer con los peones, yo tengo la idea de que... igual y también abusaron de él en el rancho, entonces de ahí vienen como todas esas patologías de él ¿no? creo yo, así como he visto las cosas y como él ha platicado, yo digo ‘es que un niño no sobrevive en un rancho con tanto peón así como a la buena de Dios, o sea y sin que le pase nada para empezar’, dije ‘bueno no lo justifico, pero a final de cuentas es la razón por la cual es así’” (Vero).

En estos relatos sobre quienes agredieron también identifiqué algunas creencias de tipo religiosas y filosóficas que aparentemente guiaron la construcción de significados (Limón,

2012), como lo ejemplificó la historia de una de las entrevistadas quien declaró seguir algunos preceptos budistas y humanistas. Desde esta visión del mundo se prefiere actuar siempre haciendo el bien, evitar la venganza y el rencor, así como pensar en la experiencia adversa como una forma de aprendizaje que al parecer le permitieron a la co-investigadora re-significar el comportamiento abusivo del cual ella fue objeto. En sus palabras:

“y a él le tocó en esta vida pues un papel muy feo, o sea le tocó ser un hombre ignorante, es un hombre que no terminó, yo creo que ni el tercero de primaria, un misógino, este, abusador ehm golpeador, o sea lo que te puedas imaginar de feo y le tocó ser odiado y ser despreciado y ser repudiado por su propia familia y ser maltratado por su madre ¿no?... o sea su mamá lo maltrataba tanto que al hermano un día lo golpeó, le dio tan fuerte que le dañó la columna y no creció y se quedó de un metro yo creo, metro y veinte... o sea yo me pongo a pensar en toda esa parte de, de historia de vida que él tuvo, pues al final él sólo es la consecuencia de lo que vivió” (G).

Igualmente, en las narrativas las madres fueron personajes con roles activos en las historias de las y los participantes. Si bien la literatura ha descrito su papel en el abuso sexual a través de etiquetas como la negligencia (Sullivan & Everstine, 1997) o la complicidad por mantenerse pasivas ante estas situaciones (Perrone & Nannini, 1997), desde el análisis narrativo me incliné por explorar cómo fue explicada su participación en los abusos que llevaron a cabo otros adultos –en ocasiones sus parejas- así como comprender el contexto en que fueron elaboradas las narraciones (Vayreda, et al., 2005). Por ejemplo, el entorno de violencia general hacia la familia y en particular hacia la esposa (Chávez-Ayala, et al., 2009), pareció dar cuenta de los posibles motivos para que las madres de dos participantes no frenaran a sus esposos, como lo expuso una de ellas:

“cuando le pegaba le decía que la iba a matar y a nosotros también, entonces él [padre que abusaba de D], entonces [D le decía a su madre] ¡no me sueltes, no me sueltes, no me dejes en ningún momento ni siquiera para ir al baño y vámonos de aquí! y entonces ¡no!, nos íbamos a la carnicería y yo estaba trabajando con ella y mis hermanitos ahí también [...] entonces él pasaba como a las diez de la mañana y decía ‘mándame a D para la casa’, no cuando dijo eso dije ‘¡ya, ya valí!’, entonces yo volteaba y le decía ‘no ¿cómo crees que me voy a ir contigo a la casa? ¿a qué? ‘a hacerme de comer’ ‘¡no! yo a ti no te voy a hacer de comer, a mis hermanos sí, a ti no, yo no voy a ir’, y se daba la media vuelta y se iba, pero ella se quedaba conmigo y me decía, se volteaba y me daba la espalda y me decía ‘vete para la casa’, ‘mamá ya te dije lo que me está haciendo lo que me está pasando, me va a matar, va a pasar algo muy malo, no me dejes ir’, ‘si no te vas, nos va a matar a todos, vete’, nos quedábamos calladas y llegaba algún cliente y vendíamos y yo me iba... yo me iba para dizque a mi casa” (D).

Por otra parte, en la literatura tradicional, las personas que vivieron abusos sexuales en la infancia suelen ser tratados únicamente como víctimas, esto es, como sujetos pasivos o receptores del abuso (Woodiwiss, 2014). En el presente estudio las narrativas dieron cuenta de que aún bajo las condiciones antes mostradas, las y los participantes relataron algunas formas de responder al abuso que vivieron, exponiendo así su participación activa en la construcción de realidades alternativas (Gergen & Gergen, 2011b) a las que estaban viviendo en aquellos momentos. En este sentido, sus respuestas al ejercicio de poder de los adultos fueron narrados en tres momentos: antes, durante y después de las situaciones de abuso sexual. Por ejemplo, una de las mujeres contó como intentaba negociar con su padre cuando intuía que él la tocaría sexualmente, en sus palabras:

“yo le decía ‘oye... eres mi papá y no me puedes hacer daño porque eres mi papá ¿te parece que primero platiquemos y luego ya me haces lo que quieras? pero primero tenemos que platicar’, y ya él me decía ‘primero lo primero y luego platicamos’, y yo le decía ‘te voy a acusar, voy a ver la forma de cómo me dejes de hacer daño’” (D).

Sin embargo, ante la imposibilidad de detener a quien le agredía, una mujer y un hombre entrevistados narraron la elaboración de estrategias para evitar las sensaciones corporales mientras el adulto los violaba. Tal como lo relató el varón:

“como yo sentía con esta dinámica de no, no quiero sentir, no quiero sentir, cuando mi hermano abusaba de mi, yo decía ‘no lo siento, no lo siento, no lo siento’” (S, hombre, 31 años).

Otra participante narró cómo respondió después de que los abusos sexuales ocurrieran, lo cual implicó poner límites de forma verbal a su padre adoptivo, cuando ella se encontraba en la adolescencia:

“todavía a esa edad, a los quince dieciséis años, pasaba y me daba una nalgada, me daba mucho coraje, entonces ‘hasta ahí’ dije ‘¡hasta aquí llegaste, si me vuelves a poner una mano encima no te la acabas!’” (Vero).

Estos segmentos también pueden ejemplificar la importancia del tipo de relación que facilita a los adultos el ejercicio de poder sobre niñas y niños, la cual suele ocurrir además en el contexto de una relación de confianza o de responsabilidad sobre las y los menores (Krug, et al., 2003). En este sentido, observamos un desequilibrio de poder que puede poner en desventaja a las niñas y los niños, así como dificultar la posibilidad de salir de este tipo de interacciones. Sin embargo, aún bajo estas condiciones en las viñetas seleccionadas mostré también las formas en las cuales las y los participantes respondieron para evitar que los abusos ocurrieran, continuaran

o para evitar las sensaciones desagradables en sus cuerpos. Dichas estrategias permiten cuestionar el discurso dominante de la identidad de víctima, puesto que permiten visibilizar que las personas no son únicamente receptoras ni pasivas frente a los abusos llevados a cabo sobre sus cuerpos (Woodiwiss, 2014).

6.3 Los discursos sobre el cuerpo abusado

En este apartado integré los relatos en torno a los ‘efectos’ sexuales del abuso sexual infantil en el cuerpo. Cabe señalar que, desde la aproximación construccionista he partido del supuesto en el cual el cuerpo está formado discursivamente, esto es, que se encuentra dotado de significados a través de discursos históricos (Butler, 2015). En este sentido, la historia del daño (O’Dell, 2003) aparece en la literatura sobre los ‘efectos’ del abuso sexual infantil planteando que las personas que vivieron esta experiencia podrían otorgar significados erróneos o distorsionados a partes del cuerpo (Finkelhor & Browne, 1985). Especialmente, se ha señalado que las áreas del cuerpo asociadas con las vivencias de abuso sexual –área púbica, las nalgas y la zona entre los muslos– pueden marcarse más negativamente, en términos emocionales, que las partes no ligadas con éste (Dyer, Feldmann, & Borgmann, 2015). En las narrativas co-construidas las y los co-investigadores se relataron desde cuerpos rechazados:

“no me gustaba mi cuerpo, odiaba mi nariz, porque esta nariz es igualita a la de ese desgraciado, hoy es la parte que más amo, y la parte que también que más odiaba eran mis pies, tengo una cicatriz que abarca casi toda la rodilla, y la odiaba porque ese recuerdo es de ese ‘che’ pueblo ¡cuántas cosas me pasaron!” (D).

También narraron cuerpos incómodos en las interacciones con otros, como en el roce o en el baile, que se volvieron problemáticas y fueron significadas desde la desconfianza y el temor,

cuyo origen –para las y los participantes- estaba asociado con las vivencias de abuso sexual en la infancia. Dos participantes lo expusieron de la siguiente forma:

“cada vez que alguien se me acerca e incluso ahora bailando, para mí es, o sea, me gusta, pero me es muy difícil, como que me toma tiempo agarrar confianza, tengo que encontrar una pareja con quien me sienta cómoda, esa parte me cuesta mucho” (L).

Mientras que otro co-investigador narró:

“entonces no podía estar en espacios realmente donde estuvieran otras personas, eso me costaba mucho, incluso en el propio núcleo familiar estar con mi mamá o con mis primos... me costó, me sentía todo el tiempo incómodo, asustado” (Sergio).

White (2004) ha señalado que las vivencias traumáticas suelen reducir el sentido de identidad preferido de las personas, lo cual podría extenderse a los significados que forman el cuerpo y las relaciones con otros. Adicionalmente, la historia del daño parece haber guiado parte de los relatos y permitió dar sentido a dificultades con el cuerpo en el presente a partir de su asociación con eventos del pasado. Incluso, dicho discurso puede ayudar a dar forma a las ‘marcas’ que se encontraron en el cuerpo –específicamente en la vagina- de una de las participantes:

“pues cuando estuve más grande, fui al ginecólogo y tengo una displasia, por un, se llama un ectropión, que en la vagina ya cuando tienes hijos hay como una bolsita que se sale por haber tenido hijos, bueno ya me explicó el doctor que eso es normal que se salga, pero ya cuando tuviste hijos, a la hora de salir se hace la presión y es como una telita, entonces eso pasa cuando tienes una relación forzada y entonces pues sale y como a mí me pasó cuando era muy pequeña, digamos que se empezó a hacer como una cicatriz y eso empezó a modificar como el tejido y es como cuando tienes virus de papiloma que se hace una displasia porque el tejido empieza a distorsionarse y puede llegar a ser un cáncer, pero a

mí se me hizo porque pues como una cicatriz pues además mal cuidada ¿no? me lo tuvieron que quitar, pero de todos modos mi tejido como que ya está dañado, entonces tengo que tener mucho cuidado y estar en revisión constante, y esa fue otra de las cosas que también dije ¿cómo es que me pasó esto?” (L).

En esta parte del relato de la mujer, la historia del daño es sostenida por los conocimientos del médico que revisa a la participante, cuya explicación completa, organiza y da coherencia (Vayreda, et al., 2005) a los fragmentos del relato que la co-investigadora tenía sobre la vivencia de abuso sexual en la infancia. Al respecto, desde hace más de un siglo, esta disciplina se ha encargado de construir descripciones detalladas en torno a las partes sexuales del cuerpo femenino (López, 2007). Por lo que, los médicos especializados han continuado produciendo el conocimiento de las señales de una violación en el cuerpo de las mujeres y, por lo tanto, tienen el poder de confirmarla o descartarla.

De igual forma, identifiqué algunas creencias en torno a la sexualidad femenina las cuales tienden a describir el cuerpo femenino –sus curvas y voluptuosidades- como el origen de las agresiones sexuales. Esto es, el cuerpo femenino es definido como un cuerpo/objeto o cuerpo deseado, pero no deseante (Lagarde, 2005), cuyo atractivo no son capaces de resistirse los hombres. Además, no se considera que ellos tengan responsabilidad sobre sus actos, sino que se deposita la culpa en las poseedoras de esas formas:

“como que me quiero desquitar de todo eso con mi cuerpo ¿sabes? como que inconscientemente me digo ‘a ver, por tu culpa abusaban de ti, por tu culpa sólo quieren estar contigo por esto, por tu culpa’” (Vero).

Al respecto, Woodiwiss (2014) advirtió en su estudio que la historia del daño suele dar sentido a la historia de infelicidad e insatisfacción en diversos ámbitos de la vida adulta de

algunas mujeres que vivieron abusos sexuales en la infancia. Al parecer, éstas transformaron la percepción sobre sí mismas y, después de los abusos, dejaron de mirarse como niñas sexualmente inocentes, lo cual después les impidió reconocer otras relaciones abusivas (Woodiwiss, 2014).

Por otro lado, en este apartado también integré otras partes de los relatos que implicaron significados del cuerpo, específicamente relacionados con dificultades en torno a las experiencias de deseo y de placer sexual en la juventud y la adultez, cuyo origen fue atribuido a las vivencias de abuso sexual por parte de las y los participantes, como lo expongo a continuación.

En primer lugar, la experiencia de las mujeres entrevistadas estuvo significada desde el desagrado de las prácticas sexuales. Una de ellas explicó:

“el abuso sexual fue entre los cuatro y los siete años, más o menos y eso estuvo bloqueado hasta los veintinueve años [...] entonces en este lapso de adolescencia que yo estaba renuente a una relación física, yo no sabía ¿por qué?, yo tenía esa molestia de que se acercaran o de que me tocaran o de tener relaciones [...] decía ¿cuál es la prisa? si es algo que se siente bien raro, y que me molesta, o sea me tocaban los senos y yo decía ¿qué onda? ¿por qué me siento así? no me gusta” (G).

Esta respuesta ha sido descrita en la literatura sobre el tema como ‘ansiedad sexual’ y se refiere a las reacciones de miedo, preocupación y angustia que parecen estar conectadas con pensamientos y sentimientos sexuales (Simon & Feiring, 2008). Particularmente, se ha señalado que las mujeres que vivieron abusos sexuales en la infancia suelen reportar niveles más altos de ansiedad sexual que las que no reportan tener este antecedente (Simon & Feiring, 2008). No obstante, puedo interpretar que el desagrado expresado también puede estar enmarcado en las creencias sobre el erotismo femenino que delimita las prácticas sexuales de las mujeres en el

heteroerotismo obligatorio, adulto, genital, coital y pasivo (Lagarde, 2005). Dentro de este contexto cultural, se ha reportado que algunas mujeres tratan de conservar una imagen ideal de virginidad y monogamia, los cuales son valores importantes en nuestra cultura (García-Rodríguez, 2013).

Adicionalmente, desde la historia del daño algunos estudios (Rinehart, Yeater, Musci, Letourneau, & Lenberg, 2014), han señalado que las personas que fueron abusadas sexualmente en la infancia podrían tener un mayor número de parejas sexuales, asimismo que mostrarían la tendencia a involucrarse más rápidamente en relaciones sexuales. En el estudio, dos mujeres narraron haber pasado por periodos o lapsos de tiempo en los que experimentaron sexualmente con varias parejas:

“llegó un momento, en que quiero pensar que es porque traigo este trauma [del abuso sexual] o no sé como llamarlo, empecé a buscar como relaciones en páginas como de Facebook y así, como de hacer amigos y así, yo empecé a salir con muchos... con algunos sí tuve relaciones, con otros no, pero era de bueno pues tu me gustas pues ¡si! tú no ¡bye!”
(Vero).

También, se ha señalado que uno de los ‘efectos’ del abuso sexual sería enseñar a las menores que a través de conductas sexuales pueden intercambiar bienes, manipular a otros o satisfacer sus necesidades propias (Finkelhor & Browne, 1985). En las narrativas, dos co-investigadoras relataron que en la adultez ellas tuvieron relaciones sexuales porque éstas les llenaban necesidades de atención y afectivas:

“yo siento que era destrucción, yo siento que antes era pura destrucción, era a lo mejor tener relaciones para que no me dejaran, para que no me abandonaran, para pedir cosas,

a lo mejor era para que me dieran atención, para que me dieran más atención, cariño”
(D).

Más allá de interpretar los relatos de las mujeres desde la historia del daño como conductas ‘promiscuas’ o de manipulación, me interesa reflexionar sobre como las normas de género (Butler, 2005) sobre la sexualidad femenina pueden llevar a las mujeres a descalificar su comportamiento sexual y la búsqueda de parejas sexuales. Además, las creencias sobre el amor y los significados de renuncia y de entrega hacia los otros (Lagarde, 2005), aparecen dominando este tipo de narraciones.

Por otra parte, en la experiencia masculina en la edad adulta se ha asociado el antecedente de abuso sexual con algunas dificultades relacionadas con sexualidad desadaptativa o insatisfactoria (Pereda, 2009; 2010). Estudios con poblaciones mexicanas también han establecido asociaciones entre abuso sexual infantil y el trastorno del orgasmo masculino, y con el trastorno del deseo sexual hipoactivo (Sánchez, et al., 2009; Sánchez, et al., 2010). En el estudio, los hombres entrevistados relataron que durante los abusos sexuales trataban de evitar las sensaciones corporales, lo cual significó para ellos una forma de responder en aquellos momentos; sin embargo, esta respuesta se convirtió en una hábito permanente y extendido a otras áreas de sus vidas, que a largo plazo se transformó en una solución problemática:

“pues aparentemente me había servido eso [no sentir cuando su hermano abusaba de él], pues a los diecisiete años pues yo era igual, o sea yo cuando sentía esto, toda esta fobia, para mí era unas sensaciones que yo buscaba reprimir y decía ‘no lo siento, no ya no lo siento ’” (Sergio).

Lo anterior toma relevancia si consideramos que una parte de las creencias culturales pueden llevar a los varones a probar de manera constante su ‘buen’ desempeño sexual para

sostener la identidad masculina, como lo ha observado Salguero (2014) en poblaciones de varones mexicanos. De esta forma, los ‘efectos’ del abuso sexual ejercido sobre niños pueden comprenderse bajo los discursos culturales sobre la sexualidad masculina. Al respecto, Connell y Messerschmidt (2005) han teorizado que el género –entendido como un conjunto de prácticas sociales que forman el cuerpo- se puede ver vulnerado cuando el desempeño corporal no puede sostenerse, cuestionando la propia constitución de la masculinidad.

En la literatura se ha señalado que quienes han sido abusados por adultos parecen desarrollar una ‘respuesta sexual prematura’ (Simon & Feiring, 2008), la cual implica altos niveles de sentimientos sexuales, preocupaciones y pensamientos sexuales, así como la dificultad para diferenciar el contacto sensual del afectivo (Simon & Feiring, 2008). Especialmente, en narrativas hechas por varones también se han observado dificultades para expresarse emocionalmente y para relacionarse íntimamente en la edad adulta (Kia-keating, Sorsoli, & Grossman, 2010). En uno de los relatos de los varones entrevistados, a las dificultades para relacionarse afectiva e íntimamente se le sumó el conflicto entre el deseo homoerótico que el participante experimentaba y el miedo que sentía hacia las personas del sexo de quien lo agredió en la infancia:

“fue realmente cuando troné, porque fue como el conflicto de ¡sí, lo sé! me gustan los hombres, esta es mi identidad sexual, pero fue ¡puta madre es un hombre! ¿qué voy a hacer con eso? ¡me da miedo! ¿cómo me voy a relacionar con él? y creo que ese conflicto fue tan grande que haz de cuenta que a partir de ahí los hombres me asustaban, todos los hombres me asustaban” (Sergio).

Esta situación me permite plantear la importancia de la relación entre la orientación sexual de las personas y el sexo de quienes ejercieron el abuso sobre ellas con los significados

que se construyen en torno al deseo sexual. Si parto del supuesto en el cual las normas de género y sus mandatos sobre la feminidad y la masculinidad permiten el logro de la inteligibilidad entre las personas (Butler, 2014), entonces es necesario cuestionarnos sobre ¿cómo estos mandatos se articulan con discursos en torno al abuso sexual infantil y sus ‘efectos’ dañinos? Y ¿cuáles son las formas en que las personas los incorporan o resisten en sus narrativas?

Aunado a lo anterior, otro hombre entrevistado identificó como una dificultad la sobre-estimulación en una parte sexual de su cuerpo:

“como el abuso era muy constante, no solamente constante en cuanto a días sino a veces dentro del mismo día abusaba dos tres veces de mí, yo pues quedo pues como... mmm... sobre estimulado, entonces yo muchas veces me masturbo muy constante o veo pornografía muy constantemente...y pues así como haciendo como una separación de lo que era antes a lo que era después, o sea puedo ver que eso es algo que pasa después [...] se me hace una necesidad muy grande, muy muy grande el sentir la estimulación sexual en mi cuerpo sobre todo del pene” (Josué).

Al respecto, Sanz (2015) ha propuesto suele centrarse en el pene como eje del placer sexual de los hombres, por lo que el resto del cuerpo masculino aparece desensibilizado. La autora explica que los mandatos – de la ideología judeo-cristiana- sobre el deseo y el placer femeninos y masculinos han puesto en el centro al cuerpo, específicamente los genitales, aunque desde normatividades diferentes y desiguales (Sanz, 2015). Sin embargo, en el relato citado, el participante atribuye la sobre-estimulación del pene a las vivencias de abuso. Al parecer ambos discursos –de la masculinidad y del daño- se conjuntaron para dar sentido a los ‘efectos’ de la vivencia en esta parte de la narrativa.

Otro tipo de dificultades también emergieron en la edad adulta de las mujeres y los hombres entrevistados. En los relatos alrededor de las relaciones sexuales, aparecieron los recuerdos del abuso sexual generando nuevamente sensaciones de desagrado, de miedo y de la necesidad de huir de la situación, como respuestas al peligro de la situación en el pasado. Una mujer y un hombre entrevistados lo expusieron en los siguientes términos:

“pero ahora me doy cuenta que, de pronto, cuando yo hago el amor con mi marido de pronto me llega esa sensación de desagrado y de miedo que yo tuve cuando, cuando sufrí esos abusos... no es siempre, pero sí en ocasiones me llega ese recuerdo tan desagradable” (G).

Otro participante dijo:

“es como por ejemplo me tocaba [la pareja sexual] y haz de cuenta que algo en mi pecho comenzaba a vibrar, como algo o sea una sensación se despertaba, y la manera como relacioné el decir eso, sí era en mi subconsciente, pues sí recordando como la violencia, porque aunque yo sabía que no era violencia lo que estaba viviendo...sí en una parte de mi cuerpo que decía como ¡corre!, ¡corre y ponte a salvo! ...¡no permitas que pase esto!” (Sergio).

Se ha señalado que las personas con vivencias de abuso sexual infantil podrían establecer asociaciones entre recuerdos temerosos del evento del abuso con la actividad sexual (Finkelhor & Browne, 1985). Aunque, esta situación puedo interpretarla desde la fuerza del miedo (Frank, 2012), la cual moviliza los relatos. Por ejemplo, narraciones escritas hechas por niños que vivieron abusos sexuales han mostrado al miedo como una emoción poderosa que les hace sentir inseguros y los lleva a buscar protección. En el capítulo V, desarrollé en las re-construcciones de las narrativas la fuerza que el miedo tuvo en cada una de ellas.

Por otra parte, dos mujeres y un hombre narraron que en la adultez fueron forzados a tener relaciones sexuales:

“me llevó a su casa ‘acompañame a mi casa no se qué’, total que en su casa quiso abusar de mi, dije ‘no, no quiero’, es que sí ¡que no! y ¡no! y ¡me lastimó!, y siempre me hizo creer que yo no lo quería, que este, que me daba asco, que por eso no había querido tener relaciones con él (suspiró), y ya yo después que lo analicé dije ‘estaba mal’ esto no lo tuve que haber permitido en ningún momento” (Vero).

En la literatura tradicional se ha reportado que la vivencia de abuso sexual puede incrementar el riesgo de un asalto sexual en la adultez (Relyea & Ullman, 2016; Rinehart, et al, 2014). Aunque, desde aproximaciones narrativas las personas han relatado que cuando vivieron violencia sexual en la adultez estaban involucradas en relaciones abusivas, en las cuales habían entrado porque consideraban que no tenían derecho a un mejor trato (Kramer et al., 2015).

Por último, cabe señalar que las historias sobre dificultades en la experiencia de deseo y placer sexual estuvieron delimitadas temporalmente. Esto es, para las personas constituyeron etapas problemáticas o periodos de incertidumbre en sus vidas (Gergen, 2011), pero no abarcaron la totalidad de sus historias, como se ha reportado en otros estudios (Pereda, 2009, 2010). En el siguiente apartado presento los elementos que ayudaron a re-significar algunos de los ‘efectos’ del abuso sexual infantil en el cuerpo, así como en las experiencias de deseo y de placer sexual.

6.4 Los recursos relacionales de re-significación

Cuando las personas han experimentado situaciones recurrentes de violencia –como puede clasificarse el abuso sexual infantil- suelen ver amenazado el sentido de sí mismas o de sus

formas preferidas de ser y estar en el mundo (White, 2004). Por lo tanto, en el estudio me interesó explorar los posibles contextos en los cuales ayudaron a re-significar las vivencias de abuso sexual, sus ‘efectos’ en el cuerpo, el deseo y el placer sexual. Entre estos puedo mencionar los medios de comunicación masiva, la psicoterapia y la relación de pareja.

En primer lugar, los medios de comunicación fueron un elemento que aparentemente permitió dar significado a vivencias que no se habían identificado con el nombre de abuso sexual. En las narrativas observé que cuando sucedieron los abusos, las y los menores sólo pudieron hablar de “*algo desagradable*” o decir “*no sabía qué era eso*”. Pero los relatos coincidieron en la relevancia que tuvo conocer la historia de otras personas, puesto que fue fundamental para que -años después- las y los participantes pudieran darle nombre y significado a la experiencia en la infancia. Es decir, les permitieron participar en núcleos de inteligibilidad (Gergen, 2011), una vez que reconocieron las pautas culturales dentro de las que se llevaron a cabo las interacciones de los agresores hacia ellas y ellos, como lo ejemplifica un co-investigador:

“fue un día igual en casa de la novia con la que estoy ahorita, estaban ellos viendo un programa de Discovery o algo así y hablaba sobre el abuso sexual y entonces empieza a hablar una chica con un caso así, completamente así era yo ¿no? este tipo era mayor que yo y me hacía creer que éramos novios y todo esto, pero no, realmente estaba abusando y yo así... ¡ese soy yo!” (Josué).

No obstante, en los medios de comunicación citados (radio y televisión principalmente) las personas se encontraron con descripciones que construyeron las causas del abuso sexual desde discursos terapéuticos con orientación moderna (Gergen & Kaye, 2013). Desde esta visión, se considera el funcionamiento del terapeuta profesional como un científico, quien posee

los medios para diagnosticar los problemas -los cuales se encuentran dentro de las personas- y con la capacidad para eliminarlos (Gergen & Kaye, 2013). Una de las participantes lo narró de la siguiente forma:

“y escuchando un programa de radio con Ernesto Lamoglia, una señora le comentaba que, pues cuando era pequeña abusó de ella su padrastro y abusó no sé quién, y la estaban escuchando ¿no?, precisamente hablaban de la personalidad ¿no? de las personas que son calladas, que son tímidas y que los abusadores saben que esa personita no va a hablar, que le va a dar miedo decir las cosas, que aparte que no le van a creer, porque en algún momento yo lo dije y no me creyeron y [a la mujer en el radio] le pasó igual” (G).

Al respecto, Weatherred, (2015) encontró que, en general, los medios tienden a presentar los casos de abuso sexual infantil desde una tendencia sensacionalista, por lo que exponen los casos más extremos, violentos o atípicos. Además, el enfoque suele presentar al abuso sexual como un problema de índole individual, por ejemplo, ponen la atención en la figura del ofensor sexual como un delincuente y su proceso en el sistema judicial. Sin embargo, no abordan las implicaciones sociales, tampoco lo plantean como un problema de salud pública y no difunden medidas preventivas (Weatherred, 2015).

En el estudio citado también resalta que en la búsqueda de artículos sobre el tema a la autora le sorprendió encontrar un número reducido de estudios sobre medios y abuso sexual infantil. Cabe señalar que este meta-análisis sólo incluyó investigaciones producidas en Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica y el Reino Unido. Este punto toma relevancia, porque en mi revisión de la literatura los meta-análisis de estudios sobre prevalencia del abuso sexual infantil (Stoltenborgh, et al., 2011), reportaban a los países citados por Weatherred (2015), como los de mayor producción de investigaciones sobre el tema y señalaban a América

Latina con el menor número de los mismos, lo cual indica un vacío de la indagación del tema en nuestro contexto.

Por otra parte, tres de seis participantes relataron que acudieron a terapia después de identificar que lo vivido en la infancia podía nombrarse como ‘abuso sexual’. Las otras tres personas fueron a terapia por motivos asociados a problemas identificados por ellos mismos como violencia en la pareja, depresión e intentos de suicidio. Esta búsqueda de apoyo en espacios terapéuticos podría tener antecedentes en el citado movimiento de los recuerdos recuperados los cuales afirmaban que la terapia lograba traer al estado consciente recuerdos reprimidos o disociados sobre abusos sexuales ocurridos en la infancia (Bourke, 2009). En este movimiento se promovían narrativas construidas a través de tramas de ‘sanación o ‘terapéuticas’ (Crossley, 2000), las cuales también se caracterizaron por señalar la gran amplitud de las consecuencias del abuso sexual en diversos ámbitos de la vida de las personas.

Asimismo, dos mujeres y un hombre tuvieron más de un intento en terapia, en estos casos la experiencia fue calificada como fallida, puesto que consideraron que no habían obtenido los resultados esperados. Al respecto, McNamee (2013) ha señalado que los terapeutas con posiciones teóricas que conciben a las dificultades como algo que les sucede a los sujetos o como una posesión personal de los individuos, suelen construir conversaciones que ayudan a crear y mantener la noción de que las problemáticas constituyen una crisis, como lo narraron una mujer y un hombre entrevistados:

“entonces fui con varios terapeutas que no tenían, pues la especialidad para tratar personas que habían vivido alguna violencia sexual y aunque fueron buenos intentos, pues no eran, como la terapia pues no era la mejor, entonces tampoco me sirvió para contenerme, yo iba a terapia pero esto seguía creciendo, creciendo” (Sergio).

Una participante dijo:

“fui como a tres terapias, a la cuarta [sesión de terapia] que iba a ir, era como la maestra sola, pero yo tenía examen ese día y le cancelé y se enojó y ya nunca me volvió a hablar, dije bueno y ya no la volví a ver, ya no volví a tener terapia, me quité unos miedos, sí, pero no fue, como que me dejó volando ¿sabes? como que sí saqué mis cosas, pero no me encaminó a buscar una solución, o sea me dejó como volando, por eso dije ‘¡ay no! terapias no, ya no quiero saber nada de eso, no, no, no, o sea si me van a dejar así, mejor no” (Vero).

Por otra parte, McNamee (2013) también ha señalado que si la crisis es un fenómeno construido comunalmente, entonces la inclusión de múltiples voces, que compitan con el discurso dominante (por ejemplo del daño o el trauma en el caso de los efectos del abuso sexual) podrían ayudar a desplazar las narraciones centrales en torno a lo que es correcto o incorrecto, así como lo normal o anormal en la vivencia de las personas. Por ejemplo, se ha observado que la terapia grupal intensiva desplazó la descripción del “yo traumatizado” a través del cual se narraron las participantes antes de la intervención, hacia la expresión de sentimientos de solidaridad, comunalidad y un sentido de optimismo hacia el futuro una vez que compartieron experiencias similares con sus compañeras (Saha, Chung, & Thorne, 2011).

En el presente estudio, para dos participantes la terapia grupal significó también un espacio en el que pudieron identificarse y ‘normalizar’ la experiencia. Para ellas fue importante observar, a través de la participación de los otros, que su vivencia era compartida y no una situación individual y aislada, lo cual aparentemente contribuyó a la despatologización de los efectos del abuso sexual, como lo narró una de las mujeres:

“hablé por teléfono y dije no creo, no creo, pero bueno vamos a ver, y fui a Adivac y ahí

me juntaron con catorce mujeres con la misma problemática de violencia sexual en la infancia” (D).

En el caso de los varones, se ha observado en sus narrativas que la ausencia de apoyo durante la experiencia de abuso sexual puede generar un sentido de aislamiento en la infancia, mientras que en la adultez podrían persistir barreras que les impidan desarrollar relaciones de intimidad, así como dificultades para expresarse emocionalmente (Kia-Keating, Sorsoli, & Grossman, 2010). Los hombres entrevistados coincidieron en que nombrar las emociones en torno al abuso sexual o verbalizarlo en el espacio terapéutico, marcó una diferencia con respecto a cómo se sentían antes y después de la intervención, como lo explicó uno de ellos:

“fueron como tres años [en terapia], entonces pues ahorita que lo digo pues ya me puedo sentir tranquilo ¿no?, pero como recordando todas estas sensaciones que tenía era mucho enojo, tristeza, vergüenza, culpa, ira, eran esas las sensaciones que yo tenía en el momento de darle el nombre de un abuso y una violación” (Josué).

En el mismo sentido, Gergen y Kaye (2013) consideran a la psicoterapia como un proceso de construcción de significado entre quienes participan en la relación, cuyo objetivo es desarrollar interpretaciones y posturas alternativas hacia la experiencia, más allá de encontrar verdades. Asimismo, la relación se desarrolla en un contexto de cooperación en el cual la voz del terapeuta es una más, entre otras posibles (Gergen & Kaye, 2013). Por ejemplo, en las narrativas también identifiqué las transformaciones de los significados en torno al cuerpo, que las y los participantes narraron como producto de su participación en contextos terapéuticos:

“hace trece años que trabajé la terapia con R [terapeuta], me costó trabajo como vencer esa barrera de acercamiento en general porque yo no sabía dar abrazos, o sea con una pareja sí, con una pareja pues sí me podía pues abrazar y apapachar y bueno hacer el

amor y lo que tu quieras, pero también así como con cierto recelo ¿no? como de ‘sí, ya lo hicimos, ay sí ya, adiós! toma tu distancia’ y esa parte la trabajé mucho con R, el hecho de poder acercarme físicamente a las personas” (G).

Uno de los co-investigadores narró:

“pues sí, fue en el proceso de la terapia cuando me empecé a dar cuenta, sobre todo hubo una dinámica que a mí me marcó mucho, que teníamos que tocar y entonces yo en ese momento yo me di cuenta que yo, no era, que yo no sentía con mis manos ¿no?, que tuve que poner mucha atención para poder sentir para poderme dar chance también de sentir que me tocaban y de sentirme a gusto” (Josué).

Adicionalmente, en las narrativas co-construidas el valor del amor fue señalado como un elemento del contexto que permitió re-significar la experiencia de placer sexual de un sentido problemático hacia otro donde fuese más placentero. Por lo que, dos mujeres y un hombre narraron relaciones con parejas en la edad adulta que se caracterizaron por brindar apoyo, construir confianza y mostrar paciencia:

“para mí fue tan básico eso, los besos, los abrazos, pero yo creo fue ese amor que me dio, pero en el sentido de confianza, yo creo que hasta que yo sentí o sea que en mi mente, yo diría que hasta que interioricé que él realmente me amaba y que no me iba a hacer daño, fue cuando me pude abrir a tener relaciones sexuales con él, fue cuando realmente me sentí amado, cuando realmente me sentí en un contexto seguro” (Sergio).

Mientras que otra de las participantes relató:

“yo creo que eso fue lo que pasó y ni siquiera fue que me dijera ‘vamos al hotel o yo quiero hacer el amor contigo’ o que me insistiera o que me tocara así de más o que me desagradara, o sea fue una persona muy especial, y no fue mi primera relación sexual

¡eh!... sí fue una persona muy especial, una persona muy dulce... que pues primero me dio mucha seguridad y mucho cariño... antes de tener relaciones ¿no?, de hecho alguna vez íbamos a su casa y trabajábamos y leíamos y hacíamos cosas y nos divertíamos y mucho tiempo no pasó nada... pero además él era, es un caballero porque además él era incapaz de decirme nada, al final bueno nos empezamos a besar, y las cosas fluyeron... ¡super bien!” (G).

Lo anterior, coincide con la literatura sobre erotismo femenino que ha reportado la asociación entre el amor como un factor que desencadena o motiva el deseo sexual en poblaciones de mujeres mexicanas (Cruz del Castillo, Romero, & Gil-Bernal, 2013). De igual forma, se ha observado que las personas que vivieron abuso sexual infantil pueden desarrollar relaciones de mayor intimidad cuando se sintieron aceptados por otras personas significativas (Kia-keating, Sorsoli, & Grossman, 2010).

Para finalizar, cabe señalar que al adoptar una postura dialógica (Frank, 2005) en el estudio, en donde reconozco –como investigadora- que no puedo decirlo todo sobre las personas con las que he colaborado, puesto que sus identidades se encuentran en procesos en constante transformación (Gergen 2011; Goolishian & Anderson, 1998). Además, sus relatos también permanecen abiertos a otras posibilidades de ser narrados e interpretados. Por ejemplo, una de las participantes narró la re-significación que estaba experimentando en el contexto de la terapia:

“estoy descubriendo cosas de mí, la fuerza que yo no sabía que tenía... el poder que tengo de no dejar que me sigan lastimando, el poder de decirle a los amigos ‘mi límite es éste, no te pases, hasta aquí llegas, por las buenas lo que quieras por las malas no me busques’, o sea ya no es de ‘bueno pus me voy a poner de tapete pa’ que tu estés bien’ ¡ya no! ¡ya no! (Vero).

Mientras que otro participante -quien ya había finalizado la terapia varios años antes de la entrevista- también narró la transformación del significado:

“lo que yo hice con mi vida, de esta manera de sanar y de eh... superar y vencer el abuso sexual como dicen en Adivac, convertirme en un sobreviviente, pero yo diría porque ya ahora puedo decir que no me satisface ese término, que me hizo feliz cuando terminé Adivac, pero ahora ya no me satisface, ahora ya no puedo decir solamente que sobreviví sino que ¡estoy vivo! no solamente soy un sobreviviente sino soy un ser viviente, este... esto que hice lo puede hacer cualquier ser humano y lo puede hacer cualquier persona que haya también vivido esta experiencia” (Sergio).

Al parecer, para algunas personas entrevistadas la experiencia de ser escuchado por su terapeuta les permitió hacer un cambio de perspectiva sobre sí mismas (Gergen & Kaye, 2013). Aparentemente, esta relación derivó en la aceptación de la relatividad del significado de una identidad de sobreviviente –que una institución ayudó a normalizar como experiencia de abuso sexual- hacia otra forma de ser y de sentir preferida, al menos hasta el momento de la entrevista.

En resumen, en este capítulo presenté el análisis temático de las narrativas co-construidas con las y los participantes. De esta forma, identifiqué algunos discursos culturales disponibles para la construcción del deseo y el placer. Los relatos alrededor de estas primeras experiencias emergieron las normas de género y las diferencias entre las construcciones que guían los relatos de las mujeres y las de los hombres. También, abordé las narraciones en torno a las relaciones de las y los participantes con personas que estuvieron implicadas en las vivencias de abusos sexuales ocurridos en su infancia; así como las respuestas que los co-investigadores relataron. Después, me aproximé a los discursos que parecen haber formado el cuerpo desde el daño y, por otra parte, de las re-significaciones al respecto. Por último, señalé contextos en los cuales

identifiqué que ocurrieron las transformaciones de significados en los relatos, especialmente, con relación a la terapia y las relaciones de pareja.

CAPÍTULO VII

Discusión y reflexiones

“Escribo
para sanarme, para sanarlas,
para ser algo más que víctimas,
alguien más que <<algo>>
mucho más que <<otras>>”
Jimena González (2018, p. 82).

El objetivo de esta investigación ha sido identificar y analizar las formas narrativas en torno al deseo y al placer sexual que co-construí con mujeres y hombres adultos –habitantes de la Ciudad de México y del Estado de México- que vivieron abuso sexual en la infancia y que han participado en diversos procesos de terapia. En este sentido, comprendí las narrativas como producto de las relaciones en contextos situados, así como co-construcciones no finalizadas sino abiertas a la re-significación y, por lo tanto, a la posibilidad de la transformación individual y social.

A partir de estos supuestos en el presente apartado discuto los siguientes temas teórico-metodológicos: 1) la potencia de la historia única del daño; 2) la fuerza del miedo en las formas narrativas; 3) las normas de género en la construcción del deseo y del placer sexual y 4) los recursos relacionales en las narrativas. Además, reflexiono sobre 5) la importancia del análisis narrativo dialógico como una herramienta para abordar temas que suelen estar estigmatizados y silenciados como el abuso sexual infantil. Por último, expongo 6) las aportaciones del estudio y 7) los alcances y las posibilidades en torno al tema para futuras investigaciones.

1) La potencia de la historia única del daño

Para comenzar, todas las narrativas co-construidas con las y los participantes estuvieron –en parte- guiadas por la historia del daño (O’Dell, 2003). Las personas entrevistadas narraron, en mayor o menor medida, algunos problemas sobre sus emociones, su identidad y las decisiones sobre el futuro de sus vidas. Particularmente, me interesó que esta historia del daño guio los relatos sobre sus cuerpos, atracciones y placeres, cuyas experiencias tomaban sentido una vez que eran explicadas por el antecedente de abuso sexual. Esto es, la historia del daño parece ser un producto de la articulación de discursos culturales disponibles, como el del desarrollo normal (O’Dell, 2003) y el de la victimización de la infancia (Malón, 2011).

Con respecto al discurso del desarrollo normal, éste parece proporcionar a la historia del daño las formas para narrar y localizar en la infancia la causa de una variedad de síntomas, problemas o dificultades como daños psicológicos producto de la interrupción de un desarrollo lineal, lo cual suele ayudar a reescribir la historia individual de la víctima (O’Dell, 2003). En este sentido, la literatura sobre los ‘efectos’ sexuales del abuso sexual infantil señala una serie de comportamientos sexuales problemáticos (Latzman & Latzman, 2015; Simon & Feiring, 2008); así como de conductas sexuales de riesgo asociadas con el antecedente de abuso (González, et al., 2014; González-Pacheco, et al., 2008; Oza, et al., 2014; Relyea & Ullman, 2016; Restrepo, et al., 2017; Rinehart, et al., 2014). Además, en la edad adulta, se han asociado algunas disfunciones sexuales en fases de la excitación, el deseo y el orgasmo con vivencias de abuso sexual infantil (Pérez, 2009; Sánchez, et al., 2010; Sánchez, et al., 2009).

Los estudios citados muestran las posibles consecuencias posteriores a los eventos de abuso, pero no exploran los significados del deseo y del placer sexual que las personas habían construido previamente a las vivencias de abuso sexual. Esta omisión podría estar relacionada

con el discurso de la victimización de la infancia (Malón, 2011) y estar guiando dichos estudios desde el supuesto de que los niños que viven abusos sexuales por parte de adultos son seres sexualmente inocentes que fungen únicamente como el receptáculo de los deseos y la estimulación sexual adulta (Malón, 2011). Al parecer, desde este punto de vista no es necesario preguntar a las personas por experiencias de atracción sexual o de búsqueda de placer en el periodo de la infancia, porque los niños y especialmente las niñas se comprenden como seres asexuales (Fox, 1996).

Por otra parte, las propias descripciones de la identidad infantil vulnerable aparecieron en partes de los relatos analizados y re-construidos en este estudio. En este sentido, la trama de la historia del daño (O'Dell 2003) guio los relatos de las y los adultos quienes se auto-narraron como niñas o niños tímidos, aislados, distraídos, entre otros calificativos. Dicho comportamiento y características de personalidad, comparados con las expectativas del discurso del desarrollo (Burman, 2003), los colocaban desde la diferencia o la anormalidad desde antes de que iniciaran los abusos sexuales. Esto es, la propia trama del daño facilita que las personas entrevistadas puedan encontrar una dirección y coherencia sobre su identidad en la narrativa (Vayreda, Tirado, & Domènech, 2005).

Aunado a lo anterior, la historia del daño parece complementarse en las narrativas co-construidas con tramas de sanación o terapéuticas (Crossley, 2000). Éstas son formas de hablar sobre las consecuencias del abuso sexual infantil que se caracterizan por ahondar en la gran amplitud del impacto de los abusos en la vida de las personas. Dichas tramas emergieron en la década de los noventa del siglo pasado, particularmente en Estados Unidos e Inglaterra, en lo que se ha llamado el movimiento de los recuerdos recuperados (Bourke, 2009). En partes de los relatos observé semejanza con este tipo de tramas, lo cual puede ser comprendido si calculamos

que la edad en la cual las y los participantes narraron que habían nombrado o identificado sus vivencias como abuso sexual infantil, es históricamente posterior a la emergencia de dicho movimiento.

Esto es, los discursos psicológicos contruidos en culturas dominantes parecen haberse filtrado poderosamente en nuestros contextos para guiar la construcción de narrativas como pacientes/clientes, pero principalmente en la de algunos terapeutas. En este sentido, los modelos terapéuticos que promueven la autocaracterización de ‘víctima’ (Durrant & Kowalski, 1996), ejemplifican el uso de los conceptos del daño y del déficit como las líneas de tratamiento a través de las cuales algunos terapeutas trabajan. Lo anterior podría estar opacando las diversas formas en las cuales las personas responden a las vivencias traumáticas (White, 2004), ayudando así a reproducir la historia del daño como la única trama posible y reduciendo los sentidos de identidad preferido de estos individuos.

En las narrativas analizadas, la articulación del discurso del desarrollo y de la victimización de la infancia, le proporcionan fuerza y coherencia a la historia del daño que sumadas con las narrativas terapéuticas y de sanación parecen funcionar como un escenario relacional (Gergen, 2011). Dicho escenario permite describir formas de actuar y de sentir, que guían el relato de los abusos sexuales como vivencias deformadoras que impiden el correcto desarrollo de la vida adulta (O’Dell, 2003). Por lo que, desde esta versión particular de los eventos de abuso sexual infantil la forma que toma la historia única del daño podría esquematizarse de forma lineal y sin contexto de la siguiente manera:

dificultades
niña/niño anormal --- abuso sexual--- problemas --- vida futura dañada---sanación
disfunciones

Desde esta visión, la estructura de las narrativas muestra que los individuos son vulnerables y distintos a otros, con pocas posibilidades de narrarse más allá de representaciones como la de seres pasivos, dependientes y dóciles que requieren protección, pero que no poseen autonomía (Burman, 2003), por lo que requieren de un experto para guiarles hacia el correcto funcionamiento.

Aunado a lo anterior, los medios de comunicación masiva parecen contribuir a la reproducción de la historia del daño en sus contenidos. Al respecto, Weatherred (2015) encontró que los medios tienden a presentar los casos más extremos, violentos o atípicos de abuso sexual infantil. Tampoco exponen las vivencias de los varones, ni muestran las consecuencias sociales o las prácticas culturales que pueden facilitar este tipo de abusos. En este sentido, suelen presentarlo como un problema de índole individual, por ejemplo, se enfocan en las características especiales e internas que posee la víctima, o se centran en la personalidad atípica y delincencial del agresor (Weatherred, 2015).

En el estudio, al menos cuatro de las seis personas entrevistadas identificaron y nombraron sus vivencias en la infancia como abuso sexual gracias a los ejemplos mostrados en programas de radio y televisión. De acuerdo con las y los co-investigadores, en los medios pudieron escuchar una historia con una trama compartida con otras personas, para quienes la vivencia también fue guiada por la historia del daño. Además, el mensaje estaba relacionado con la atención psicológica de esta problemática. Por lo que, los medios parecen representar una voz – entre otras posibles – que potencia la historia del daño y de las tramas terapéuticas al poseer grandes alcances para su diseminación cultural (Gergen, 2011).

2) La fuerza del miedo en las formas narrativas

El miedo ha sido una emoción que las personas han expresado tanto en investigaciones narrativas (Foster, 2017; Foster & Hagedorn, 2014; Quintero & Andrade, 2012), así como desde otro tipo de estudios (Pereda, 2009; 2010; Simon & Feiring, 2008). En este trabajo me aproximé a la comprensión del miedo en las narrativas, más allá de explorarlo como una respuesta fisiológica de los individuos, para tratar de indagar cómo el significado de esta emoción es sensible al contexto y a las relaciones sociales en las cuales es usado (Lutz, 2003). Además, parto del supuesto de que las historias cumplen las funciones tanto de ser espacios para expresar los miedos como para contenerlos “en el sentido de mantenerlos dentro de una forma visible” (Frank, 2012, p.81).

De manera que, en las narrativas analizadas identifiqué al miedo como una emoción que emergió con fuerza en los relatos, algunas veces paralizando y, en otras, movilizándolo a las y los protagonistas a través del uso de las formas narrativas básicas (Gergen, 2011). Las combinaciones de las formas de relatar las respuestas hacia el miedo nos llevó a la co-construcción de narrativas en al menos tres esquemas posibles: la tragedia, la epopeya heroica y la comedia-novela (Gergen & Gergen, 1986); aunque con algunas variaciones entre la última clasificación.

En el caso de la tragedia observé que la fuerza del miedo permite la rápida transformación de las formas narrativas progresivas hacia otras de tipo regresivo (Gergen & Gergen, 1986), que dominaron en el relato de la participante. Cabe señalar que, la violencia física y psicológica por parte del padre, cuyo ejercicio fue previo al inicio de los abusos sexuales, parece cumplir un papel relevante en el cambio en las formas narrativas que usa la co-investigadora para contar su historia. Otros estudios (Chávez-Ayala, et al., 2009; Mebarak, et al.,

2010; Vitriol, et al., 2007), ya han señalado la asociación entre la violencia familiar, maltrato infantil y el abuso sexual. Sin embargo, si lo comprendo como un proceso relacional, el ejercicio previo de los otros tipos de violencia por parte del padre habrían comenzado a debilitar las formas preferidas de ser y de estar en el mundo de la participante (White, 2004). Al parecer, una relación con tal asimetría de poder puede continuar y sostener el ejercicio de la violencia sexual.

Con respecto a la epopeya heroica, el miedo parece convertirse en el enemigo contra el cual se lucha y constantemente se pierde (Gergen & Gergen, 1986). En este caso, fue a través de relatos de la participante sobre violencia sexual de otros hombres en relaciones de noviazgo. La re-victimización sexual ha sido señalada en algunas investigaciones citadas (Pereda, 2010; Relyea & Ullman, 2016; Rinehart, et al., 2014), como un riesgo para las personas que vivieron abuso sexual en la infancia, el cual se incrementa en la adultez. Para la mujer entrevistada estas situaciones parecieron alimentar la fuerza del miedo en la historia y dificultando que ella alcance las metas que se plantea, especialmente, en el ámbito sexual. En este sentido, auto-narrarse desde la desconfianza y la lucha constante contra los hombres violentos puede ser una forma no sólo de expresar miedo, sino de defenderse del mismo (Frank, 2012), esto es, de posibles situaciones futuras en las que pudiera volver a ser lastimada.

Por lo que, en estas dos narrativas que fueron clasificadas en los géneros de tragedia y epopeya heroica, la violencia tuvo un rol protagonista para crear narrativas en las cuales el miedo pudo paralizar –en parte- a las mujeres entrevistadas. En este sentido, es necesario señalar que tanto la violencia familiar, las diversas formas de maltrato infantil y la violencia en la pareja deberían ser visibilizadas como partes importantes para analizar y reflexionar cuando hablamos de abuso sexual infantil. También, sería relevante cuestionar los discursos culturales que sostienen la violencia estructural en nuestra sociedad, como parte de los escenarios relacionales

que guían formas de relacionarse en la familia y la pareja. Esto es, pensar el abuso sexual infantil como un problema relacional cuya solución también tendría que integrar el análisis de los discursos culturales dominantes en torno a la infancia, la sexualidad y la violencia.

Por otra parte, en el estudio identifiqué cuatro de las narrativas co-construidas dentro del esquema del género de la comedia-novela. En este las personas luchan contra ciertas fuerzas y logran derrotarlas para restaurar un estado de felicidad perdida (Gergen & Gergen, 1986). En estas narrativas el miedo (Frank, 2012) puede verse como esa fuerza contra la que las personas luchan y a la cual, a veces, logran ganar para alcanzar ciertas metas, especialmente en el ámbito sexual. La relevancia de este género es que, a pesar del miedo narrado en los relatos (por los recuerdos del abuso, por el miedo a experimentar sexualmente, por el cuerpo desintegrado o la ansiedad por relacionarse sexualmente), las y los co-investigadores fueron capaces de mostrar diversos caminos a través de los cuales respondieron a esos miedos.

Al respecto, White (2004) ha señalado que ninguna persona recibe pasivamente una experiencia traumática, sino que tiende a responder en ciertas formas. Estas pueden no estar visibilizadas debido a la fuerza del trauma y a la reducción del sentido de identidad preferido que ese tipo de vivencias suelen minimizar. De manera que, las narraciones de respuestas hacia el miedo podrían incluso cuestionar el esquema del abuso sexual infantil mostrado anteriormente y transformarlo de la siguiente forma:

	dificultades	
niña/niño --- abuso sexual---	Respuestas---	problemas --- Respuestas----
Respuestas	disfunciones	vida futura dañada-
	Respuestas	Respuestas

Esto es, en las narrativas identificadas dentro del género comedia-novela las personas no permanecieron pasivas y determinadas por los discursos dominantes, sino que fueron capaces de transformar las realidades en las que participaron (Guilfoyle, 2014). Las formas de hacerlo

fueron a través de la participación activa en la construcción de nuevos significados (Burr, 2002) sobre la vivencia de abuso sexual en la infancia. Esto no implica grandes acciones o movimientos, sino pequeñas pero significativas acciones que las llevaron a narrarse a sí mismas alejadas de formas trágicas o heroicas. Estas acciones parecen haberles dado giros a sus historias hacia algunos de sus sentidos de identidad preferidos (White, 2004), de los cuales hablaré en el punto número 4.

3) Las normas de género en la construcción del deseo y del placer sexual

En las narrativas pude observar que las mujeres y los hombres entrevistados se auto-narraron desde los mandatos que forman – mediante la práctica obligatoria de la heterosexualidad (Butler, 2014)- las experiencias de deseo y placer sexual femenino y masculino. De esta forma, las y los participantes narraron que habían sentido atracción hacia personas del sexo opuesto, salvo en el relato de uno de los varones a quien le atraían niños de su mismo sexo. Este contenido de las narraciones coincide con los discursos sobre la infancia sexualmente inocente (Malón, 2011), los cuales indican que ‘está bien’ comenzar a experimentar atracción hacia el sexo opuesto, pero esta no es considerada propiamente como deseo sexual ni debe tener la finalidad de realizar alguna actividad sexual como las relaciones coitales, pues esas prácticas corresponden a etapas posteriores del desarrollo sexual.

Adicionalmente, los relatos en torno a esa incipiente atracción tomaron formas diferenciadas dentro del sistema binario y asimétrico del género (Butler, 2014), como se esperaba. En este sentido, las mujeres entrevistadas hicieron descripciones de la atracción experimentada a través de sensaciones corporales agradables y emocionantes. Aunque, estas vivencias estuvieron enmarcadas en la vigilancia, la prohibición y el uso del castigo por parte de

adultos sobre la expresión pública de la atracción de las entonces niñas. Al parecer, en las narrativas puede observarse la vigencia de una doble moral burguesa (Fuchs, 1996) que suele ejercer el control sobre los cuerpos femeninos para preservación de la virginidad (López, 2009); mientras que en los espacios privados aún es posible el ejercicio del abuso y la violación sexual de niñas.

Aparentemente, como resultado de estas prohibiciones y castigos para las mujeres entrevistadas, en las narrativas observé la ausencia de relatos sobre la búsqueda o experimentación de placer sexual durante a infancia, por ejemplo la autoexploración del cuerpo o con sus pares. Al respecto, se ha señalado que las mujeres prefieren no hablar o negar este tipo de experiencias por temor al castigo social; también pueden considerar que es una práctica permitida para los hombres pero que no es aprobada si ellas la relatan (Estrada, et al, 2008). Otra posibilidad es que las participantes estuvieran tratando de mantener una narración de sí mismas desde los valores de la virginidad y la monogamia, los cuales forman parte de una identidad femenina más valoradas en nuestra cultura (García-Rodríguez, 2013). Al parecer, esta omisión en las historias podría deberse a que las formas de narrarse implican que este tipo prácticas no son permitidas para las niñas durante la infancia, sino que están limitadas por el marco del heteroerotismo adulto, genital, coital, pasivo y a través de significados del amor como la entrega y la renuncia a sí mismas (Lagarde, 2005).

Cabe señalar que este tipo de valores también me han guiado –como mujer mexicana católica y entrevistadora-, por lo que pudieron limitar mi curiosidad sobre estos temas y reducir la posibilidad de buscar mayor densidad de las narraciones. Esto es, en una investigación narrativa donde sostengo que el conocimiento es co-construido (Gergen & Gergen, 2011b), es necesario hacer visible que mis valores, mi sistema de significados, los discursos que me forman

y por supuesto las normas de género, están presentes en las preguntas que formulo, en las que no hago, y en cómo las planteo. Por lo tanto, me pregunto sobre ¿cuáles serían las formas de relación que como investigadora puedo construir desde el respeto y el reconocimiento de mis sesgos, pero manteniendo mi curiosidad, para poder ahondar en este tipo de temas? Esta es una cuestión que requiere ser explorada con mayor detenimiento en futuros estudios sobre el tema y desde esta perspectiva teórico-metodológica.

Por otra parte, en las narrativas sobre la infancia de los dos varones participantes, observé relatos con descripciones más amplias de la atracción hacia el mismo sexo o el opuesto. Al respecto, se ha señalado que para los varones el aprendizaje sobre cómo obtener placer supone el ejercicio de prácticas entre pares (Lagarde, 2005); así como una orientación hacia una posición activa y de toma de decisiones sobre sus expresiones hetero u homoeróticas (Núñez, 2015). Por lo que, los co-investigadores relataron las primeras vivencias de besos, noviazgos, contactos corporales y sexuales con menos restricciones, vigilancia o castigo que en las narrativas de las mujeres participantes. De esta forma, en las historias de los co-investigadores la exploración del placer en sus cuerpos ocupó un mayor espacio en sus narraciones.

Estas vivencias parecen estar enmarcadas en los discursos culturales disponibles sobre la masculinidad hegemónica (Connell & Messerschmidt, 2005), los cuales suelen guiar las identidades de mujeres y hombres, así como las formas de experimentar el deseo y de significar sexualmente el cuerpo (Peña & Hernández, 2015) desde edades muy tempranas. Al parecer, para los hombres entrevistados hablar de esta parte de su experiencia es más aceptable socialmente. Por ejemplo, se ha señalado que en nuestra cultura se suele promover una mayor experimentación erótica entre los varones, la cual se aprende a través de prácticas homoeróticas las cuales son exhibidas y valoradas entre el grupo de pares (Sapién & Córdoba, 2011). Por lo

tanto, relatar las experiencias sexuales pudo haber sido una acción con la cual estos hombres estaban culturalmente más familiarizados.

Por otra parte, como he señalado antes la historia única del daño (O'Dell, 2003) también guio una parte de las narraciones en torno a las vivencias de abuso sexual durante la infancia, especialmente en torno al cuerpo. Al respecto, Dyer, Feldman y Borgmann (2015) han reportado como se puede significar negativamente ciertas partes del cuerpo como el área púbica, nalgas y la zona entre los muslos, las cuales fueron asociadas con el abuso. Sin embargo, para Butler (2014) la propia categoría de sexo exige la división del cuerpo en partes sexuales y otras que no lo son. En los relatos analizados fueron justamente la vagina en la narrativa de L o el pene en el relato de Josué – es decir las partes sexuales femenina y masculina- las que aparecen como evidencias concretas de la ‘anormalidad’ en el cuerpo que fue abusado, dando así coherencia y sentido a cada una de las narraciones.

De igual forma, desde la historia única del daño (O'Dell, 2003) suele considerarse que el abuso sexual en la infancia altera el desarrollo ‘normal’, debido a que ‘despierta’ en el cuerpo el deseo sexual y la búsqueda de placer sexual en el momento equivocado, generando un desarrollo ‘desviado o equivocado’ (Finkelhor & Brown, 1985). En la literatura tradicional los ‘efectos’ del abuso sexual con frecuencia se presentan en los extremos de: 1) la ausencia o el ‘excesivo’ deseo sexual; y 2) la evitación de las relaciones sexuales o conductas sexuales de riesgo (González-Pacheco, Lartigue, & Vázquez, 2008; González, et al., 2014; Pérez, 2009; Sánchez, et al., 2009; Sánchez, et al., 2010). En el estudio observé que -más allá de estos extremos- los relatos de las mujeres y los de los hombres dieron cuenta de algunas construcciones de género en torno a sus experiencias con el deseo y el placer sexual.

De manera que, las co-investigadoras hicieron relatos en los cuales sobresalieron, en primer lugar, el desagrado hacia la actividad sexual. Con respecto a este punto podría cuestionarse si esta respuesta provenía únicamente de la vivencia de abuso sexual, o podría estar guiada por los discursos dominantes sobre cómo debe experimentarse el deseo sexual femenino. En este sentido, se ha reportado que la motivación para el deseo en las mujeres depende de factores contextuales como la cercanía emocional, el nivel de compromiso y bienestar con la pareja (Basson, 2000); o que está motivado por el amor y la idealización de la pareja (Cruz del Castillo, 2013). Entonces, el foco de atención estaría sobre si estos elementos estaban presentes o ausentes cuando las participantes sentían desagrado por las relaciones sexuales. Este giro implicaría el cuestionamiento de los discursos culturalmente disponibles que han guiado su experiencia con el sexo, lo cual desplazaría el significado problemático fuera de las mujeres.

En segundo lugar, identifiqué que las co-investigadoras narraban la experimentación con varias parejas sexuales como un ‘efecto’ sexual del abuso en la infancia. Aunado a lo anterior, relataron que en algunas ocasiones habían accedido a tener relaciones sexuales para llenar necesidades de atención y afectivas. Nuevamente, considero que más allá de centrarse en temas como conductas sexuales de riesgo o en etiquetas morales como la promiscuidad, propongo el cuestionamiento de los discursos sobre la sexualidad femenina. Entre los que puedo citar están aquéllos que la enmarcan dentro de lo que Lagarde (2005) sostiene como el ‘ser para otros’, en el cual el cuerpo femenino se vive ocupado por otros. En este caso, una construcción del deseo y del placer sexual que es para otros (hombres), podría explicar la búsqueda de sentido, de afecto y de atención en varias parejas sexuales por parte de las mujeres entrevistadas. No obstante, se podría plantear que si estos discursos suelen guiar la sexualidad femenina, entonces la

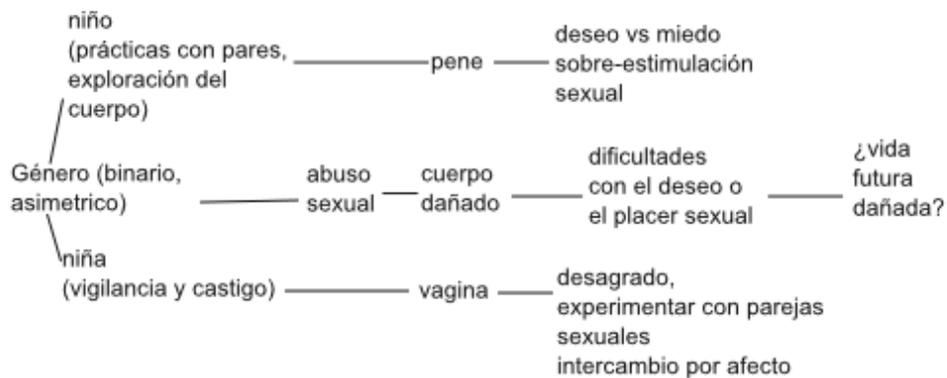
experiencia de las co-investigadores podría ser compartida por otras mujeres y no deberse únicamente a la vivencia de abuso sexual en la infancia.

En cuanto a los co-investigadores el conflicto en las narrativas tuvo mayor relevancia por el género del agresor, esto es, por haber sido ejercido por una persona del mismo género. Como sabemos las relaciones sexuales entre varones transgreden los mandatos de la masculinidad dentro de la matriz heterosexual (Butler, 2014), como he señalado antes esta situación tuvo diferentes repercusiones para los co-investigadores. En el caso del hombre que se declaró con identidad gay el conflicto surgió entre el deseo y el miedo, éste último pareció atraparlo cuando debía relacionarse en cualquier interacción sexual, o no, con hombres. Este tipo de formas narrativas dominadas por el miedo han sido reportadas en relatos escritos realizados por niños (Foster & Hagedorn, 2014), especialmente el miedo a ser agredidos nuevamente lleva a los menores a sentirse inseguros y a buscar ser protegidos. No obstante, no sólo las narrativas de los varones más jóvenes podrían estar dominados por el miedo, lo cual es un tema que requiere mayor comprensión.

Por otra parte, el otro co-investigador relacionó sus dificultades sexuales al parecer desde los planteamientos que lo asocian a la vivencia de abuso sexual en la infancia con la falta de deseo sexual, las disfunciones o los trastornos sexuales (Sánchez, et al., 2009; Sánchez, et al., 2010), los cuales suelen patologizar la vivencia sin considerar los procesos relacionales dentro de los que se encuentran las personas. Aunque, desde la aproximación relacional tiene más sentido preguntarse cómo es que la vivencia de abuso sexual sobre varones transforma la construcción de la masculinidad de quienes la experimentan, puesto que el mandato para los hombres es que sean activos, superiores y quienes deben decidir sobre sus cuerpos (Núñez, 2015; Sanz, 2015). Esto es, en la narrativa analizada pareciera que para un varón ser objeto del abuso sexual (y por lo

tanto del ejercicio de poder), puede cuestionar –como una totalidad- la funcionalidad del cuerpo del varón y de la construcción de su masculinidad.

De esta forma, el esquema presentado antes puede ser modificado y complejizado con las construcciones de género, binarias y opuestas sobre el deseo y el placer sexual, así como por las formas distintas en las que se narra el cuerpo dañado y las dificultades:



Aunque, estas dificultades fueron narradas por las co-investigadoras y los co-investigadores, hubo otros elementos que permitieron responder y transformarlas, como muestro en el siguiente apartado.

4) Los recursos relacionales en las narrativas

Ahora bien, desde la aproximación socioconstruccionista un objetivo central es que en las co-construcciones narrativas se puedan articular las voces que han sido silenciadas, oprimidas y excluidas, al mismo tiempo que se re-sitúan las historias dominantes, con el objetivo de abrir nuevas formas de hablar sobre los temas de investigación (McNamee & Hosking, 2012). Por lo que, reducir el análisis de las narrativas sólo a la historia del daño en el ámbito sexual y posterior sanación –que he desarrollado en el punto 1 de la discusión- puede llevarnos al peligro de la historia única (Adichie, 2018).

En el tema de esta investigación, se traduciría al peligro de la historia única del daño (O'Dell, 2003), que muestra a las personas sólo una versión individualista para narrarse a sí mismas a partir de vivencias de abuso sexual en la infancia. Al respecto, Adichie (2018) señala que insistir en relatos negativos puede simplificar la experiencia de las personas y olvidar otras historias que también las han formado. Además, la autora nigeriana sugiere que la consecuencia del relato único es que “crea estereotipos, y el problema con los estereotipos no es que sean falsos, sino que son incompletos. Convierten un relato en el único relato” (Adichie, 2018, p. 4).

Por lo tanto, en las narrativas observé que dentro de esa pequeña posibilidad de rechazar la interacción hubo acciones que trataron de responder a la violencia, al engaño y en general al ejercicio de poder sobre sus cuerpos y sus vidas. Por ejemplo, a pesar de lo problemático que ha sido para las personas entrevistadas ninguna había renunciado a continuar buscando una vida sexual más satisfactoria. En las narrativas, esta meta había sido más clara para algunas de ellas, incluso hubo quienes se consideraban haberla logrado; mientras que para otras se trataba de un tema aún en proceso de reflexión y de construcción. Estas situaciones pueden dar cuenta del potencial de agencia que las personas ejercen sobre vivencias traumáticas (White, 2004), puesto que, la diversidad de los relatos permite cuestionar la historia del daño como la única forma de narrar-se de las personas entrevistadas.

Igualmente, identifiqué cómo los relatos de los problemas o disfunciones sexuales relacionados con el deseo y el placer sexual estuvieron limitados a ciertos periodos de tiempo. Por lo que, las personas narraron cómo fue que pudieron llevar a cabo una serie de acciones para responder a estas dificultades, entre estas puedo citar el asistir a terapia grupal e individual. Además, señalé como los recursos relacionales (ej. amigas/os, profesoras/es, parejas, terapeutas)

fueron relevantes puesto que colaboraron con las co-investigadores y los co-investigadores en la re-significación del cuerpo, la experiencia de deseo y de búsqueda de placer sexual.

Por lo que en el estudio indagué sobre otros relatos que también hubieran formado a las personas, más allá de la historia del daño. En ese sentido, las carreras morales (Parker, 2005) o aquellos periodos –de corta duración- a través de los cuales inician y terminan aspectos relacionados con mundos sociales específicos en los relatos, fueron útiles para observar esas otras historias. Especialmente, el contexto educativo desde modelos horizontales, la práctica de la danza y del ejercicio destacaron como esos mundos sociales que permitieron a las y los co-investigadores narrarse desde otro tipo de voces, relaciones y significados. Aunado a lo anterior, llama la atención que cuatro de seis participantes tenían estudios de nivel superior, pues habían concluido una o dos licenciaturas, mientras que otras dos personas habían concluido el nivel medio superior.

Esta característica parece haberles proporcionado mayores herramientas para responder a situaciones adversas. Desde la aproximación socioconstruccionista el sí mismo se comprende como un ‘ser múltiple’ (Gergen, 2015), el cual está constituido por las diversas relaciones de las cuales participa y que lo vuelven inteligible (Gergen, 2011). Estas relaciones van delineando los valores, ideales, creencias, y voces relevantes que marcan las múltiples potencialidades del ser (Gergen, 2015). Por lo que, van formando nuestros sistemas de significados (Burr, 2015; Limón, 2012), los cuales son susceptibles a la transformación. Esto es, el contexto educativo pudo ayudar a formar recursos relacionales a través de la interacción con compañeras/os, profesoras/es, con quienes construyeron una visión alternativa de sí mismos a través de relaciones de solidaridad, apoyo o del reconocimiento público de sus habilidades. Además, tener el acceso a literatura, discusiones, actividades académicas, artísticas, culturales y políticas podría

haber ampliado el rango de voces relevantes y promovido la reflexión sobre sus sistemas de creencias.

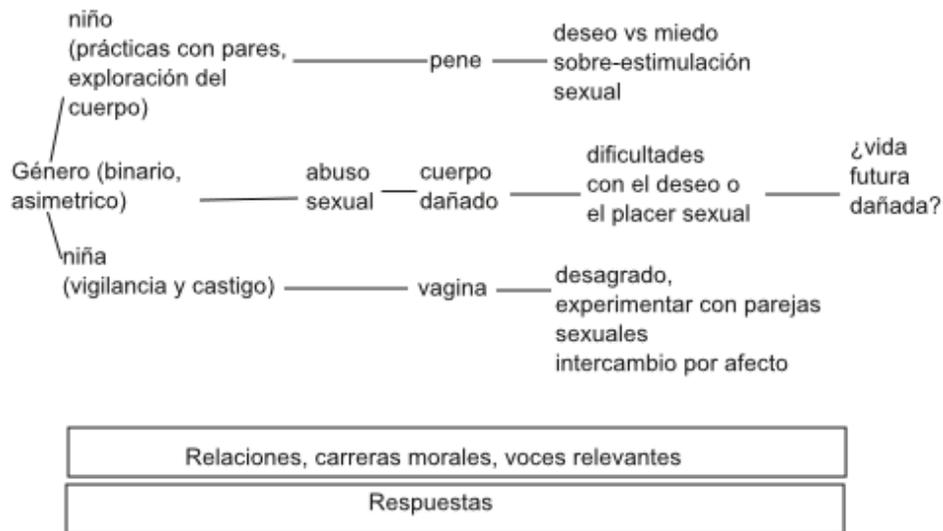
Por otra parte, la voz de la pareja –con características específicas- constituyó una relación importante que permitió responder a las dificultades sexuales. De manera que, al menos dos de las mujeres y uno de los hombres entrevistados relataron que parejas respetuosas y afectuosas les ayudaron a recuperar o construir experiencias sexuales placenteras. En este sentido, algunos estudios han reportado que para las mujeres tener una pareja es un factor que motiva o favorece la aparición del deseo sexual (Basson, 2000). Estas asociaciones también se han observado en investigaciones con poblaciones de mujeres mexicanas (Cruz del Castillo, 2013). Pero en el estudio también el hombre con identidad gay narró que contar con una pareja que le mostró respeto a su historia de abuso y le permitió explorar su cuerpo y las formas de relacionarse sexualmente con seguridad, fue lo que consideró que le ayudó a construir relaciones sexuales más satisfactorias. En este caso, es probable que la relación de aceptación hubiese ayudado en la re-significación del miedo y ansiedad que él experimentaba en las relaciones íntimas y que coincide con lo encontrado por Kia-keating y colaboradores (2010), en otro contexto distinto al del participante en este estudio..

Por otra parte, la terapia grupal también fue señalada en el estudio como un espacio que permitió la re-significación de las dificultades y problemas, una observación que ya se ha reportado especialmente en grupos terapéuticos con mujeres (Saha, et al., 2011). En nuestro caso, algunas de las participantes habían observado sobre sí mismas como un problema interno e individual, cuya experiencia las hacía significarse como personas anormales. No obstante, cuando este tipo de intervenciones se enfocaron únicamente en la comprensión de la dinámica del abuso sexual y la producción de catarsis (Durrant & Kowalski, 1996) las y los co-

investigadores relataron que requirieron otro tipo de apoyo. Entre el que destacaron los terapeutas con posturas que hacían el acompañamiento desde la construcción de historias liberadas de las influencias de la historia de abuso, en el presente y el futuro (Durrant & Kowalski, 1996).

De esta forma, recursos relacionales fueron útiles para las y los participantes al ayudar a formarse a través de otras historias –no sólo terapéuticas- y más allá de la historia única del daño. Por lo que, en estas partes de las narrativas pueden dar cuenta del proceso dialéctico de construcción de las personas como seres con agencia (Guilfoyle, 2014). Esto es, aunque he descrito cómo la articulación de algunos discursos y la producción de la historia única del daño puede guiar la forma en que las personas hablan sobre los ‘efectos’ sexuales del abuso sexual que vivieron en la infancia, en las narrativas también se puede visibilizar la participación activa en la construcción del mundo social (Burr, 2002), a través de las acciones que responden a los discursos e historias dominantes.

Por lo que, el esquema propuesto desde el punto número 1 podría continuar modificándose, principalmente para cuestionar la amplitud de las dificultades, problemas y disfunciones, así como de la vida futura dañada:



Adicionalmente, quiero señalar el objetivo de transformación social (Parker, 2005), que puede implicar narrar una historia sobre el abuso sexual, sus posibles ‘efectos’ sexuales y las acciones a través de las cuales se respondió a dicha historia. Desde un visión socioconstruccionista, co-construir el relato va más allá de trabajar la propia historia de identidad, interna e individual, para indicar que las tramas de los relatos pueden ayudar a guiar a otras personas con vivencias semejantes, en este sentido, narrar la vida conlleva un sentido de responsabilidad y una forma de vivir para el otro (Crossley, 2000).

Lo anterior me hace pensar ¿qué sucedería si pudiéramos escuchar historias en las cuales las personas –mujeres, hombres, lesbianas, gays, transexuales, entre otras posibilidades- nos cuentan relatos alternativos, los cuales también les han formado, las personas que les han acompañado, las experiencias que les han marcado, además de las vivencias de abusos sexuales en su infancia?. Y si esas otras versiones fueran escuchadas por otros individuos ¿cómo podrían animarles a ir más allá y narrarse a sí mismas alejadas de la culpa, la vergüenza o el miedo desde el cuál suele contarse la historia única del daño?. Y de manera más general: al escuchar esas otras diversas historias ¿cuáles podrían ser las consecuencias para las niñas y los niños que están viviendo abuso sexual? ¿cuáles serían las posibilidades para responder de sus familias,

maestras/os, amigas/os y comunidades, entre otros grupos de los cuales forman parte? Son cuestiones que suman posibilidades para la indagación del tema.

5) El análisis narrativo dialógico

En este punto, es necesario destacar la utilidad del análisis narrativo dialógico (Frank, 2012) en el estudio. En primer término, este tipo de análisis se presenta como una alternativa metodológica que posibilita la re-construcción del relato y lo hace narrable (Burr, 2015). Particularmente, sobre aquellas vidas que se encuentran vulnerables a la devaluación debido a que sus vivencias no cuentan con tramas culturalmente disponibles (Frank, 2012). Por lo que, resultó sumamente valioso para indagar cómo las personas con quienes hice el estudio narraban los ‘efectos’ sexuales del abuso sexual infantil. Esto fue importante para un tema que ha permanecido silenciado culturalmente en nuestro contexto a pesar de las cifras sobre la prevalencia en México (INEGI, 2017), cuya comprensión en contextos como América Latina no parece ser tan prioritario como en otras regiones como Estados Unidos y Canadá las cuales producen la mayor parte de estudios en el continente americano (Stoltenborgh, et al., 2011). Cabe señalar que Estados Unidos cuenta con un registro sistematizado de personas que cometieron delitos sexuales (National Sex Offender Public Website [NSOPW], 2016). Estos datos sugieren que ciertos valores y creencias con respecto a la infancia, la sexualidad y la violencia difieren entre países y regiones del mundo, pero esta diversidad suele invisibilizarse en la investigación e incluso en la práctica clínica en torno a los ‘efectos’ del abuso sexual infantil.

En este sentido, las personas tienen pocas probabilidades para narrarlo fuera de contextos terapéuticos y de la historia única del daño (O’Dell, 2003). Por lo tanto, contar con una guía de preguntas como las de Frank (2012), así como con la propuesta de Parker (2005), significó una

posibilidad para indagar el tema desde otras perspectivas. Por ejemplo, me dio la oportunidad para reflexionar sobre cuál era la participación del narrador (co-investigador/a), pero también de las posibles audiencias (otras personas que vivieron abusos sexuales, supervisoras/es del estudio y yo como investigadora). De esta forma, fue distinto de otras ocasiones en las cuales las y los participantes habían narrado esta vivencia. Entonces, la reflexión dio cuenta de una parte del proceso relacional, esto es, de cómo cada historia se ajusta y cambia dependiendo con quién y para quienes se co-construye (Gergen, 2011).

Adicionalmente, en el análisis narrativo dialógico se puede explorar cómo la co-construcción de la historia puede invitar a las personas definir o re-definir su participación en las narrativas de formas particulares. Cuando la única historia disponible es la de pérdida y daño, la definición de quién es la persona puede inclinarse sólo hacia la identidad de víctima (Woodiwiss, 2014). Pero si co-construimos formas narrativas cuya exploración vaya más allá de esos límites, los relatos pueden cambiar el sentido de lo que es posible o de lo que está permitido. Las propias estructuras narrativas podrían servir como indicadores de lo que vale la pena hacer (ej. estudiar, tener pareja, vivir), o lo que era mejor evitar (v.gr. tener pareja, revelar el abuso, denunciar al agresor). Porque lo importante para este tipo de análisis es indagar sobre formas narrativas diversas, más que en encontrar la verdad en torno a ciertos sucesos (Frank, 2012), o el reflejo del interior e individual de los sujetos (Gergen & Gergen, 2011b).

Otro aspecto relevante del análisis es el tipo de relación que establece la investigadora con las y los co-investigadores. Como entrevistadora, para mi constituyó un compromiso para colocarme desde la escucha compasiva (Ellis & Rawicki, 2013), con cada una de las personas que participaron en el estudio. Esto difiere de otras aproximaciones, en las cuales quien investiga trata de preservar una postura de neutralidad o de no-intervención (Vasilachis, 2006). Por lo que,

las voces de las y los co-investigadores, efectivamente, trastocaron mi experiencia como investigadora, terapeuta, mujer, entre otras relaciones que me forman. Especialmente, sobre la capacidad que tienen las personas para responder a los discursos dominantes sobre los ‘efectos’ sexuales del abuso sexual infantil, aún las en circunstancias más adversas. Esto es, me implicó ser una testigo que colabora en la construcción de la historia que me están contando.

Aunado a lo anterior, desde una postura dialógica en el encuentro de la entrevista pude comprender que la co-construcción narrativa presente es una entre otras posibles. Son un recorte selectivo de eventos (Frank, 2012), dentro de estructuras narrativas (Sarbin, 1986) que están disponibles en nuestro contexto. Estas afirmaciones también implican asumir que la identidad de las personas no es estática sino que se encuentra conformada por múltiples relaciones (Gergen, 2015) en las cuales participa. Por lo que, que las narrativas producidas no son historias finalizadas sino abiertas a la transformación cada vez que entran en nuevas relaciones.

Frente a esta situación considero que cubrí los criterios de utilidad y generatividad de la investigación (McNamee, 2010), pues el conocimiento co-construido fue útil para las personas que participaron, al generar reflexiones en torno a los temas que abordamos juntas. Por ejemplo, al final de la entrevista cuando preguntaba sobre si había sido útil nuestra conversación, una mujer comentó que en ésta se había dado cuenta de cómo se habían transformado dos relaciones importantes; otra participante compartió que al preguntarle sobre sus planes a futuro había descubierto que tenía varios proyectos en espera; una co-investigadora señaló que le había sorprendido que narrar su vida fuese interesante para alguien más; uno de los hombres entrevistados había participado en otros espacios dando testimonio de sus vivencias, pero hacerlo sobre su vida sexual implicó una experiencia nueva e interesante para él. Adicionalmente, todas las personas con quienes colaboramos coincidieron al expresar que consideraban que narrar su

historia podría aportar un poco en la construcción de conocimiento sobre el abuso sexual infantil, así como que hablar del tema, sus posibles ‘efectos’ y como han respondido a estas situaciones podría ayudar a alguna otra persona que se encontrara en situaciones similares.

Por otra parte, tomar una postura dialógica implica que como investigadora también he sido transformada durante el proceso de investigación. Al respecto, quiero relatar brevemente los cambios que experimenté. Yo trabajé como psicoterapeuta en un lugar en el cual se atendían a personas que vivieron abuso sexual en la infancia. Durante este periodo de tiempo mi aproximación como terapeuta fue muy tradicional, en esos momentos realizaba intervenciones desde lo que ahora puedo identificar como la historia del daño. Me enfocaba en que las personas hablaran del trauma como una forma de catarsis la cual ayudaría a la sanación.

También, ponía mucha atención sobre las secuelas que se suponía deberían estar presentes en diversos ámbitos de la vida de las personas (ej. familiar, pareja, parental y por supuesto sexual). En aquellos tiempos mi visión incluía pensar que las personas ‘necesitaban’ esta ayuda profesional y que era probable que esto llevaría un periodo de tiempo más o menos largo, lo cual dependía del nivel del trauma, no de los recursos de las personas. Aunque mi formación como terapeuta familiar me ayudaba a evitar centrar el problema en la persona y ampliar mi enfoque hacia el contexto, en muchas ocasiones me veía limitada a explorar sólo los patrones familiares, olvidando las estructuras sociales en las que esta institución se encuentra incrustada.

Me parece importante describir estos aspectos porque han sido algunos de los cuales han cambiado radicalmente. Para comenzar, la revisión de la literatura crítica sobre la infancia, las sexualidades, el género, el poder y la violencia me permitieron ampliar mis horizontes teóricos y comprender el carácter construido social e históricamente de estos conceptos. Como

consecuencia, mi aproximación al término ‘abuso sexual infantil’ fue cambiando al integrar el análisis de los discursos culturalmente disponibles que han guiado las diversas formas de entenderlo y abordarlo a través del tiempo desde el Derecho, la Sociología, la Medicina y la Psicología. Especialmente, como psicóloga y terapeuta me ayudó a recordar que los términos que usamos para hacer descripciones de las personas tienen su propia historia.

Ahora bien, aunque en estos últimos meses no he atendido a alguna persona con vivencias de abuso sexual, mi reflexión sobre la práctica clínica me quiero colocar desde otros lugares. Por ejemplo, considero que las conversaciones que inicio con las y los clientes están dirigidas hacia los temas que son relevantes, más allá de si es necesario hablar específicamente de las vivencias del abuso sexual. De igual forma, pienso que es importante explorar los discursos dominantes, las normas de género, sus mandatos y cómo estos han guiado las auto-narraciones, para cuestionar estas estructuras más que a las personas. Un aspecto relevante para mí es hacerlo desde la doble escucha, que implica poner atención y ampliar las situaciones en las cuales las personas responden a las situaciones traumáticas por las que han atravesado. Estas son algunas de las transformaciones que he experimentado y que espero continúen ampliándose en cada nueva conversación y lectura crítica sobre el tema.

6) Aportaciones del estudio

En resumen, a partir de los puntos discutidos considero que las aportaciones del estudio fueron:

- i. La identificación de la historia del daño y de sanación como guiones culturales que estuvieron disponibles en la co-construcción de las narrativas. No obstante, fue importante observar que su dominio sobre los relatos fue parcial, puesto que las formas narrativas que las y los participantes usaron (estables, progresivas y regresivas), dieron

cuenta de la posibilidad de otras combinaciones más allá de dicha historia única. Como en el caso de la comedia-novela, cuyos tramas y temas en las narrativas en dos mujeres y dos hombres mostraron también sus particularidades. Asimismo, destacaron las carreras morales del contexto educativo desde modelos horizontales, la práctica de la danza y del ejercicio, las cuales contaron con voces de personas significativas y de otras habilidades, cuya presencia enriqueció y amplió las posibilidades para responder a las adversidades de las y los protagonistas en sus relatos. Por otra parte, las narrativas identificadas como la epopeya heroica y la tragedia, permiten exponer las luchas que han librado las otras dos mujeres entrevistadas. Si bien en estos casos las narraciones regresivas fueron más frecuentes, pude identificar que aún en las situaciones más complejas hay posibilidades para transformar y re-significar las vivencias, cuando se pone atención en las pequeñas pero significativas acciones que narraron las personas y que puede dar cuenta del ejercicio de la agencia sobre sus propias vidas.

- ii. La entrevista como un espacio para la transformación personal y social. En este sentido, la aproximación teórico-metodológica del estudio estuvo enfocada en los procesos relacionales y en la co-construcción del conocimiento, lo cual permitió adoptar una postura dialógica en la entrevista y en el análisis de las narrativas. De esta forma, en cada conversación la pregunta detonadora y las complementarias posibilitaron no sólo la indagación de los relatos en torno a los posibles ‘efectos’ sexuales del abuso sexual en la infancia, sino que el uso de la doble escucha en este contexto facilitó que pudiera invitar a las personas a la reflexión sobre cómo habían respondido a dichos ‘efectos’. Por otro lado, el análisis narrativo dialógico permite colocar la atención en cómo las personas se narran a sí mismas desde sus propias palabras; pero –al mismo tiempo- comprendiendo

que lo hacen guiadas por los discursos dominantes y por las estructuras narrativas disponibles culturalmente. Sin olvidar su capacidad de agencia mostrada a través de las narraciones de pequeñas pero importantes acciones desde donde respondieron a dichos discursos. En este trabajo de co-construcción, deconstrucción y re-construcción de las narrativas, también fui transformada, al re-significar creencias sobre la victimización, la investigación y la importancia de las relaciones en la terapia.

- iii. La co-construcción de conocimiento situado. En el sentido en que Haraway (1995) plantea que el reconocimiento de los sesgos ideológicos de la investigadora como una mujer, universitaria, católica, originaria de la capital del país, heterosexual, con una pareja, psicóloga y terapeuta familiar y con un interés profesional, personal y político sobre el tema del abuso sexual infantil, así como en las formas de abordarlo en las prácticas terapéuticas y de investigación. Desde este lugar, co-construí el conocimiento con mujeres y hombres adultos, con identidades hetero y homosexuales, con y sin parejas, con y sin hijos, originarias de la Ciudad y del Estado de México, quienes compartían el haber vivido abusos sexuales en la infancia y participado en terapia psicológica, pero que también provenían de distintas formas de familias con orígenes igualmente diversos. Adicionalmente, reconocí mis sesgos en torno a qué consideraba teóricamente como abuso sexual infantil y sus ‘efectos’ sexuales, para abrirme a explorar qué era lo que las y los participantes definían como tal en sus narrativas. De esta forma, la aproximación del estudio trató de ir más allá de las posturas teórico-metodológicas que buscan contabilizar, asociar, diagnosticar o hacer generalizaciones alrededor de este tipo de vivencias.

7) Alcances y posibilidades

Desde la aproximación socioconstruccionista, no damos-por-sentada la construcción del conocimiento, ni pretendemos decirlo todo acerca de un tema particular. Por lo tanto, quiero señalar que, en primer lugar, las aportaciones del presente estudio tienen utilidad únicamente para el contexto en el cual las llevé a cabo. Esto significa que, el haber entrevistado a personas habitantes de la Ciudad de México y área metropolitana no fue una limitación – puesto que no me interesaba hacer generalizaciones a partir de casos particulares- sino que sirvió al objetivo de indagar sobre la diversidad en la forma de narrar-se de las personas y comprender cuáles son los discursos culturales que las han guiado en contextos situados. De manera que, prefiero hablar de los alcances de la investigación al mismo tiempo que considero que identificarlos abre posibilidades para futuras líneas de investigación.

En este sentido, los alcances que tiene el presente estudio tienen que ver con la condición de que fuesen mujeres y hombres que hubieran vivido abuso sexual en la infancia y que hubieran participado en algún tipo de terapia. Si bien era interesante explorar la co-construcción de narrativas con personas que nunca hubieran estado en terapia, desde mi punto de vista, dicha situación plantea varios retos metodológicos y éticos. Por una parte, el acceso a esta población es compleja, porque si nunca han revelado el abuso sexual no se pueden identificar fácilmente. Si lo han hecho a alguna otra persona –a quien suponemos que le ha tenido la confianza para hacerlo- ésta podría no estar autorizada para compartir dicha información y nuevamente perdemos la posibilidad de encontrarles.

Otra opción es abrir un espacio como un taller o grupo de reflexión en torno al tema u otro más general (e.g., violencia de género, violencia familiar); pero en este caso ¿podríamos considerarlo como una forma de intervención terapéutica? Si la respuesta es positiva entonces

deja de cumplir con el objetivo de que la persona nunca hubiese estado expuesta a los discursos terapéuticos. Por otro lado, si se abre una invitación a la población en general para hablar del tema, nuevamente desde mi punto de vista, generamos un compromiso ético aún más amplio frente a las necesidades posteriores al encuentro de la entrevista. Por ejemplo, debido a las características de la vivencia, algunas personas podrían solicitar apoyo psicológico, mientras que otras podrían requerir orientación médica o legal. De esta forma, considero que es necesario contar con un equipo de apoyo de profesionales, que sean sensibles a las necesidades de personas quienes por primera vez hacen público su relato, cuya postura no ayude a perpetuar la historia única del daño sino que se puedan convertir en redes de apoyo para las personas.

En este sentido, el reto para futuras investigaciones será encontrar ¿cuáles podrían ser otras formas de aproximarme a personas con vivencias de abuso sexual que no tengan experiencia con algún tipo de espacio terapéutico? Así como pensar ¿cuáles podrían ser otras formas de co-construir narrativas –por ejemplo visuales, sonoras, con el uso de todo el cuerpo, entre otras posibilidades- que permitan el uso más amplio del lenguaje y la re-significaciones de este tipo de vivencias? O ¿de qué manera integrar a otras voces significativas en las co-construcciones de los relatos (ej. madres, padres, hermanas/os, parejas, amigas/os, profesoras/es, terapeutas, médicos, etc.), quienes podrían ayudar a cuestionar la historia única del daño?

Adicionalmente, en las narrativas que co-construimos con las y los participantes, pude observar cómo la historia del daño y las tramas de sanación pueden estar disponibles gracias a los medios de comunicación masivos cuyo contenido e importancia emergió en las narrativas, mostrando que no son exclusivos de la participación en terapia. En este sentido, sería novedoso explorar en nuestro contexto cultural y con mayor profundidad ¿cuáles son los discursos que reproducen los medios nacionales? ¿quiénes son los protagonistas de las historias que se

construyen desde esos espacios? ¿cómo los representa? ¿cuáles son las creencias y valores que pretenden mostrar y cuáles son invisibilizados en las representaciones del abuso sexual infantil? Aunado a lo anterior, sería importante indagar ¿cómo son interpretadas esas historias por las diferentes audiencias de los diversos medios de comunicación? ¿de qué formas les ayudan a construir sus propias narrativas?

Por otra parte, en la búsqueda de participantes me encontré con otro espacio interesante para indagar: las instituciones del Estado Mexicano que procuran atención a víctimas de delitos sexuales, entre estos el abuso sexual. En estos lugares me fue imposible acceder a sus usuarias/os si no formaba parte de la institución. Por lo tanto, el reto para hacer investigación aquí es mayor, pero debido a que es un servicio que brinda el Estado, cuyos recursos provienen del erario público considero que sería importante explorar: ¿cuáles son los discursos culturales dominantes en estos espacios? ¿cómo estos discursos pueden estar guiando las prácticas de las y los profesionales a cargo de dicha atención a las personas? ¿cuáles son los patrones que se perpetúan en la interacción entre todas las y los participantes (usuarias/os, familiares, profesionales, burocracia) de este tipo de espacios? Y ¿bajo qué tipo de expectativas, estándares y ordenes morales están contruidos? Finalmente, ¿cuáles son los resultados que se obtienen bajo las condiciones actuales de este tipo de organizaciones?

Otro caso posible es la investigación con personas quienes sus ofensores fueron sacerdotes o ministros de alguna iglesia. En este sentido, considero que sería importante explorar ¿cómo se conforman las redes de complicidad que sostienen los abusos sexuales en este tipo de instituciones y cómo funcionan? ¿cuál es la fuerza del miedo en los relatos de mujeres y hombres quienes han vivido abusos sexuales por parte de sacerdotes/ministros o otras autoridades eclesiásticas? ¿cuáles han sido las respuestas que estas personas han logrado frente a abusos en

sus iglesias? Es también muy probable que en este tipo de organizaciones también haya dificultades para acceder a entrevistar u observar las prácticas de las diferentes autoridades eclesiásticas. Sin embargo, es crucial investigar cuáles son los procesos relacionales que sostienen los abusos sexuales hacia niñas y niños en estos espacios.

Particularmente, en el caso de los hombres que vivieron abuso sexual en la infancia sugiero continuar explorando el tema enfocándolo desde la perspectiva de los procesos relacionales. De acuerdo con la experiencia al hacer esta investigación, sería relevante que para la co-construcción de narrativas masculinas puede ser enriquecedor colaborar con hombres que han sido agredidos por hombres, pero también por mujeres, puesto que esta relación ha sido menos indagada. Igualmente, la inclusión de varones con distintas orientaciones sexuales, niveles educativos y socioeconómicos diversos, así como el acercamiento a otros grupos étnicos podrían generar nuevas posibilidades para comprender los procesos en los cuales se construyen los ‘efectos’ sexuales del abuso sexual infantil, desde contextos situados.

Ahora bien, desde otras perspectivas teórico-metodológicas se ha planteado la necesidad de la elaboración de estrategias para la prevención de este delito, cuyo énfasis se coloca en que las víctimas (niños, niñas, adolescentes) aprendan a identificar las formas de aproximación de los adultos y sean capaces de rechazarlos o de pedir ayuda a otro adulto confiable. Si bien estos planteamientos pueden ser efectivos en algunos casos, posiblemente en otros no resulte útil. Al respecto, me pregunto ¿qué pasaría si se ampliara el enfoque más allá de la víctima – generalmente menores- para integrar a sus cuidadoras/es? ¿cuáles serían los resultados de intervenciones en las que todas las personas involucradas reflexionaran sobre las creencias sobre la familia, la autoridad, la obediencia, el amor, la amistad, entre otros temas, que suelen facilitar

el acercamiento de los/las agresores? En general ¿cómo podríamos ayudar –como vecinas, maestras, amigas, hijas, tías, etc- a alguien que nos cuenta que ha vivido abuso sexual?

Por otro lado, sugiero hacer el esfuerzo, incluso emocional, de abordar estudios que integren las narrativas de los agresores/as. Esto no significa tratar de justificarlos o ponerse de su lado, abonar en la construcción de una narrativa pedófila, ni apoyar sus versiones de los hechos. Considero que es necesario indagar ¿cuáles son sus formas de narrar-se? ¿cuáles son los significados sobre la responsabilidad sobre Otros? ¿cuáles son los valores y las creencias les guían cuando hablan sobre lo que han hecho con el Otro? ¿hay posibilidades de transformación de estas narrativas? ¿bajo qué tipo de condiciones pueden re-significar sus acciones sobre Otros? Cabe señalar que, debido a que el abuso sexual es un delito, el reto metodológico es aún más grande: ¿a quiénes es posible entrevistar? ¿de qué otras técnicas de investigación podemos hacer uso para este tipo de objetivos? Estas serían algunas de las preguntas para resolver en estudios futuros.

Por último, sugiero continuar con la reflexión -desde las prácticas de investigación- en torno a ¿cómo se puede contribuir, desde diferentes ámbitos, en la construcción de discursos culturales alternativos que permitan que el abuso sexual infantil forme parte de una vida narrable para las personas que lo viven y que disminuya su vulnerabilidad y su estigmatización? Frente a la dominación del silencio en torno al abuso sexual infantil en la sociedad ¿cuáles pueden ser las maneras en que- como investigadoras- podemos dar testimonio de las diversas luchas de las personas que fueron forzadas a participar en conductas sexuales por adultos? Son algunas de las preguntas que podrían conducir hacia nuevas posibilidades de la indagación del abuso sexual infantil desde perspectivas relacionales.

Referencias

- Abbagnano, N. (2016). *Diccionario de Filosofía* (5ª Reimp). México: Fondo de Cultura Económica.
- Adichie, Ch. (2018). *El peligro de la historia única*. Barcelona: Penguin Random House.
- Alcántara, E., y Amuchástegui, A. (2004). Terapia sexual y normalización: significados del malestar sexual en mujeres y hombres diagnosticados con disfunción sexual. *La Ventana*, 20, 157-194.
- Amuchástegui, A. (1998). Saber o no saber sobre sexo: los dilemas de la actividad sexual femenina para jóvenes mexicanos. En I. Szasz y S. Lerner (Comps.), *Sexualidades en México: algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales* (100-127). México: El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, Programa de Salud Reproductiva y Sociedad.
- Anderson, T. (1995). El lenguaje no es inocente. *Psicoterapia y Familia*, 8 (1), 3-7.
- Aparicio, A., y Muñoz, T. (2007). *Después del silencio. Cómo sobrevivir a una agresión sexual*. Barcelona: Paidós.
- Arellano, I. (24 de 04 de 2015). En México, existen más de 4 mil páginas de pornografía infantil en internet. *alcalorpolítico.com*, pág. 2.
- Ariès, P. (2001). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. México: Taurus.
- Aristóteles (1948). *El Arte Poética* (Trad. J. Goya y Munian). Recuperado de <http://www.traduccionliteraria.org/biblib/A/A102.pdf>
- Austin, J. (1962). *How to do things with words*. London: Oxford University Press.
- Badinter, E. (1991). *¿Existe el amor maternal? Historia del amor maternal: siglos XVII al XX*. Barcelona: Paidós.
- Barth, J., Bermetz, L., Heim, E., Trelle, S., & Tonia, T. (2013). The current prevalence of child sexual abuse worldwide: a systematic review and meta-analysis. *International Journal of Public Health*, 58 (3), 469-483.

- Bass, E., y Davis, L. (1995). *El coraje de sanar. Guía para mujeres supervivientes de abuso sexual en la infancia*. Barcelona: Urano.
- Basson, R. (2000). The Female Sexual Response: A Different Model. *Journal of Sex & Marital Therapy*, 26, 51-65.
- Batres, G. (1997). *Del ultraje a la esperanza. Tratamiento de las secuelas del incesto*. San José: ILANUD. Programa Regional de Capacitación contra la Violencia Doméstica.
- Béjin, A. (2010). Crepúsculo de los psicoanalistas, amanecer de los sexólogos. En P. Ariès, *Comunicación*, 35. *Sexualidades occidentales* (191-216). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bender, L., & Blau, A. (2010). The reaction of children to sexual relations with adults (1937). *American Journal of Orthopsychiatry*, 7 (4), 500-518. DOI: 10.1111/j.1939-0025.1937.tb05293.x
- Bernard, D. (1886). *Attendants a la Pudeur sur les petites filles*. Lyon: Faculté de Médecine et de Pharmacie de Lyon.
- Biglia, B., y Bonet-Martí, J. (2009). La construcción de narrativas como método de investigación psico-social. Prácticas de escritura compartida. *Forum: Qualitative Social Research*, 10 (1), Art. 8.
- Black, D., & Grant, J. (2014). *The Essential Companion to the Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders. Fifth Edition. DSM-5. Guidebook*. Washington, D.C.: American Psychiatric Publishing.
- Bolívar, A., y Domingo, J. (2006). La investigación biográfica y narrativa en Iberoamérica: Campos de desarrollo y estado actual. *Forum: Qualitative Social Research*, 7 (4), Art. 12.
- Bourke, J. (2009). *Los violadores. Historia del estupro de 1860 a nuestros días*. Barcelona: Crítica.
- Bringuíoti, M. (2006). Las cifras “ocultas” del abuso sexual infantil: una “segunda” lectura de las investigaciones. En J. Volnovich, *Abuso sexual en la infancia 2. Campo de análisis en intervención* (99-115). Buenos Aires: Lumen.

- Burman, E. (2003). Childhood, sexual abuse and contemporary political subjectivities. En P. Reavey, & S. Warner, *New feminist stories of child sexual abuse. Sexual scripts and dangerous dialogues* (34-51). New York: Routledge.
- Burr, V. (1998). *Gender and Social Psychology*. London: Routledge.
- Burr, V. (2002). *The Person in Social Psychology*. New York: Taylor & Francis.
- Burr, V. (2015). *Social constructionism* (3th. Ed.). London: Routledge.
- Butler, J. (2005). Regulaciones de Género. *La Ventana*, (23), 7-35.
- Butler, J. (2009). Performatividad, precariedad y políticas sexuales. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 4 (3), 321-336).
- Butler, J. (2011). *Bodies That Matter. On the discursive limits of "sex"*. New York: Routledge.
- Butler, J. (2014). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad* (6ª. Imp.). Barcelona: Paidós.
- Cabrera, M., y Vargas, L. (2014). Transfeminismo, decolonialidad y el asunto del conocimiento: algunas inflexiones de los feminismos disidentes contemporáneos. *Universitas Humanística*, 78, 19-37. <http://dx.doi.org/10.11144/Javeriana.UH78.tdac>
- Calvi, B. (2009). *Abuso sexual en la infancia: efectos psíquicos*. Buenos Aires: Lugar.
- Cantón-Cortés, D., Cantón, J., Justicia, F., y Cortés, M. (2011). Un modelo de los efectos del abuso sexual infantil sobre el estrés post-traumático: el rol mediador de las atribuciones de culpa y afrontamiento de evitación. *Psicothema*, 23 (1), 66-73.
- Cantón, J., Cortés, M., & Cantón-Cortés, D. (2012). Variables associated with the nature of sexual abuse to minors. *The Spanish Journal of Psychology*, 15(2), 571–581.
- Cerati, G. (1999). Puente. En Bocanada. [CD]. Argentina: BMG Ariola.
- Chacón, J. (2015). Antropología e infancia. Reflexiones sobre los sujetos y objetos. *Cuicuilco*, 64, 133-153.
- Chávez-Ayala, R., Rivera-Rivera, L., Ángeles-Llerenas, A., Díaz-Cerón, E., Allen-Leigh, B., y Lazcano, E. (2009). Factores del abuso sexual en la niñez y la adolescencia en estudiantes de Morelos, México. *Revista Saúde Pública*, 43 (3), 506-514.

- Comisión Ejecutiva de Atención de Víctimas [CEAV] (2016). *1er. Diagnóstico sobre la atención de la violencia sexual en México*. Recuperado de https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/118490/Resumen_Ejecutivo_diagnostico_violencia_Sexual_CEAV.pdf
- Connell, R. (2003). *Masculinidades*. México: Programa Universitario de Estudios de Género, UNAM.
- Connell, R., & Messerschmidt, J. (2005). Hegemonic Masculinity: Rethinking the Concept. *Gender and Society*, 19 (6), 829-859.
- Crossley, M. (2000). Deconstructing autobiographical accounts of childhood sexual abuse: Some critical reflections. *Feminism and Psychology*, 10 (1), 73-90.
- Cruz del Castillo, C. (2013). El deseo sexual de las mujeres: ¿biología o construcción social? En T. Rocha, y C. Cruz del Castillo (Comps.), *Mujeres en transición: reflexiones teórico-empíricas en torno a la sexualidad, la pareja y el género* (19-32). México: Universidad Iberoamericana.
- Cruz del Castillo, C., Romero, A., y Gil-Bernal, F. (2013). Indicadores del Deseo, Autoerotismo e Impulsividad Sexual en Mujeres de la Ciudad de México. *Acta de Investigación Psicológica*, 3 (1), 1031-1040.
- De la Garza, E., y Leyva, G. (2012). *Tratado de metodología de las ciencias sociales: perspectivas actuales*. México: FCE, UAM.
- De Miguel, A. (2014). La dialéctica de la Teoría Feminista: lo que nos une, lo que nos separa, lo que nos hace avanzar. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, 63, 191-2004.
- Donoso, C. (2002). ¿Eros sentimental? Explorando los desafíos de la sexualidad masculina. En J. Olavarría y E. Moletto (Eds), *Hombres: Identidad/es y sexualidad/es. III Encuentro de Estudios de Masculinidades* (59-70). Santiago: FLACSO-Chile.
- Durrant, M., y Kowalski, K. (1996). Superar los efectos del abuso sexual. Desarrollar la percepción de la propia capacidad. En M. Durrant y C. White (Comps.), *Terapia del abuso sexual* (90-153). Barcelona: Gedisa.

- Dyer, A. S., Feldmann, R., & Borgmann, E. (2015). Body-Related Emotions in Posttraumatic Stress Disorder Following Childhood Sexual Abuse. *Journal of Child Sexual Abuse, 24*, 627–640. <http://doi.org/10.1080/10538712.2015.1057666>
- Dzul, J. (2013). Abuso sexual infantil y medicina legal en el ámbito judicial de Yucatán 1875-1925. *Temas Antropológicos, Revista Científica de Investigaciones Regionales, 35 (1)*, 109-140.
- Echeburúa, E., y Guerricaechevarría, C. (2000). *Abuso sexual en la infancia: víctimas y agresores. Un enfoque clínico*. Barcelona: Ariel.
- Ellis, C., & Rawicki, J. (2013). Collaborative Witnessing of Survival During the Holocaust: An Exemplar of Relational Autoethnography. *Qualitative Inquiry, 19 (5)*, 366-380.
- Estrada, S., Wong, S., Pérez, G., Pacheco, L. (2008). Las vivencias de autoerotismo de mujeres universitarias. *Archivos Hispanoamericanos de Sexología, XIV (2)*, 19-55.
- Fahs, B. (2014) Coming to power: women's fake orgasms and best orgasm experiences illuminate the failures of (hetero)sex and the pleasures of connection. *Culture, Health & Sexuality, 16 (8)*, 974-988, DOI: 10.1080/13691058.2014.924557
- Fergusson, D., & Mullen, P. (1999). *Childhood sexual abuse: An evidence based perspective*. California: Sage.
- Finkelhor, D. (2005). *Abuso sexual al menor. Causas, consecuencias y tratamiento psicosexual*. México: Pax.
- Finkelhor, D., & Browne, A. (1985). The traumatic impact of child sexual abuse. A conceptualization. *American Journal of Orthopsychiatric, 55 (4)*, 530-541.
- Flick, U. (2012). *Introducción a la investigación cualitativa (3ª. Ed.)*. Madrid: Morata.
- Foster, H. (2015). *La Posmodernidad*. Barcelona: Kairós.
- Foster, J. (2017). It Happened to Me: A Qualitative Analysis of Boy's Narratives About Child Sexual Abuse. *Journal of Child Sexual Abuse, 26 (7)*, 853-873.
- Foster, J., & Hagedorn, W. (2014). A Qualitative Exploration of Fear and Safety with Child Victims of Sexual Abuse. *Journal of Mental Health Counseling, 36 (3)*, 243-262.

- Foucault, M. (2011). *Historia de la sexualidad (Vol. 1. La voluntad del saber.)*. México: Siglo XXI.
- Fox, K. (1996). Silent Voices: A Subversive Reading of Child Sexual Abuse. In C. Ellis & A. Bochner (Eds.), *Composing ethnography: alternative forms of qualitative writing* (330-356). Walnut Creek: Altamira Press.
- Frank, A. (2005). What Is Dialogical Research, and Why Should We Do It?. *Qualitative Health Research, 15*, 964. DOI: 10.1177/1049732305279078
- Frank, A. (2012). *Letting stories breathe. A socio-narratology*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Freud, S. (1978). *20ª Conferencia. La vida sexual de los seres humanos (Vol. XVI)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979). *La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna (1908) (Vol. IX)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2015). *Tres ensayos sobre teoría sexual y otros escritos*. Madrid: Alianza.
- Frías, S., & Erviti, J. (2014). Gendered experiences of sexual abuse of teenagers and children in Mexico. *Child Abuse & Neglect, 38*, 776-787.
- Fuchs, E. (1996). *Historia ilustrada de la moral sexual. (Tomo 3. La época burguesa)*. Madrid: Alianza.
- Gagnon, J. (1975). Sex Research and Social Change. *Archives of Sexual Behavior, 4 (2)*, 111-141.
- Gagnon, J. (1980). *Sexualidad y cultura*. México: Pax.
- Gandarías, I. (2014). Tensiones y distensiones en torno a las relaciones de poder en investigaciones feministas con Producciones Narrativas. *Quaderns de Psicologia, 16 (1)*, 127-140.
- Garay, A., Iñiguez-Rueda, L., y Martínez, L. (2001). *Perspectivas críticas en Psicología Social: herramientas para la construcción de nuevas Psicologías Sociales*. Recuperado de <http://researchgate.net/publication/252483243>

- García-Jaime, R. (2013). Psique: Abuso sexual en la niñez. *Boletín Científico Sapiens Research*, 3 (2), 13-17.
- García-Rodríguez, G. (2013). Sexualidad femenina: expresiones del comportamiento erótico. En T. Rocha, y C. Cruz del Castillo, *Mujeres en transición: reflexiones teórico-empíricas en torno a la sexualidad, la pareja y el género* (57-83). México: Universidad Iberoamericana.
- Gergen, K. (2005). Si las personas son textos. En G. Limón (Comp.), *Terapias Postmodernas. Aportaciones construccionistas* (111-140). México: Pax.
- Gergen, K. (2007). La ciencia psicológica en el contexto posmoderno. En Á. Estrada y S. Diazgranados (Trad. y Comp.), *Construccionismo social, aportes para el debate y la práctica* (93- 123). Bogotá: Universidad de los Andes; Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Psicología, CESO, Uniandes.
- Gergen, K. (2010). *El yo saturado. Dilemas de la identidad en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Paidós Surcos.
- Gergen, K. (2011). *Realidades y relaciones. Aproximación a la construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Gergen, K. (2014). From Mirroring to World-Making: Research as Future Forming. *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 45 (3), 287-310.
- Gergen, K. (2015). *An Invitation to Social Construction* (3th. Ed.). London: SAGE.
- Gergen, K., & Gergen, M. (1986). Narrative Form and the Construction of Psychological Science. In T. Sarbin, *Narrative psychology. The storied nature of human conduct* (22-44). New York: PREAGER.
- Gergen, K., & Gergen, M. (1997). Toward a cultural constructionist psychology. *Theory and Psychology* (7), 31-36.
- Gergen, K., y Gergen, M. (2011a). *Reflexiones sobre la construcción social*. Madrid: Paidós.
- Gergen, K., & Gergen, M. (2011b). Narrative tensions. Perilous and productive. *Narrative Inquiry*, 21 (2), 374-381.

- Gergen, K., y Kaye, J. (2013). Más allá de la narración en la negociación del significado terapéutico. En S. McNamee y K. Gergen, *La terapia como construcción* (199-218). Barcelona: Paidós.
- Gibson, K., & Morgan, M. (2013). Narrative Research on Child Sexual Abuse: Addressing Perennial Problems in Quantitative Research. *Qualitative Research in Psychology, 10*, 298–317. DOI: 10.1080/14780887.2011.606597
- Goldhammer, D., & McCabe, M. (2011). A qualitative exploration of the meaning and experience of sexual desire among partnered women. *The Canadian Journal of Human Sexuality, 20*(1-2), 19-29.
- González, E., Troncoso, P., Molina, T., y Martínez, V. (2014). Antecedente de agresión sexual y su asociación con conductas de riesgo en adolescentes consultantes en un centro de atención para la salud sexual y reproductiva. *Revista Chilena de Obstetricia Ginecológica, 79* (1), 31-39.
- González, J. (2018). Las otras. En G. Jauregui, *Tsunami* (79-85). Ciudad de México: Sexto Piso.
- González-Pacheco, I., Lartigue, T., y Vázquez, G. (2008). Estudio de casos y controles con un grupo de mujeres embarazadas con experiencias adversas en la infancia y/o adolescencia e infecciones de transmisión sexual. *Salud Mental, 31* (4), 261-270.
- Goolishian, H., y Anderson, H. (1998). Narrativa y self. Algunos dilemas posmodernos de la psicoterapia. En D. Schnitman, *Nuevos Paradigmas, Cultura y Subjetividad* (293-306). Buenos Aires: Amorrortu.
- Guilfoyle, M. (2014). *The Person in Narrative Therapy. A Post-Structural, Foucauldian Account*. London: PALGRAVE MACMILLAN.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, ciborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Haré-Mustin, R., & Marecek, J. (1990). Gender and the meaning of difference. Postmodernism and Psychology. In R. Haré-Mustin & J. Marecerk (Eds.), *Making a Difference. Psychology and the Construction of Gender* (22-64). Michigan: Yale University.

- Hernández, L., y Peña, E. (2011). El construccionismo social y la antropología de la sexualidad. *Revista de estudios de antropología sexual, 1 (3)*, p. 155-171.
- Hidalgo y Carpio, L. (1869). *Introducción al estudio de la medicina legal mexicana*. México: Imprenta de I. Escalante.
- Ibáñez, T. (1994). *Psicología social construccionista*. Jalisco: Universidad de Guadalajara.
- Instituto Federal Electoral [IFE] (2012). *Resultados Nacionales de la Consulta Infantil y Juvenil 2012. Informe Ejecutivo*. Recuperado de http://portalanterior.ine.mx/documentos/DECEYEC/consultaInfantilJuvenil2012/Informe_ejecutivo_consulta2012.pdf
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía [INEGI] (2017). *Resultados de la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares (ENDIREH), 2016*. Recuperado de http://www.inegi.org.mx/saladeprensa/boletines/2017/endireh/endireh2017_08.pdf
- Instituto Nacional de las Mujeres [INMUJERES]. (2014, 19 de enero). *Abuso sexual. Códigos penales en las entidades federativas*. Recuperado de http://vidasinviolencia.inmujeres.gob.mx/sites/default/files/pdfs/otras_formas_de_violencia/abuso_sexual.pdf
- Intebi, I. (2008). *Abuso sexual infantil: en las mejores familias*. Buenos Aires: Granica.
- Jackson, S, Newall, E., & Backett-Milburn, K. (2015). Children's narratives of sexual abuse. *Child and Family Social Work, 20*, 322-332.
- Janssen, D. (2008). Kinsey, el “desarrollo sexual” y la angustia americana por la infancia. *Anuario de Sexología, 10*, 59-77.
- Ji, K., Finkelhor, D., & Dunne, M. (2013). Child sexual abuse in China: A meta-analysis of 27 studies. *Child Abuse and Neglect, 37 (9)*, 613-622.
- Kaplow, J., Dodge, K., Amaya-Jackson, L., y Saxe, G. (2005). Trayectorias que conducen al trastorno por estrés postraumático. Parte 2: abuso sexual infantil. *American Journal of Psychiatry (Ed. Esp.)*, 8 (9), 546-551.

- Kia-Keating, M., Sorsoli, L., & Grossman, F. (2010). Relational Challenges and Recovery Processes in Male Survivors of Childhood Sexual Abuse. *Journal of Interpersonal Violence, 25* (4), 666-683.
- Krayer, A., Seddon, D., Robinson, C., & Gwilym, H. (2015). The Influence of Child Sexual Abuse on the Self from Adult Narrative Perspectives, *Journal of Child Sexual Abuse, 24* (2), 135-151. DOI: 10.1080/10538712.2015.1001473.
- Krug, E., Dohlberg, L., Mercy, J., Zwi, A., y Lozano, R. (2003). *Informe mundial sobre violencia y salud*. Washington, D. C.: Organización Panamericana de la Salud.
- Labbé, J. (2005). Ambroise Tardieu: The man and his work on child maltreatment a century before Kempe. *Child Abuse & Neglect, 29*, 311-324.
- Lagarde, M. (2005). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas* (4a. ed.). México: UNAM.
- Landarroitajauregi, J. (2008). A propósito de Kinsey: seis décadas de informe. *Anuario de Sexología, 10*, 11-57.
- Laplanche, J., y Pontalis, J. (2004). *Diccionario de psicoanálisis* (1ª. Ed, 6ª. Reimp.). Buenos Aires: Paidós.
- Lassus, M. (2008, 18 de abril). Silencio de género: cuando la víctima es un niño varón. *Revista Psicología Científica.com*, 10 (19). Recuperado de <http://www.psicologiacientifica.com/nino-varon-victima-silencio-de-genero>
- Latzman, N., & Latzman, R. (2015). Exploring the link between child sexual abuse and sexually intrusive behaviors: The moderating role of caregiver discipline strategy. *Journal of Child Family Studies, 24*, 480-490.
- Levine, S. (2002). Reexploring the concept of sexual desire. *Journal of Sex & Marital Therapy, 28*, 39-51.
- Liguori, A., y Szasz, I. (1996). La investigación sobre sexualidad en México. *Perinatología y Reproducción Humana, 10* (2), 89-99.
- Limón, G. (2005). *El giro interpretativo en psicoterapia*. México: Pax.

- Limón, G. (2012). *La terapia como diálogo hermenéutico y construccionista. Prácticas de libertad y deco-construcción en los juegos relacionales, de lenguaje y de significado*. Ohio: Taos Institute Publications. Recuperado de http://www.taosinstitute.net/Websites/taos/images/PublicationsWorldShare/Gilberto_s_Book__final.pdf
- López, O. (2007). *De la Costilla de Adán al Útero de Eva. El cuerpo femenino en el imaginario médico y social del siglo XIX*. Estado de México: Universidad Nacional Autónoma de México, FES Iztacala.
- López, O. (2009). La medicina higienista del siglo XIX y la regulación de la sexualidad. En Y. Peña, L. Hernández y F. Ortiz (Coords.), *La construcción de las sexualidades. Memorias de la IV Semana Cultural de la Diversidad Sexual* (35-46). México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Losantos, M., Montoya, T., Exeni, S., Santa Cruz, M., y Loots, G. (2016). Aplicando la Epistemología Socioconstruccionista a la Investigación en Psicología. *International Journal of Collaborative Practice*, 6 (1), 32-46.
- Lutz, C. (2003). Emotion: The Universal as Local. In K. Gergen & M. Gergen, *Social Construction. A Reader* (39-42). London: Sage.
- Magnabosco, M. (2014). El Construccionismo Social como abordaje teórico para la comprensión del abuso sexual. *Revista de Psicología*, 32 (2), 219-242.
- Malón, A. (2008). La hipótesis del trauma en el abuso sexual: revisión crítica e implicaciones. *Revista Colombiana de Psicología* (17), 177-200.
- Malón, A. (2011). The "participating victim" in the study of erotic experiences between children and adults: An historical analysis. *Archives of Sexual Behavior*, 40, 169-188.
- Mann, S. (2005). "¿Cómo puedes hacer este trabajo?" Respondiendo a algunas preguntas acerca de la experiencia que tienen l@s terapeutas al trabajar con mujeres que sufrieron abuso sexual durante la infancia. (Trad. E. Valtierra). Recuperado de <https://es.scribd.com/document/340004968/Como-puedes-hacer-este-trabajo-pdf>

- Martínez-Guzmán, A., y Montenegro, M. (2014). La producción de narrativas como herramienta de investigación y acción sobre el dispositivo sexo/género: construyendo nuevos relatos. *Quaderns de Psicologia*, 16 (1), 111-125.
- Mayan, M. (2009). *Essentials of Qualitative Inquiry*. California: Left Coast Press.
- McCarthy-Jones, S., & McCarthy-Jones, R. (2014). Body mass index and anxiety/depression as mediators of the effects of child sexual and physical abuse in physical health disorders in women. *Child Abuse & Neglect*, 38, 2007-2020.
- McNamee, S. (2010). Research as Social Construction: Transformative Inquiry. *Saúde & Transformação Social*, 1 (1), 9-19.
- McNamee, S. (2013). Reconstrucción de la identidad; la construcción comunal de la crisis. En S. McNamee y K. Gergen, *La terapia como construcción* (219-232). Barcelona: Paidós.
- McNamee, S. (2014). Research as relational. In G. Simon & A. Chard, *Systemic Inquiry. Innovations in Reflexive Practice Research* (74-94). UK.
- McNamee, S. (2015). Ethics as discursive potential. *Australian and New Zealand Journal of Family Therapy*, 36 (4), 419-433.
- McNamee, S., & Hosking, D. (2012). *Research and Social Change. A Relational Constructionist Approach*. New York: Routledge.
- Meana, M. (2010). Elucidating women's (hetero)sexual desire: definitional challenges and content expansion. *Journal of Sex Research*, 47 (2-3), 104-122. DOI: 10.1080/00224490903402546
- Mebarak, M., Martínez, M., Sánchez, A., & Lozano, J. (2010). Una revisión acerca de la sintomatología del abuso sexual infantil. *Psicología Desde El Caribe*, 25, 128-154.
- Mendizabal, I. (2006). La investigación cualitativa. En I. Vasilachis, *Estrategias de investigación cualitativa* (23-64). Barcelona: Gedisa.
- Montero, M (2001). Ética y Política en Psicología: Las dimensiones no reconocidas. *Athenea Digital*, (0), 1-10.

- Moreno, S. (2013). *Algunas consideraciones sobre el maltrato infantil en México*. Documento de Trabajo No. 146. Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública de la Cámara de Diputados, LX Legislatura.
- Nabokov, V. (2016). *Lolita*. Barcelona: Anagrama.
- Nasim, R., y Nadan, Y. (2013). Terapia de pareja con sobrevivientes de abuso sexual infantil (ASI) y sus parejas: Crear el contexto para la presencia de un testigo. *Family Process, X (X)*, 1-12. doi: 10.1111/famp.12026
- National Sex Offender Public Website. (2016, 8 de febrero). *Tomar consciencia sobre el abuso sexual. Hechos y estadísticas*. Recuperado de <https://www.nsopw.gov/es/Education/FactsStatistics#reference>
- Núñez, G. (2015). *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*. México: Miguel Ángel Porrúa, El Colegio de Sonora, PUEG-UNAM.
- Ochs, E. (2000). Narrativa. En T. A. Van Dijk (Comp.). *El discurso como estructura y proceso*. Barcelona: Gedisa.
- O'Dell, L. (2003). The "harm" story in childhood sexual abuse. Contested understandings, disputed knowledges. En P. Reavey, & S. Warner (Comp.) *New feminist stories of child sexual abuse. Sexual scripts and dangerous dialogues* (131-147). New York: Routledge.
- O'Hanlon, W. (1996). La historia llega a ser su historia: una terapia en colaboración y orientada hacia la solución de los efectos secundarios del abuso sexual. En S. McNamee y K. Gergen (Comp.), *La terapia como construcción social* (165-178). Barcelona: Paidós
- Organización Panamericana de Salud [OPS]/Organización Mundial de la Salud [OMS]/Asociación Mundial de Sexología [AMS]. (2000). *Promoción de la salud sexual. Recomendaciones para la acción*. Guatemala.
- Orjuela, L., y Rodríguez, V. (2012). *Violencia sexual contra los niños y las niñas. Abuso y explotación sexual infantil. Guía de material básico para la formación de profesionales*. España: Save the Children.
- Oza, K., Silverman, J., Bojorquez, I., Strathdee, S., & Goldenberg, S. (2014). Examining negative effects of early life experiences on reproductive and sexual health among

- female sex workers in Tijuana, Mexico. *International Journal of Gynecology and Obstetrics*, 128, 196-173.
- Parker, I. (1990). Discourse: Definitions and contradictions. *Philosophical Psychology*, 3 (2-3), 189-203.
- Parker, I. (2005). Narrative Inquiry. In I. Parker, *Qualitative Psychology: Introducing radical research* (71–87). Glasgow: Open University Press.
- Peña, E., y Hernández, L. (2015). *Entre cuerpos y placeres. Representaciones y prácticas sexuales en personas con discapacidad adquirida*. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Pereda, N. (2009). Consecuencias psicológicas iniciales del abuso sexual infantil. *Papeles del Psicólogo*, 30 (2), 135-144.
- Pereda, N. (2010). Consecuencias psicológicas a largo plazo del abuso sexual infantil. *Papeles del Psicólogo*, 31 (2), 191-201.
- Pereda, N., Gallardo-Pujol, D., y Jiménez, R. (2011). Trastornos de personalidad en víctimas de abuso sexual infantil. *Actas Españolas de Psiquiatría*, 39 (2), 131-139.
- Pereda, N., Guilera, G., Forns, M., & Gómez-Benito, J. (2009). The international epidemiology of child sexual abuse: A continuation of Finkelhor (1994). *Child Abuse & Neglect*, 33, 331-342. doi:10.1016/j.chiabu.2008.07.007
- Pérez, L. (2009). *Funcionalidad sexual en mujeres sobrevivientes de abuso sexual en la infancia*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Facultad de Medicina.
- Perrone, N., y Nannini, M. (1997). *Violencia y abusos sexuales en la familia. Un abordaje sistémico y comunicacional*. Barcelona: Paidós.
- Pineda-Lucatero, A., Trujillo-Hernández, B., Millán-Guerrero, R., & Vásquez, C. (2008). Prevalence of childhood sexual abuse among Mexican adolescents. *Child: care, health and development*, 35 (2), 184-189.
- Quintero, Y., y Andrade, P. (2012). Evaluación de un programa de intervención terapéutica en mujeres que han vivido abuso sexual infantil. *Revista de Psicología y Educación*, 14 (1), 49-71.

- Real Academia Española (2019). *Diccionario de la lengua española* [versión electrónica]. Recuperado de <http://dle.rae.es/?id=VD1BTdw>
- Restrepo, M., Trujillo, L., Restrepo, D., Torres, Y., & Sierra, G. (2017). Sexual abuse and neglect situations as risk factors for adolescent pregnancy. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, 46 (2), 74-81.
- Relyea, M., & Ullman, S. (2016). Predicting Sexual Assault Revictimization in a Longitudinal Sample of Women Survivors: Variation by Type of Assault. *Violence Against Women*, 23 (12), 1462-1483.
- Rhodes, J. (2016). *Instrumental. Memorias de música, medicina y locura*. Barcelona: Blackie Books.
- Riessman, C. (2008). *Narrative Methods for the Human Sciences*. California: Sage Publications.
- Reitseman, A., & Grietens, H. (2016). Is Anybody Listening? The literature on the Dialogical Process of Child Sexual Abuse Disclosure Reviewed. *Trauma, Violence, & Abuse*, 17 (3), 330-340.
- Rinehart, J., Yeater, E. Musci, R., Letourneau, E., & Lenberg, K. (2014). The Role of Ethnicity, Sexual Attitudes, and Sexual Behavior in Sexual Revictimization During the Transition to Emerging Adulthood. *Child Maltreatment*. 19 (3-4), 178-187.
- Rivas, M. (2010). La entrevista a profundidad: un abordaje en el campo de la sexualidad. En I. Szasz y S. Lerner (Comp.), *Para comprender la subjetividad: investigación en salud reproductiva y sexualidad* (199-223). México: El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano.
- Rorty, R. (2010). *La filosofía y el espejo de la naturaleza* (6 ed.). Madrid: Cátedra.
- Rubin, G. (1989). Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad. En C. Vence (Ed.), *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina* (113-190). Madrid: Revolución.
- Rubio, E., y Revuelta, S. (2007). Fisiología del erotismo humano. En J. Pérez Fernández, *Antología de la sexualidad humana* (Vol. I, 475-505). México: Miguel Ángel Porrúa.

- Saha, S., Cheung, M., & Thorne, L. (2011). A narrative exploration of the sense of self of women recovering from childhood sexual abuse. *Counselling Psychology Quarterly*, 24 (2), 101-113.
- Salguero, M. A. (2014). *Identidad masculina. Elementos de análisis en el proceso de construcción*. México: FES Iztacala/UNAM.
- Sánchez, C., Carreño, J., Corres, N., y Henales, C. (2010). Perfiles e indicadores psicológicos relacionados con la dispareunia y el vaginismo. Estudio cuantitativo Primera Parte. *Salud Mental*, 33 (4), 347-353.
- Sánchez, C., Corres, N., Carreño, J., y Henales, C. (2010). Perfiles de los indicadores relacionados con las disfunciones sexuales masculinas: trastorno de la erección, trastorno del orgasmo y eyaculación precoz. *Salud Mental*, 33 (3), 237-242.
- Sánchez, C., Corres, N., Blum, B., y Carreño, J. (2009). Perfil de la relación de factores psicológicos del deseo sexual hipoactivo femenino y masculino. *Salud Mental*, 32 (1), 43-51.
- Sanz, F. (2015). *Psicoerotismo femenino y masculino: Para unas relaciones placenteras y autónomas*. Barcelona: Kairós.
- Sapién, J., y Córdoba, D. (2011). *Diferencias sexuales entre hombres y mujeres*. México: FES Iztacala/UNAM.
- Sarbin, T. (1986). The Narrative as a Root Metaphor for Psychology. En T. Sarbin, *Narrative Psychology. The storied nature of human conduct*. New York: PREAGER
- Schaufler, M. (2013). Erotismo y sexualidad: Eros o ars erótica. Foucault frente a Marcuse y Freud. *De Prácticas y Discursos. Cuadernos de Ciencias Sociales*, 2 (2), 1-18.
- Schöngut, N., & Pujol, J. (2015). Relatos metodológicos: Difractando experiencias narrativas de investigación. *Forum Qualitative Sozialforschung*, 16(2), Art. 24.
- Silva, J. L., y Corona, A. (2010). Violencia en las escuelas del Distrito Federal. La experiencia de la Unidad de Atención al Maltrato y Abuso Sexual Infantil, 2001-2007. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, (46), 739-770.

- Simon, V., & Feiring, C. (2008). Sexual anxiety and eroticism predict the development of sexual problems in youth with history of sexual abuse. *Child Maltreatment, 13* (2), 167-181.
- Soto, P. (2013). Entre los espacios del miedo y los espacios de la violencia: discursos y prácticas sobre la corporalidad y las emociones. En M.A. Aguilar y P. Soto (Coord.), *Cuerpos, espacios y emociones: aproximaciones desde las ciencias sociales* (197-219). México: UAM Iztapalapa, Miguel Ángel Porrúa.
- Sotomayor, Z., Pesqueira, J., & Rendón, R. (2013). Violar: ¿frontera del erotismo masculino? *Estudios Sociales: Revista de Investigación Científica, 21*(42), 279–306.
- Sparkes, A., & Smith, B. (2008). Narrative Constructionist Inquiry. In J. Holstein & J. Gubrium (Eds). *Handbook of Constructionist Research* (295-314). New York: The Guilford Press.
- St. George, S., Wulff, D., & Strong, T. (2014). Researching interpersonal patterns. In K. Tomm, S. St. George, D. Wulff & T. Strong, *Patterns in interpersonal interactions. Inviting Relational Understandings for Therapeutic Change* (210-228). New York: Routledge.
- Stainton, W., Stainton, R., y Musitu, G. (1994). Abuso sexual infantil: ¿qué deberíamos hacer?. *Intervención Psicosocial, 3* (9), 53-66.
- Stoltenborgh, M., van Ijzendoorn, M., Euser, E., & Bakermans-Kranenburg, M. (2011). A Global Perspective on Child Sexual Abuse: Meta-Análisis of Prevalence Around the World. *Child Maltreatment, 16* (2), 79-101.
- Sullivan, D., y Everstine, L. (1997). *El sexo que se calla. Dinámica y tratamiento del abuso y traumas sexuales en niños y adolescentes*. México: Pax.
- Tardieu, A. (1862). *Étude médico-légale sur les attentats aux mœurs*. Paris: J.B. Bailliére et Fils.
- Tena, O. (2014). Amando con el cuerpo: Un análisis feminista de la relación sexo-género-deseo en la ciencia. En Julio Muñoz (Coord.), *Totalidades y Complejidades: Crítica a la ciencia reduccionista* (505–530). México: CEIICH UNAM.
- Thoinot, L. (1898). *Attentats aux mœurs et perversion du sens génital*. Paris: Octave Doin.
- Toulmouche, M. A. (1864). *Des Attentats à la pudeur, des tentatives de viol sur des enfants ou des filles à peine nubiles et sur des adultes*. Paris: J.B. Bailliére et Fils.

- Tripodi, S., & Pettus-Davis, C. (2013). Histories of childhood victimization and subsequent mental health problems, substance use, and sexual victimization for a sample of incarcerated women in the US. *International Journal of Law and Psychiatry*, 36, 30-40.
- Trujano, P. (2007). Varones adultos que sufrieron abuso sexual en la niñez: propuestas terapéuticas y reflexiones en torno a su masculinidad. En *V Congreso Internacional sobre Sexualidad, Crimen y Castigo*. Conferencia llevada a cabo en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Centro Multidisciplinario en Psicoterapia. Puebla.
- Trujano, P., Copado, V., y Cruz, J. (2001). Varones sexualmente abusados en la niñez. ¿Un atentado a su masculinidad? *Psiquis*, 42-50.
- Trujillo, J. (2011). Los excesos del deseo. Incontinencia y violencia sexual contra niños y jóvenes en Jalisco, 1885-1911. *Relaciones* 127, XXXII, 153-194.
- Ulibarri, M., Hiller, S., Lozada, R., Rangel, G., Stockman, J., Silverman, J., & Ojeda, V. (2013). Prevalence and characteristics of abuse experiences and depression symptoms among injections drug-using female sex workers in Mexico. *Journal of Environmental and Public Health*, 1-11.
- Universidad Nacional Autónoma de México (2019-03-20). *Modelo Educativo del Colegio de Ciencias y Humanidades*. Recuperado de <https://www.cch.unam.mx/sites/default/files/MODELO%20EDUCATIVO%20DEL%20COLEGIO%20DE%20CIENCIAS%20Y%20HUMANIDADES.pdf>
- Vasilachis, I. (2006). *Estrategias de investigación cualitativa* (23-64). Barcelona: Gedisa.
- Vayreda, A., Tirado, F., y Domènech, M. (2005). Construcción social, narratividad y simetría. En G. Limón (Comp.), *Terapias Postmodernas. Aportaciones construccionistas* (141-165). México: Pax.
- Vendrell, J. (2004). La centralidad de la sexualidad en la era moderna. En G. Careaga y S. Cruz, *Sexualidades diversas. Aproximaciones para su análisis* (65-93). México: PUEG/UNAM, Miguel Ángel Porrúa.
- Villatoro, J., Quiróz, N., Gutiérrez, M., Díaz, M., y Amador, N. (2006). *¿Cómo educamos a nuestros/as hijos/as? Encuesta de Maltrato Infantil y Factores Asociados 2006*. Instituto

- Nacional de las Mujeres (INMUJERES); Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente Muñiz (INPRFM). México, D. F.
- Vitriol, V., Vásquez, M., Iturra, I., y Muñoz, C. (2007). Abordaje de secuelas por abuso sexual infantil, en tres mujeres consultantes a un servicio de salud mental de hospital general. *Revista Chilena de Neuropsiquiatría*, 45 (1), 20-28.
- Weatherred, J. (2015). Child Sexual Abuse and the Media: A Literature Review. *Journal of Child Sexual Abuse*, 24, 16-34.
- Weeks, J. (2007). La sexualidad e historia: reconsideración. En J. Pérez Fernández, *Antología de la sexualidad humana* (Vol. I, 179-201). México: Miguel Ángel Porrúa.
- White, M. (2004). *El trabajo con personas que sufren las consecuencias del trauma múltiple. Desde la perspectiva narrativa*. Recuperado de <http://www.terapianarrativacoyoacan.com/documentos/category/2-traduccion.html>
- Woodiwiss, J. (2014). Beyond a single story: The importance of separating ‘harm’ from ‘wrongfulness’ and ‘sexual innocence’ from ‘childhood’ in contemporary narratives of childhood sexual abuse. *Sexualities*, 17 (1/2), 139-158.
- World Health Organization [WHO]. (2014, 05 de noviembre). *World Health Organization*. Recuperado de <http://www.who.int/mediacentre/factsheets/fs150/en>

Anexos

ANEXO A. Guía de Entrevista.

	Ejes temáticos	Subtemas
Significados en torno a...	Las primeras experiencias de deseo y placer	<p>Primeras exploraciones en el cuerpo (masturbación, autoexploración)</p> <p>Primeras sensaciones de excitación y placer</p> <p>Primeras exploraciones que implican el cuerpo de otros (beso, tocamientos, relaciones sexuales)</p> <p>Normatividad</p>
	Vivencias de abuso	<p>Contexto del abuso</p> <p>Personas involucradas</p> <p>Formas de responder a la experiencia</p> <p>Relaciones con la experiencia erótica</p>
	Contexto terapéutico	<p>Motivación para solicitar terapia</p> <p>Cambios relacionados con el cuerpo</p> <p>Cambios en las prácticas eróticas</p>
	Experiencias de deseo y placer sexual en la actualidad y hacia el futuro	<p>Relación con el cuerpo</p> <p>Atracción sexual</p> <p>Sensaciones de placer</p>

ANEXO B. Carta de consentimiento informado.

Estimada/o: _____

El propósito de esta carta es brindar una explicación lo más clara posible sobre el objetivo de la investigación a la que se le invita a participar, y cuál sería su rol en ésta.

La presente investigación es realizada por Alma Vanessa Guzmán Díaz, que está inscrita en el Programa de Doctorado en Psicología, de la Facultad de Estudios Superiores Iztacala, UNAM. Tiene por objetivo explorar la forma en que las personas relatan experiencias significativas o importantes a lo largo de su vida, acerca de diferentes temas como: relaciones familiares, noviazgo y de pareja; asimismo, sobre las sensaciones en su cuerpo, tanto las que han sido y son placenteras, como las que no lo han sido o no lo son actualmente.

En el caso de que Usted acepte **le invitamos a participar en una entrevista**, que tendrá una duración aproximada de **dos horas**, y se llevará a cabo en las instalaciones de la asociación civil. Si usted está de acuerdo, lo que conversaremos en esta sesión será audio grabado. **La participación en este estudio es estrictamente voluntaria** y no está sujeta a ningún tipo de retribución ni costo monetario para usted.

La totalidad de la información personal que se recoja será tratada y resguardada **con carácter de confidencial en todo momento**; y con la finalidad de mantener su identidad en el anonimato le solicitaré que elija un seudónimo.

Aunque, es importante que sepa que si acepta participar, la información que sea producto de su colaboración podría ser utilizada para publicarse en artículos de revistas científicas relacionadas con el tema; también sería expuesta en congresos o coloquios de investigación; además del objetivo central que es publicar la tesis para obtener el grado. **Pero siempre manteniendo en el anonimato** los datos que pudieran identificarle.

En caso de que tenga alguna duda sobre su participación, tiene el derecho de hacer todas las preguntas que considere necesarias. Igualmente, puede retirarse del estudio en cualquier momento sin que eso le perjudique en ninguna forma. También, si alguna de las preguntas le parecen incómodas, tiene usted el derecho de hacérselo saber a la investigadora o de no responderlas.

Es importante que sepa que con estas disposiciones se cumple con **Artículo 13 del Reglamento de la Ley General de Salud en Materia de Investigación de la Salud**, que en su Título Segundo “De los Aspectos Éticos de la Investigación con Seres Humanos”, señala que *En toda investigación en la que el ser humano sea sujeto de estudio, deberán prevalecer el criterio del respeto a su dignidad y la protección de sus derechos y bienestar*. Publicada en el Diario Oficial de la Federación (1987).

De antemano le agradezco su participación.

CONSENTIMIENTO

Acepto participar voluntariamente en el presente estudio. He sido informado/a del objetivo general de la investigación.

Me han indicado también que participaré en una entrevista, lo cual tomará aproximadamente dos horas.

Reconozco que la información que yo provea en el curso de esta investigación es estrictamente confidencial y puede ser usada para ponencias o coloquios sobre la temática; o publicada en artículos de revistas científicas y en la tesis de grado, aunque en todo momento se mantendrá mi identidad en el anonimato. He sido informado/a de que puedo hacer preguntas sobre el proyecto en cualquier momento y que puedo retirarme del mismo cuando así lo decida, sin que esto signifique perjuicio alguno para mi persona. De tener preguntas sobre mi participación en este estudio, puedo contactar a **Alma Vanessa Guzmán Díaz** al teléfono XX XXXXXXXX.

Entiendo que una copia de esta carta de consentimiento me será entregada, y que puedo pedir información sobre los resultados de este estudio cuando éste haya concluido. Para esto, puedo contactar a la investigadora a cargo, al teléfono anteriormente mencionado.

Nombre y Firma del Participante

Nombre y Firma de Testigo

Nombre y Firma de la Investigadora

Fecha: _____

ANEXO C. Esquema de categorización.

Temas	Subtemas	Categorías
Primeras construcciones de deseo y placer	Primeras exploraciones	Hombres: Experimentación Límites heterosexistas Mujeres: Ausencia de experiencias
	Primeras atracciones	Hombres: Permisividad Mujeres: Atracción y vigilancia Hombre y mujer: Inhibición por abuso
Escenarios relacionales del abuso sexual infantil	Formas de acercamiento de quien agredió	El engaño El afecto La amenaza La fuerza
	Formas de explicar la relación de abuso	Culpar a las niñas Apariencia de igualdad
	Personas involucradas	El relato sobre quien agredió La historia sobre mamá
	Formas de responder a la experiencia de abuso	Antes: negociación y amenaza Durante: desconectarse del cuerpo Después: poner límites
Discursos sobre el cuerpo abusado	En el cuerpo	Dificultades en el contacto corporal Desensibilizarse Rechazo al cuerpo Rastros físicos
	En la atracción sexual y placer	Mujeres: Desagrado Experimentar con varias parejas Intercambio por afecto Hombres: Temor Sobre-estimulación Mujeres y hombres: Violencia sexual
Recursos relacionales de re-significación	Medios de comunicación	Identificación del abuso
	Experiencia con la psicoterapia	Intentos fallidos Relaciones efectivas Aprendizajes relacionados con el cuerpo
	Experiencia con pareja	Construcción del amor
	Mensajes para otros	Esperanza